Por el autor de *El corredor del laberinto*

JAMES DASHNER

EL JUEGO INFINITO

Michael, Sarah y Bryson deberán cazar a un ciberterrorista que está sembrando el caos en un popular juego de realidad virtual Michael es un hacker de Red Virtual, el adictivo juego de realidad virtual que arrasa entre los adolescentes. Allí tiene amigos de verdad: Sarah y Bryson, y gracias a su capacidad para manipular la tecnología y saltarse las normas pueden exprimir al máximo la plataforma y vivir experiencias al límite. Sin embargo, la diversión acabará cuando el gobierno dé alcance a Michael Su objetivo: que les ayude a detener a un jugador sin identificar que está sembrando el pánico en la red.

epublibre

James Dashner

El juego infinito

La doctrina de la mortalidad 1

ePub r1.0
Banshee 24.05.14

Título original: *The Eye of Minds*
James Dashner, 2013
Traducción: Verónica Canales
Ilustración de cubierta: Kekai Kotaki

Editor digital: Banshee
ePub base r1.1

Dedico este libro a Michael Bourret y a Krista Marino,
por hacer realidad mi sueño profesional
y premiarme con su amistad

1

El ataúd

1

Michael se dirigía a una chica llamada Tanya, hablando contra el viento.

—Ya sé que ahí abajo hay agua, pero también podría haber cemento. Quedarás hecha puré en cuanto caigas.

Pese a que no era la frase más acertada para persuadir a alguien que quería quitarse la vida, sí era la pura verdad. Tanya acababa de subirse a la barandilla del Golden Gate, los coches pasaban zumbando por la carretera, y estaba inclinada hacia atrás, hacia el vacío, con las manos crispadas en torno a un poste húmedo por efecto de la neblina. Aunque Michael consiguiera convencerla para que no saltara, sus dedos resbaladizos podían acabar tirándola de todos modos. Y entonces se haría la oscuridad. Se imaginó a algún pobre pescador convencido de que por fin había atrapado el pez más grande y que, al recoger la caña, se llevaría una desagradable sorpresa.

—Déjate de bromas —respondió la temblorosa chica—. Esto no es un juego. Ya no.

Michael se encontraba dentro de la Red Virtual, el Sueño, para las personas que entraban con tanta frecuencia como él. Estaba acostumbrado a ver a gente asustada allí. Mucha gente asustada. Sin embargo, bajo ese miedo, solía subyacer, por lo general, la conciencia. La conciencia de que, ocurriera lo que ocurriese en el Sueño, no era real.

No obstante, no era así para Tanya. Tanya era distinta. Al menos su aura, su álter ego simulado por ordenador, lo era. Su aura tenía mirada de pirada, de puro terror, lo que de pronto hizo que Michael se estremeciera; le hizo sentir como si fuera él quien estaba al borde de aquella interminable caída hacia la muerte. Y no es que al chico le gustara mucho la muerte, simulada o no.

—Sí que es un juego, y tú lo sabes —dijo más alto de lo que hubiera deseado; no quería sobresaltarla. Pero se levantó un viento frío que pareció atrapar sus palabras al vuelo y arrojarlas con fuerza a la bahía de abajo—. Vuelve aquí y hablemos. Ambos conseguiremos los puntos de experiencia, y podemos ir a explorar la ciudad y conocernos. Encontraremos a un par de locos a los que espiar. A lo mejor hasta podemos hackear el programa para conseguir comida gratis de las tiendas. Lo pasaremos bien. Y cuando hayamos terminado, localizaremos un portal para ti y te elevarás de regreso a casa. Podrás descansar del juego durante un tiempo.

—¡Esto no tiene nada que ver con *Sangre vital*! —le gritó Tanya. El viento le agitaba la ropa y el pelo negro le ondeaba a la espalda como la colada tendida en una cuerda—. Tú vete y déjame en paz. No quiero que tu cara de niño bonito sea lo último que vea.

Michael pensó en *Sangre vital profunda*, el siguiente nivel del juego, la meta entre metas. Donde todo era mil veces más real, más avanzado, más intenso. A él le quedaban todavía tres años para ganarse el acceso a ese lugar. Tal vez dos. Sin embargo, en ese preciso instante, necesitaba convencer a esa colgada de que no saltara para reunirse con los peces o de lo contrario lo devolverían a los suburbios durante una semana, lo que retrasaría ese mismo lapso de tiempo su llegada a *Sangre vital*

profunda.

—De acuerdo mira… —Intentaba escoger las palabras con cuidado, aunque ya había cometido un grave error y lo sabía. Salirse del personaje y recurrir al juego como razón para impedir lo que ella iba a hacer supondría el descuento de un montón de puntos. Y lo único que importaba eran los puntos. Pero esa chica estaba empezando a asustarlo de verdad. Era por esa cara que tenía, pálida y chupada, como si ya estuviera muerta.

—¡Vete ya! —le gritó—. No lo entiendes. Estoy atrapada. Da igual si hay portales o no. ¡Estoy atrapada! ¡Él no dejará que me eleve!

Michael sintió ganas de gritarle; no soltaba más que tonterías. Su lado oscuro quería decirle que hasta ahí había llegado, que era una pringada, que se tirase de cabeza al agua. Estaba siendo muy tozuda; aquello no estaba sucediendo en realidad. «Es solo un juego». Él debía recordárselo a sí mismo constantemente.

Sin embargo, en esa ocasión no podía fastidiarla. Necesitaba los puntos.

—Está bien. Escucha. —Retrocedió un paso y levantó las manos como si estuviera intentando tranquilizar a un animal asustado—. Acabamos de conocernos, dame un poco de margen. Te prometo que no haré nada raro. Si quieres saltar, te dejaré saltar. Pero, al menos, habla conmigo. Dime por qué quieres hacerlo.

Tanya tenía las mejillas empapadas de lágrimas; los ojos, hinchados y rojos.

—Tú vete y ya está. Por favor. —Su voz había adquirido la debilidad de la derrota—. No estoy de broma. Yo he terminado con esto, ¡con todo esto!

—¿Que has terminado? Vale, está bien que hayas terminado. Pero no me tienes que fastidiar a mí también, ¿verdad? —Michael supuso que no pasaba nada por hablar del juego; al fin y al cabo, ella estaba mencionándolo como razón para poner punto y final, para abandonar el hotel Carne y Hueso y no volver nunca—. En serio: regresa caminando conmigo al portal, elévate, hazlo ahora mismo. Ya has acabado con el juego, estás a salvo, yo conseguiré mis puntos. ¿No es el final más feliz que has oído jamás?

—Te odio —le escupió ella, literalmente. Soltó una lluvia de saliva que se mezcló con la niebla—. Ni siquiera te conozco y ya te odio. ¡Esto no tiene nada que ver con *Sangre vital*!

—Entonces dime con qué tiene que ver —contestó él con amabilidad, intentando mantener la compostura—. Tienes todo el día para saltar. Dedícame solo un par de minutos. Habla conmigo, Tanya.

La chica hundió la cara en el recodo del brazo derecho.

—Es que ya no puedo seguir. —Gimoteó y le temblaron los hombros, lo que hizo que Michael volviera a temer por su capacidad de sujeción—. No puedo.

«Hay gente que es débil», pensó el chico, aunque no fue tan tonto como para decirlo.

Sangre vital era, con mucho, el juego más popular de la Red Virtual. Sí, uno podía ir a un horrible campo de batalla de la Guerra de Secesión estadounidense o enfrentarse a dragones empuñando una espada mágica, pilotar naves espaciales, ir a fisgonear a los extraños picaderos. Pero todas esas cosas no tardaban en quedarse anticuadas. Al final no había nada más fascinante que la vida real, la vivida a pelo, mordiendo el polvo, esa de la que quieres salir pitando. Nada. Y había algunas personas, como Tanya, que, evidentemente, no podían soportarlo. Michael sí que podía, sin duda. Había ido ascendiendo de nivel casi tan deprisa como el famoso jugador Gunner Skale.

—Venga, Tanya —insistió—. ¿Qué daño puede hacerte hablar conmigo? Y, si vas a dejarlo, ¿por qué quieres terminar tu última partida suicidándote de forma tan violenta?

La chica levantó la cabeza de golpe y le lanzó una mirada tan implacable que Michael volvió a estremecerse.

—Es la última vez que Kaine me persigue —dijo ella—. No puede tenerme atrapada y utilizarme para algún experimento; ni azuzar a los KillSims para que me ataquen. Voy a arrancarme el núcleo.

Esas últimas palabras lo cambiaban todo. Michael se quedó mirando, horrorizado, como Tanya se agarraba con más fuerza al poste con una mano y levantaba la otra para empezar a hundirse un dedo en la carne.

2

Michael se olvidó del juego, se olvidó de los puntos. La situación había pasado de ser incómoda a ser una verdadera cuestión de vida o muerte. En todos los años que llevaba jugando, jamás había visto a nadie decodificar su propio núcleo, destruir el dispositivo que actuaba de barrera dentro del ataúd y que mantenía el mundo virtual separado del mundo real en la mente de los participantes.

—¡Para! —gritó Michael con un pie puesto ya en la barandilla—. ¡Para!

Saltó sobre la pasarela de la parte exterior del puente y se quedó paralizado. Se encontraba a solo unos metros de la chica, y quería evitar hacer cualquier movimiento brusco que pudiera provocarle un ataque de pánico. Tendió las manos hacia delante y dio un paso cauteloso hacia ella.

—No lo hagas —añadió con el tono más suave que pudo, hablando contra el viento huracanado.

Tanya seguía hurgándose la sien derecha. Se arrancaba la piel a jirones; un reguero de sangre que manaba de la herida no tardó en cubrirle las manos y un lado de la cara de un rojo repulsivo. Había adoptado una aterradora expresión de serenidad, como si no tuviera conciencia de lo que estaba haciéndose a sí misma, aunque Michael sabía muy bien que estaba concentrada hackeando el código.

—¡Deja de codificar un segundo! —gritó Michael—. ¿Podríamos hablarlo antes de que te arranques el maldito núcleo? Ya sabes lo que significa eso.

—¿Por qué te importa tanto? —replicó ella, en voz tan baja que el chico tuvo que leerle los labios para entenderla. Al menos había dejado de hurgarse.

Michael se limitó a mirarla. Porque sí había dejado de hurgarse, pero ahora estaba metiendo el pulgar y el índice entre la masa de piel hecha jirones.

—Solo quieres tus puntos de experiencia —agregó ella. Poco a poco, fue extrayéndose un pequeño chip metálico empapado en sangre.

—Renunciaré a mis puntos —respondió Michael intentando disimular el miedo y el asco que sentía—. Lo juro. No puedes seguir haciendo el tonto, Tanya. Restablece el código de esa cosa y ven a hablar conmigo. Todavía no es demasiado tarde.

Ella alzó la manifestación visual del núcleo y se quedó mirándolo con fascinación.

—¿No te das cuenta de lo irónico que es todo esto? —preguntó—. Si no fuera por mis dotes para la codificación, seguramente ni siquiera sabría quién es Kaine. Ni sabría nada de sus KillSims ni de los planes que tiene para mí. Pero se me da bien, y por ese… monstruo, yo misma programé el núcleo de mi cabeza.

—No de tu verdadera cabeza. Sigue siendo una simulación, Tanya. Todavía no es demasiado

tarde. —Michael no lograba recordar ni un solo momento en toda su vida en que se hubiera sentido tan mal.

Ella lo miraba con tanta intensidad que el chico tuvo que retroceder un paso.

—No puedo aguantarlo más. No puedo… con él, ya no más. No podrá utilizarme si estoy muerta. He terminado. —Dobló el núcleo con el dedo pulgar y lo lanzó en dirección a Michael.

El dispositivo pasó volando por encima del hombro del chico, que vio los destellos de luz solar reflejados sobre el núcleo a medida que este giraba por el aire, casi como si estuviera guiñándole un ojo, diciéndole: «Oye, colega, eres un asco como negociador en caso de suicidio». Aterrizó con un clinc en algún punto entre el tráfico, donde quedaría aplastado en cuestión de segundos.

Michael no podía creer lo que estaba viendo. Alguien tan sofisticado en la manipulación del código que era capaz de destruir su propio núcleo; el dispositivo que, básicamente, protegía el cerebro de los jugadores mientras se encontraban en el Sueño. Sin el núcleo, el cerebro no podía filtrar, de forma apropiada, la estimulación de la Red Virtual. Si tu núcleo moría en el sueño, morías en el Despertar. Michael no conocía a nadie que lo hubiera visto. Dos horas antes había estado comiendo patatas fritas azules robadas en el Dan the Man Deli con sus mejores amigos. Lo único que deseaba en ese momento era volver a estar allí, comiéndose un bocadillo de pavo con pan de centeno, soportando los chistes de Bryson sobre ropa interior de viejas y escuchando a Sarah meterse con él por el espantoso corte de pelo que se había hecho durante el Sueño.

—Si Kaine va a por ti —dijo Tanya—, dile que al final he ganado yo. Dile lo valiente que he sido. Puede tener a la gente atrapada aquí y robar todos los cuerpos que quiera. Pero el mío ya no.

Michael ya estaba harto de tanta cháchara. No podía digerir ni una sola palabra más pronunciada por la boca ensangrentada de esa chica. A mayor velocidad de lo que había hecho jamás en un juego, en la piel de cualquier personaje, saltó hacia el poste del que ella estaba agarrada.

Tanya lanzó un grito y quedó paralizada por un instante ante la repentina actuación del chico, pero se soltó y tomó impulso para saltar del puente. Michael se agarró a la barandilla por la izquierda con una mano y alargó la otra con tal de atrapar a la chica, aunque no logró su objetivo ni por un lado ni por el otro. Aterrizó con los pies sobre una base sólida y luego resbaló. Pese a que empezó a aletear, no notaba más que aire, y cayó al vacío casi al mismo tiempo que la chica.

Se le escapó un chillido asombroso, un sonido que lo habría avergonzado si no fuera porque su única compañía estaba a punto de perder la vida. Con el núcleo descodificado, su muerte sería real.

Michael y ella se precipitaron en dirección a las turbulentas aguas grises de la bahía. El viento hizo jirones la ropa de ambos, y el chico sintió que el corazón le subía por el pecho hasta llegarle a la garganta. Volvió a gritar. Hasta cierto punto, sabía que iba a impactar contra el agua, que sentiría dolor; luego se elevaría y despertaría en casa, sano y salvo, en el interior de su ataúd. Pero el poder de la Red Virtual se basaba en la simulación de la realidad y, en ese instante, la realidad era terrorífica.

Las auras de Michael y de Tanya se encontraron en ese largo descenso, pecho contra pecho, como un tándem de paracaidistas en caída libre. A medida que la agitada superficie se les acercaba a toda velocidad, se abrazaron y se pegaron más el uno al otro. Michael sintió ganas de volver a gritar, pero apretó con fuerza la mandíbula cuando vio la expresión de serenidad en el rostro de Tanya.

Ella clavó los ojos en el chico, lo buscaba y lo encontró, y a él se le rompió algo en el interior.

Su impacto contra el agua fue tan duro como había imaginado. Duro como el cemento. Duro como la muerte.

3

El dolor fue breve, pero intenso. Lo sentía en todo el cuerpo al mismo tiempo, fue un estallido en todas sus terminaciones nerviosas. Ni siquiera pudo emitir sonido alguno antes de que el sufrimiento se mitigara; tampoco Tanya, ya que el chico no oyó más que el inconfundible y espantoso estrépito del impacto contra la superficie del agua. Entonces todo se difuminó y se le quedó la mente en blanco.

Michael estaba vivo, de nuevo en la neurocaja —lo que la mayoría de las personas llamaba el ataúd—, tras elevarse desde el Sueño.

No podía decirse lo mismo de la chica. Una oleada de tristeza, de incredulidad, inundó a Michael. La había visto, con sus propios ojos, manipular el código, arrancarse el núcleo de la carne virtual y luego tirarlo como si no fuera más que un desecho. Cuando todo acabó para ella, acabó en la realidad, y el haberse visto involucrado hizo que a Michael se le revolviera el estómago. Jamás había presenciado nada parecido.

Parpadeó un par de veces, a la espera de que el proceso de desvinculación se completase. Nunca se había sentido tan aliviado de terminar con la Red Virtual, de terminar con el juego, de estar listo para salir de su caja y respirar el aire contaminado del mundo real.

Se encendió una luz azul e hizo visible la tapa del ataúd a tan solo unos centímetros de su cara. Los geles líquidos y dispensadores de aire ya se habían retirado, lo que dejaba pendiente la única parte que Michael detestaba; no importaba cuántas veces lo hiciera, que eran muchas más de las que podía contar. Finas y gélidas hebras de neurocable iban saliéndole del cuello, la espalda y los brazos, reptando como serpientes por debajo de la piel hasta ir a ocultarse en sus agujeros, donde serían desinfectadas y almacenadas hasta la siguiente partida. A sus padres les asombraba que dejara que esas cosas le hurgaran el cuerpo con tanta frecuencia, y a él no le extrañaba. Todo aquello tenía algo verdaderamente repulsivo.

Se oyó un sonoro clic seguido de un traqueteo mecánico y de un resoplido de aire. La puerta del ataúd empezó a levantarse: se elevó y se abrió lentamente, girando sobre las bisagras, como si se tratase de la mismísima tumba de Drácula. Michael estuvo a punto de reírse solo de pensarlo. Ser un malvado vampiro chupasangre, adorado por las mujeres, no era más que una de las miles de millones de cosas que alguien podía hacer dentro del Sueño. Solo una de las miles de millones de experiencias.

Se levantó con cuidado —siempre se sentía algo mareado tras elevarse de regreso a casa, sobre todo si había estado fuera durante un par de horas—, estaba desnudo y empapado en sudor. La ropa era un impedimento para la óptima estimulación sensorial de la neurocaja.

Michael levantó una pierna para pasar por encima de la tapa del ataúd, y agradeció el suave tacto de la alfombra que tenía bajo los dedos de los pies; eso le hacía sentirse arraigado, de vuelta a la realidad. Agarró el par de calzoncillos que había dejado en el suelo y se los puso. Dedujo que una persona decente habría decidido, además, ponerse unos pantalones y una camiseta, pero, de momento, él no se sentía tan decente. Lo único que el juego *Sangre vital* le había encomendado había sido convencer a una chica de que no se suicidara, a cambio de puntos de experiencia. No solo no lo había logrado, sino que había contribuido a que la chica lo hiciera en realidad. En realidad, en realidad.

Tanya —sin importar dónde se encontrara su cuerpo— estaba muerta. Se había arrancado el núcleo antes de morir: una proeza de la programación, protegida por contraseñas, que solo ella podía

hacerse a sí misma. Simular la extracción de un núcleo no era posible en la Red Virtual. Resultaba demasiado peligroso. De no haber sido así, jamás se sabría si alguien estaba fingiendo, y la gente lo habría hecho, a tontas y a locas, como golpe de efecto y para impresionar a los demás. No, ella había manipulado su código, había desactivado la barrera de seguridad de su mente, la que separaba lo virtual de lo real, había enviado el implante real a freír espárragos y lo había hecho a propósito. Tanya, esa chica guapa de ojos tristes y con delirios de que la perseguían… Muerta.

Michael sabía que lo sucedido no tardaría en salir en el InfoBlog. Informarían de que él estaba con ella, y la SRV —la Seguridad de la Red Virtual— se presentaría en su casa para interrogarlo sobre el tema. Seguro que lo harían.

Muerta. Estaba muerta. Tan inmóvil como el destartalado colchón de su cama.

Fue un golpe repentino. Aquello lo golpeó como una pelota lanzada a toda velocidad contra su cara.

Michael estuvo a punto de no llegar al baño para vomitar todo cuanto tenía en el estómago. Luego se desplomó en el suelo y se quedó hecho un ovillo. No le salían las lágrimas —no era un llorón—, pero permaneció así durante largo rato.

2

La propuesta

1

Michael sabía que la mayoría de las personas, cuando tenían la sensación de que incluso la Tierra había dejado de quererlas, cuando se sentían en el fondo de un agujero, acudían a su madre o a su padre. Puede que a algún hermano, quizá, o a una hermana. Y quienes no contaran con esos familiares podrían verse llamando a la puerta de alguna tía o un tío bisabuelo tercero.

Sin embargo, no era el caso de Michael. Él acudía a Bryson y a Sarah, los dos mejores amigos que uno podría tener. Lo conocían como nadie, y les daba igual lo que dijera, hiciera, llevara puesto o comiera. Y él les devolvía el favor siempre que lo necesitaban. Aunque su amistad tenía algo muy curioso.

Michael nunca los había visto en persona.

No literalmente, en cualquier caso. Aún no. Con todo, eran amigos en la Red Virtual, de los buenos. Los había conocido en los niveles iniciales de *Sangre Vital*, y habían ido intimando cada vez más, a medida que los superaban. Los tres habían sumado sus fuerzas casi desde el día en que se conocieron para ir avanzando en el juego de juegos. Eran el Trío Terrible, el Triplete de la Muerte, la Trilogía del Asedio. Los *nicks* que se habían puesto no les granjeaban muchas amistades —algunos los calificaban de engreídos; otros, de idiotas—, pero ellos se divertían y les daba igual.

El suelo del baño era duro, y Michael no podía quedarse ahí tirado para siempre, así que reunió fuerzas y se dirigió a su asiento favorito en todo el mundo.

El sillón.

Se trataba de un mueble normal y corriente, pero era el sitio más cómodo donde se había sentado jamás, era como hundirse en una mullida nube de fabricación humana. Debía dedicar un tiempo a pensar y necesitaba concertar un encuentro con sus mejores amigos. Se dejó caer con despreocupación sobre el asiento y miró por la ventana la lúgubre fachada gris del bloque de pisos de la calle de enfrente. Tenía aspecto de deprimente cortina de lluvia congelada.

Lo único que complementaba la desolación era un enorme cartel que anunciaba *Sangre vital profunda* de letras rojo sangre sobre fondo negro, nada más. Como si los diseñadores del juego fueran muy conscientes de que esas palabras eran lo único que necesitaban. Todo el mundo las conocía, y todos querían pasar a la acción, querían ganar el derecho a llegar allí algún día. Michael era como cualquier otro jugador, solo uno más del rebaño.

Estaba pensando en Gunner Skale, el jugador más importante jamás conocido en la Red Virtual. Pero el hombre había desaparecido de la parrilla hacía poco. Se rumoreaba que se lo había tragado la mismísima *Profunda*, que se había perdido en el juego que tanto amaba. Skale era una leyenda, y un jugador tras otro había ido en su búsqueda hasta los rincones más oscuros del Sueño, sin ningún resultado, por cierto. Al menos hasta ese momento. Lo único que deseaba Michael era alcanzar ese mismo nivel, convertirse en el nuevo Gunner Skale del mundo. Tenía que conseguirlo antes que ese

nuevo tío que había aparecido en escena. Ese tal… Kaine.

Michael presionó el audiopad que llevaba en la oreja —el pequeño dispositivo metálico pinzado en el lóbulo—, y la pantalla de red y el teclado aparecieron con un destello ante él, suspendidos en el aire. El Boletín le mostró que Bryson ya estaba conectado y que Sarah había dicho que volvería a conectarse enseguida.

Los dedos de Michael empezaron a bailotear por las luminosas teclas rojas.

Mikethespike: Qué pasa, Bryson, déjate ya de espiar en los nidos de Gorgozon y hazme caso. Hoy he visto algo bastante chungo.

La respuesta de sus amigos fue casi inmediata; Bryson pasaba incluso más tiempo que Michael conectado o en el ataúd, y tecleaba a la velocidad de una secretaria con tres tazas de café en el cuerpo.

Brystones: Conque chungo, ¿eh? ¿Es que un poli de Sangre vital ha vuelto a perseguirte por las dunas? Recuerda ¡solo aparecen cada trece minutos!

Mikethespike: Ya te conté qué estaba haciendo. Tenía que evitar que esa tía saltara de un puente. Lo he hecho de pena.

Brystones: ¿Por qué? ¿Se tiró de cabeza?

Mikethespike: No quiero hablarlo aquí. Tenemos que encontrarnos en el Sueño.

Brystones: Tío, sí que tiene que haber sido chungo. Estábamos allí hace solo un par de horas. ¿Podemos vernos mañana?

Mikethespike: Nos reencontramos en el Deli. Dentro de una hora. Que Sarah también vaya. Tengo que ducharme, huelo a sobaco.

Brystones: Menos mal que no nos encontramos en la vida real. No soy muy fan del olor a tigre.

Mikethespike: Ya que lo dices, hay que hacerlo. Lo de vernos en la vida real. No vives tan lejos.

Brystones: Pero el Despertar es un rollazo. ¿Para qué vernos?

Mikethespike: Porque es lo que hacen los humanos. Se conocen y se estrechan la mano real.

Brystones: Prefiero darte un abrazo en Marte.

Mikethespike: Nada de abrazos. Nos vemos dentro de una hora. ¡Trae a Sarah!

Brystones: Nos vemos. Ve a frotarte esos sobacos apestosos.

Mikethespike: He dicho que olía a sobaco, no que me olieran… Da igual. Nos vemos.

Brystones: Desconecto.

Michael volvió a presionar el audiopad y vio cómo desaparecían la pantalla de red y el teclado, como si los hubiera borrado de un soplo de viento. Luego, tras un último vistazo al anuncio de *Sangre vital profunda* —sintiendo sus letras rojas sobre negro como una burla y obsesionado con los nombres de Gunner Skale y Kaine—, se fue directo a la ducha.

La Red Virtual era un entorno curioso. Su realismo era tal que a veces Michael deseaba que su tecnología no fuera tan avanzada. Como en las ocasiones que se sentía acalorado y sudaba, o cuando tropezaba y se doblaba un dedo del pie, o cuando alguna chica le daba un bofetón en la cara. El ataúd conseguía que experimentase hasta la más mínima sensación; la única alternativa era activar la opción de menos información sensorial, pero ¿para qué molestarse en jugar si no lo hacía en serio?

Sin embargo, el mismo realismo que generaba dolor y malestar en el Sueño, en ocasiones, también ofrecía un aspecto positivo. La comida. Sobre todo cuando a uno se le daba tan bien la manipulación del código que podía conseguir lo que quisiera con algo de calderilla. Se cerraban los ojos para acceder al código fuente, se manipulaban unas cuantas líneas de programación y *voilà*: un festín por la cara.

Michael estaba sentado con Bryson y Sarah en su mesa de costumbre, en la terraza del Dan the Man Deli. Engullían una bandeja enorme de nachos Groucho, mientras, en el mundo real, el ataúd estaba alimentándolos con nutrientes auténticos y saludables por vía intravenosa. Nadie podía sobrevivir recurriendo únicamente a la función nutricional del ataúd —no era algo diseñado para alimentar una vida humana durante meses—, pero, sin duda, resultaba muy agradable en las sesiones largas. Y la mejor parte era que solo engordabas durante el Sueño si te habías programado para que ocurriera, sin importar cuánto comieras.

A pesar de la deliciosa comida, la conversación enseguida adquirió un tono deprimente.

—Lo he leído en el InfoBlog en cuanto me lo ha contado Bryson —dijo Sarah. Su apariencia en la Red Virtual era favorecedora: una cara bonita, una larga melena castaña, la piel morena y casi sin maquillaje—. En la última semana, más o menos, se han producido un par de recodificaciones de núcleo. Me pone los pelos de punta. Se rumorea que el tal Kaine está atrapando a la gente en el Sueño, no se sabe cómo, y que no los deja Despertar. Algunos se han suicidado. ¿Podéis creerlo? Es un ciberterrorista.

Bryson estaba asintiendo en silencio. Parecía un jugador de fútbol americano que se hubiera quedado tonto: corpulento, ancho de espaldas y siempre haciendo comentarios fuera de tono. Decía que iba tan salido en el mundo real que necesitaba huir de las mujeres mientras estaba en la Red Virtual.

—¿Que se te ponen los pelos de punta? —repitió el chico—. Nuestro buen amigo, aquí presente, ha visto a una tía meterse los dedos en la sesera y arrancarse el núcleo, tirarlo por ahí y luego saltar desde un puente. Lo de los pelos de punta se queda corto.

—Está bien, supongo que necesito una expresión más fuerte —respondió Sarah—. La cosa es que está ocurriendo algo, y que hay un jugador al que culpan de ello. ¿Cuándo se ha oído eso de que la gente hackee su propio sistema para suicidarse? La Seguridad de la Red Virtual nunca había tenido ese problema.

—A menos que la SRV haya estado ocultándolo —añadió Bryson.

—¿Quién haría algo como lo que hizo esa chica? —masculló Michael, más para sí mismo que para los demás. Conocía bien el entorno del juego, y los suicidios en el Sueño nunca habían sido frecuentes. Los suicidios reales, en cualquier caso—. Hay gente a la que le gusta sentir el subidón de eliminarse en el sueño sin las consecuencias reales, pero esto no lo había visto nunca. La habilidad y el conocimiento necesarios para arrancarse el núcleo… creo que yo no podría hacerlo. ¿Y ahora resulta que son varios a la semana?

—¿Y qué hay de ese jugador, el tal Kaine? —preguntó Bryson—. He oído que es muy bueno,

pero ¿cómo es posible que alguien retenga a otra persona en el Sueño? Debe de ser una trola.

La gente de las mesas de alrededor se había quedado en silencio, y ese nombre parecía retumbar en la atmósfera de la sala. Todos miraban a Bryson, y Michael entendía el porqué. Kaine estaba volviéndose muy impopular y la mención de su nombre hacía palidecer a quien lo escuchaba. En los pasados meses, había estado infiltrándose en todas partes, en los juegos y hasta en chats privados, aterrorizando a sus víctimas con visiones y atacándolas físicamente. Michael no se había enterado de que retenía a la gente hasta lo ocurrido con Tanya. Sin embargo, el nombre de Kaine invadía el mundo virtual, como si estuviera acechando, sin que uno pudiera verlo, fuera a donde fuera. Bryson se las daba de valiente, pero no era más que un bocas.

Michael se encogió de hombros mirando a los demás clientes de la cafetería y se centró en sus amigos.

—Tanya no paraba de decir que era culpa de Kaine. Que él la tenía atrapada y que ella no podía aguantar más. Dijo algo sobre el robo de cuerpos. Y sobre algo llamado KillSims. Os lo juro, incluso antes de que la tomara con el núcleo, vi en su mirada que hablaba muy en serio. Seguro que se había topado con Kaine en algún sitio.

—No sabemos mucho sobre el tío que está detrás de Kaine —comentó Sarah—. He leído todo lo que han escrito acerca de él, pero eso es lo único que hay: historias. Nadie tiene ni una sola exclusiva sobre el jugador. Ni una sola foto, ni un archivo de audio, ni de vídeo, nada. Es como si no fuera real.

—Es la Red Virtual —apostilló Bryson con ironía—. Las cosas no tienen que ser reales para existir en la realidad. En eso consiste todo.

—No. —Sarah negó con la cabeza—. Es un jugador. Una persona. Está tumbado en un ataúd. Con toda la publicidad que se le ha dado deberíamos saber más cosas sobre él. Los medios deberían estar hablando todo el rato sobre ese tío. Como mínimo la SRV debería ser capaz de localizarlo.

A Michael le parecía que no estaban llegando a ninguna parte.

—Oye, volved a hacerme caso, tíos. Se supone que estoy traumatizado y se supone que vosotros tenéis que conseguir que me sienta mejor. Hasta ahora, estáis haciéndolo de pena.

Bryson puso cara de sincera preocupación.

—Eso es verdad, tío. Lo siento, pero me alegro de que te haya pasado a ti y no a mí. Sé que eso de la negociación para que alguien no se suicide es parte de la experiencia de *Sangre vital*, pero ¿quién iba a pensar que la tuya sería real? Apuesto a que estaría sin dormir una semana después de ver algo así.

—Sigues haciéndolo de pena —respondió Michael con una risa desganada. En realidad ya empezaba a sentirse un tanto mejor por el simple hecho de estar con sus amigos, aunque había algo en su interior que intentaba abrirse paso para salir. Algo oscuro, con enormes fauces, que no quería que Michael lo ignorase.

Sarah se inclinó en su dirección y le dio un apretón en el brazo.

—Ninguno de nosotros puede imaginar cómo habrá sido —le dijo con dulzura—. Y seríamos idiotas si fingiéramos saberlo. Pero siento que haya ocurrido.

Michael se ruborizó y se quedó mirando al suelo. Afortunadamente Bryson los devolvió a la realidad.

—Tengo que ir al baño —anunció, y se levantó. Había que hacer ese tipo de cosas incluso dentro del Sueño, mientras el cuerpo real se ocupaba del asuntillo en el ataúd. Todo estaba pensado para

experimentarlo de forma realista. Todo.

—Encantador —comentó Sarah suspirando mientras dejaba de apretar el brazo de Michael y volvía a acomodarse en su silla—. Sencillamente encantador.

3

Hablaron durante una hora más, aproximadamente, para terminar prometiendo, como siempre, que pronto se reunirían en el mundo real. Bryson les dijo que, si no se habían visto a finales de mes, empezaría a cortar un dedo, a diario, hasta que lo hicieran. Un dedo de Michael, no suyo. El comentario provocó una carcajada muy necesaria para todos.

Los tres se despidieron en un portal. Michael se elevó de regreso al Despertar y pasó por el proceso habitual en el interior del ataúd hasta que pudo salir. Mientras iba hacia el sillón, dirigió la mirada de forma inconsciente hacia el enorme anuncio de *Sangre vital* que se veía por la ventana. Después pasó por ese instante, ya habitual, de fugaz anhelo y babeo figurado. Estuvo a punto de sentarse, pero cambió de opinión, pues sabía que, con lo agotado y dolorido que estaba, no volvería a levantarse. Y odiaba quedarse dormido en el sillón; siempre se despertaba con agujetas en partes imposibles del cuerpo.

Suspiró e, intentando no pensar en esa chica llamada Tanya que se había suicidado delante de sus narices, consiguió llegar hasta la cama. Luego durmió toda la noche sin soñar.

4

Salir de la cama a la mañana siguiente fue como romper una crisálida. Pasaron veinte minutos antes de que la parte inteligente de su cerebro convenciera a la parte estúpida de que fingir que estaba enfermo para no ir al colegio no era una buena idea. Ya había faltado a clase siete veces ese semestre. Una o dos veces más, y empezarían a tener mano dura con él.

Durante la noche, el dolor por la caída en picado con Tanya a la bahía no había hecho más que aumentar, y la extraña sensación interior todavía le revolvía el estómago. Sin embargo, logró llegar, como pudo, a la mesa del desayuno, donde su niñera, Helga, acababa de servir un plato de huevos con beicon. Una niñera, el maravilloso equipo para acceder a la Red Virtual, un bonito piso… Tenía mucho que agradecer a sus adinerados padres. Viajaban con frecuencia, y, en ese momento, Michael era incapaz de recordar cuándo se habían marchado o cuándo iban a volver. Pero se lo compensaban con el montón de regalos que le hacían. Entre el colegio, la Red Virtual y Helga, apenas tenía tiempo de echarlos de menos.

—Buenos días, Michael —dijo Helga con acento alemán, muy leve aunque todavía perceptible—. Espero que hayas dormido bien, ¿sí?

Él emitió un gruñido, y ella sonrió. Por eso le encantaba Helga. Ni se enfurruñaba ni se ofendía si lo único que te apetecía era gruñir como un animal que despertaba de la hibernación. Ella no se escandalizaba.

Además, su comida era deliciosa. Casi tan buena como la de la Red Virtual. Michael engulló hasta la última miga del desayuno, luego salió a coger el tren.

5

Las calles estaban abarrotadas: trajes, faldas y tazas de café hasta donde alcanzaba la vista. Había tantas personas que Michael habría jurado que estaban multiplicándose como células reproductoras ante sus propios ojos. Todas tenían la mirada habitual, perdida, aburrida, que el chico conocía tan bien. Como él, habían sufrido durante sus deprimentes jornadas de trabajo o estudio hasta que podían regresar a casa y volver a entrar en la Red Virtual.

Michael se incorporó al flujo de transeúntes, esquivando a los pasajeros de los trenes de cercanías a izquierda y derecha, y llegó hasta la avenida principal, luego giró a la derecha por su atajo de siempre: un callejón de sentido único lleno de cubos de basura y montañas de desperdicios. No lograba entender por qué esos residuos nunca llegaban al interior de los grandes contenedores metálicos. Sin embargo, en una mañana como aquella, la perspectiva de compartir la calle con bolsas de patatas vacías y pieles de plátano tiradas en el suelo hacía que la masa en movimiento quisiera salir de allí pitando.

Había recorrido el callejón hasta la mitad cuando el chirrido provocado por el frenazo de unos neumáticos lo hizo parar en seco. El rugido de un motor retumbó desde el final de la calle, y Michael se volvió de golpe. En cuanto vio el coche que se aproximaba —de opaca carrocería gris, como una tormenta agonizante—, lo supo. Supo que ese vehículo estaba allí por él y que aquello no iba a tener un final feliz.

Dio media vuelta y echó a correr, convencido de que, sin importar quién se hubiera propuesto seguirlo, había planeado acorralarlo en aquel callejón. El final parecía a kilómetros de distancia; jamás lograría llegar hasta allí. El rugido del motor aumentaba de volumen a medida que iba acercándosele y, pese a las experiencias tan peculiares y aterradoras que Michael había tenido en el sueño, el terror afloró en su pecho. Un terror real. «Vaya manera de acabar: aplastado como un bicho en un callejón plagado de basura», pensó.

No se atrevió a mirar hacia atrás, pero podía sentir cómo se aproximaba el coche. Estaba cerca, y él no tenía forma de escapar. Dejó de intentar huir y se agazapó detrás del siguiente montón de basura. El vehículo frenó en seco mientras él rodaba por el suelo y se levantaba de un salto, listo para salir corriendo en dirección contraria. La puerta trasera del sedán se abrió de golpe, y salió un hombre elegantemente vestido, con el rostro cubierto por un pasamontañas de color negro y los ojos clavados en Michael, mirando por los agujeros del tejido. El chico se quedó paralizado, tan solo un instante, aunque fue suficiente. El hombre lo derribó y su cuerpo impactó contra el suelo.

Michael abrió la boca para gritar, pero una fría mano le tapó la cara y lo silenció. El pánico le atravesó el cuerpo, como una espada candente, y la adrenalina fluyó por su organismo mientras se retorcía y empujaba a su atacante. Sin embargo, el hombre era demasiado fuerte y puso a Michael boca abajo, reteniéndolo con los brazos a la espalda.

—Deja de luchar —ordenó el desconocido—. Nadie va a hacerte daño, pero no tenemos tiempo para tonterías. Necesito que subas al coche.

Michael tenía la cara pegada al asfalto.

—¿De veras? ¿Estaré seguro? Es justo lo que estaba pensando.

—Cierra ese piquito de oro, mocoso. No podemos permitir que nadie descubra nuestra identidad. Ahora sube al coche.

El hombre se incorporó y levantó a Michael consigo.

—Tu culo —espetó el desconocido e hizo una pausa dramática—. Mételo en el coche.

Michael realizó un último y penoso intento de zafarse, pero fue inútil. El hombre lo agarraba con una fuerza descomunal. Michael no tuvo más opción que hacer lo que le ordenaban. La lucha lo había dejado sin fuerzas, y permitió que el hombre lo colocara en el asiento trasero del coche, donde se apretujó junto a otro individuo con pasamontañas. La puerta se cerró de golpe, y el vehículo salió pitando, con el chirrido de las ruedas reverberando contra las paredes del desfiladero de cemento.

6

Cuando el coche salió a toda pastilla del callejón para incorporarse a la calle principal, Michael empezó a pensar a toda prisa: ¿quiénes eran esas personas y adónde lo llevaban? Una nueva oleada de pánico volvió a invadirlo, y reaccionó. Le clavó el codo en la entrepierna al tío que tenía a la izquierda, luego se lanzó hacia la puerta mientras el hombre se retorcía de dolor y soltaba unos tacos que habrían ruborizado incluso a Bryson. Michael acababa de poner los dedos sobre la manija de la puerta cuando el primer matón lo echó hacia atrás de un tirón, rodeándolo por el cuello con un brazo. El hombre apretó con fuerza hasta que Michael empezó a jadear, intentando respirar.

—Déjalo ya, chico —le dijo con demasiada calma.

Por algún motivo, esas eran las últimas palabras que Michael deseaba escuchar. Empezó a sentir como se le hinchaba el pecho de rabia y luchó por zafarse de su captor.

—¡Déjalo ya! —gritó esta vez el desconocido—. Deja de comportarte como un crío y tranquilízate. Ya te he dicho que no vamos a hacerte daño.

—Pues ahora está haciéndome daño —espetó Michael entre toses.

El hombre lo soltó.

—Compórtate y esto será lo peor que te ocurra. ¿Aceptas el trato, chico?

—Está bien —respondió Michael a regañadientes, porque ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Pedir que le dieran un tiempo para pensarlo?

El hombre pareció relajarse con la respuesta.

—De acuerdo. Ahora, siéntate bien y cierra el pico —le ordenó—. Espera, no, antes, discúlpate con mi amigo, lo que has hecho ha sido del todo innecesario.

Michael miró al tipo que tenía a su izquierda y se encogió de hombros.

—Lo siento. Espero que todavía puedas tener hijos.

El hombre no respondió, pero la mirada que le lanzó a través del pasamontañas fue implacable. Apocado por la ira del hombre, Michael miró hacia otro lado. La adrenalina ya no fluía, se le habían acabado las fuerzas, y estaban llevándolo por la ciudad cuatro hombres con pasamontañas negros.

La situación no pintaba muy bien.

7

Realizaron el resto del trayecto en completo silencio. Sin embargo, a Michael seguía latiéndole el corazón al ritmo de la batería de un grupo de *heavy metal*. Pensó que ya había pasado miedo antes. Se

había visto en incontables situaciones horrorosas en la Red Virtual que parecían del todo reales. Pero es que esa era real. Y sentía más miedo del que hubiera experimentado jamás. Se preguntó si podría morir de un infarto a la tierna edad de dieciséis años.

Como si fuera una broma de mal gusto, cada vez que miraba por la ventanilla, veía los carteles de *Sangre vital profunda*. Aunque la diminuta parte optimista de su cerebro no paraba de decirle que, de alguna forma, saldría de aquella vivo, él sabía que ser secuestrado por hombres encapuchados no era algo que acabara bien en la mayoría de los casos. Los anuncios no hacían más que recordarle que su sueño de llegar a la *Profunda* seguramente no se haría realidad.

Al final llegaron a las afueras de la ciudad y entraron en el gigantesco aparcamiento del estadio en el que jugaban los Falcons. Estaba desierto, el conductor se dirigió a la primera fila, paró el coche y puso el freno de mano; la imponente estructura se alzaba frente a ellos. Había una señal en esa plaza de aparcamiento que indicaba: RESERVADO. SE AVISA GRÚA.

Se oyó un pitido procedente de algún lugar del coche, seguido por un crujido en el exterior y el traqueteo de algún mecanismo. De inmediato el vehículo empezó a hundirse en el suelo, y a Michael le dio un vuelco el corazón. Mientras descendían, la luminosidad del día no tardó en fundirse con la iluminación de los fluorescentes del interior.

Al final el coche se detuvo con un ligero sobresalto. Michael miró a su alrededor y vio que estaban en un enorme aparcamiento subterráneo con al menos una docena de coches estacionados a lo largo de una pared. El conductor retiró el freno de mano, ocupó una plaza libre y apagó el motor.

—Ya hemos llegado —anunció.

Michael pensó que era un comentario innecesario.

8

Dieron dos opciones a Michael: podían llevarlo a rastras tirando de él por los pies, para que viera el asfalto de cerca, o podía acompañarlos caminando por sus propios medios sin intentar ninguna tontería. Escogió la segunda opción. Mientras avanzaban a su lado, el corazón le latía con tanta fuerza que creía que iba a salírsele del pecho.

Los cuatro hombres lo hicieron cruzar una puerta, recorrer un pasillo y lo llevaron por otra puerta hasta una gran sala de reuniones. O al menos eso le pareció la habitación a Michael, a juzgar por la alargada mesa de madera de cerezo, los acolchados sillones de cuero y la tarima iluminada del rincón. Le sorprendió ver que solo los esperaba una persona: una mujer. Era alta y de larga melena negra, ojos grandes y almendrados. Era preciosa y aterradora al mismo tiempo.

—Dejádmelo a mí —dijo. Tres palabras pronunciadas con dulzura que, no obstante, provocaron que los hombres salieran prácticamente espantados por la puerta y la cerraran detrás de sí, como si la temieran más que a cualquier otra cosa en el mundo.

Esos impactantes ojos se clavaron en el rostro de Michael.

—Me llamo Diane Weber, pero tú te dirigirás a mí llamándome agente Weber. Por favor, toma asiento. —Hizo un gesto para señalar la silla más próxima al chico, y él tuvo que armarse de valor para esperar antes de sentarse. Se obligó a contar hasta cinco, a observarla, a intentar no desviar la mirada. Luego hizo lo que ella le había pedido.

Ella se acercó y se sentó a su lado, luego cruzó sus largas y hermosas piernas.

—Siento todo el follón que se ha montado para traerte hasta aquí. Lo que estamos a punto de hablar es de una urgencia y confidencialidad extremas, y no quería perder ni un minuto… preguntando.

—Estoy faltando a clase. Preguntar no hubiera estado mal. —En cierta forma, ella lo había tranquilizado, y eso le molestó. Estaba claro que era una manipuladora, que utilizaba su belleza para ablandar el corazón de los hombres—. En cualquier caso, ¿para qué me necesitan?

Al sonreír, ella dejó a la vista una dentadura perfecta.

—Eres un jugador, Michael. Con excelentes habilidades para la codificación.

—¿Es una pregunta?

—No, es una afirmación. Estoy contándote por qué estás aquí, porque tú me lo has preguntado. Sé más de ti de lo que tú sabes. ¿Lo entiendes?

Michael tosió. ¿Al final iba a tener que pagar por todas sus tretas como hacker?

—¿Estoy aquí porque soy un jugador? —preguntó, esforzándose por hablar con firmeza—. ¿Porque me gusta pasar el rato haciendo el tonto en el Sueño y manipular un poco el código? ¿He hecho algo que la haya dejado fuera del primer puesto en algún lugar? ¿He robado en su restaurante virtual?

—Estás aquí porque te necesitamos.

Esas palabras supusieron una pequeña inyección de valentía para Michael.

—Mire, no creo que mi madre aprobase que saliera con una mujer mayor. ¿Ha probado a ir a los barrios donde están los picaderos? Estoy seguro de que una mujer atractiva como usted encontraría…

Una mirada de rabia afloró en el rostro de la mujer de forma tan súbita y repentina que Michael cerró el pico, luego se disculpó antes de arrepentirse.

—Trabajo para la SRV —aclaró ella—. Tenemos un grave problema en la Red Virtual y necesitamos ayuda. También conocemos muy bien tus dotes de hacker, así como las de tus amigos. Pero si crees que no vas a poder dejar de comportante como un crío de diez años, recurriré al siguiente de la lista.

Con solo tres frases había conseguido que Michael se sintiera como un completo idiota. Y en ese momento lo único que deseaba era saber de qué demonios estaba hablando esa mujer.

—Vale, lo siento. Los secuestros lo desestabilizan a uno. A partir de ahora seré bueno.

—Eso está mejor. —Ella hizo una pausa, descruzó las piernas y las volvió a cruzar—. Estoy a punto de decirte cinco palabras, si repites alguna vez estas cinco palabras a otro ser humano sin que haya sido una orden explícita nuestra, la consecuencia más leve será una condena de cadena perpetua en una cárcel que, para la población en general, no existe.

La curiosidad reconcomía a Michael, pero las palabras que había pronunciado la mujer lo hicieron esperar.

—Entonces ¿no van a matarme?

—Hay cosas peores que la muerte, Michael —respondió ella frunciendo el ceño.

El chico se quedó mirándola, deseando en parte rogarle que lo dejara marchar sin decir ni una palabra más. Sin embargo le pudo la curiosidad.

—Está bien. Nada de repetir… Dispare.

El labio inferior de la mujer tembló ligeramente cuando pronunció las palabras, como si lo dicho removiera algo que tenía muy adentro:

—La Doctrina de la Mortalidad.

9

La sala se sumió en el silencio —total y absoluto—, y la agente Weber se quedó mirándolo.

¿Qué significarían aquellas cinco palabras que podían costarle la libertad?

—¿Estoy perdiéndome algo? —preguntó—. ¿La Doctrina de la Mortalidad? ¿Qué es eso?

La agente Weber se inclinó hacia delante, con una mirada incluso más intensa que antes.

—Al escuchar estas palabras, te has comprometido a unirte a nosotros.

Michael se encogió de hombros, era la única reacción que le parecía segura.

—Pero necesito oír cómo las pronuncias —añadió—. Necesito que verbalices tu compromiso. Necesitamos tus habilidades en la Red Virtual.

Ese pequeño espaldarazo al orgullo de Michael hizo que volviera a ser él mismo un instante.

—Quiero saber de qué se trata.

—Eso está mejor. —La mujer volvió a recostarse en su asiento, y la tensión en el ambiente se aligeró un poco—. La Doctrina de la Mortalidad. En este momento sabemos muy poco sobre ella. Es algo oculto en la Red Virtual, en algún lugar externo al entorno conocido. Alguna clase de archivo o programa que podría provocar un daño grave no solo a la Red Virtual, sino también al mundo real.

—Suena interesante —murmuró Michael, aunque se arrepintió de inmediato.

Por suerte, ella pasó el comentario por alto. La verdad era que él ya imaginaba que existía una parte secreta en la Red Virtual. Y quería saber dónde se encontraba.

—Esa… doctrina podría acabar con la humanidad y con el mundo tal como lo conocemos. Dime, Michael, ¿has oído hablar de un jugador que se hace llamar Kaine?

El nombre dio un vuelco al corazón del chico. Esa chica, Tanya… Volvió a recordar su rostro, así como sus palabras. La forma en que Kaine estaba atormentándola. Michael se agarró a los brazos de su asiento, porque de pronto sintió que volvía a caer desde el puente. ¿Qué relación tenían todas esas cosas?

—He oído hablar de Kaine —afirmó—. Vi cómo se suicidaba una chica… Ella lo mencionó.

—Sí, lo sabemos —admitió la agente Weber—. Esa solo es una parte del motivo por el que estás aquí. Eres testigo de lo mal que están poniéndose las cosas. Hemos logrado vincular a Kaine con la Doctrina de la Mortalidad, y está todo relacionado con casos similares a lo que presenciaste. Hay personas retenidas en la Red Virtual y que se ven abocadas a decodificar sus propios núcleos. Es el peor ciberterrorismo con el que nos hemos topado.

—¿Por qué estoy aquí? —le preguntó Michael con la voz rota, al tiempo que sentía una embarazosa falta de confianza—. ¿Cómo puedo ayudar?

La mujer permaneció callada un instante.

—Hemos encontrado a personas comatosas dentro de sus ataúdes. Los tacs han demostrado que existe lesión cerebral, como si hubieran sido víctimas de algún experimento enfermizo. Están en estado vegetativo. —Volvió a callarse—. Tenemos pruebas que demuestran la implicación de Kaine. Y, en cierta forma, está todo relacionado con ese programa de la Doctrina de la Mortalidad, oculto en alguna parte de la Red Virtual. Necesitamos localizar tanto al hombre como la Doctrina de la Mortalidad. ¿Nos ayudarás?

Lo preguntó con demasiada despreocupación, como si estuviera pidiéndole que fuera a la tienda, en un momento, a comprar leche y pan. Michael quería salir corriendo. En realidad, en ese instante, quería muchas cosas —un viaje en el tiempo hubiera estado genial—, pero, siendo realista, lo que de verdad deseaba era estar en su habitación y en su cama, en su ataúd, evadirse con algún estúpido juego de deportes, en el nivel para principiantes, ir al Dan the Man Deli, comer patatas azules, quedar con Bryson y con Sarah, ver una peli, leer un libro, ver a sus padres regresando de viaje, y no volver a oír hablar jamás de todo aquello.

No obstante, le salió una palabra de la boca, y no fue consciente de su seguridad hasta que se oyó pronunciándola.

—Sí.

3

Un lugar oscuro

1

Michael apenas había cerrado la boca cuando la agente Weber se levantó, de forma tan repentina que el sillón salió rebotado hacia atrás.

Michael se sobresaltó, sorprendido por su reacción.

—¿Se suponía que debía decir que no?

La mujer, sin embargo, no estaba mirándolo. Estaba mirando en dirección a la puerta, con la mano a la altura de la oreja, como si estuviera escuchando a través de algún dispositivo colocado en ella.

—Algo va mal —anunció—. Te han seguido.

Michael se levantó, estremecido por la rapidez con la que aquella mujer había pasado de ser terrorífica a estar aterrorizada.

—¿Que me han seguido? ¿Quién? —preguntó.

—No te gustaría saberlo, Michael. Vamos.

La agente Weber no esperó que él respondiera. Sin mediar palabra, salió disparada hacia la puerta. Michael la siguió, y pronto llegaron al vestíbulo, rodeados por varios guardias armados. Esta vez sin esos ridículos pasamontañas negros.

—Llevadlo de vuelta a casa —ordenó la agente Weber, de nuevo con autoridad—. Y aseguraos de que nadie os vea hacerlo.

Aparecieron un hombre y una mujer, agarraron a Michael por el brazo y empezaron a llevárselo por el pasillo.

—¡Esperen! —gritó él, luchando por entender el repentino giro de los acontecimientos—. ¡Esperen! ¡No me ha dicho casi nada!

Con el taconeo de sus zapatos resonando sobre el suelo de baldosas, la agente Weber se acercó a él.

—Cuenta a tus amigos lo que acabo de decirte. A Bryson y a Sarah. A nadie más. A nadie. ¿Me entiendes? Si se lo dices a alguien más, incluso a tus padres, lo eliminaremos.

Esa última frase transformó todo cuanto sentía Michael en ira.

—¿Que los eliminarán?

—Necesito que los tres os impliquéis hasta el fondo —dijo Weber, ignorándolo—. Sugiero que empecéis por los lugares más oscuros, los de peor fama dentro de la Red Virtual. Preguntad por ahí, confirmad los rumores. Necesito que descubráis el escondite de Kaine, es la única forma de conocer toda la verdad sobre la Doctrina de la Mortalidad y cómo planea usarla. Haced lo que haga falta. Tenéis la habilidad necesaria. Os pondremos localizadores y os seguiremos en cuanto hayáis descubierto dónde se esconde. Ayudadnos a resolver este problema y tendréis la vida solucionada, tendréis lo que queráis. Tenemos a otros buscando. Sed los primeros y seréis recompensados.

Michael se dispuso a abrir la boca, aunque no sabía qué decir, pero ella ya se había vuelto de

espaldas y estaba dirigiéndose de nuevo hacia el vestíbulo.

—Vamos —dijo uno de los guardias.

Tiraron de Michael en dirección contraria.

2

No regresaron al coche. Los guardias —que tampoco dijeron ni una sola palabra a Michael en todo el trayecto—, lo condujeron por los incontables pasillos hasta salir por un edificio ruinoso y abandonado junto a una estación de metro, donde lo dejaron. Las personas iban y venían, los rayos de sol asomaban a través de una grieta entre las nubes, y el envoltorio de un caramelo surcaba el aire, planeando impulsado por la brisa. El mundo había vuelto a ser exactamente como antes, mientras que la vida de Michael había cambiado para siempre.

Ir al colegio era en lo último que pensaba. Aturdido y asustado, el chico se encaminó hacia una cafetería y se compró la taza de café más grande que servían. Luego fue a la estación de tren y, desde allí, hacia casa. Lo primero que hizo fue citar a Bryson y Sarah para el día siguiente. Les dio información suficiente para que se interesasen; sabía que si les contaba demasiado no podrían dormir, e intuía que iban a necesitar todo el descanso del que pudieran disfrutar.

3

Michael cometió el error de ver el InfoBlog esa noche.

Estaba solo, enroscado en la silla; sus padres no estaban en casa, y seguía sin lograr recordar cuándo regresarían. Helga solía acostarse cuando el sol se ponía. La pantalla de red se proyectó desde su audiopad y quedó suspendida ante él, enseñándole todas las preocupantes noticias del día. Asesinatos, bancos en quiebra, desastres naturales. «Nada como las noticias que te levantan el ánimo antes de ir a dormir», pensó con tristeza. Por lo general, esas situaciones parecían muy lejanas; eran cosas que les ocurrían a los demás. Pero, por algún motivo, todo le parecía algo más próximo después de su conversación con la agente Weber.

Estaba a punto de quitar las noticias cuando empezaron a dar una que lo hizo cambiar de opinión. Una presentadora entrada en años hablaba sobre el último rumor que se propagaba por la Red Virtual como la pólvora: el ciberterrorista conocido con el nombre de Kaine.

Con un movimiento rápido del dedo, Michael subió el volumen y se acercó a la pantalla, muy concentrado, como si los siguientes minutos fueran los más importantes de su vida.

—… la causa de numerosos suicidios, según los testigos y mensajes enviados por las víctimas antes de su muerte —anunció la mujer—. Se sabe que Kaine se ha infiltrado en casi todos los juegos y redes sociales más populares de la Red Virtual, por no hablar de los numerosos casos de acoso a individuos. Desde la desaparición del legendario Gunner Skale, no se ha hablado tanto de un individuo en particular relacionado con la Red Virtual. Nadie puede adivinar cuál es el objetivo de Kaine. La SRV ha prometido, a través de un comunicado oficial, que está haciendo todo lo posible, con sus importantes recursos, para localizar al hombre y prohibirle el acceso de forma permanente.

La locutora siguió hablando, y Michael se quedó mirando y escuchando, entre fascinado y

aterrorizado. Secuestros virtuales que terminaban en torturas y reclusión virtuales, por lo que las víctimas no podían volver a elevarse de regreso al Despertar. Juegos o redes bloqueados por completo, sin dejar más rastro que una línea de código que decía «Kaine estuvo aquí». Jugadores en coma encontrados en el interior de sus neurocajas.

Michael ya había escuchado demasiado sobre las atrocidades perpetradas por Kaine. ¿Cuál podía ser el objetivo de ese tipo? ¿Estaría haciéndolo solo para darse a conocer?

Kaine.

La Doctrina de la Mortalidad.

Las personas atrapadas en el Sueño. Personas que aparecían en coma. Otros que se suicidaban para escapar de ese tipo.

Michael suspiró. «Todos pensamientos muy positivos».

Con ese ánimo, se arrastró hasta la cama y se quedó dormido. Por algún motivo, soñó con sus padres y con unas vacaciones en la playa que habían hecho juntos hacía mucho, mucho tiempo.

4

Michael se sintió agradecido de que el día siguiente fuera sábado. Helga preparó unos sencillos gofres y los untó con todo lo que engorda: mantequilla, nata y sirope. Añadió un par de fresas para rebajar un poco la sensación de culpa. Ninguno de ellos habló, y Michael se preguntó si ella habría visto el mismo InfoBlog que él. Menuda situación tan agradable. Al menos iba a reunirse con sus amigos más tarde.

Un par de horas después del desayuno, el cuerpo real de Michael yacía, cómodo y caliente, en el interior del ataúd, mientras su liberado cuerpo de la Red Virtual estaba sentado en un banco apartado de Central Park, en Nueva York, otro de sus puntos de encuentro favoritos. Solo había algo mejor que la comida virtual, estar rodeado de naturaleza. Una visión de la que no disfrutaba muy a menudo en la jungla de cemento cubierta por una capa de contaminación que llamaba hogar.

Cuando llegó, Bryson y Sarah estaban esperándolo con impaciencia.

—Más te vale que sea algo bueno —le advirtió Bryson—. Como para hacérselo encima.

—¿Por qué te has puesto tan misterioso? —añadió Sarah.

Michael ya no estaba tan asustado, estaba más bien emocionado por contar todo cuanto le había ocurrido desde que le habían echado el guante en el callejón. Un tanto preocupado por que alguien pudiera escucharlos, empezó su relato entre susurros, aunque no tardó en acelerarse para llegar a los detalles, hablando tan deprisa que apenas resultaba coherente.

Sarah y Bryson se quedaron mirándolo con cara de confusión.

—Hummm… Creo que tendrías que volver a empezar —dijo Bryson.

Sarah asintió en silencio.

—Desde el principio. Y habla como una persona normal.

—Vale, bueno. —Michael inhaló una buena bocanada de aire fresco, aunque falso, y volvió a empezar—. Pues eso, yo iba caminando a coger el tren, ayer, para ir al colegio, cuando se me planta un coche delante y casi me arrolla. Luego salen esos pirados con pasamontañas negros de un salto y me meten a la fuerza en el asiento trasero.

Bryson lo interrumpió.

—Un momento, Michael, ¿has comido algo raro hoy?

Su amigo entornó los ojos.

—No, tú solo escucha. —No le extrañaba que tuvieran sus dudas, pero estaba empezando a frustrarle mucho no lograr contar toda la historia.

Tomó una nueva bocanada de aire y prosiguió, y cuando llegó a la parte en que la agente Weber descubrió que lo habían seguido y ordenó a sus guardias que se lo llevaran a toda prisa, Michael vio que sus amigos estaban tomándolo muy en serio. Terminó recordando las noticias tan horribles que había escuchado en el InfoBlog, la mayoría de las cuales ya conocían por sí mismos.

Permanecieron sentados en silencio, como mínimo, un minuto, mirando furtivamente hacia los árboles y arbustos que los rodeaban por si alguien hubiera estado espiándolos.

Bryson fue el primero en hablar.

—¡Vaya! ¿Por qué querrán pedir a tres adolescentes que les resuelvan los problemas?

—He estado dándole vueltas a eso —repuso Michael—. La agente Weber dijo que también habría otros investigando. A lo mejor están buscando a los mejores jugadores y codificadores que haya para darles la oportunidad de descubrir el escondite que Kaine se ha creado, sea cual sea. Creedme, no es coña.

—Pero ¿cómo vamos nosotros a hacer algo que la gente de la SRV no puede hacer? —preguntó Sarah—. En eso consiste todo su trabajo, y, sinceramente, me asusta que quieran endorsárselo a unos críos.

Bryson se burló.

—Los abueletes saben que a las nuevas generaciones siempre se les da mejor todo esto que a ellos mismos. Me refiero a que nosotros siempre estamos por aquí. Lo conocemos mejor que nadie. Podemos hacerlo porque no es nuestro trabajo. Es nuestro *hobby*.

—Y está relacionado con algo más que programación —añadió Michael, contento de que Bryson estuviera dando validez a sus palabras—. Necesitan usuarios, no solo creadores. ¿Y quién mejor que nosotros?

—Entonces ¿estás seguro? —preguntó Sarah—. ¿O solo quieres tener una excusa para jugar?

—¿Tú no? —preguntó Michael.

—Sí, claro. —Ella se encogió de hombros y sonrió.

—¿Y de qué iba eso de que tendríamos la vida solucionada si lo encontrábamos? —preguntó Bryson—. Espero que esa mujer se refiriera a los tres y no solo a ti.

—Estoy seguro de que sí —respondió Michael, pese a que no lo sabía con certeza—. Seremos ricos, trabajaremos para la SRV y esas cosas. Pero no podemos decir nada a nadie sobre esto. —Por algún motivo, no tuvo el valor de mencionar las amenazas, en absoluto veladas, que la agente Weber también había incluido. Aunque tampoco tenía la certeza de que fueran dirigidas a sus amigos.

—Reconozco que suena divertido, podría ser un reto interesante —dijo Sarah.

Michael estuvo de acuerdo. Un juego que dejaba de serlo era algo más importante que un juego. En ese instante se emocionó tanto que estuvo a punto de levantarse, dispuesto a entrar en acción.

Bryson debió de percibir la expresión de su cara.

—Para el carro, colega. Tenemos que estar seguros de esto.

—Lo sé —respondió Michael—. Yo lo estoy. —Y lo decía muy en serio.

Entonces ocurrió algo. Una sensación extraña se apoderó de pronto, del entorno, lo que aterrorizó

a Michael. Todo cuanto los rodeaba en el parque empezó a moverse con mucha lentitud, hasta casi arrastrarse, como una mosca atrapada en melaza.

Sarah levantaba una mano para ponerse un mechón de cabello detrás de la oreja. La boca de Bryson estaba ampliándose para dibujar una sonrisa, esa maliciosa, su forma de decir a todos que estaba de acuerdo y que se había comprometido. Las ramas de los árboles que tenía encima se mecían pausadamente. Un pájaro pasó volando, y Michael pudo ver cómo sus alas subían y luego bajaban. El aire se tornó más denso, cargado de una humedad sofocante.

Entonces todo desapareció con un destello de luz y fue reemplazado por estrellas que no paraban de girar y la risa de un loco.

5

El cuerpo de Michael había sido sometido a toda clase de movimientos imaginables dentro de la Red Virtual, y el ataúd, como siempre, conseguía que las sensaciones fueran lo más reales posible. Montañas rusas, aviones cayendo en picado, cohetes lanzados a otros universos a máxima velocidad y más caídas de las que podría contar. Sin embargo, en ese instante, fuera lo que fuera lo que estaba ocurriéndole, le dio la sensación de que el cuerpo iba a fragmentársele en cientos de pedazos. Se le revolvió el estómago y le estallaron en el cerebro una decena de dolores distintos. Y las estrellas no paraban de girar, y no sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados. Quedó desorientado, y de pronto se preguntó si el ataúd podría soportar tanta presión.

De forma repentina, aquella locura se detuvo. Michael sintió un apretón y le dieron arcadas, pero no llegó a vomitar. Volvió a respirar con normalidad y miró a su alrededor. Todo estaba paralizado y a oscuras, salvo por unas pequeñas luces que parpadeaban a lo lejos.

Había dos cuerpos junto a él. Apenas los veía —eran poco menos que sombras—, pero sabía que se trataba de Bryson y Sarah. Tenían que ser ellos.

Las luces empezaron a arremolinarse, luego se fusionaron, y se movían con más rapidez a medida que iban transcurriendo los segundos, formando, justo delante de ellos, una bola que iba haciéndose cada vez más grande y brillante, hasta que Michael prácticamente no pudo mirarla. Giraba como un cuerpo celeste, palpitando por la intensidad de su luz.

Michael y sus amigos —flotando, paralizados, en silencio— esperaron. Michael intentó hablar, pero no pudo. Intentó moverse, pero estaba inmovilizado. El miedo atenazó hasta la última célula de su cuerpo. Entonces una voz habló desde la cegadora bola de luz, haciéndola latir con cada palabra. Y fue terrorífico.

—Me llamo Kaine —dijo la voz—. Y lo veo todo.

6

Fuera lo que fuese lo que había paralizado a Michael, seguía sin liberarlo.

La escalofriante voz siguió hablando.

—¿De verdad creéis que no sé que la SRV está intentando detenerme? ¿Creéis que voy a permitir que ocurra algo en la Red Virtual que no beneficie mis intereses? Ahora este es mi reino y, al final,

solo los más audaces y más hábiles tendrán el honor de servirme. La SRV y los jugadores como vosotros seréis considerados de una insignificancia absoluta.

Michael se revolvió para intentar zafarse de la fuerza que lo retenía.

—No tenéis ni idea del poder que poseo —continuó la voz de Kaine—. Estoy avisando a todos los que intentan detenerme. No os lo advertiré dos veces. —La voz hizo una pausa—. Contemplad lo que os espera si no hacéis caso a mis advertencias.

La bola giratoria desapareció y fue sustituida por un rectángulo gigantesco semejante a una de esas pantallas en las que se proyectaban películas hacía décadas. Las imágenes aparecían como destellos en la pantalla a medida que esta iba ensanchándose y alargándose, hasta casi abarcar todo el campo visual de Michael.

Era como si hubiera sido introducido en la mente de un lunático: una ciudad de escombros, privada de color, con personas acuclilladas en los bordillos.

Varios hombres con la mandíbula caída en una sala llena de humo, como esperando a morir calcinados en vida, mientras las llamas se colaban por las rendijas de una puerta.

Una anciana en una mecedora, levantando una pistola con lentitud.

Dos adolescentes riendo, empujando a niños pequeños por un precipicio y mirando cómo caían.

Un hospital lleno de pacientes enclenques y de aspecto enfermizo, tras una puerta cerrada por fuera con una cadena, a cal y canto. Varias personas de rostro ojeroso rociando las paredes del edificio con gasolina y uno de ellos sacando un encendedor.

Las terroríficas escenas se sucedían, se proyectaban como destellos, una tras otra, tornándose cada vez más indescriptibles. A Michael le temblaba el cuerpo por el esfuerzo de zafarse. Aquello era peor que cualquier pesadilla de la que hubiera intentado despertar en toda su vida.

La voz de Kaine volvió a hablar, procedente de todas partes al mismo tiempo.

—Sabéis tan poco de lo que en realidad está ocurriendo… Sois unos niños en todos los sentidos de la palabra. Mentalmente, os espera todo esto y mucho más si seguís adelante.

Entonces terminó. Todo desapareció, y Michael volvió a encontrarse en el interior del ataúd. Pero le dolía la garganta, y se dio cuenta de que debía de haber estado gritando durante bastante tiempo.

4

Sin opción a opinar

1

Hasta ese momento, Michael había creído que lo del suicidio de Tanya había sido terrible, pero esta vez apenas tenía fuerzas para salir del ataúd. No se molestó siquiera en ponerse calzoncillos. Tembloroso, empapado en sudor, se desplomó sobre la cama. Una parte de su ser seguía flotando en el particular teatro sideral de Kaine, rodeado por los horrores que había vaticinado para Michael en un futuro. Que había vaticinado para su mente, significara lo que significara eso.

Eso le puso la piel de gallina. Tras una vida buscando experiencias cada vez más salvajes, se había metido en dos líos dentro de la Red Virtual que le hacían anhelar los días en los que todo era divertido, y no tan brutal. No le importaba lo que le ofreciera la SRV, ni con lo que lo amenazaran si no colaboraba. Ver a alguien arrancándose el núcleo delante de sus narices, y la visión del castigo que le infligiría Kaine si Michael lo buscaba, le habían hecho cambiar de opinión. ¿Y si ese tipo lograba dar con él aunque se encontrara en el Despertar? Michael jamás había tenido esa sensación de parálisis, de indefensión, ni dentro de la Red Virtual ni fuera de ella.

No sabía cómo cumplir con la misión que la Red Virtual le había encomendado. Disparar a alienígenas, rescatar a princesas de las garras de los goblins, enfrentarse al drama diario de *Sangre vital* y luego elevarse para ir a hacer los deberes era algo que estaba bien, y Bryson y Sarah siempre podían estar allí para hacerlo con él. Acababa de regresar a su vida normal y aburrida. No quería volver a cruzarse jamás con Kaine.

Con ese firme convencimiento, Michael logró, por fin, quedarse dormido.

2

A la mañana siguiente, un domingo triste y nublado en consonancia con el humor de Michael, Helga le hizo comer cereales para el desayuno, arguyendo que tenía dolor de cabeza. Él quiso decirle que ella no tenía ni idea de lo que era un dolor de cabeza. Tuvo ganas de contarle hasta el último detalle del momento tan entretenido que había pasado con Kaine el día anterior, y de preguntarle si creía que ese tipo de experiencia le parecía peor que un par de horas pasando la escoba, quitando el polvo con un trapo y estando entre cestos de ropa sucia.

Pero quería demasiado a Helga, y le avergonzó incluso el haberlo pensado.

Así que, en lugar de todo eso, le dijo que lo sentía mucho y se comió tres boles de los cereales que ella había dispuesto sobre la encimera. Luego se dio una ducha de agua caliente muy, pero que muy larga. Al cabo de un rato se sintió algo mejor; el recuerdo de su encuentro con el ciberterrorista empezó a desvanecerse, como si hubiera sido una desagradable pesadilla.

El resto del día lo pasó intentando olvidar todo. Corrió un par de kilómetros, se echó una siesta y tomó un almuerzo perfecto: bocadillos, patatas fritas y pepinillos. Al final se sentó en la silla para

mantener su inevitable conversación con Bryson y Sarah sobre las rarezas de Kaine. Cuando el audiopad proyectó la pantalla de red delante de Michael, ya había mensajes de sus dos amigos en el Boletín.

Parecía que todos estaban de acuerdo. Los juegos eran juegos, pero tratar con un tío psicótico que estaba aterrorizando a la gente y que no podía ser combatido por una organización tan poderosa como la SRV, bueno, en opinión de Michael, era algo muy distinto. Sus amigos admitieron que la oferta no había estado mal, pero… No, gracias. Kaine era demasiado peligroso y hacía que las amenazas de la SRV parecieran una nadería. La proeza de programación que había realizado para atraparlos resultaba inimaginable.

Cuando se preguntaron si Michael debía informar a la SRV sobre la decisión que había tomado con sus amigos, él supuso que no. No quería hablar con esa gente. Con suerte, las amenazas habrían sido un farol. A lo mejor habían planteado el mismo reto a una serie de jugadores, esperando que alguno accediera. Michael no pretendía averiguarlo, tenía cierto miedo de volver al Sueño, pero imaginaba que Kaine los dejaría en paz si no empezaban a meter las narices donde no debían. Siempre que hicieran caso de su advertencia.

Michael y sus amigos terminaron la conversación diciendo que se encontrarían más tarde en *Sangre vital*, que irían a jugar y dejarían atrás todo aquel asunto.

Sin embargo, las cosas no fueron tal como habían planeado cuando, al cabo de un rato, Michael se acomodó en el ataúd esa misma tarde. En lugar de sumergirse en la Red Virtual, lo único que vio fueron unas grandes letras negras:

ACCESO DENEGADO POR LA SRV

3

Le habían bloqueado el acceso.

Michael salió del ataúd y corrió hacia el sillón, intentó encender su auricular; no funcionaba. Corrió al sofá que estaba delante de la pantalla de pared y toqueteó los botones del mando a distancia. Nada. Oyó que Helga deambulaba por el piso, resoplando y resollando, intentando hacer llamadas. Sin embargo también los habían dejado sin cobertura de móvil. Michael regresó a la silla e intentó hackear, como pudo, la pantalla de red, pero no hubo forma.

Bloqueada. Por completo.

Lo único que pudo hacer fue meterse en la cama, quedarse ahí tumbado y mirar fijamente al techo, sintiéndose cada vez peor. ¿Cómo diantre se había metido en aquel lío? En cuestión de uno o dos días, la SRV se había apoderado de su vida y se había visto amenazado por un loco. Añoraba los días en que el colegio y algún que otro dolor de estómago eran lo único de lo que podía quejarse.

Cualquiera que acabara de conocerlo habría adivinado lo que iba a pensar a continuación. Sí, le habían enseñado algo más horrible que nada de lo que hubiera visto jamás, con sus ojos virtuales o reales, y le habían advertido de que ese sería su futuro si hacía lo que quería la SRV. No le cabía ninguna duda de que la Red Virtual podía programarse para que así fuera. Kaine estaba en lo cierto: cuando tenías el poder de hacer que alguien viera y experimentara cualquier cosa, había, sin duda, cosas peores que la muerte. Esa trinchera abismal había sido cavada justo delante de Michael.

A continuación alguien le había denegado el acceso, y eso sí que no podía soportarlo.

Lo que era más importante, las palabras de la agente Weber le obsesionaban ahora más que nunca. Lo había amenazado, a él y a su familia, y denegarle el acceso solamente era el principio de lo peor, que aún estaba por llegar. Michael tenía que aclarar las cosas. A lo mejor había renunciado al reto demasiado deprisa.

Se levantó de la cama y decidió dejar de lamentarse. Sabía que la SRV le daría otra oportunidad, había sido testigo de lo que intentaban combatir. Y si habían acudido a él en busca de ayuda significaba que estaban muy desesperados. Las atrocidades de la visión generada por Kaine empezaban a desvanecerse; el lado más sereno y racional de Michael había empezado a pensar que aquello no era muy distinto a cualquier otra experiencia de la Red Virtual. Nada de todo aquello era real; mientras tuviera cuidado, podría hacerlo. Durante sus años de vagabundeo por la Red Virtual, no había encontrado a nadie mejor que él en la codificación ni con mejores dotes de hacker, ni nadie que se hubiera acercado más a *Sangre vital profunda* con tanta rapidez. Kaine era bueno, pero, al fin y al cabo, solo era un jugador más.

Michael estaba listo para el reto y se sentía algo avergonzado de haberse amedrentado en un principio. ¿Cómo había podido pasar por alto las amenazas contra su familia?

Su vecina de al lado, la señora Perkins, estuvo a punto de sufrir un infarto cuando Michael aporreó su puerta. La abrió con los ojos como platos, con la mitad de la cara cubierta de una crema grasienta y una mano en el pecho.

—Bueno, Michael —dijo, entornando los ojos con gesto de asombro—. ¡Jesús, María y José! ¿Qué ocurre? Casi me da…

—Un infarto, ya lo sé. Escuche, necesito que me haga un favor.

La señora puso las manos en jarra.

—Bueno, pues me gustaría que fueras algo más educado, si eso es lo que quieres.

Michael adoraba a la señora Perkins. De todo corazón. Olía a talco para bebés y gel mentolado, y era la mujer más encantadora del planeta. No obstante, en ese preciso momento lo único que deseaba era apartarla del camino para llegar hasta su teléfono.

El chico se obligó a serenarse y dijo:

—Lo siento muchísimo. Es algo urgente.

—Disculpas aceptadas, corazón. ¿Qué puedo hacer por ti?

Por algún motivo, se dibujó una sonrisa en el rostro de Michael.

—¿Podría llamar a la oficina local de la SRV? Dígales que su vecino Michael le ha dicho que vuelve a participar. Dígales que encontraré lo que andan buscando.

4

Su acceso fue restablecido de inmediato. Supo por un mensaje en su tablón que Bryson y Sarah habían pasado por lo mismo y que se lo habían tomado con la misma seriedad que él. Las clases del lunes fueron lo más agonizante que Michael había tenido que padecer sentado en toda su vida, pero esa noche volvió a conectar con sus amigos, y resolvieron iniciar su investigación la tarde siguiente.

Estaban decididos a actuar con más cautela y discreción. Usarían sus habilidades para la codificación y sus dotes de hackers como jamás lo habían hecho. Michael imaginó que la SRV tendría

un motivo para haberlos escogido a sus amigos y a él, y agradeció que les recordasen la gran empresa que tenían por delante.

«Podemos hacerlo», se repetía. Una y otra vez.

5

El anciano

1

—Mientras vosotros os dedicabais a flipar —les dijo Bryson—, yo estaba instalando un localizador en el aura de Kaine. La próxima vez sabremos si se acerca.

Michael se encontraba sentado con él y con Sarah en la casa de un árbol, a las afueras de *Sangre vital*, un lugar que habían codificado, o construido, en secreto. Se trataba de un bosquecillo que, según creía Michael, ni siquiera los programadores del juego conocían.

—¿Ya nos has subido el localizador? —le preguntó Sarah. Se le daba bien conseguir que mantuvieran la concentración.

—Sí.

—Bien. Y creo que si usamos mi programa del Escondite y el de Capa y Espada de Michael, lograremos evitar a esa alimaña durante un tiempo.

—O al menos ir dos pasos por delante de él —añadió Michael.

Sarah y él habían colaborado en la creación de dos programas de enmascaramiento de datos que les habían resultado útiles en más de una ocasión.

Permanecieron en silencio durante un rato, entrecerrando los ojos y concentrándose en el acceso a los códigos fuente del mundo que los rodeaba. Michael encendió las pantallas y se conectó con sus amigos; compartieron códigos, instalaron los programas y se aseguraron de que estaba todo en red y listo para funcionar. Holgaba decir que tendrían que haber sido más avispados desde un principio, pero, en ese primer momento, les había parecido un juego inofensivo. Y eso, se dijo Michael, había sido una verdadera estupidez.

Cuando terminó de codificar, abrió los ojos y se los frotó; la vista siempre quedaba algo borrosa después de conectar con el código. Se puso de rodillas y miró por la ventana orientada hacia la parte del bosquecillo que conducía de vuelta a las zonas principales de *Sangre vital*. Pese a que esa zona más distante se veía borrosa, puesto que la programación era más mediocre, a Michael le gustaba. La casa del árbol que habían construido con sus propios trucos de programación era un refugio cálido y bien protegido, y por eso resultaba confortable y seguro. «Solamente me faltan unos calcetines de punto y una gorra de lana para ser, oficialmente, una abuelita», pensó con sonrisa avergonzada. Sin embargo, una parte de él todavía temía aquello en lo que estaban a punto de meterse. Una parte muy importante.

—¿Y ahora? —preguntó Bryson. La pregunta resultaba evidente.

—Por los jugadores de toda la vida —respondió Sarah—. Empezaremos por ellos.

Michael se recuperó del canguelo y dejó que su lado más aventurero tomara de nuevo las riendas.

—Desde luego —contestó al tiempo que se volvía y se sentaba de nuevo—. Esos abuelos del barrio comercial sabrán algo, si es que alguien sabe algo. Si les damos una cuantas fichas para el casino, no habrá quien los calle.

Sarah estaba asintiendo en silencio, pero tenía la mirada fija en la misma ventana por la que Michael estaba mirando. Jamás miraba a nadie a la cara cuando estaba muy concentrada.

—Intento recordar el nombre del barbero. Debe de tener mil años.

—Conozco a ese carcamal —dijo Bryson—. Recurrimos a él cuando necesitábamos la clave para la misión de Plutón. Ese tío necesita comprarse un programa de aliento mentolado. Tuve que estar respirando por la boca todo el rato; echaba una peste horrible.

Michael rio.

—Si tuvieras a todos los jugadores de la ciudad en la puerta de casa pidiéndote consejo, tú también harías lo posible por ponérselo difícil. Y, por cierto, se llama Cutter.

—Pues allí es adonde iremos —dijo Sarah—. Iremos a meter las narices.

2

El casco antiguo era el lugar más visitado de la Red Virtual, la Nueva York del mundo simulado. Y el barrio comercial siempre estaba hasta la bandera. Al principio a Michael le preocupaba quedar tan expuesto, pero, en cuanto estuvo allí, se dio cuenta de que resultaría más fácil confundirse entre la multitud y pasar desapercibidos si los vigilaban. Sobre todo con sus programas de ocultación mejorados y funcionando a pleno rendimiento.

Dos centros comerciales, cada uno de ellos con miles de tiendas, galerías, restaurantes, puntos para descarga de programas, bares recreativos y cualquier otro negocio que a uno se le ocurriera, flanqueaban una enorme explanada de varios kilómetros de largo. Además de los negocios había asombrosas fuentes, muñecos hinchables gigantescos y montañas rusas. Michael siempre había sido un consumidor compulsivo en ese lugar, como todo el mundo. Ese espacio se había ideado con dos objetivos: proporcionar entretenimiento y dejar a los clientes sin los ahorros de toda una vida. Las cosas solían costar lo mismo en el Sueño que en el Despertar, pero en el primero había muchas más alternativas. Sobre todo si uno sabía codificar.

Sarah tuvo que tirar de Bryson —por la oreja— unas cinco veces, para poder llegar al largo y estrecho callejón que estaban buscando. Este salía de la vasta explanada y conducía a una zona llamada Ciudad Sombría, con lugares menos convencionales, como salones donde realizaban tatuajes digitales y tiendas de empeño, dispuestos a lo largo de una calle adoquinada. Al verlos Michael tuvo la sensación de haber retrocedido varios cientos de años en el tiempo. Incluso vio pasar un caballo al trote.

—El local de ese tipo está por allí —dijo Sarah, señalando.

Ninguno de ellos había dicho gran cosa desde que habían dejado la explanada, y Michael sabía exactamente por qué. Allí había mucha menos gente, lo que significaba que si alguien estaba mirando Michael y sus amigos serían fácilmente localizables. El chico depositó toda su confianza en el localizador de Bryson, pues estaba seguro de que sabrían si Kaine había logrado esquivar los programas de enmascaramiento de datos y volvía a acercarse. De ser así, podrían buscar un portal y elevarse hasta el Despertar antes de que volviera a lanzarlos a la oscuridad abismal.

La tienda de Cutter tenía el apropiado nombre de Barbería del Viejo. No hacía falta ser un genio para saber que una persona en un mundo simulado no necesitaba cortarse el pelo, pero a la gente le iba otro rollo. Cuanto más parecido a la vida real, mejor. Un ochenta por ciento de las personas que

se encontraban en el Sueño se habían programado para tener pelo. Si tenías habilidad para la codificación y te morías por llevar coleta, podías acceder al código y programarlo en un pispás.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bryson cuando se detuvieron a escasos metros de la puerta del local—. ¿Entramos como si nada y empezamos a hacer preguntas a ese tío?

Michael se encogió de hombros.

—Apuesto a que se lo gasta todo en juego siempre que puede. Le programaremos un bono para el próximo torneo de póquer y no se callará hasta que nos larguemos, os lo aseguro.

—¿Y a quién va a pelar?

Sarah se echó la melena hacia atrás, como protegiéndose.

—A mí no. Creo que no es peluquero de mujeres.

—Despéinate un poco —le ordenó Michael a Bryson—. Estamos perdiendo el tiempo.

3

Había transcurrido al menos un año desde la última vez que Michael había ido a sacar información a Cutter —algo relacionado con un truco para un juego de artes marciales—, por eso había olvidado el aspecto tan peculiar del tipo. Si era posible que alguien hubiera programado su aura a semejanza de un trol, ese era Cutter. Y allí estaba, dando tijeretazos a la cabellera de un desconocido. Michael y sus amigos esperaron con paciencia hasta que a Bryson le llegó el turno de pasar por las tijeras.

La cabellera de Cutter no era más que un penacho de pelillos canosos, que se había peinado en forma de cortinilla para taparse la calva, llena de manchas rojas. Tenía más pelos asomándole por las orejas que en la cabeza. Era bajito, achaparrado y viejo, y con cada palabra que pronunciaba, Michael pensaba que se desplomaría en cualquier momento, muerto de viejo. Sorprendentemente a la mayoría de las personas les gustaba que su personalidad en la Red Virtual fuera un reflejo de su personalidad real, así que Michael podía imaginar cómo sería encontrarse a Cutter en el Despertar. Un momento para recordar, estaba seguro.

—Malditos mocosos, ¿qué hacéis ahí plantados, mirándonos como una bandada de buitres a una rata moribunda? —Movía los dedos con más rapidez de lo que hubiera imaginado Michael para un hombre de su edad; iba dando tijeretazo tras tijeretazo. Resultaba evidente que no estaba acostumbrado a que la gente lo mirase tan de cerca.

—Estamos aquí para algo más que donar pelo a su suelo —dijo Sarah, hablando con una firmeza que Michael no le había escuchado jamás.

—¡Oh!, ¿de veras? —preguntó y carraspeó. Michael imaginó que aquel hombre tenía más mocos en la garganta que un bebé con sinusitis—. Bueno, ¿por qué no me iluminas, jovencita?

Sarah se quedó mirando a su amigo, que era quien debía darle el pie. El chico se acercó a Cutter y susurró:

—Queremos información sobre un jugador llamado Kaine. Dicen que está preparando algo gordo… —Hizo una pausa, pues se le ocurrió, demasiado tarde, que debería haber mostrado algo más de respeto—. Esto… señor, por favor.

—Guárdate esos refinamientos para otro —le respondió Cutter.

A Michael le llegó el tufo de su aliento y tuvo que retroceder para no soltar una arcada.

Esperaba que el viejo siguiera hablando, que empezara a revelar lo que sabía, pero Cutter no

añadió nada más. No había dejado de dar ni un solo tijeretazo, y Bryson estaba empezando a quedar muy guapo.

Sarah lo intentó por su cuenta.

—¡Venga ya! Sabemos que todos los rumores del sueño acaban llegando hasta aquí, tarde o temprano. Díganos lo que sabe sobre Kaine y sobre dónde oculta sus secretos.

—O sobre dónde podemos averiguarlo —añadió Bryson.

Cutter soltó una risotada.

—Si sois tan listos, ya sabréis cómo se consigue la información por aquí. Lo único que he logrado hasta ahora es un dolor de cabeza y un puñado de pelos virtuales acumulándoseme en el suelo.

Por algún motivo, esa última frase hizo que Michael reaccionara sin pensar y dejó escapar una risilla nerviosa.

Cutter se quedó mirándolo.

—Ríete lo que te dé la gana. Yo no soy el que necesita algo. Lo último que recuerdo es que tú sí.

Sarah fulminó a Michael con su mirada castigadora, esa que solo las chicas saben lanzar.

—Lo sentimos, señor. De verdad. Está claro que no tenemos ni idea de cómo hacer esto. Nunca hemos hecho nada parecido.

Michael hizo una mueca de disgusto al oírlo; el hombre podía ser viejo, pero estaba claro que los recordaba. El chico metió baza para tapar la mentira.

—Podemos darle algo a cambio de la información. Un abono completo de fin de semana para el torneo de póquer del Casino. —Solo esperaba que sus padres no se percataran del dinero que les faltaría en la cuenta corriente.

Cutter le clavó los ojos; al fondo de la mirada del anciano Michael vislumbró una claridad que jamás había visto, y supo que lo habían conseguido.

—Incluyendo las copas —dijo el hombre—. Quiero barra libre, os lo advierto.

—Está bien —respondió Michael—. Y ahora, empiece a largar.

—Puede que no os guste lo que tengo, pero es lo mejor que he conseguido. Y vais a tener que confiar en mí cuando os diga que os estoy guiando por el camino correcto para encontrar lo que andáis buscando.

—Está bien —contestó Sarah—. Vamos a oírlo.

Cutter había dejado de cortar el pelo a Bryson, aunque Michael no podía recordar cuándo lo había hecho. Sacudió la espalda de la capa que su amigo llevaba puesta y luego se la quitó. Bryson dio las gracias a toda prisa y se levantó para colocarse junto a sus amigos, con la misma expresión expectante que Michael por saber lo que el barbero tenía que decir.

—A lo largo de estos años, me han llegado muchos rumores al local —explicó el anciano—. Pero vosotros preguntáis por la información más terrible que he escuchado en mis ocho décadas de vida.

Esto impacientó aún más a Michael.

—¿Y?

—Hay muchas noticias sobre el tal Kaine, que está por ahí, eso seguro. No planea nada bueno. Secuestros, lobotomías… Además dicen que hay un lugar donde esconde algo. No se sabe qué está ocultando ni dónde. Solo que es algo gordo.

—Todo eso ya lo sabemos —comentó Sarah—. ¿Cómo podemos encontrarlo a él o ese lugar? ¿Por dónde empezamos?

Cutter frunció los labios con un gesto que bien podría haber sido una sonrisa, aunque Michael no lo tenía muy claro. Parecía una mueca más bien.

—Será mejor que esa noche de póquer valga la pena, chavales, porque he contado a menos gente lo que estoy a punto de revelaros que dedos tengo en el pie derecho. Y perdí uno por culpa de un perro rabioso en Des Moines.

—¿Adónde vamos? —insistió Michael, con todos los músculos en tensión por la impaciencia.

Cutter se acercó a ellos, precedido por el hedor de su aliento, que flotaba en el ambiente, incluso antes de que volviera a hablar.

—Tenéis que ir al club Negro y Azul. Localizad a Ronika. Esa vieja bruja es la única que puede deciros cómo encontrarlo…

—¿Encontrar el qué? —respondieron los tres a la vez.

—Lo que os llevará hasta Kaine. —Cutter volvió a hacer ese gesto tan misterioso entre mueca y sonrisa, luego habló con un susurro ronco—. La senda.

Michael frunció el ceño. Eran dos sencillas palabras, pero la forma en que el hombre las había pronunciado le heló la sangre.

6

A través del suelo

1

Michael había oído hablar del club. Todo el mundo dentro de la Red Virtual había oído hablar del club Negro y Azul. Aunque, en realidad, jamás había conocido a nadie que hubiera estado allí, porque era imposible entrar, a menos que fueras muy rico, muy famoso o que estuvieras en lo más alto de la jerarquía criminal. O, por supuesto, que fueras político, lo que te convertía en todo lo anterior.

Michael y sus amigos no pertenecían a ninguna de esas categorías y, lo que era peor, eran adolescentes. Sus habilidades para la codificación eran lo bastante avanzadas como para darse una apariencia más adulta, y podían generar carnés falsos en menos tiempo de lo que Helga tardaba en preparar unos gofres. Sin embargo, todo el mundo intentaba entrar con malas artes en el Negro y Azul, y al club se le daba de maravilla descubrir las triquiñuelas.

Michael, Bryson y Sarah se quedaron en la acera de enfrente, observando a la gente que hacía cola en la entrada. Michael calculó que habrían gastado más dinero en las joyas y la ropa de diseño que llevaban de lo que la mayoría ganaba en un año. *Sangre vital* era el único lugar en la Red Virtual donde no todo el mundo podía tener el aspecto que quisiera. Para poseer objetos de lujo, había que ser lo bastante rico como para comprarlos en el mundo real y saber cómo relacionarse, flirtear o estafar, y así llegar hasta donde uno deseaba. O ser realmente bueno en la codificación y como hacker.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Bryson—. Yo no soy capaz ni de colarme en el vestuario de una tienda de ropa para chicas, mucho menos en el Negro y Azul.

Michael estaba estrujándose el cerebro.

—Esa tal Ronika no puede estar metida ahí dentro las veinticuatro horas. ¿Y si esperamos a que salga y luego la seguimos hasta su casa?

Sarah respondió con una especie de gruñido.

—Esa opción me da escalofríos, por no mencionar que no tenemos ni idea de cómo es. Además te olvidas de que esto no es el mundo real. Este podría ser perfectamente el único lugar al que va siempre durante el Sueño; podría sumergirse y elevarse directamente por un portal de la trastienda. Sobre todo, si es tan famosa como Cutter nos ha dicho. Y dudo de que sea una tangente, teniendo en cuenta el cargo que ocupa. Las clases directivas son siempre humanas.

Bryson suspiró con exageración.

—Si al menos tuviera cinco minutos para estar con ella… Se quedaría tan atontada con mis encantos que nos daría la información antes de poder reaccionar.

—Hummm… sin comentarios —dijo Michael.

En esa ocasión, Sarah soltó un gruñido en condiciones.

—Recuérdame otra vez por qué soy amiga tuya.

Michael prosiguió sin pausa:

—Escuchad, odio tener que decirlo, pero solo tenemos una oportunidad.

Bryson y Sarah lo miraron perplejos, aunque él sabía muy bien que estaban pensando lo mismo. Cometer abiertamente un acto delictivo siempre era el último recurso.

Con una sonrisa maliciosa, añadió:

—Habrá que entrar por un atajo.

2

Michael siempre había pensado que hackear un entorno simulado dentro de la Red Virtual sería muy parecido a colarse en un edificio en el Despertar. Eran necesarias planificación e inteligencia. Y, como en el mundo real, si dabas un paso en falso, podías acabar con los huesos en la cárcel, en caso de que la SRV te echara el guante.

—Poned cara de no ser sospechosos —les indicó—. Y seguidme.

—Tío, ¿por qué has dicho eso? —se quejó Bryson—. Ahora voy a parecer más culpable que nunca.

Tomaron un camino alternativo para llegar a la parte trasera del club. Se alejaron varios bloques de su destino con la esperanza de que, si alguien estaba mirándolos, no intuyera lo que planeaban. A medida que avanzaban, iban quedándose más callados, y Michael intentó iniciar una nueva conversación; el objetivo era parecer un grupo normal de amigos que habían salido a dar una vuelta.

—Sin ánimo de ofender, pero estoy un poco harto de oírte hablar de cómo cocina tu niñera —repuso Bryson al final cuando doblaron la última esquina; el club se encontraba a unos treinta metros —. Sobre todo, porque no la conozco y, seguramente, no voy a conocerla nunca.

Sarah se había situado en cabeza de la marcha, y Michael deseó que fuera una señal de que se sentía segura de lo que estaban a punto de hacer.

—No estaría mal vernos fuera de aquí, en casa de Michael —sugirió Sarah—. Entonces Helga podría prepararnos una de esas cosas de las que tanto fardas.

—¿Está buena Helga? —preguntó Bryson.

Michael se estremeció solo de pensarlo.

—Como mínimo tiene sesenta años. A lo mejor hasta setenta.

—¿Y? No has respondido a mi pregunta.

Sarah se detuvo y Michael estuvo a punto de arrollarla. Se encontraban a solo un par de bloques del club. Una pequeña puerta negra era lo único visible de la parte trasera del local. Incluso sin letrero, algo decía a Michael que ese, sin duda, era el Negro y Azul: dos tipos enormes, con la cabeza tan grande como el torso y sin cuello que los separase, apostados delante de la puerta, mirando fijamente a todo el que pasaba, como si llevaran días sin comer y les encantara el olor a carne humana cruda. Todo club tenía sus gorilas, pero el aspecto de esos era monstruoso.

—Esto debería ser fácil —murmuró Bryson.

Sarah se volvió de golpe y susurró que dejaran de mirar en dirección al club.

Algo en la expresión de la chica impulsó a Michael a escucharla.

—¿Qué estás maquinando?

—No puedo ni imaginar con qué tipo de cortafuegos está protegido el entorno de este sitio. ¿Podemos hackearlos? Claro. Pero, al llegar a esta calle, se me ha ocurrido algo. —Se arriesgó a echar un rápido vistazo a los matones—. Creo que podemos entrar sin usar un atajo.

La expresión de Bryson reflejó exactamente lo que sentía Michael.

—¿De veras? —preguntó—. ¿Y cómo planeas pasar por delante de esos encantadores asesinos en serie de la puerta?

Sarah se limitó a entornar los ojos.

—Hablo en serio. No tenemos que hackear nada para entrar al club, solo necesitamos hackear a los gorilas. Acceder a sus archivos personales. Luego entraremos tranquilamente por la puerta.

Siguió explicando los detalles, y Michael recordó por qué le gustaba tanto esa chica. Debía de ser la más lista de la historia.

3

Tardaron cuarenta y tres minutos en conseguirlo.

Los tres se sentaron con la espalda apoyada en la pared y se conectaron en red para analizar la programación. A Michael le encantaba el proceso: cerraba los ojos y se concentraba en el ataúd para acceder a los elementos esenciales de la misma Red Virtual, al código fuente de todo cuanto habían visto a su alrededor. Hacía falta instinto y mucha experiencia para llevarlo a cabo en colaboración con otros, pero a sus amigos y a él se les daba muy bien. Era otra de las razones por las que congeniaban.

En cuanto aislaron el código de los dos gorilas, accedieron a sus programas y descargaron un par de archivos personales de esos tipos a sus propios sistemas. Luego volvieron a sumergirse en sus auras de la Red Virtual. Lo que habían planeado era un gran farol, pues parecía una alternativa más rápida que intentar superar todos los cortafuegos del club, que debían de ser muchos.

Cuando Michael volvió a abrir los ojos, sintió que el sudor le corría por su rostro simulado. Habían traspasado, con mucho, los límites legales de la manipulación de código, y estaban a punto de ir incluso más lejos. Con tan poca planificación, el chico sabía que el riesgo que corrían era demasiado elevado como para estar tranquilo.

Sarah se levantó de golpe.

—Vamos a darnos prisa antes de que se den cuenta de que hemos hecho algo.

Sus amigos se levantaron como pudieron para seguirla, y cuando se acercaban a los mastodontes que vigilaban la puerta trasera del Negro y Azul, a Michael lo asaltó un pensamiento repentino aunque reconfortante: la SRV les había pedido que lo hicieran. Tal vez les concedieran cierto margen para hacer cosas que «técnicamente» violaban la ley.

El matón de la izquierda fue el primero en verlos; miró a los tres adolescentes que se acercaban con expresión muy divertida. Sabía que le habían echado el ojo y seguramente se relamía ante la posibilidad de negarse a otro torpe intento de acceso al club. Se hizo crujir los nudillos y soltó una risotada socarrona al tiempo que propinaba un codazo a su compañero.

—Hazlo tú —susurró Michael a Sarah, pues se puso nervioso de pronto—. Ha sido idea tuya.

—Amén —añadió Bryson.

Se detuvieron a escasos metros de los gorilas. El que estaba a la derecha se sumó a su compañero para mirarlos.

—Dejad que adivine —dijo el de la izquierda. Michael vio que ambos hombres eran prácticamente idénticos—. ¿Queréis ofrecernos una piruleta para que os dejemos entrar a jugar? ¿Unos conejitos de gominola?

Su compañero soltó una risotada, como el restallido de un trueno.

—No perdáis el tiempo, chavales. Id a los recreativos a matar marcianitos. O al club de adolescentes que está al final de la calle. No os queremos ver la jeta por aquí.

Michael no podía creer lo nervioso que estaba. Había hecho un montón de locuras, pero ahora que se jugaba tanto, le temblaban las rodillas. Sarah, no obstante, parecía sentirse como pez en el agua.

—Os hemos robado el código —soltó, con tanta serenidad que asustó un poco a Michael—. Ahora mismo envío las pruebas. —Cerró los ojos durante unos breves instantes mientras enviaba los pocos archivos que habían robado, y luego lanzó una desagradable mirada a los gorilas. El farol estaba en marcha.

El hombre de la izquierda se quedó paralizado y abrió los ojos como platos; su compañero retrocedió, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Acabaréis con los huesos en la cárcel por esto —les espetó—. Apuesto a que hay alguien derribando la puerta de vuestra casa mientras hablamos.

—Ese es nuestro problema —respondió Sarah—. Ahora voy a empezar la cuenta atrás. Cuando llegue a cinco, enviaré unos cuantos rumores muy interesantes, que hemos rescatado del vertedero que es vuestro banco de datos, a todas las personas de vuestras listas de contactos. Si llego hasta diez, empezaremos a borrar cosas que no querríais que se borrasen.

—¡Mientes! —replicó el hombre situado a la derecha—. Y seré yo el que cuente. Cuando llegue a dos, empezaré a repartir puñetazos como loco. O a lo mejor empiezo a hackearos.

—Uno —dijo Sarah en voz baja—. Dos.

El gorila de la izquierda estaba poniéndose cada vez más nervioso.

—No te atreverás. ¡No puedes acceder a nuestra información personal!

—Tres. Cuatro. —Se volvió hacia Michael, que permanecía callado. En realidad estaba disfrutando del espectáculo—. Prepara la lista de distribución.

—La tengo —dijo él, intentando no reírse a toda costa.

Una vez más, Sarah miró de frente a los gorilas.

—Cin…

—¡Espera! —gritó el hombre de la derecha—. ¡Para!

—Os dejaremos entrar —anunció su compañero—. ¡Me importa una mierda! Pero tenéis que parecer mayores o nos buscaréis un problema.

—Está bien —respondió Sarah—. Vamos, chicos.

—Tío —dijo Bryson a uno de los hombres cuando pasaban por delante de él—. Después de lo que acabo de ver en tus archivos, espero que nunca tengas hijos.

4

El club Negro y Azul era prácticamente como Michael lo había imaginado, solo que un poco más ruidoso y más caluroso, y con tanta belleza humana que sabía que jamás vería nada igual en el mundo real. La música reventaba los tímpanos, retumbaba y bramaba desde unos gigantescos altavoces colgados del techo, y las luces estroboscópicas emitían destellos que cegaban al personal. Un resplandor rojo envolvía el ambiente, se proyectaba sobre las personas que bailaban, daban vueltas y

saltaban sobre el suelo. El calor corporal inundaba la atmósfera, cálida y sofocante. Mirase a donde mirase, Michael no veía más que perfección. Peinados perfectos, atuendos perfectos, musculaturas perfectas, piernas perfectas.

«No son mi tipo», pensó sonriendo. Él prefería a las chicas normalitas, despeinadas y con restos de patatas fritas en la blusa.

—Vamos a dar una vuelta, ¡a encontrar a esa mujer! —gritó a los otros dos. Se preguntó si la aplicación para la lectura de labios era algo que se descargaban con frecuencia los habituales del local; no podía oírse ni a sí mismo.

Bryson y Sarah se limitaron a asentir en silencio. Empezaron a abrirse paso entre las hordas de guapos clientes.

El palpitante ritmo del bajo martilleaba como el yunque de un herrero la cabeza de Michael: martillazo, tras martillazo, tras martillazo. No lograba recordar si ya tenía dolor de cabeza antes de colarse en las narices de los gorilas, pero sin duda en ese momento sí lo sentía. Resultaba imposible moverse entre la gente que botaba, con esos brazos sudorosos rozando los suyos. Se encontró bailando sin pretenderlo mientras avanzaba, y Sarah parecía mortificada ante su falta de talento.

Pese a que pronunció la frase: «Qué mono eres», entornó los ojos al hacerlo.

Una marea de personas. Un ruido atronador y constante. Luces que los desorientaban. Y ese ritmo imparable. Michael ya estaba harto. Pero tenían que encontrar a esa persona llamada Ronika, quien, supuestamente, lo sabía todo. ¿Cómo iban a localizar a alguien en un sitio así?

Michael echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que Bryson y Sarah ya no estaban a su lado. Presa de un pánico repentino, se volvió de golpe y giró sobre sí mismo para localizarlos, llamándolos por sus nombres sin resultado. Estaba nervioso —se habían colado de forma ilegal, y eso lo inquietaba—, y que sus amigos hubieran desaparecido tan pronto era algo malo. Se detuvo y alguien lo empujó por detrás; recibió un codazo en el cuello. A pesar de la música ensordecedora, oyó la risa de una mujer.

Entonces cayó a través del suelo.

5

No cayó a través de una trampilla. Y el suelo no se había hundido. Fue como si, a pesar de que todo cuanto lo rodeaba continuaba ahí, su cuerpo se hubiera tornado inmaterial y translúcido, y se hubiera hundido, mientras la gente que bailaba a su alrededor ascendía hasta el cielo. Michael miró a toda prisa hacia abajo y contempló cómo sus piernas y su torso atravesaban las relucientes baldosas negras, como si fuera un fantasma.

Cuando su cabeza atravesó el suelo, cerró los ojos de forma instintiva y, al abrirlos de nuevo, apareció en una habitación en penumbra elegantemente amueblada. Se vio rodeado de sofás de cuero con botones, paneles de madera de caoba y lámparas de cristal tallado, y sus pies aterrizaron con suavidad sobre una lujosa alfombra persa. Bryson y Sarah se encontraban cerca, mirando a Michael como si hubiera llegado tarde a una fiesta. Sin embargo no había nadie más en aquella habitación.

—Hummm… ¿Qué acaba de ocurrir? —preguntó Michael. Ver a sus amigos lo reconfortó, aunque acabara de atravesar el suelo.

—Lo que ha ocurrido es que algo nos ha arrastrado hasta aquí —respondió Bryson—. Y eso

significa que, a lo mejor, no nos hemos colado en el club con tanto disimulo como creíamos.

—¿Hola? —dijo Sarah—. ¿Quién nos ha traído hasta aquí?

Una puerta se abrió de golpe al fondo y proyectó un haz de luz que se desplegó en abanico sobre el suelo. Entró una mujer, y la única palabra que se le ocurrió a Michael para describirla fue: «¡Guau!». Ni guapa ni sexy ni vieja ni joven ni nada parecido. Le resultaba imposible adivinar qué edad tenía o tan siquiera decir si era fea o guapa. Pero su elegante vestido negro, su pelo canoso, su rostro inteligente… toda ella rezumaba autoridad.

Michael rogó que Bryson no dijera ninguna estupidez.

—Sentaos —indicó la mujer mientras se acercaba a ellos—. Debo decir que estoy impresionada por el farol que os habéis marcado ahí fuera, aunque los dos idiotas que han picado ya han sido despedidos. —Se sentó en un sillón de cuero con botones y cruzó las piernas—. He dicho que os sentéis.

Michael se dio cuenta de que los tres se habían quedado mirándola con la boca ligeramente abierta. Avergonzado, avanzó a toda prisa hacia el sillón situado a la derecha de la mujer y se sentó en el preciso instante en que Bryson y Sarah se acomodaban en el de la izquierda.

—Supongo que ya sabéis quién soy —dijo la mujer.

Michael no sabía si estaba enfadada o molesta. Jamás había percibido tanta neutralidad en la voz de alguien.

—Ronika —respondió Sarah con un susurro reverente.

—Sí, me llamo Ronika. —Fue dirigiendo su fría mirada a cada uno de ellos, uno por uno, y Michael quedó fascinado—. Estáis sentados en esta sala solamente por un motivo: tengo curiosidad. Vuestra edad y vuestro pasado no me dan ninguna pista de por qué estáis aquí. A juzgar por el rato que habéis pasado dando tumbos por ahí arriba, no estáis aquí para bailar.

—¿Cómo ha…? —Michael se calló antes de hacer la pregunta más idiota de toda su vida.

Estaba claro que esa mujer tenía los medios para averiguarlo todo sobre ellos. Sus dotes de hacker eran, sin duda, diez veces mejores que las de Michael. Nadie llega a ser dueño de un club, ni mucho menos de uno como el Negro y Azul, sin talento y un montón de dinero.

La mujer se limitó a mirarlo con las cejas enarcadas, lo cual constituía respuesta suficiente. Prosiguió:

—Quiero dejar algo claro: la reputación del Negro y Azul en la Red Virtual no es casualidad. Las personas que han intentado hacer lo que habéis hecho hoy han acabado en hospitales e incluso en manicomios. Responded a mis preguntas. Sed sinceros y os irá bien. Pero, os lo advierto, detesto el sarcasmo.

Michael cruzó una mirada con Sarah. Ella había conseguido que entraran; Michael sabía que en ese momento le tocaba a él. Daba la sensación de que Bryson siempre se iba de rositas.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó Ronika.

Michael carraspeó y se juró que no iba a permitir que la mujer se percatara de lo mucho que lo intimidaba.

—Nos dijeron que viniéramos porque buscamos información.

—¿Quién os envía?

—Un viejo barbero de Ciudad Sombría.

—Cutter.

—Sí, el mismo. —Michael estuvo a punto de bromear sobre el mal aliento del viejo, pero se contuvo.

Ronika hizo una breve pausa.

—Creo que ya conocía la respuesta a esa pregunta, pero ¿qué es lo que buscáis?

—Estamos buscando a Kaine. El jugador. —Michael supuso que bastaría con eso, aunque prosiguió—: Cutter mencionó algo sobre la «senda».

Bryson se levantó de pronto, con las manos en las sienes, y los ojos cerrados con fuerza.

—¡Oh, mierda! ¡Oh, mierda!

A Michael le dio un vuelco el corazón. Aquello no podía ser bueno.

—¿Qué? —preguntó Sarah.

Bryson dejó caer los brazos y abrió los ojos. Miró a Ronika.

—Mi localizador acaba de encenderse. Kaine sabe que estamos aquí. Está cerca.

Ronika no se inmutó en absoluto.

—Claro que está cerca —afirmó.

7

Negro y Azul

1

Todos se quedaron mirando a la mujer, a la espera de una explicación. Michael quería levantarse y salir corriendo, pero, si lo hacía, era posible que no volvieran a tener otra oportunidad de obtener información.

—Ha estado aquí antes —informó la mujer—. Os aseguro que mis cortafuegos son seguros. Ese hombre no se atrevería a contrariarme, teniendo en cuenta que salvé a… a uno de sus más preciados… tangentes de la decadencia.

Esas extrañas pausas estuvieron a punto de conseguir que Michael olvidara el peligro que corrían. Sabía que todos los tangentes acababan sufriendo la decadencia: un programa de inteligencia artificial tan complejo y tan similar a la vida misma, con un intelecto tan realista, no podía durar para siempre sin que su propia existencia entrase en contradicción con sus instintos. Las investigaciones demostraban que la decadencia afectaba, en un principio, a elementos básicos de la vida del tangente; estos desaparecían sin motivo aparente, y su memoria artificial perdía la capacidad de «rellenar los espacios en blanco». A continuación el tangente empezaba a sufrir extraños síntomas «físicos». Estos síntomas variaban dependiendo de cada individuo. Pero, en cuanto estos indicios se intensificaban, los jugadores tenían claro que los programadores los eliminarían. Los matarían.

La voz de Ronika hizo que Michael regresara al presente.

—… No habría sobrevivido tanto tiempo de no haber sido porque le limpié el código y, básicamente, hice renacer al preciado tangente de Kaine. No es algo fácil de conseguir sin borrar la memoria, por no hablar de que es totalmente ilegal. Kaine me lo debe. Se supone que pasó años desarrollando ese programa en concreto. Por aquel entonces yo no sabía lo que ahora sé sobre él, pero seguramente lo habría hecho de todas formas. Siempre conviene tener amigos, y enemigos, que estén en deuda contigo.

—Kaine no parece el tipo de persona al que importe traicionar a una vieja amiga —comentó Michael—. Además está reteniendo a gente dentro del Sueño. Es un hombre despiadado; no creo que debamos quedarnos para ver lo que trama.

Ronika miró con detenimiento a Michael.

—Entonces os invito a partir.

—De todas formas, si son amigos, ella no va a ayudarnos —intervino Bryson.

—¿«Amigos»? —repitió Ronika, pronunciando la palabra como si el concepto le resultara desconocido—. Me pagó una cantidad ridícula de dinero. No soy amiga de ningún jugador. Solo socia. Lo único que estoy diciendo es que lo que hice por él requería un talento muy particular, y yo lo tengo. Kaine no va a arriesgar la posibilidad de volver a recurrir a ese talento en un futuro.

Michael no se sintió más seguro, pero había llegado el momento de suplicar. Al parecer Sarah tuvo la misma idea.

—Mire —dijo—. Nosotros no tenemos tanto dinero. ¿Hay alguna forma de obtener su información?

Una fugaz sonrisa irónica afloró en el rostro de Ronika.

—Hay un montón de cosas más valiosas que el dinero. El hecho de que estéis sentados aquí dice mucho sobre vosotros. Lo único que quiero a cambio de las respuestas a vuestras preguntas es un sencillo favor.

Parecía demasiado bueno para ser cierto. Michael llevaba jugando el tiempo suficiente como para saber que había un millón de cosas terribles que podía ordenarles.

—¿Qué favor? —preguntó, dubitativo.

La sonrisa no se había borrado del rostro de la mujer.

—¡Oh!, todavía no puedo decirlo. Os lo diré cuando lo necesite.

Michael no tenía ni idea de cómo se las apañaba esa mujer para decir cosas tan inofensivas y hacer que sonaran tan amenazantes. Con todo se dio cuenta de que, al mismo tiempo, le gustaba.

—Trato hecho —soltó Bryson, sin molestarse en consultar antes con sus amigos.

Pero Michael no tuvo el valor de quejarse; en realidad, no tenían más alternativa que aceptar.

—¿Y vosotros dos? —preguntó Ronika, mirando a Sarah y luego a Michael.

Ambos asintieron con la cabeza.

—Pero debemos darnos prisa —advirtió Bryson—. El localizador está parpadeando y quiero largarme de aquí.

Michael no necesitaba sopesar las opciones.

—Está bien —dijo Ronika, aparentemente satisfecha con el acuerdo al que habían llegado—. Hacedme las preguntas.

2

Michael había metido a sus amigos en aquel lío, así que él se encargó de la entrevista, a pesar de las ganas que tenía de salir corriendo. No podían haber llegado hasta tan lejos y marcharse con las manos vacías. Decidió ser rápido e ir al grano. Y aunque hubieran ido a preguntar específicamente sobre la senda, iba a averiguar tanto como pudiera.

—Kaine —empezó a decir—. ¿Ha escuchado algo relacionado con él, algo secreto, oculto en lo más profundo de la Red Virtual?

—Sí.

Michael intentó no parecer muy impaciente.

—¿Algún detalle?

Ronika permaneció impávida.

—Casi nada. Pero está claro que algo gordo va a ocurrir.

—Su tranquilidad estaba volviendo loco a Michael, que no lograba adivinar si sabía más de lo que estaba contando.

—Cutter ha dicho que es algo relacionado con una senda.

La mujer asintió.

—Sí. La Senda. Con mayúscula. No tengo ni idea de cómo se entera ese hombre de estas cosas.

—¿Qué es la Senda? —preguntó Sarah.

Ronika no dudó ni un instante, lo que dio a Michael la seguridad de que estaba diciendo la verdad.

—Es la única forma de llegar hasta el Desfiladero Consagrado, un lugar oculto en lo más hondo del Sueño, al igual que Kaine y la Senda. Desfiladero Consagrado también se escribe con mayúsculas. Allí es donde Kaine lo maquina todo. Resulta casi imposible llegar hasta allí. Y dicen que está protegido por varias capas de medidas de seguridad inviolables. Sin embargo, como ya creo que sabéis, siempre hay una forma de entrar. Siempre.

—«La Senda» —repitió Michael.

Ronika asintió.

—«La Senda».

Michael advirtió que Bryson sacudía una rodilla arriba y abajo, con nerviosismo.

—¿Está más cerca? —le preguntó Michael.

—Está casi en la puerta de esta habitación, tío. —Bryson miró al techo, muerto de preocupación —. Tenemos que irnos.

—Os irá bien —dijo Ronika. Aunque, por primera vez desde que habían llegado, Michael percibió una ligera vacilación en su voz—. Solo puedo deciros por dónde empezar. Nunca he estado en la Senda, y no tengo ningún interés en hacerlo.

Michael se inclinó hacia delante para acercarse a ella, muy emocionado por haber conseguido información valiosa.

—Está bien, ¿adónde vamos?

—¿Habéis jugado alguna vez a *Demonios de la Destrucción*?

Michael negó con la cabeza. *Demonios de la Destrucción* era un juego de guerra bastante tontorrón al que solo jugaban los viejos.

—Nunca he querido jugar.

—Porque ese juego es un asco —soltó Bryson—. No me extraña que todo empiece ahí; así nadie lo descubre. Hay que estar muy desesperado y aburrido para jugar a eso.

Ronika parecía algo más tensa. Estaba nerviosa, y ellos lo percibieron en su voz.

—Hay una trinchera en la zona central del campo de batalla, un punto débil en el código. Si lográis hackear el programa para entrar por ese punto, encontraréis el portal hacia la Senda. Eso es todo lo que sé. —La mujer se levantó—. Ahora que hemos acabado, por favor, no olvidéis vuestra deuda. Me la cobraré en algún momento.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Michael, al tiempo que él también se levantaba.

La mujer entrecerró los ojos.

—Puede que me haya confiado demasiado a la hora de valorar nuestra seguridad.

Mientras ella hablaba, Michael oyó uno de los sonidos más espantosos de toda su vida.

3

Se trataba de algo sobrenatural, entre un chirrido agudo y un aullido. Un grito que parecía imposible de tan estridente, discordante y penetrante. Michael se tapó los oídos con las manos y cerró con fuerza los ojos. Solo quería que parase.

Durante lo que tuvo que ser un minuto entero, el ruido le retumbó en el cuerpo. Luego terminó.

Michael abrió los ojos y, vacilante, bajó las manos. Sarah y Bryson estaban blancos como el

papel, con cara de hallarse a punto de vomitar. Incluso Ronika había dejado de ser la viva imagen de la serenidad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Bryson jadeante.

—Lo que ha identificado tu localizador no era a Kaine —respondió Ronika—. Kane ha enviado… otra cosa.

Empezó a oírse un rumor grave, que parecía proceder de todas partes al mismo tiempo; hizo temblar la habitación donde se encontraban, hasta dar paso a un largo lapso de silencio. Los cuatro se quedaron paralizados. A Michael le avergonzaba reconocerlo, pero estaba esperando que Ronika les dijera qué hacer.

El chirrido volvió a invadir la atmósfera, penetrante y brutal. Michael se dejó caer de nuevo en el sillón y se tapó los oídos con las manos. El ruido se acalló antes esta vez, y el chico se levantó como pudo, ya no estaba dispuesto a seguir confiando en su anfitriona.

—Vamos —dijo, señalando la puerta por la que había entrado Ronika—. Larguémonos de aq…

Un nuevo estallido del horrible grito interrumpió sus palabras, pero Bryson y Sarah captaron el mensaje. Empezaron a avanzar hacia la salida, si bien un ruido similar a la rotura de una rama hizo que Michael diera un traspiés. Se volvió justo a tiempo de contemplar cómo una mano fantasmal, el doble de grande que la de un humano, derribaba la pared y lanzaba enormes fragmentos de madera volando por los aires. Michael se agachó para esquivar los proyectiles antes de poder ver todo con más claridad. Los gigantescos dedos estaban iluminados por un destello de luz amarillenta procedente de su interior.

Michael se dejó caer de rodillas en la alfombra y se protegió la cabeza con los brazos. Oyó el chirrido de unas uñas o unas garras arañando la madera del otro lado de la pared y un par de jadeos monstruosos.

Ronika se puso en acción.

—¡Rápido, seguidme!

Michael no perdió ni un segundo. Ronika echó a correr hacia la puerta, pero algo retumbó una vez más del otro lado, y volvió a retumbar. La puerta tembló en el marco. La mujer cambió de dirección y, de pronto, cayó al suelo en un rincón de la habitación. Michael se acercó para ayudarla antes de darse cuenta de que estaba haciendo girar un panel secreto en la pared. La mujer entró a gatas por un espacio alargado, y el chico también se puso a cuatro patas para seguirla hasta la oscuridad. Bryson y Sarah se metieron como pudieron por el angosto hueco, para lo que empujaron a Michael, presionándolo contra Ronika.

—Cerrad —susurró ella—. Deprisa.

Bryson obedeció y tiró de la portezuela secreta para volver a dejarla como estaba.

Tenían el espacio justo para moverse hasta sentarse, con la espalda pegada a la pared, uno junto a otro. Michael rozaba el techo con el pelo. Antes de que ninguno de ellos tuviera la oportunidad de hablar, Ronika cerró los ojos con fuerza y una pantalla apareció en el aire, suspendida a la altura de su regazo, antes de pasar flotando hasta la pared que tenían delante. En la imagen se veía la habitación de la que acababan de huir.

Mientras Michael miraba, salió algo disparado por el agujero que la extraña mano había abierto en el muro. Una silueta oscura, como de lobo, con el contorno borroso, atravesó de un salto la madera astillada y aterrizó en el suelo embaldosado, con unos ojos amarillos y brillantes en la cabeza gris.

Otras tres criaturas sombrías atravesaron la pared de un salto por detrás de la primera, y cada una de ellas se dirigió corriendo hacia un rincón de la habitación. Las cuatro paredes de la sala estaban en penumbra, y Michael observó, con creciente espanto, cómo las criaturas desaparecían entre las sombras de cada rincón, fundiéndose con la oscuridad, hasta que solo resultaron visibles los puntos de intensa luz amarilla.

Puesto que no contaban con un portal por el que elevarse de regreso al Despertar, Michael no tenía ni idea de qué hacer. ¿Qué eran esos seres? Jamás había visto nada parecido en el Sueño. ¿Y por qué se quedaban ahí, agazapados?

Ronika se volvió para mirar a Michael y a sus amigos, y ellos esperaron a que hablara. La mujer había dicho que Kaine había enviado «otra cosa» al Negro y Azul, así que Michael esperaba que ella supiera de qué se trataba.

—¿Y bien? —le preguntó Bryson finalmente, con un susurro grave.

Ronika lo observó de forma penetrante; luego respondió la pregunta que las palabras del chico llevaban implícita.

—Son KillSims. Y estamos metidos en un buen lío.

4

Michael jamás había oído hablar de los KillSims antes de que Tanya usara el término en un momento que ahora le parecía a años luz. Sin embargo, aquellas palabras le erizaron el vello de los brazos.

—¿Qué son?

—Una creación de Kaine, según los últimos rumores. —Ronika observó la pantalla. Seguía sin haber movimiento en la habitación, solo sombras oscuras y ojos amarillos—. Son una versión de la antimateria para la Red Virtual. «Antiprogramación» sería el término más ajustado. Si logran morderte y se aferran a ti, literalmente, succionan tu vida virtual y la envían a un abismo digital que solo Dios sabe dónde está. Uno vuelve a elevarse hasta llegar a su ataúd en el Despertar y queda destrozado, tiene que empezar de cero. Incluso te provocan lesiones cerebrales en el mundo real, que es lo que tal vez les haya ocurrido a esas personas de las que habéis hablado antes.

Michael sintió un nuevo escalofrío. Se encogió de dolor cuando un rugido grave llegó desde el otro lado de la puerta secreta, pero no se percibió movimiento alguno en la pantalla. El ruido no parecía emitido por un animal corriente. Se trataba de un sonido similar a una grabación o a un audio digital. Michael se preparó para lo peor, preguntándose qué horrible estruendo les llegaría a continuación, pero no se oyó nada.

—¿Por qué no nos atacan? —preguntó Sarah entre susurros—. Tienen que saber que nos hemos metido aquí dentro.

—Pues yo no pienso quejarme —murmuró Bryson.

Ronika habló en voz tan baja que Michael tuvo que inclinarse hacia delante para oírla.

—Supongo que Kaine tenía intención de acorralarnos. Y ahora estamos más arrinconados de lo que él hubiera imaginado. A lo mejor está de camino hacia aquí, intentando traspasar los cortafuegos.

—¿Cómo nos enfrentamos a esos seres? —preguntó Bryson—. ¿Sabes algo sobre ellos?

Esta última palabra apenas había sido pronunciada cuando el aullido estridente volvió a desgarrar la atmósfera.

En cuanto se silenció, Ronika respondió.

—No tengo ni idea —dijo, con un tono desprovisto de toda esperanza.

Lo único que les quedaba era que Michael cogiera las riendas.

—Escucha, Ronika, está claro que han venido a por nosotros. Pero no podemos quedarnos aquí sentados todo el día; estamos esperando a que Kaine se presente, y acabará encontrándonos. Tú quédate aquí mientras nosotros intentamos llegar a la puerta.

—No —replicó ella—. No pienso dejaros hasta que estemos todos a salvo.

Ese instinto protector sorprendió a Michael.

—Está bien, pero sabes tan bien como yo que esto solo puede empeorar. Sobre todo si se presenta Kaine.

—¿Y cómo esperas combatir a esos seres cuando se echen sobre nosotros? —preguntó Bryson.

—No dejéis que os muerdan —respondió Sarah.

Ronika señaló la pantalla.

—Solo hay que llegar hasta la escalera que está al otro lado de la puerta. De alguna forma, Kaine me ha bloqueado el acceso a la conexión con mi destacamento de seguridad. Pero, en cuanto estemos al final de la escalera y hayamos llegado al centro del club, mis gorilas se presentarán en masa y podrán incluso con los KillSims.

—Está bien. Entonces, a la puerta —concluyó Michael—. Y subamos por la escalera. Ningún problema. —Aunque la verdad era que el terror lo atenazaba por dentro y le dificultaba la respiración.

—Debemos permanecer unidos —añadió Sarah—. Ser una piña.

Michael se puso a cuatro patas, listo para pasar gateando por la puerta secreta.

—Bryson, tú eres el que está más cerca, así que tendrás que ser el primero.

—¡Y qué más!

Michael sabía que Bryson estaba de guasa, aunque tenía razón. Él no debía ser el primero. Michael se abrió paso para adelantar a Sarah y a Bryson, y llegar hasta la salida.

—No, yo os he metido en este lío —declaró—. Yo iré primero.

—Pero, si mueres, me sentiré mal —bromeó Bryson, gimoteando.

A Michael le gustó que su amigo intentara conservar el sentido del humor.

—Pues tendrás que vivir con esa carga.

5

En cuanto estuvieron colocados en fila por detrás de Michael, él empujó, poco a poco, el angosto panel de madera para abrirlo. Algo similar al fulgor de una vela inundó la habitación en penumbra, lo que hizo que todo se tornase etéreo y cálido. Transmitía sensación de paz, pero Michael sabía la verdad: la violencia se ocultaba detrás de cada sombra.

Se quedó observando con detenimiento la pared que tenían delante. No lograba distinguir ninguna silueta en concreto; aparte de aquellos ojos amarillos, solo se veían sombras y más sombras. Intentó enfocar la vista para saber cuántas criaturas había, pero ocurrió algo extraño: los ojos amarillos desaparecían cuando Michael los miraba directamente. Volvía la cabeza y los veía de nuevo con el rabillo del ojo. Hasta ese momento, nada se había movido. Tal vez estuvieran esperando a que Kaine

les diera más órdenes.

Michael mantuvo la vista apartada y, poco a poco, fue avanzando, saliendo del compartimento secreto, pegado a la pared, en dirección a la puerta. Tras la alfombra bajo el mobiliario, llegó el suelo de baldosas, y le dolían las rodillas de avanzar a gatas. El rugido digital empezó de nuevo, y el chico vio un destello amarillo en el agujero abierto por las criaturas en la pared, a tan solo unos seis metros de distancia. Entonces se detuvo.

Bryson chocó contra él.

—¡Sigue moviéndote! —le susurró, tan fuerte que podría haberlo dicho en voz alta.

Michael miró a su amigo de reojo.

—Podrían atacar si nos movemos demasiado deprisa.

—Y, si no, podrían matarnos.

Durante un par de segundos reinó el silencio en la habitación; luego volvió a oírse el rugido. El ruido de grabación reverberó en el cuerpo de Michael. Resultaba imposible adivinar su procedencia. El chico inspiró con fuerza y volvió a avanzar.

Cuando tenía la puerta a tan solo tres metros, se puso en cuclillas de un salto, preparado para salir corriendo hasta su objetivo. Percibió movimiento con el rabillo del ojo derecho. Se volvió, y fue como si la oscuridad se hubiera diluido y hubiera caído al suelo. A continuación se materializó y adoptó la forma de lobo que Michael había visto antes, con esos ojos amarillos como alfileres de fuego. El chico plantó cara a la refulgente mirada y fue como si los ojos desaparecieran; entonces, un grito estremecedor estalló desde el interior de la criatura. Michael apenas había tenido tiempo de llevarse las manos a los oídos cuando el ruido se acalló y se vio sustituido por un extraño rumor, como el último zumbido agónico de un anticuado ordenador.

Entonces confirmó lo que había supuesto. Esos seres solo querían vigilarlos, asegurarse de que no se marchaban. Kaine estaba a punto de llegar.

Y Michael no pensaba estar allí cuando apareciera.

6

Michael desvió la mirada, y los ojos de la criatura volvieron a resultar visibles. A continuación el chico fue levantándose lentamente, apoyándose en la pared que tenía detrás. De forma instintiva, adelantó las manos para calmar a la bestia, aunque sabía que eso no significaba nada para el antiprograma.

—Abriré la puerta —anunció a los demás, susurrando—. Vosotros salid corriendo hacia ella. —Lo dijo sin pensar que el plan lo convertía en el último en abandonar la sala. Con mayor probabilidad, sería la primera víctima del ataque.

—Hagámoslo —respondió Bryson.

Michael asintió en silencio.

—Ahora.

Corrió hacia la puerta y llegó al pomo justo cuando advirtió que el KillSim echaba la cabeza hacia atrás. Algo le indicó que Kaine estaba mirando a través de esos ojos amarillos y que le impresionaba ver que Michael y sus amigos no se habían quedado esperando, paralizados por el miedo. El chico cerró los dedos sobre el frío metal del picaporte y lo hizo girar; abrió la puerta de golpe justo a

tiempo de que Bryson la cruzara a todo correr. Terribles gritos ensordecedores invadieron la atmósfera, y Michael percibió de soslayo el movimiento de una imagen borrosa cuando Sarah atravesó la puerta corriendo y luego lo hizo Ronika.

Michael iba pisándole los talones. Echó una mano hacia atrás, agarró el picaporte y tiró de la puerta que tenía a sus espaldas. Le faltaban entre doce y quince centímetros para poder cerrarla del todo cuando algo se la arrancó de las manos y la desencajó de las bisagras.

Michael echó a correr justo cuando Bryson ya había subido la mitad de los peldaños.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Michael.

Entonces algo lo atacó por el hombro derecho. Algo pesado y contundente. Lo tiró al suelo, y el golpe lo dejó sin aliento. Luchando por respirar, se volvió boca arriba y empezó a soltar patadas y puñetazos al enorme ser que lo aprisionaba contra el suelo. Dos luces amarillas lo miraban desde arriba, pero el resto era oscuridad y sombra, algo que alternaba entre la forma sólida y la vaporosa. Michael oyó pasos en la escalera, oyó que Sarah gritaba su nombre. Otras sombras oscuras saltaron por encima de la que estaba atacando a Michael, emitiendo horrendos ladridos. Inmediatamente después, se oyeron gritos humanos. Era una emboscada.

El KillSim empezó a golpear a Michael con cuatro gigantescos puños, como si hubiera mutado de la forma canina a la humana. Durante un breve instante, el chico visualizó su cuerpo real en el ataúd, dando bandazos mientras los diversos componentes de los dispensadores de aire, los geles líquidos y los neurocables le hacían sentir hasta el último golpe de la criatura. Era culpa suya, por haber escogido el ataúd de simulación más realista del mercado.

La adrenalina le quemaba por dentro. Reunió todas sus fuerzas para lanzar una patada doble que impactó contra la entrepierna del KillSim. La bestia salió volando y fue a dar contra la pared del angosto espacio que había entre la puerta y la escalera.

Mientras la criatura se colocaba en cuclillas para un nuevo ataque, Michael iba arrastrándose de espaldas. Alcanzó la pared del otro lado y se levantó apoyándose en ella. El KillSim dio un salto y sus ojos amarillos refulgieron al abalanzarse sobre Michael. Él se tiró hacia la izquierda para esquivarla, volvió a arrastrarse en dirección a la escalera y oyó como el cuerpo de aquel ser impactaba contra el suelo a sus espaldas. Michael se levantó de nuevo, a toda prisa, se volvió y vio que la bestia parecía aturdida, que intentaba enderezarse, poco a poco, apoyándose sobre sus temblorosas y fantasmales patas.

La locura rodeaba a Michael. Los otros KillSims habían atacado a sus amigos y a Ronika, y todos ellos estaban luchando por escapar. Vio que Sarah se zafaba del monstruo que la aprisionaba, pateándolo en la cara de forma que este cayó rodando por la escalera. Bryson, que prácticamente había llegado a la puerta del final de la escalera, iba lanzando puñetazos y arañazos. Ronika era la que se hallaba en peor situación; se encontraba a tan solo unos metros de Michael. El KillSim que la retenía le había inmovilizado ambas piernas contra el suelo. La criatura tenía la boca abierta sobre la cara de Ronika, con las fauces abiertas hasta lo imposible, como si pensara tragarse su cabeza entera de un mordisco.

Michael se adelantó para ayudarla, pero, justo en el momento en que iba a hacerlo, una criatura tiró de él desde atrás. Lo lanzó hacia la derecha y le hizo un tajo enorme en el hombro izquierdo. Michael dio con la cabeza contra la pared y se desplomó en el suelo, aturdido. Apenas había tenido tiempo de recuperarse, cuando el KillSim aterrizó sobre él y lo golpeó por la espalda, para acabar

reteniéndolo por los brazos, pegados al suelo. Aunque Michael seguía sin poder ver con claridad la verdadera forma de la criatura, una cabeza sombría, semejante a la de un lobo, se le pegó a la cara y la criatura emitió su rugido mecánico.

Michael no podía moverse. Tenía los músculos como de gelatina y la cabeza le daba vueltas en su intento de concentrarse en el código, mientras se preguntaba si podría descargar alguna arma o habilidad de otro juego. Sin embargo, le resultaba imposible pensar. El KillSim abría sus fauces cada vez más, y el chico vio que no tenía dientes ni lengua; nada, salvo una oscuridad total que se cernía sobre él. Era como si un agujero negro hubiera surgido de la nada, listo para tragarse a Michael y lanzarlo al cosmos. A sus espaldas oyó gritar a Ronika, oyó a Bryson y a Sarah soltando gruñidos mientras luchaban, oyó los golpes de los cuerpos, que impactaban contra el suelo y las paredes. Michael intentó liberar los brazos, volver a patear, pero su cuerpo no respondía a las órdenes de su cerebro. La boca de la criatura se abrió todavía más y la tenía cada vez más cerca, ocupando todo su campo visual.

Sonó un fuerte estruendo por detrás de ellos, como un cristal que se hacía añicos. Otro golpe siguió al primero, con un sonido nítido que se oyó a pesar de los fuertes gritos de Ronika. Lo único que Michael veía en ese momento era una oscuridad total.

Entonces Bryson gritó con voz ahogada:

—¡Los ojos! ¡Húndele los malditos ojos!

El dolor de cabeza de Michael se transformó en otra cosa. Algo más similar a un doloroso zumbido, como si se le hubiera metido un enjambre de abejas entre los oídos. Ya no sabía si tenía los ojos abiertos, no notaba las garras de la criatura sujetándolo por brazos y piernas. Su cuerpo ya no parecía ejercer presión contra el duro suelo. Estaba flotando. Flotando en el vacío oscuro, donde lo único que existía en el gran abismo del KillSim era ese intenso dolor. El zumbido aumentó de volumen hasta que Michael ya no oía casi nada más. Ronika chilló por última vez, como si lo hiciera desde una gran distancia. Sarah estaba gritando algo, pero llegó a oídos de Michael como un galimatías.

Estaba divagando. Por algún motivo, le vino a la cabeza el cartel publicitario de *Sangre profunda* que se veía desde su piso; se imaginó a sus padres, y le dio la impresión de que hacía siglos que se habían marchado a ese estúpido viaje. Recordó su infancia: el béisbol, los helados, los parques.

Michael se dio cuenta de que estaba del todo desorientado. Sumido en la oscuridad, cerró los ojos con fuerza y se concentró; se esforzó cuanto pudo para centrar la conciencia en un solo punto. Bryson le había dicho qué hacer, era algo relacionado con los ojos. Sarah se encontraba cerca, tal vez estuviera intentando ayudarlo.

Se les ocurriría algo.

Él tenía que resistir.

Esa cosa iba a matarlo.

Michael reunió toda su energía, lanzó un grito y, de un tirón, sacó los brazos de debajo de las garras de la criatura que lo tenía inmovilizado. Se zafó de la bestia y se abalanzó sobre ella, a ciegas, buscando a tientas la cabeza del KillSim, buscando con los dedos hasta que encontró el lugar donde antes brillaban esas luces amarillas. Notó que la criatura intentaba atraparlo de nuevo, pero se dio la vuelta para evitarlo. Tocó con las manos dos órbitas cálidas, casi ardientes. Las sujetó con fuerza y cerró los puños alrededor de lo que parecían los ojos del KillSim.

En un último esfuerzo, el chico apretujó los globos oculares de la bestia con toda la fuerza que

pudo. Eran duros y tersos como el cristal, pero se espachurraban como el gel. Cuando pudo ver con más claridad, observó como los ojos supuraban entre sus dedos. La criatura emitió un chillido angustiado y arremetió contra Michael, luchando por liberarse.

Entonces le explotaron los ojos.

7

Fue como si dos huevos hubieran implosionado entre las manos de Michael. En cuanto ocurrió, sintió una descarga eléctrica en las palmas, que le ascendió por los brazos y llegó hasta su pecho. Gritó por el dolor que le recorrió el cuerpo y empujó hasta que logró quitarse al KillSim de encima y este cayó al suelo. De golpe volvió a ver la luz, y las náuseas le propinaron un puñetazo en la boca del estómago.

La habitación parecía de otro color, más apagado que antes, y la cabeza le dolía de una forma que jamás había experimentado. Seguía teniendo pensamientos confusos y la mente embotada. El KillSim estaba hecho un ovillo a sus pies, su silueta volvía a ser perceptible. Parecía haber encogido; ahí tirado en el suelo, no era más que un perro negro sin ojos.

—Si lo hubiéramos sabido desde el principio… —se lamentó Bryson.

Michael apartó la vista de la criatura y la dirigió hacia su amigo. El repentino movimiento le provocó un latigazo doloroso en la mollera.

Bryson y Sarah se encontraban arrodillados junto a Ronika, con otro KillSim muerto a solo unos centímetros de distancia. Dos criaturas más habían caído muertas; una al pie de la escalera y otra a mitad de camino. Los dos amigos de Michael todavía respiraban con dificultad y, tras un vistazo rápido, el chico descubrió que tenían las manos en carne viva. Revisó las suyas, y estaban igual. Solo con mirarlas sintió una punzada de dolor.

Ronika. ¿Por qué no se movía?

Michael dio un paso adelante y estaba a punto de preguntar a los demás qué había ocurrido, cuando una luz azul salió proyectada de la frente de Ronika, y frenó en seco. Un crujido inundó la atmósfera, y mientras Michael permanecía inmóvil contempló cómo el cuerpo de la mujer se transformaba por completo.

Unas luces azules le brillaban sobre la frente, y fueron cobrando intensidad y frecuencia hasta que el chico ya no pudo verle la piel. A continuación las luces empezaron a crecer y a extenderse, pasándole al pelo y descendiéndole hasta las cejas, penetrándole por los ojos, la nariz y las mejillas. Unas mariposas verde azuladas —con chispas en vez de alas— ocuparon el lugar de sus rasgos a medida que las luces parpadeantes se propagaban. Las alas se agitaban y emitían un sonido semejante a pequeñas descargas de corriente eléctrica.

Como afectada por una terrible enfermedad de la piel, toda la cabeza de Ronika sufrió la transformación y no tardó en convertirse en una bola redonda de aviones verde azulados de luz fulgurante que aleteaban y que sustituían la piel. De forma gradual, la esfera fue descendiendo hasta el cuello y se extendió por los hombros y el pecho, e iba dejando una estela de esas extrañas mariposas. Michael se quedó ahí de pie, impotente, sin saber qué hacer.

Al final habló Sarah, y su voz sonó extraña al oírse a la par que la electricidad crepitante emitida por el cuerpo en evanescencia de Ronika.

—Debemos de haber llegado demasiado tarde. Esa cosa le ha succionado la vida digital. Tal como ella nos advirtió que ocurriría.

—Podrías haber sido tú si llega a pasar un minuto más —añadió Bryson, y lanzó a Michael una mirada como diciéndole que jamás superarían el haber estado tan al límite.

Michael no respondió y volvió a centrar la atención en Ronika. La mitad de su cuerpo había sido devorado, y las mariposas que le habían cubierto la cabeza empezaban a alzar el vuelo. Permanecieron suspendidas en el aire a varios centímetros de la mujer, para refulgir con un potente destello y luego desaparecer por completo, sin dejar rastro. El rostro de Ronika no tardó en desvanecerse para siempre.

A pesar de lo hipnótico de la visión, y a pesar de lo mucho que a Michael le dolía la cabeza, se dio cuenta, de pronto, de que no podían perder ni un segundo más. Miró a sus amigos y, sin mediar palabra, se pusieron de pie y echaron a correr escaleras arriba, subiendo los peldaños de dos en dos.

Abandonaron el club antes de que nadie pudiera hacerles ninguna pregunta, encontraron un portal y se elevaron de nuevo hasta el Despertar. Cuando Michael salió del ataúd, tenía la cabeza como si un montón de escorpiones hubieran anidado en su interior.

8

Un hombre muy bajito

1

Michael yacía en su cama, abatido. Helga se mostraba más amable que nunca, le llevaba té caliente, sopa y plátanos —era lo único que toleraba— siempre que tocaba la campanilla que ella le había dejado sobre la mesilla de noche. Sus padres habían tenido que volver a prolongar su estancia fuera, así que, con Helga y él solos, se respiraba una gran tranquilidad en el piso. El chico tenía las persianas cerradas y no escuchaba música ni veía la televisión. Pero la señal de que algo iba realmente mal era que apenas consultaba su pantalla de red.

Le dolía muchísimo la cabeza. Y además tenía náuseas. Náuseas constantes e implacables. Sentía ganas de vomitar, como mínimo, una vez cada hora o cada dos horas. De ahí el extraño menú que pedía a Helga. Mientras permanecía tumbado, muerto de dolor, tuvo mucho tiempo para pensar en lo que había ocurrido en el sótano del club Negro y Azul.

Los KillSims. Lo que le habían hecho a Ronika. ¿Hasta dónde había llegado la bestia con Michael? ¿Le habría succionado parte de su esencia? ¿Cuánto le había faltado para convertirse en otra de las víctimas comatosas de Kaine? ¿Había sufrido lesiones físicas incurables? Con los ojos cerrados y la sensación de que iba a estallarle la cabeza, estaba seguro de que así era. Le preocupaba estar volviéndose tonto con cada minuto que pasaba, haber olvidado todo cuanto había aprendido y experimentado en la Red Virtual.

Sabía que esas ideas eran una locura, e intentó mantener una actitud optimista. Con suerte habrían detenido aquello a tiempo y su dolor de cabeza iría mitigándose poco a poco. No podía ni imaginar pasar el resto de su vida sintiéndose así.

Aunque, sorprendentemente, la jaqueca no le hacía desear acabar con todo aquello. Lo único que conseguía era que odiara a Kaine y que se hallara más seguro de lo que estaban haciendo. No se detendría hasta encontrar el lugar que estaba buscando la SRV. Con o sin amenazas, resultaba sencillo. Como en muchos juegos a los que Michael había jugado antes, todo consistía en matar o que te mataran.

Salvo que esta vez era real. Y el dolor de cabeza no le permitía olvidarlo.

Permaneció en cama un día y medio.

2

Dos días después de su encuentro con Ronika, Michael tenía la cabeza mucho mejor. Pudo levantarse y caminar, ducharse e incluso contemplar la luminosidad de la mañana sin sentir ganas de tirarse al suelo, hecho un ovillo, de dolor. Lleno de vitalidad, animado, se sentó en el sillón e invitó a Bryson y a Sarah a una conversación privada sobre el Boletín. Se unieron a él diez minutos después.

Brystones: Ya era hora. ¿Ya se te ha ido ese horrible dolor de cabeza? Helga te ha dado un beso, ¿eso te ha curado? No me lo cuentes, no quiero imaginarlo.

Sarahbobara: Bryson, tienes carta blanca para decir lo que quieras, porque nos salvaste. Te doy una semana antes de volver a hacerte de madre.

Brystones: Eso sí que no quiero imaginarlo.

Mikethespike: Me preocupaba que esa cosa me hubiera causado daños irreversibles. Todavía me preocupa, pero al menos estoy mejorando. Y ya puedo hablar y teclear sin cubrirme de babas.

Sarahbobara: Eso es bueno.

Brystones: Entonces ¿cuándo vamos a hacerlo? ¿Encontrar la Senda?

Sarahbobara: Cuanto antes.

Michael soltó un suspiro aliviado; todavía querían colaborar. Quizá estuvieran asustados como él, pero seguían teniendo ganas de participar. En todo caso, el jugador y sus perros solo habían conseguido encenderles el ánimo.

Michael y sus amigos siguieron hablando sobre el colegio y sobre cómo ajustarían sus agendas. No tardaron en decidir que un par de días de inasistencia por «enfermedad» no harían daño a nadie, al menos, no tanto como el que podrían hacerles la SRV o Kaine. La idea les llevó a pensar en Ronika, y Michael sintió una punzada de culpabilidad. Tal vez estuviera tendida en algún lugar del Despertar, en estado vegetativo, como las otras víctimas a las que habían descubierto. A lo mejor ese era el sentido de la existencia de los KillSims. Pero ¿cómo estaba relacionado todo aquello?

Sarah sugirió que pasaran el día revisando los comentarios de jugadores de *Demonios de la Destrucción*, el juego en el que Ronika había dicho que encontrarían la entrada a la Senda. Quizá encontraran alguna pista sobre cómo localizar ese punto débil en el código. Luego podrían descansar toda la noche y disfrutar de un sueño reparador.

Se pondrían en marcha al amanecer.

3

El timbre de la casa de Michael sonó a media tarde. Estaba inmerso en el análisis de *Demonios de la Destrucción*. Sabía que se trataba de un juego de guerra basado en hechos históricos, lo cual era parte de la razón por la que le gustaba a la mayoría de los carrozas. Ningún chico de su edad sentía interés por algo que había ocurrido hacía un montón de años. Sin embargo, para poder introducirse en el juego, Michael supuso que debía conocer los detalles de la batalla. Llevaba una hora leyendo cosas sobre la guerra de Groenlandia, en 2022, en la que varias naciones lucharon de forma encarnizada por una enorme veta de oro descubierta un año antes. Todo el mundo quería explotarla, por supuesto, y todos tenían motivos por los que podían reclamar la tierra. Los pormenores de la contienda interesaron a Michael más de lo que había esperado.

Las facciones enfrentadas usaron tácticas de guerrilla y algunas armas primitivas, porque había tantos bandos que el uso de armas nucleares o bombas de grandes dimensiones era demasiado peligroso. Las armas con mayor radio de alcance en su detonación habrían eliminado a algún enemigo, pero cabía la posibilidad de que barrieran, además, alguna facción aliada. Fue una batalla terrible, que

se libró durante dos años antes de que todos depusieran las armas ante tanta muerte sin sentido. Todo gracias al esfuerzo de inteligentes líderes mundiales.

Los Demonios de la Destrucción habían sido un grupo real de mercenarios que combatieron durante la guerra de Groenlandia, contratados —algunas veces por más de un bando— para localizar blancos específicos y eliminarlos. Y eso sería lo que Michael y sus amigos harían en el juego. Irrumpir en pleno campo de batalla, armados solo con metralletas, y encontrar, antes de que los mataran, la trinchera de la que les había hablado Ronika. Esperaban que sus dotes de hackers estuvieran a la altura de las circunstancias.

Michael ignoró el timbre cuando sonó por primera vez, la investigación era mucho más emocionante de lo que había imaginado, y se preguntaba por qué no habría probado nunca aquel juego. Supuso que Helga abriría la puerta, pero, cuando el timbre volvió a sonar, recordó que la niñera se había tomado el día libre para ir a visitar a su hermana.

Sin parar de remugar por el camino, Michael presionó el audiopad para apagar la pantalla de red y se dirigió hacia la puerta de entrada. Cuando la abrió, le sorprendió no ver a nadie. Un escalofrío le recorrió el cuerpo de los pies a la cabeza; nada le parecía una casualidad desde que se hallaba metido en algo tan serio. Miró a ambos lados del recibidor y a la escalera, pero no vio nada. Estaba a punto de cerrar la puerta y echar el pestillo cuando vio una nota que alguien había pegado por fuera.

Era un breve mensaje manuscrito en un pequeño pedazo de papel:

Nos vemos en el callejón donde te recogimos. Ahora.

4

No se pensó dos veces si debía hacer lo que le ordenaban. Sabía que podía tratarse de una trampa, aunque era poco probable. Kaine no parecía tan peligroso en el mundo real, por qué, Michael lo ignoraba. Además ¿cómo iba a saber nadie dónde lo había recogido la SRV ese día? Por otro lado estaba la agente Weber. No podía permitirse el lujo de mosquearla.

Tardó solo veinte minutos en llegar hasta allí. Abandonó la calle principal y se adentró en el alargado y solitario callejón. No se veía ni un alma, ni un solo coche, pero sí había varios contenedores enormes en plena calzada, y algo indicó a Michael que allí era donde encontraría a la persona con la que debía reunirse. Si bien hacía calor, soplaba una agradable brisa que enfrió el sudor que le empapaba el cuello. Había basura suelta que pasaba volando y danzaba en el aire. El callejón era gris y lúgubre.

Cuando se acercó al primer contenedor, el corazón empezó a latirle más deprisa y dudó antes de echar un vistazo a la parte trasera. Se tranquilizó al ver a un hombre muy bajito con un traje de tres piezas. El desconocido no parecía peligroso. Llevaba una barba larga, lo que resaltaba aún más su calvorota, y las manos metidas en los bolsillos.

—¿Es usted…? —empezó a preguntar Michael, pero el hombre lo interrumpió.

—Sí, Michael. Ahora, acércate para que la gente no te vea desde la calle. —Hizo un gesto rápido con la cabeza, señalando al chico hacia dónde ir. Luego retrocedió un par de pasos, con la expresión lúgubre de un director de pompas fúnebres.

Michael tuvo que contener una risita al llegar a su altura. El tipo era bajito. Tan bajito que parecía sacado de una tira cómica.

—¿Para qué quería verme?

—Informa sobre los avances —respondió el hombre. Evitaba mirar a Michael directamente a los ojos. Su mirada iba de izquierda a derecha, como si esperase un ataque en cualquier momento. Lo que no favorecía que Michael se sintiera muy seguro—. Qué ha ocurrido, qué habéis averiguado, qué planes tenéis, esa clase de cosas.

—Pues, bueno, hemos…

El hombre lo interrumpió de nuevo.

—Y que sea rapidito. No deben vernos juntos. Tengo muchos asuntos que atender.

—Está… bien —dijo Michael. «Vaya tío más raro», pensó—. Creo que vamos por buen camino, pero Kaine ya nos ha atacado dos veces.

—¿«Kaine»? —preguntó el hombrecillo al tiempo que daba un paso hacia delante y miraba directamente al chico por primera vez—. ¿Estás del todo seguro que era él en persona?

Michael buscó las palabras adecuadas, pues de pronto se sintió inseguro.

—Bueno, sí, eso creo. Supongo que no lo sabíamos con certeza la segunda vez. Eran KillSims, y Ronika dedujo que los había enviado Kaine.

—Ronika. ¿Quién es Ronika?

—¿De verdad que no lo sabe?

—Ya te lo he dicho, quiero que me lo cuentes tú. Cuéntamelo todo.

—¿Cómo sé que es usted quien dice ser? En realidad… —Michael dudó antes de volver a hablar — ni siquiera me ha dicho quién es.

El granujilla estaba claramente molesto.

—Soy el agente Scott y trabajo para la agente Weber. Eso es todo cuanto tienes que saber. Estamos quedándonos sin tiempo.

Como Michael no respondió, el desconocido entornó los ojos y presionó su audiopad. Una insignia de la SRV apareció flotando entre ambos y, un tanto avergonzado por tener que agacharse para verla bien, Michael la miró con detenimiento fingiendo saber qué estaba buscando. Con la esperanza de que el hombre no estuviera marcándose un farol con aquello, asintió en silencio.

—Está bien —añadió Scott—. Ahora cuéntamelo todo.

Así lo hizo el chico. Le contó que había estado atrapado en un vacío espacial y que había oído —y visto— las terribles amenazas de Kaine; le habló de Cutter, de Ronika y del Negro y Azul, de los KillSims, de la Senda, del Desfiladero Consagrado, al que esta última, supuestamente, conducía; del plan de entrar a *Demonios de la Destrucción* a la mañana siguiente… De todo.

Cuando Michael terminó, el agente Scott se rascó la perilla, apoyando el codo sobre la palma de la otra mano, y se quedó mirando al suelo con cara de concentración. Era como el Sherlock Holmes más bajito del mundo. Michael esperó con paciencia, intentado reprimir un nuevo ataque de risa.

Al final el agente volvió a centrar su atención en el chico.

—Pues adelante, seguid. Pero no deis por sentado que Kaine es el único que os persigue ni el único que intenta deteneros. ¿Me entiendes? Aceptad que todas las personas con las que os encontréis son enemigos.

—Eso sí que suena divertido —murmuró Michael, aunque tenía el estómago revuelto.

—¿Me entiendes? —volvió a preguntar el hombre pausadamente.

Michael quería recordarle que él era el más alto. Pero se limitó a asentir en silencio.

—Michael, necesito una confirmación verbal.

—Sí, lo entiendo.

—Bien. —El agente Scott parecía satisfecho. Tras un nuevo vistazo a ambos lados del callejón desierto, se acercó más a Michael—. Seguimos teniendo vuestras tres auras etiquetadas con localizadores. Podríamos encontraros incluso si están activados vuestros códigos de ocultación, así que no os preocupéis. Sabremos dónde estáis, y podremos enviaros a la caballería cuando por fin entréis en ese Desfiladero Consagrado del que habéis oído hablar. Si el programa de la Doctrina de la Mortalidad permanece oculto en algún lugar, tiene que ser allí. Así que espabilad y andaos con ojo.

—Sí, señor. —De pronto, el hombre ya no le parecía tan bajo.

—Bien. Muy bien. Entonces me voy.

—Esto… ¿Señor? —preguntó Michael, dubitativo—. Si nos metemos en líos antes de llegar al Desfiladero Consagrado, ¿van a ayudarnos?, ¿ya que estarán vigilando?

El agente Scott negó con la cabeza como si jamás hubiera oído una pregunta más ridícula.

—No funciona así. No podemos actuar como si supiéramos lo que ocurre. Tenemos a muchos equipos trabajando en esto, y solo podemos esperar que uno de vosotros logre el acceso. Hasta que lo hagáis, no podemos ayudar.

—¿Y si nos matan? —inquirió Michael—. ¿O nos borran el aura, como le ocurrió a Ronika?

El pequeño hombre sonrió por primera vez desde que se habían encontrado.

—Estad atentos. Kaine es algo… escurridizo. Eso es todo cuanto puedo decir.

Y con esas palabras se volvió y empezó a alejarse por el callejón.

5

Michael se quedó junto al contenedor hasta que el agente desapareció al doblar la esquina. «Qué hombrecillo tan raro», volvió a pensar, y al final se le escapó la risita que había estado conteniendo, seguramente, para liberar tensión más que nada. Aunque no lograba recordar cuándo había sido la última vez que se había reído o incluso la última vez que se había sentido bien. El día en el que hubiera tenido la más mínima alegría.

Se volvió para regresar a casa, pero no había llegado ni a la mitad del callejón cuando un dolor lacerante en la cabeza lo sobrecogió. Fue tan intenso que se tomó la cabeza entre las manos y cayó de rodillas al suelo. Apenas era consciente de los rugidos que emitía y que reverberaban contra las paredes del callejón con aspecto de desfiladero.

El dolor era mucho peor que el que había experimentado mientras permaneció metido en cama tras el ataque de los KillSims. La jaqueca palpitaba con cada latido. Con los ojos cerrados con fuerza, gateó a ciegas hacia un lado del callejón y encontró la pared a tientas. Se sentó y apoyó la espalda contra ella, masajeándose las sienes. Poco a poco, intentó abrir los ojos, pero la luminosidad del día era como una nueva oleada de agonía que recorría su cabeza. Había algo raro en ese lugar. Entreabrió los ojos, tratando de descubrir qué estaba pasando.

La calzada que tenía delante empezó a estremecerse y a formar ondas como si se hubiera convertido en un río de petróleo gris. Los contenedores que tenía a la derecha comenzaron a levitar en

el aire y a girar en círculos. No paraban de aparecer y desaparecer destellos e imágenes de cuerpos a su alrededor. Los edificios que flanqueaban el callejón estaban retorcidos, inclinados en direcciones imposibles, desafiando las leyes de la física. El cielo se había tornado de un horrible color violeta, amoratado y moteado con nubes rojo oscuro. Aterrorizado, Michael cerró los ojos con fuerza y se hizo un ovillo sobre el asfalto, rogando por que el episodio finalizara.

Al cabo de unos segundos, todo acabó. El dolor de cabeza desapareció. Ya no había jaqueca latente. Sencillamente había terminado, como si nunca lo hubiera sentido.

Aliviado, aunque preocupado, abrió los ojos y vio que todo había vuelto a la normalidad. Todavía tembloroso, se puso en pie y miró a ambos lados del callejón. No había nada fuera de lo normal.

Lo único que pudo hacer fue seguir con lo que estaba haciendo minutos antes. Una vez más, empezó a caminar por el callejón para volver a casa, en esa ocasión, con un pensamiento aterrador: ese KillSim le había hecho algo. Algo terrible.

6

Cuando Michael llegó a casa, fue directamente a su habitación y encendió su pantalla de red. Se le había ocurrido algo durante el camino de regreso: incluso antes de hablar con sus amigos sobre lo que acababa de pasarle, necesitaba averiguar qué le había sucedido a Ronika en la vida real después del ataque del KillSim.

Le costó casi dos horas encajar todas las piezas. Y no resultó agradable.

Evidentemente Ronika no era el nombre real de la mujer. Y en su posición, la de gerente de un club como el Negro y Azul dentro de la Red Virtual, habría hecho todo cuanto estuviera en su mano para asegurarse de que la gente no descubriera su verdadera identidad en el Despertar. Pero, después de analizar hasta la última noticia del InfoBlog, de estudiar fechas y horas, y compararlas con el momento en que sus amigos y él habían estado en el club, Michael pudo componer una historia plausible.

Había una mujer en Connecticut llamada Wilhelma Harris, cuyo trabajo consistía en supervisar la seguridad del cortafuegos para una empresa neoyorquina de desarrollo de software para juegos de la que Michael había oído hablar. La descripción de su trabajo, así como lo que el chico averiguó sobre su estilo de vida, indicaban que se encontraba casi siempre en el sueño y que tenía pocos amigos o familiares en el mundo real. Esa misma mujer había sido localizada por la policía deambulando por las calles de su barrio, en el centro de la ciudad —justo después de que Michael hubiera sido testigo de cómo un KillSim eliminaba a Ronika en su club—, con lo que describían como «mirada perdida», y afirmaban que había reaccionado con agresividad cuando la habían abordado. Luego había entrado en estado de coma, en el que seguía desde entonces.

La policía pedía que se presentaran amigos y familiares porque su ataúd estaba cortocircuitado y no había ni rastro de su existencia en la Red Virtual; era como si jamás se hubiera sumergido en el Sueño. También informaban de que sus constantes vitales eran muy débiles y de que era posible que no viviera mucho más.

Y luego venía lo más fuerte: tenía una perra, y la inscripción de su placa identificativa decía RONIKA.

Tenía que ser ella.

Michael lo apagó todo y fue a tumbarse a la cama. Mientras miraba al techo, pensó en lo que habían visto que le ocurría a la dueña del club. Su piel, su pelo y su ropa transformándose en cenizas digitales para luego desaparecer y desintegrarse entre destellos. Había sido eliminada por un KillSim. Y Michael se preguntó qué le habrían hecho a su cuerpo real.

«En coma. Constantes vitales débiles. Podría no vivir mucho más».

Al margen de lo que le hubiera ocurrido a ella, habían iniciado el mismo proceso con Michael. Podría haber quedado lesionado.

Al recordar la intensidad del dolor que le había lacerado la cabeza en el callejón y las salvajes imágenes que le habían horrorizado en esos breves instantes, decidió no contárselo a sus amigos. El día siguiente sería importante, y tenían grandes planes. Quizá pudiera contárselo por el camino.

Le costó mucho tiempo relajarse. Justo antes de quedarse dormido, cayó en la cuenta, algo confuso, de que Helga debía de haber decidido quedarse a dormir en casa de su hermana. No volvería al piso.

9

Nadie pasará

1

Michael se levantó diez minutos antes de que sonara la alarma. Aunque el miedo ya estaba permanentemente presente en el fondo de su ser —la ansiedad por lo que le deparaba el sueño—, también lo embriagaba la emoción. Jugar siempre había sido la pasión de su vida y, en ese momento, estaba a punto de embarcarse en una misión en la que se jugaría muchas cosas. Sería definitivamente el juego de juegos, algo que podría haber envidiado el gran Gunner Skale. Había una parte de él que se preguntaba si un día miraría atrás y pensaría que había sido un ingenuo al sentirse tan emocionado. Pero era una parte diminuta y resultó fácil acallarla.

En ausencia de sus padres y de Helga, se sentía solo en su casa y quería salir de allí. Después de darse una ducha rápida y tomar dos cuencos grandes de cereales, regresó a su habitación para meterse en el ataúd. La luz del alba entraba por la ventana, y en un momento casi de sombrío tributo, echó un vistazo al enorme anuncio de *Sangre vital profunda*. Tuvo que reprimirse para no leer en voz alta el título del juego. Quería saber que no había renunciado a ello, que la *Profunda* seguía siendo su único objetivo en la vida.

Encontrar a Kaine y la Doctrina de la Mortalidad, seguramente, sería su billete de ida para llegar allí.

2

Michael se sumergió en el sueño y se reunió con Bryson y Sarah en la Terminal del juego, un punto de encuentro muy popular entre los jugadores habituales. Había locales de ocio, sitios para comer algo y para usar los créditos de juego en la actualización de todo tipo de cosas, desde armas hasta naves espaciales. Lo más importante de todo era que se trataba de un lugar donde se podían intercambiar trucos, secretos y establecer alianzas.

Los tres conocían a un montón de gente allí, así que se reunieron en un portal poco frecuentado, apartado y oculto tras un gran despliegue de árboles y fuentes. Sarah había transferido un sencillo programa de disfraces para su paseo hasta la entrada de los *Demonios de la Destrucción*. No podían permitirse ser descubiertos por planear algo poco frecuente; habría sido raro que los hubieran visto entrar en el juego. Los jóvenes de su edad no jugaban a los *Demonios*. Siempre había sido un juego para carrozas.

Cuando empezaron a caminar, Michael acabó reuniendo el valor necesario y les contó lo de su encuentro con el enano trajeado y el tremendo dolor de cabeza que había sufrido justo después. A medida que relataba la historia, iba sintiéndose cada vez más aliviado. Prácticamente había decidido mantenerlo en secreto, al menos la parte sobre las extrañas visiones. Ellos, sin embargo, eran sus mejores amigos, y no le parecía bien no compartirlo, sobre todo por lo que estaba pidiéndoles que

hicieran.

Acabó contándoles que en ese momento se sentía bien y que esperaba que todo hubiera terminado.

—Menuda trola —le soltó Bryson—. Te crees tanto eso que has dicho como que Sarah y yo estamos casados en el Despertar.

—Y no lo estamos —respondió Sarah—. Solo por aclarar las cosas.

Michael se encogió de hombros justo cuando pasaban por delante de un grupo de hombres ataviados con armadura.

—Solamente intentaba seguir siendo optimista.

—Pues, bueno —le reprendió Sarah—, si te vuelve a ocurrir, más te vale no esperar hasta el día siguiente para contárnoslo, o te haré pupa en otro lugar para que olvides el dolor de tarro. —Sonrió y le tocó el brazo con amabilidad—. Debes confiar en nosotros, Michael.

Lo único que pudo hacer fue asentir en silencio.

Bryson estaba sacudiendo la cabeza.

—No me puedo creer lo de Ronika. En serio. ¿Estás seguro de que es ella?

—Del todo —respondió Michael—. Ese KillSim apenas me tocó y mira lo que ha ocurrido. Según Ronika, el principal objetivo de esas criaturas es vaciarte la mente, ¿recuerdas? No solo eliminar tu aura, sino anular tu mente en la vida real.

Bryson se detuvo y los miró.

—Y aun así volvemos a meternos de lleno en el lío. ¿Y si los KillSims son solo el principio?

Sarah y Michael se encogieron de hombros al mismo tiempo. Bryson también lo hizo, pero continuó sacudiendo la cabeza como si supiera que estaban tomando la decisión equivocada, aunque hubiera emulado el gesto para tranquilizar a sus amigos.

—¿Quieres dar media vuelta? —le preguntó Michael, luego intentó sonar menos serio—. Pues dilo y ya está, tío. Te compraré un chupete y puedes irte a casa.

Bryson no perdía comba.

—Ni hablar, ya te cogeré uno prestado.

Y ese fue el momento en que doblaron una esquina y vieron el cartel de *Demonios de la Destrucción*.

3

A Michael le encantaba que la Red Virtual fuera una mezcolanza visual de imaginería arcaica con la tecnología más avanzada que hubiera conocido el ser humano. Esa parte de la Terminal del juego parecía un antiguo paseo marítimo entarimado, donde las galerías comerciales, los restaurantes y los clubes de aspecto vetusto se alineaban a lo largo de una pasarela de madera. En realidad, la mayoría de las tiendas de ese lugar eran juegos, entradas ocultas a un mundo totalmente distinto.

El letrero de *Demonios de la Destrucción* era gigantesco y estaba rodeado de relucientes bombillas que parpadeaban y zumbaban. Las letras estaban pintadas de verde oscuro —lo que Michael supuso que era una referencia a Groenlandia—, con un fulgor rojo de fondo por detrás de la palabra «Demonios». A la derecha del cartel había un dibujo de un soldado muy abrigado, tocado con un casco, y con una metralleta apuntando al cielo en una mano y una cabeza decapitada, chorreando

sangre, colgando del puño de la otra. Resultaba un tanto exagerado.

Se detuvieron justo debajo de la marquesina, estirando el cuello para ver mejor.

—Groenlandia —anunció Bryson—. Tengo casi diecisiete años y no he jugado nunca a este juego. Debe de ser un lugar de moda.

Sarah se volvió para mirar de frente a sus amigos.

—Casi todo está cubierto de nieve y hielo, y de grandes glaciares. Se nos va a congelar el culo.

—O algo peor —murmuró Bryson. Luego esbozó una sonrisa traviesa, como si hubiera tenido la mejor ocurrencia de su vida.

—Habrá que mantenerlos calientes —dijo Sarah entornando los ojos.

Michael señaló la puerta de entrada, una destartalada plancha de madera con aspecto de llevar años sin pintarse. Más exactamente, se trataba de una puerta programada para tener esa apariencia descuidada. Todo formaba parte de la atmósfera.

—Bueno, hemos estudiado los mapas y ya hemos elaborado un plan. Vamos a por ello.

—Si morimos nos harán volver al principio —añadió Sarah—. Así que, si nos pasa a uno de nosotros, los otros dos tendrán que forzar su propia muerte. No podemos separarnos si vamos a entrar todos.

Michael no estaba totalmente de acuerdo.

—No sé. Lo que de verdad importa es que averigüemos dónde está el portal a la Senda; no podemos perder ni una sola oportunidad una vez que nos encontremos en el campo de batalla. En realidad no pasaremos por el portal hasta que volvamos a estar todos juntos. Si alguien muere, los demás lo esperan.

—Vale —afirmó Bryson con una mirada burlona y arrogante—. Me aseguraré de aguantar hasta que me alcancéis, chicos. Ahora, vamos. —Sin esperar una respuesta, se dirigió hacia la puerta, la abrió y entró.

4

Se trataba de un vestíbulo anticuado con una alfombra roja, y carteles de otros juegos, enmarcados con bombillas, cubrían las paredes; las luces parpadeaban en los marcos girando en el sentido de las agujas del reloj. Había un puesto de chucherías y palomitas en el centro del vestíbulo, y el olor a maíz inflado inundaba el aire. Michael vio a una adolescente de pelo negro y llamativo lápiz de ojos rojo tras la caja registradora, masticando un chicle como si quisiera pulverizarlo hasta dejarlo reducido a nada.

A la derecha se encontraba la taquilla, detrás de cuyo mostrador había una mujer mirando con el ceño fruncido a los recién llegados, con los brazos cruzados sobre su enorme busto. Toda ella era enorme, en realidad. Tenía la espalda ancha, el cuello grueso y la cabeza grande. No llevaba maquillaje, y su cabellera canosa era fibrosa y amorfa. «¡Qué bellezón!», pensó Michael.

—Hummm… Tengo miedo —susurró Bryson—. ¿Podría uno de vosotros comprar las entradas, por favor? Creo que esa mujer se cargó a la mitad de mi pueblo cuando yo era pequeño.

Sarah rio, tal vez más alto de lo que pretendía.

—Ya lo haré yo, osito.

—Te acompaño —susurró Michael—. Creo que me he enamorado.

—¿Qué queréis? —preguntó la mujer refunfuñando cuando se presentaron delante del mostrador —. Las palomitas están ahí. —Hizo un gesto con la cabeza para señalar el quiosco, pero no movió ni un solo músculo del resto del cuerpo.

—No estamos aquí por las palomitas —respondió Sarah con frialdad.

—Entonces ¿para qué estáis aquí, listilla? —La mujer tenía una forma muy desagradable de hablar, emitiendo los sonidos por una comisura de la boca.

Sarah miró a Michael, entre entretenida y extrañada.

—¡Oye! —espetó la mujer—. Te he preguntado a ti, no a tu novio.

Sarah volvió la cabeza para enfrentarse a la mujer.

—Bueno, evidentemente, queremos jugar al juego. ¿*Demonios de la Destrucción*? ¿El del cartel gigante a la derecha de la puerta de entrada a este sitio? A lo mejor le suena.

Michael hizo una mueca. Sarah estaba pasándose.

La taquillera rio, con un grave gruñido más propio de un hombre.

—Venga ya, mocosos. No estoy de humor.

Michael intentó entrarle con amabilidad.

—Señora, de verdad que queremos jugar. Tenemos el día libre en la escuela. Y yo he estado estudiando todo lo relativo a Groenlandia.

La mujer descruzó los brazos y puso las manos encima del mostrador, luego se inclinó hacia delante. A Michael le llegó un tufo como de meado de gato.

—Hablas en serio, ¿verdad?

Michael sabía que su expresión delataba la perplejidad que sentía.

—Esto… sí. ¿Por qué se comporta así? Solo queremos tres entradas para el juego.

En realidad la mujer relajó un poco el gesto.

—De verdad no lo entiendes, ¿no? ¿De verdad no estás haciéndote el listillo?

Michael respondió sacudiendo la cabeza.

—Chaval, no puedes jugar a este juego si eres menor de veinticinco. Y, ahora, largo de aquí.

5

Los tres volvieron a salir del edificio un tanto impactados y muy confundidos.

—Pero ¿qué narices…? —preguntó Bryson, echando un vistazo a la chapucera puerta—. Hasta ahora solo había oído decir que este juego es una mierda. ¿Qué puede tener que lo haga ser un S. A.?

«S. A.» significaba «Solo para adultos», y Michael estaba igual de perplejo.

—A lo mejor, cuando dicen que solo juegan los viejos, lo dicen con conocimiento de causa. Son los únicos a los que se les permite el acceso.

—De ninguna manera —respondió Sarah—. Si hubiera algo que realmente lo convirtiera en un S. A., ya lo sabríamos todo, porque todos los chavales del planeta intentarían colarse. Deben de hacerlo para generar interés. Seguramente acaban de cambiarlo.

Una vez más, al igual que el extraño ataque de jaqueca en el callejón, Michael no creía que aquello ocurriera por casualidad.

—Es más probable que alguien no quiera que juguemos. Esta sería una forma fácil de ponernos una piedra en el camino.

Sarah fue sarcástica.

—Pues lo único que han hecho es añadir una o dos horas más al viaje. Las clasificaciones de los juegos jamás nos han detenido.

—¿A que no? —dijo Bryson. Luego soltó una risotada siniestra—. ¿Cómo olvidar nuestras aventuras en *Maldición en Las Vegas*?

—¡Oh, tío…! —fue la respuesta de Sarah.

—Vamos a ponernos manos a la obra —sugirió Michael.

Fueron hacia un banco con vistas al mar, cerraron los ojos para concentrarse en el código y empezaron a manipularlo.

6

Dos horas más tarde, seguían sin obtener resultados.

Lo intentaron todo, compartiendo su experiencia de años de juego, programación, hackeado y otras actividades ilegales. Pero nada funcionó. No era que los cortafuegos y escudos que protegían *Demonios de la Destrucción* fueran impenetrables, es que eran esquivos. Casi como si no existieran; y si uno no localizaba el muro, no podía escalarlo. Después de buscar y buscar, todos estuvieron de acuerdo en la inutilidad de seguir intentándolo. Michael jamás se había encontrado con algo así.

—Esto es raro —dijo, mirando al mar infinito. El cielo estaba encapotado—. Me pregunto incluso si el juego es real. Quién sabe, a lo mejor, si hubiéramos sido adultos, la mujer nos habría puesto cualquier otra excusa para dejarnos fuera. No tiene sentido, ¿verdad?

Sarah estaba mirándose los zapatos, totalmente concentrada en algo.

—A lo mejor el juego es una pasada, una verdadera pasada y superpopular entre la gente mayor, y no quieren que lo sepamos ni que participemos de la acción. A lo mejor usa una tecnología de seguridad que ni siquiera conocemos. Sea como sea, ¿qué vamos a hacer? No creo que podamos usar el mismo truco que en el Negro y Azul.

Michael se levantó. La determinación prendió en su interior como un hornillo. Iba a entrar en el juego, sin importar quién quisiera impedírselo.

—Venga —dijo—. Lo haremos a la antigua.

—¿Sí? —preguntó Bryson, sorprendido.

—Sí, así lo haremos. Voy a volver a entrar. —Michael partió con paso decidido, sin saber de dónde procedía ese arranque repentino de valentía y sin importarle. Sus amigos se apresuraron para alcanzarlo.

7

En realidad Michael no contaba con ningún plan. Y sabía que tendrían que salvar más obstáculos que los retrasarían, distintos a la chica que masticaba chicle ruidosamente y la mujer a la que consideraba un muro de piedra. Los creadores del juego debían de tener otras formas de evitar que entraran. Pero él estaba dispuesto a salvar cualquier escollo. Se sentía animado y listo para el combate.

Bryson lo agarró del hombro y lo hizo volverse justo cuando llegaron a la puerta destartalada.

—¿Qué? —preguntó Michael—. Si intentas detenerme, a lo mejor me rajo.

—Llámame loco, pero ¿no deberíamos hablarlo antes? No sé, ¿planear algo, quizá?

Michael sabía que debía tranquilizarse, pero no quería.

—Piensa en todos los follones en los que me has metido en estos años. Ahora me toca a mí. Tú sígueme. No puede irnos tan mal ahí dentro; saben que la gente no intentará colarse así como así. Las pruebas visuales serían demasiado reveladoras, y los responsables acabarían en la cárcel. Pero nosotros estamos lo bastante desesperados como para intentarlo, así que, vamos.

Sarah estaba sonriéndole con las cejas ligeramente enarcadas, como si estuviera impresionada.

—Me gusta esta faceta tuya.

—Sí, ya lo sé. Vamos. —El chico se giró de nuevo y abrió la puerta.

8

En cuanto entraron, Michael intuyó que la enorme mujer que había tras el mostrador de la taquilla sabía que iban a darle problemas.

Les hizo un gesto de negación con el dedo.

—No, no, no, no vais a hacerlo. Os lo veo en la mirada. Ya os lo he dicho, hoy no pienso dejaros entrar en el juego. Así que dad media vuelta y salid otra vez por la puerta.

Michael no había dejado de caminar, no había ralentizado el paso ni un ápice. Siguió andando hacia la parte trasera de la sala, con Bryson y Sarah pisándole los talones. Cuando llegó al quiosco de palomitas se dio cuenta de que la chica de pelo negro había dejado de mascar chicle. Se quedó mirándolos, pasmada, al verlos pasar.

—¿Por qué te habrán dejado trabajar en un lugar así? —le preguntó Michael, pero ella no respondió.

Muro de Piedra estaba saliendo de detrás del mostrador, con las fofas carnes del brazo meneándose mientras lo agitaba para indicarles que se detuvieran.

—Alto ahí, señorito, ahora mismo. Alto. Ahora. Mismo. —Se desvió para cortarles el paso, pero caminaban demasiado deprisa para ella.

Michael no conocía la distribución del lugar, pero, por lo que intuía, aparte del sitio por donde habían entrado, solo había una salida del vestíbulo, que tenía que ser la entrada a *Demonios de la Destrucción*. Era un oscuro pasillo que partía del rincón derecho de la sala. Y hacia allá se dirigían.

De pronto una voz atronadora inundó el ambiente. Una voz grave con un fuerte acento sureño.

—¿Os apetece que os deje la cara hecha un colador?

Michael frenó en seco, se volvió y oyó dos clics metálicos: el sonido de una pistola al ser cargada. Cuando vio de dónde procedía la voz, se le cortó la respiración, que se le atascó en el cogote, como si el aire se hubiera convertido en bolas de algodón. La misma chica que masticaba chicle y actuaba como si no le importara un comino el resto del mundo estaba de pie sobre el quiosco de las palomitas, sujetando dos escopetas recortadas, con los cañones apuntados en dirección a Michael y sus amigos.

—Me llamo Ryker —dijo la chica—. Y no pienso dejar que unos gamberros como vosotros entren al juego durante mi turno. No pienso permitirlo, no puedo hacerlo, ni lo haré. Y ahora sacad vuestros escuálidos culos de aquí antes de que empiece a disparar.

Michael se había quedado de piedra, con la mirada clavada en la extraña persona que sostenía las recortadas y que se llamaba Ryker.

—¿Te has creído que soy una payasa de rodeo? —preguntó ella levantando algo más sus armas —. Será un poco asqueroso tener que recoger vuestros cuerpos, pero podéis jurar que lo haré. Perderé hasta el último centavo de mi paga si entráis. ¡Ahora, piraos!

En algún momento, durante la perorata de la chica, Michael decidió que no iba a marcharse. Si tenía que experimentar el horror de que le disparasen, pues adelante. Se despertaría en su ataúd y volvería a toda prisa. Esa chica no iba a echarlo sin luchar.

—¡Está bien! —gritó—. Nos quedaremos paseando en la entrada.

Levantó las manos y se dirigió lentamente hacia ella. Sabía que solo tenía una oportunidad, y esperaba que sus amigos no acabaran siendo tiroteados.

—Ándate con ojo —le advirtió Ryker—. Un solo movimiento más y vas a sufrir de lo lindo antes de volver a elevarte para regresar al Despertar. ¿Qué ha sido ese ruido?

Michael dio otro lento paso hacia la chica. Se encontraba a pocos metros de ella.

—Mira, te juro que no queremos hacerte ningún daño. Solamente tenemos un par de preguntas.

—¡He dicho que te andes con ojo! —Le apuntó con ambas recortadas a la cara.

Michael debería de haberse sentido aliviado al ver que Bryson y Sarah ya no estaban directamente expuestos al peligro, pero deseó que la chica hubiera seguido como antes y hubiera apuntado esas estúpidas cosas hacia ellos.

Otro paso. Luego otro. Con las manos arriba, los ojos abiertos como platos y expresión de inocencia, Michael avanzaba con paso firme sin hacer movimientos bruscos. Ya estaba muy cerca.

—¡Alto! —gritó Ryker.

Michael paró en seco.

—Vale. Vale. —Bajó las manos y fingió que iba a dar media vuelta y dirigirse de nuevo hacia la puerta—. Siento que hayamos…

Se volvió de golpe y saltó al aire, levantando los brazos al mismo tiempo. Golpeó con fuerza los cañones de ambas armas, y las levantó hacia el techo justo en el momento en que la chica apretó los gatillos. Dos detonaciones idénticas retumbaron en la atmósfera. La munición acribilló el techo y las paredes, rompió cristales y astilló la madera. Michael cayó sobre Ryker, y ambos salieron rodando por el techo del quiosco de palomitas hasta caer al suelo. Ella luchó por zafarse, pero él estaba encima y era más corpulento. Michael logró, a base de forcejeos, quitarle las pistolas de las manos y le apuntó con una de ellas a la cara.

—Se han vuelto las tornas —dijo resollando—. No me pongas a prueba.

Ryker se retorcía debajo de él, pero con menos fuerza que antes.

—¡Qué animal, apuntar con algo así a la cara de una chica! ¿Tu padre también zurraba a tu madre?

—¡Oh, cierra el pico! Eras tú la que amenazaba con matarnos. —Le propinó un suave toquecito en la nariz con la punta del cañón, luego se levantó.

—¡Ay! —gritó ella. Michael jamás había visto una expresión de ferocidad como esa en el rostro de una chica.

—Eso ha sido peligroso —comentó Sarah con parquedad.

Michael la miró y vio que tanto ella como Bryson seguían exactamente en el mismo lugar donde

los había dejado.

—Ha funcionado, ¿verdad? —Entonces, Michael cayó en la cuenta de algo—. ¡Eh! ¿Adónde ha ido la mujer?

Bryson señaló la taquilla.

—Ha corrido hacia allí y se ha escondido debajo del mostrador.

Michael supo de inmediato que algo no marchaba bien. Se encaramó al quiosco y se unió a sus amigos al tiempo que pasaba una de las recortadas a Bryson.

—Vamos a salir de aquí.

Fue entonces cuando Muro de Piedra apareció de pronto por detrás del mostrador, con sus enormes brazotes cruzados a la altura del pecho, igual que la primera vez que la habían visto.

—Habéis escogido el día equivocado para tocarme las narices. ¿De verdad creíais que os iba a dejar entrar aquí, tan alegremente, y que os iba a dejar jugar a un juego que tenéis prohibido? ¿Eh? ¿Sí?

Una especie de silbido se oyó de pronto, procedente de todas las direcciones al mismo tiempo. Michael giró sobre sí mismo para identificar de dónde venía, y le costó un rato darse cuenta de que habían aparecido varios agujeros en las paredes y en el techo. Antes de que pudiera advertir a sus amigos, unos gruesos cabos de cuerda negra empezaron a salir disparados de las aberturas, reptando por los aires como serpientes voladoras.

Se volvió para salir corriendo, pero las cuerdas se hallaban por todas partes. Uno de los cabos se le enrolló en el tobillo, lo apretó con fuerza, como si estuviera vivo.

Cuando Michael se agachó para quitarse la cuerda, esta tiró de él y lo lanzó hacia arriba.

9

A Michael se le revolvió el estómago al tiempo que su cuerpo se retorcía; la cuerda tiraba de él hacia atrás y hacia delante, como lo hace un perro con su presa. Y al igual que la presa de un perro, Michael se sentía desorientado. Sin embargo, de algún modo consiguió hacerse con la recortada. Mientras iba volando alrededor de la sala, centró todas sus energías en conseguir amartillarla. Las luces destellaban y los colores del vestíbulo comenzaron a girar hasta fundirse en uno solo. Empezó a dolerle la cabeza, como si estuviera a punto de sufrir otro ataque.

Agarró el arma con ambas manos, hizo fuerza para doblarse hacia delante, apuntó y se aseguró de no resbalar. Entonces disparó.

El arma retrocedió y lo arrojó hacia atrás. Vio cómo iba acercándose el suelo a toda velocidad, hasta que impactó contra él aterrizando con la cara. A pesar del dolor, sintió que la cuerda de la pierna se soltaba; había dado en el blanco.

El resto de los cabos se acercaron aún más, retorciéndose y enroscándose en el aire. Los había a docenas, y Michael observó con detenimiento la sala para averiguar qué había ocurrido con sus amigos. Bryson permanecía pegado a una pared, tenía un cable negro alrededor del muslo y otro que lo sujetaba por el brazo, y estaba luchando por liberarse. Sarah había evitado que la capturasen al instante, pero tenía el cabo suelto de una de las cuerdas en las manos e intentaba impedir que se le enrollase en la cara, como si fuera una cobra tensándose para atacar.

Una cuerda alcanzó a Michael, le subió reptando por la pierna y empezó a enrollársele en la

rodilla. Él la agarró y tiró de ella, al tiempo que saltaba para escapar. A continuación apartó otra que se le aproximaba a la cabeza de un manotazo. Sarah perdió la batalla: la cuerda negra se le había enrollado en el cuello y la arrastraba hacia la pared donde se encontraba Bryson, con los ojos cerrados y ya sin luchar. Aterrorizado ante la idea de que hubieran hecho daño a su amigo, Michael se lanzó corriendo en esa dirección, pero lo detuvieron en seco las cuerdas que lo ataban por ambos lados. Se echó al suelo y salió rodando, sin dejar de dar patadas al aire para apartar los cabos de cuerda.

Una sensación agotadora, desesperante, intentó privarlo de vitalidad. ¿Cómo diantre lograrían salir vivos de esa? No le quedaba más que una bala en la recámara; Bryson se había visto arrastrado por toda la estancia y había ido a parar a los pies de la taquilla, por detrás de la cual Muro de Piedra permanecía de pie como una estatua, observando en silencio. Había algo en ella que impulsó a Michael a observarla con mayor detenimiento: sí que era como una estatua de piedra, su quietud no resultaba natural. Tenía la mirada vidriosa y los ojos clavados en algún punto distante. Michael jamás había visto nada parecido.

Una cuerda se enrolló con fuerza a la cintura de Michael y tiró de él de vuelta a la lucha. Fue demasiado tarde cuando trató de agarrarla y quitársela del cuerpo; estaba bien sujeta. El cable tiró de él y lo arrastró por el suelo, y el chico luchó por liberarse mientras se deslizaba en dirección a sus amigos, ambos atados contra la pared por muchas más cuerdas que antes. A Michael empezó a resbalársele la pistola de las manos, pero la sujetó con fuerza, pues sabía que esa última bala era su única oportunidad de salvarse.

Otra cuerda empezó a enrollársele al tobillo izquierdo; la apartó de una patada. Aunque apareció otra por la derecha, directa a la pistola, él la esquivó con el cañón del arma y a punto estuvo de apretar el gatillo en un acto reflejo. Con ambas manos libres, por el momento, agarró la recortada con firmeza y la apuntó a unos sesenta centímetros del cabo de cuerda que tenía enrollado a la cintura. El disparo lo lanzó de nuevo al suelo, y quedó atontado un instante. Pero fue capaz de liberarse de la bobina ya laxa. Salió rodando y tiró el arma, pues ya no le servía para nada; se levantó como pudo, apartando a manotazos las cuerdas. Fue entonces cuando cayó en la cuenta: entendió lo que estaba haciendo la vieja. Por qué estaba tan quieta y concentrada.

Estaba controlando el movimiento de las cuerdas.

10

A Michael solo le quedaba una oportunidad.

Muro de Piedra se encontraba a poco más de nueve metros de distancia, detrás del mostrador de la taquilla. Justo delante la pistola de Bryson estaba al alcance de la mano. Entre el arma y Michael, los cabos de cuerda negra surcaban el aire como vides vivas, tendiendo una red de trampas. Michael salió disparado hacia delante.

Las cuerdas lo atacaron a un tiempo, formando un enjambre procedente de todas las direcciones. Michael braceaba como loco, saltaba y se retorcía, bullendo de adrenalina. Una cuerda lo levantó y lo arrojó contra el suelo, donde impactó con el estómago. Dos cuerdas se apresuraron reptando hacia su torso y él se volvió, las agarró y tiró de ellas. Pateó y se agitó, golpeó con fuerza y lanzó puñetazos. Sin saber cómo, logró volver a ponerse en pie y seguir avanzando, de forma que se acercó varios centímetros a su objetivo. Las cuerdas se aproximaron nuevamente.

Siguió hacia delante con todas sus fuerzas, movido por el instinto. Debía de tener una pinta ridícula, como un bailarín con un ataque de nervios. Avanzó tambaleante hacia el arma, acercándose cada vez más. Una cuerda topó con su brazo y se le enrolló con fuerza antes de que pudiera reaccionar. Lo lanzó al aire al tiempo que él la agarraba con la otra mano y se la arrancaba. Por suerte había tirado de él hacia la dirección correcta: fue a dar contra el suelo y avanzó deslizándose hasta que golpeó con la cabeza contra la base de la taquilla. Tenía la pistola justo delante de la cara.

La cogió y la levantó fuertemente con ambas manos. Antes de que pudiera incorporarse, aparecieron volando las cuerdas y fueron a por sus piernas, cintura y pecho, y se enroscaron con fuerza a su alrededor. Mientras luchaba por zafarse, intentando mover los brazos a ambos lados, las demás cuerdas lo levantaron por los aires.

Salió disparado hacia arriba y entonces pudo ver a Muro de Piedra, con los rasgos todavía pétreos. Michael solo tenía un instante, las cuerdas negras estaban agarrándolo por los brazos, tratando de quitarle el arma. Apuntó al pecho de la mujer. Sin embargo, todo se detuvo antes de que pudiera apretar el gatillo.

Las cuerdas lo soltaron. Cuando Michael impactó contra el suelo, el ruido de las cuerdas al retirarse inundó la sala: un siseo sonoro y metálico emitido mientras reptaban de regreso a sus guaridas. Se quedó sin respiración por el golpe, rodó hasta quedar boca arriba y ver a sus amigos. Ellos también estaban libres. Volvió a mirar a Muro de Piedra, y descubrió su cuerpo tirado sobre el mostrador.

—Pero ¿qué…? —empezó a decir aunque se quedó sin palabras.

—La he hackeado —le dijo Bryson desde detrás, con la voz temblorosa por el agotamiento—. Es una tangente, la he bloqueado. No había logrado hacerlo jamás, he tenido suerte, he encontrado un punto débil. Por los pelos.

«Por eso tenía los ojos cerrados», pensó Michael, tan aliviado que sintió ganas incluso de reír.

—Vamos allá —dijo Sarah.

Y Michael entendió exactamente qué había querido decir. Que entraran en el juego.

10

Tres demonios

1

Le costó un rato, pero al final Michael consiguió que el aire volviera a fluir con normalidad por sus pulmones. Inspirando con profundidad, una bocanada tras otra, se dirigió hacia Bryson y Sarah. No les hacía falta hablar, sabían qué hacer. Los tres se volvieron y se encaminaron hacia el pasillo en la trastienda del vestíbulo.

Una voz conocida se alzó por detrás de ellos, y Michael se volvió y vio a Ryker de pie sobre el quiosco de las palomitas, una vez más.

—¡No tenéis ni puñetera idea! —les gritó—. Creéis que sabéis lo que buscáis, pero no tenéis ni idea.

A Michael esas palabras le sonaron a mal agüero. Sabía cómo funcionaba el sueño, y se preguntó si tendrían algún significado más profundo que les daría problemas. ¿Estaba hablando del portal o de algo más importante? Como del mismísimo Kaine.

—Anda, vete a lamerle las heridas a tu vieja —le respondió Bryson.

Antes de que Ryker pudiera responder, los tres salieron corriendo. Michael tenía la esperanza de no volver a ver a esa chica nunca más.

2

El pasillo se tornó oscuro y a continuación frío, y Michael empezó a temblar. Aunque no había ninguna fuente de luz, veían lo suficiente como para continuar avanzando, y el corredor llegaba hasta el infinito. De manera gradual, cuando se dieron cuenta de que nadie los seguía, fueron ralentizando la marcha y, mientras caminaban sin tregua, la temperatura fue cayendo progresivamente. Michael no tardó en ver su propia respiración.

Supuso que habían recorrido algo más de un kilómetro y medio antes de que nadie hablara.

—Esta es la entrada más rara a un juego que he visto en mi vida —dijo Bryson, rompiendo el silencio.

—No creerás que es una trampa, ¿verdad? —preguntó Michael—. A lo mejor nos han metido en otro juego porque no teníamos acceso.

—Eso es ilegal —respondió Bryson.

—Así que es un allanamiento de juego —repuso Michael.

Bryson se encogió de hombros.

—Sí, lo que tú digas.

—Mirad allí arriba. —Sarah estaba señalando hacia delante—. Las paredes han cambiado. Y cada vez hay más luz.

Echaron a correr de nuevo y pronto llegaron a un lugar donde las paredes estaban cubiertas de

hielo que parecía brillar desde el interior. De pronto Michael pudo ver con más claridad y percibió que todo era diferente.

—¡Maldita sea! —exclamó Bryson, y se miró el cuerpo.

Su vestimenta había cambiado. Ya no llevaba su ropa de diario, sino un acolchado mono blanco para la nieve con bolsillos y todo tipo de utensilios enganchados a las correas. Michael advirtió que tenía unas tiras en los hombros y que tanto él como sus amigos llevaban, además, mochilas llenas hasta los topes. El chico no se percató de su peso hasta que hubo revisado, con detenimiento, su nuevo uniforme.

Tensó ligeramente las correas de la mochila y empezó a revisar el cinturón que llevaba. Tenía cinco granadas, una cantimplora, una navaja y una bobina de cuerda.

—Bueno, supongo que esto responde a nuestras preguntas —anunció—. Estamos dentro.

—Y parece que estamos en un frente del glaciar —añadió Sarah.

La veta de oro —por lo que combatía todo el mundo— discurría, en gran parte, por debajo del glaciar de Jakobshavn, uno de los más grandes de Groenlandia. Pero los frentes de guerra llegaban también hasta la tundra, una detestable masa fangosa y pantanosa.

—Más vale que tengan armas de verdad esperándonos allí arriba —dijo Bryson, asintiendo en dirección al túnel—. No sé si hoy podría soportar tener que luchar con una navaja, ya sea en un juego o fuera de él.

Michael sacó su cuchillo y lo miró: contundente, gris y afilado.

—Sí, yo tampoco.

—Pues ya somos tres —añadió Sarah mientras reemprendían la marcha—. Podríamos codificar elementos de otro juego para usarlos aquí. Solo espero que no acabemos en la cárcel por nada de todo esto.

Michael agitó la mano para desestimar el comentario.

—Estamos haciendo todo esto por la SRV. No van a meternos en la cárcel por cumplir órdenes. —Sin embargo, ni siquiera mientras lo decía estaba seguro de tener razón.

—Ah, ¿sí? —respondió Sarah—. ¿Estás seguro de eso? ¿Estás seguro de que todo esto es supersecreto? Se harán los locos cuando acudas arrastrándote a ellos en busca de ayuda, dirán que nunca han oído hablar de ti.

Michael sabía que sus amigos podían ver la ansiedad en su mirada.

—Pues con mayor razón debemos encontrar a Kaine.

Guardaron silencio y apretaron el paso; iban corriendo por el largo túnel congelado. El equipo era pesado y empezaba a poder con Michael; era consciente de que iba más despacio. Entonces el túnel empezó a describir una pendiente, lo que hacía el camino aún más duro.

—Pero ¿qué longitud tiene este puñetero túnel? —preguntó Bryson.

Nadie respondió. Nadie podía hacerlo.

3

Por fin llegaron al final del recorrido: una puerta metálica permanecía cerrada con una pesada barra anclada a dos enormes guías de acero. Había bancos de madera pegados a las paredes, y una enorme taquilla abierta llena de metralletas y munición. Michael se tomó un instante para recuperar el aliento.

—Supongo que, cuando mueres ahí fuera —dijo Sarah—, acabas volviendo a este lugar.

—Seguramente. —Bryson se puso a rebuscar en la taquilla—. Pero tengo noticias para vosotros, no pienso morir ahí fuera.

—Yo tampoco —aseguró Michael—. Sigamos. Vamos a continuar.

Sarah y él imitaron a Bryson, y pronto cada uno tuvo un arma pesada y varios cargadores de munición. Michael cargó la suya y comprobó el peso y los ajustes, había usado armas parecidas muchas veces. A lo mejor, después de todo, no tendrían que correr el riesgo de hackear otros juegos.

—A mí solo me preocupa el frío —comentó Sarah—. Puede que sea uno de los motivos por los que este juego es un S. A. La mayoría de los chavales entrarían como locos, creyendo que lo único que importa es matar a gente. Debemos asegurarnos de ir parando de vez en cuando para calentarnos y así no sufrir congelación.

Bryson estaba negando con la cabeza.

—No puede ser ese el motivo. Tiene que haber algo peor ahí fuera. Mucho peor. Es difícil que califiquen un juego como S. A.

Michael estaba totalmente de acuerdo. Todos habían visto un montón de juegos que no eran S. A., y muchos de ellos incluían algunas experiencias psicológicas realmente espeluznantes.

—Al menos lo hemos estudiado. Solo nos queda empezar. Encontrar esa entrada a la Senda.

—Preparaos para que se os congele el culito —dijo Bryson mientras seguían caminando y levantaban la barra de las guías. La tiraron al suelo, al que cayó con un estruendo metálico, y luego fue rodando hasta detenerse a los pies de Sarah.

—Has nacido para ser soldado —dijo la joven.

Bryson le guiñó el ojo, luego abrió la pesada puerta tirando de ella. Una ráfaga de frío polar y remolinos de cristales de hielo invadieron el túnel. Era el frío más intenso que había sentido Michael en toda su vida.

Bryson gritó algo ininteligible, luego se adentró en el mundo de Groenlandia. Michael y Sarah lo siguieron.

4

El cielo era de un azul intenso, y Michael se dio cuenta de que, en realidad, no estaba nevando; la escarcha no era más que nieve y hielo levantados del suelo por un viento feroz. Al menos no tendrían que arrostrar, además, una tormenta de nieve.

El viento empujaba a Michael con violencia. Era tan fuerte que parecía que iba a arrancarle la ropa. Cuando salió del túnel, tropezó y cayó sobre nieve helada. Las manos —que había utilizado para amortiguar la caída— le ardían, se le habían dormido por el frío, y sabía que no aguantaría ni diez minutos sin guantes. ¡Qué tonto por haber olvidado un detalle así! No había nadie cerca, así que Michael y los demás se tomaron un instante para manipular el código y crear gorras y guantes que abrigasen. En cuanto los tuvieron puestos, Michael se sintió mejor, pero no mucho más. Opinaba que había sido más difícil de lo habitual hackear el programa, sobre todo para algo tan simple, y se preguntó si esos serían los primeros efectos más graves del cortafuegos de Kaine.

Michael se ajustó la mochila sobre los hombros y preparó el arma para defenderse. Resultaba más difícil colocar el dedo sobre el gatillo con los guantes puestos, aunque podía maniobrar bien. Tras

echar un vistazo a su alrededor, observó que estaban rodeados por campos cubiertos de blanco en todas las direcciones y que no había ni un alma. No obstante, a lo lejos, el humo ascendía flotando hacia el cielo, y lo marcaba con una alargada mancha negra.

Sarah se acercó y habló a voz en cuello.

—Parece lógico que la acción esté desarrollándose en esa dirección. —Señaló la columna de humo —. Los mapas muestran que debemos caminar hacia el norte desde el punto de inicio, en línea recta. Basándonos en la posición del sol…

—¡Sí! —respondió Michael gritando—. ¡Sigamos!

Bryson se quedó parado a varios metros de distancia, mirándolos como si ya supiera lo que tenían que hacer. Michael señaló hacia el lugar que había indicado Sarah, y Bryson asintió. Se dirigían hacia la batalla.

5

Michael pensó que caminar fatigosamente contra el viento y la nieve era mucho peor que cualquier contienda. Cada paso suponía un esfuerzo, sobre todo por la resistencia que oponía el vendaval y porque se le hundían las botas en el gélido suelo, casi un centímetro con cada pisada. Iba agarrando el arma con más fuerza a medida que avanzaba, impaciente por acercarse más y saber qué estaba ocurriendo en el frente. «Ten cuidado con lo que deseas», se dijo a sí mismo con tristeza.

Cuando por fin coronaron una cima, contemplaron un panorama de verdadero horror a sus pies. En cuanto lo vieron, los tres amigos se echaron al suelo. Michael amartilló el arma, apuntó el cañón hacia delante y se apoyó en los codos para tener mejor visibilidad.

Un vasto valle se extendía a lo largo de kilómetros en todas las direcciones y estaba plagado de trincheras, dispuestas de forma aparentemente aleatoria, cavadas en la nieve y el hielo. Un tosco camino se abría en el centro de todo. Cada trinchera parecía forrada por dentro con una especie de material oscuro; debía de ser para evitar la humedad. Michael no llegaba a distinguir el fondo de los amplios fosos, pero, cada cierto tiempo, asomaba por ellos una cabeza y aparecía un soldado que se aventuraba al exterior. Del otro lado del valle, al final de un largo pasillo entre las trincheras, se habían instalado unas tiendas, aunque resultaba imposible adivinar cuál era su finalidad.

Lo que más perturbó a Michael fue la sangre. Mirara a donde mirara, salpicaba el paisaje, que, salvo por el rojo fluido, era níveo. Estaba concentrada a lo largo de ese pasillo central. Allí se libraban incontables batallas, en su mayoría cuerpo a cuerpo y brutales. El chico logró ver a un hombre que estaba apuñalando a otro en el pecho y que luego saltaba sobre su víctima para hundir aún más la hoja de su arma. A unos cuatro o cinco metros de allí, una mujer estaba degollando a un soldado al que había atacado por la espalda. Otros grupos se daban puñetazos y luchaban cuerpo a cuerpo. Un espectáculo de horror, mirara a donde mirara.

Nadie parecía haberse percatado de la presencia de los recién llegados en la cima de la colina.

Michael bajó el arma y se volvió hacia Bryson, que estaba a su izquierda, y luego hacia Sarah, a su derecha.

—¿Qué es este lugar? No hemos librado guerras como esta durante al menos cien años. Parecen un montón de neandertales luchando por ver quién consigue una cueva. Sé que al investigar descubrimos que este sitio resultaba caótico, pero es una verdadera locura.

—Y la ubicación de las trincheras no tiene ningún sentido —apuntó Bryson—. Ni los uniformes: veo al menos cuatro tipos distintos, y algunos de los que están luchando entre sí visten el mismo. ¿Y por qué tener tiendas y trincheras en la misma zona?

Sarah se arrastró un poco hacia delante para que todos pudieran verse.

—Empiezo a entender por qué este juego es un S. A. No creo que *Demonios* tenga mucho que ver con la verdadera guerra de Groenlandia. El escenario puede que sí, pero no mucho más.

—Entonces ¿qué sentido crees que tiene? —le preguntó Bryson—. Quiero decir, ¿por qué no nos han encomendado una misión como parte del juego? Algo. ¿La gente viene a este lugar solo para molerse a palos antes de volver a por más?

—A lo mejor es precisamente eso —respondió Michael. Se le ocurrió algo sobre las tiendas—. Y a lo mejor reciben una recompensa cuando han acabado. Algo que unos chicos inocentes como nosotros no deberían ni ver ni hacer. —Sonrió—. «El descanso del guerrero», es algo que solía decir mi padre.

—*Demonios de la Destrucción* —dijo Bryson como ausente—. Bueno, eso es exactamente lo que parece lo de ahí abajo.

6

Con las armas apuntadas en ristre, empezaron a descender por la larga ladera hasta el caos que tenían a sus pies. La sangre roja sobre la nieve blanca no hacía más que aumentar el horror de la escena a ojos de Michael. Los sonidos de la batalla viajaban con el viento, y eran tan horribles como el panorama general. Gruñidos, alaridos y rugidos sedientos de sangre. Por algún motivo, sin embargo, Michael no oyó muchos disparos.

—Un momento —dijo, pues se le ocurrió algo terrible—. ¿Estas cosas funcionan? —Apuntando el cañón hacia el cielo, agarró la metralleta y apretó el gatillo. Se oyó un clic, pero eso fue todo. Asqueado, la tiró al suelo.

Bryson probó la suya y la lanzó a lo lejos cuando esta no disparó.

—¡Tiene que ser una broma! Esto no es más que un falso juego para bestias. ¿Por qué no se limita esta gente a volver a la época oscura?

—¿Vale la pena que gaste fuerzas en apretar mi gatillo? —preguntó Sarah. Lo hizo y, por supuesto, no ocurrió nada. La arrojó hacia atrás con despreocupación y siguió avanzando hacia la batalla—. Intuyo que nos espera un duro trabajo de programación.

7

Michael no se atrevió a reconocerlo delante de sus amigos, pero estaba más que aterrorizado. Habían pagado un montón de pasta por sus ataúdes, para que la Red Virtual fuera de un realismo radical, lo cual era genial para los placeres de la vida. Sin embargo, no era tan genial cuando podían apuñalarte, golpearte y estrangularte. Michael había hecho un montón de cosas dentro del Sueño, pero lo que le esperaba allí abajo tenía peor pinta que cualquier cosa que hubiera experimentado. Estaba dirigiéndose hacia la más pura brutalidad. Y recurrir a la programación para obtener otras habilidades

o armas, manipulando el código, no parecía la opción más halagüeña, teniendo en cuenta lo difícil que había sido programar las gorras y los guantes.

Batallas desperdigadas salpicaban el perímetro del valle, aunque gran parte de la contienda se concentraba en el centro, alrededor de las trincheras. El ruido había ido incrementándose de forma gradual a medida que descendían por la colina, y resultaba tan brutal que Michael estuvo tentado de dar media vuelta y salir corriendo. Oír los alaridos de dolor hacía que la visión empeorase. Los gorjeos ahogados, los gritos enloquecidos y las risotadas de júbilo. Tal vez la risa fuera el sonido más difícil de digerir.

Además no pasaría mucho tiempo antes de que los soldados se percataran de su presencia.

—No es que hayamos planificado una estrategia —declaró Sarah—. Las descripciones del juego en realidad no eran más que un montón de mentiras. ¿Nos separamos o seguimos juntos?

Bryson sacó su cuchillo y lo agarró con una mano enguantada. Michael imaginó que, bajo la tela, los nudillos de su amigo estaban tornándose blancos.

—Será mejor que permanezcamos juntos —sugirió Bryson—. Nos costará más tiempo adivinar en qué trinchera se encuentra el portal a la Senda, pero supongo que estos jugadores son expertos en la lucha. Tendremos que ser un equipo para sobrevivir.

—Me parece bien —respondió Michael, y percibió el miedo en su propia voz. Sacó su cuchillo e intentó recordar si había jugado alguna vez a algún juego donde hubiera tenido que enfrentarse a otra persona solo con un arma blanca, hasta la muerte. Por lo general, los jugadores contaban un armamento más sofisticado—. Necesitamos algo más que esto.

—Si lo hacemos, llamaremos la atención —replicó Sarah—. Podrían querer aliarse con nosotros. —Señaló la trinchera que les quedaba más próxima, a su izquierda—. Vamos a rodearla. Iremos por fuera y luego describiremos una espiral para no dejarnos ninguna trinchera.

Michael y Bryson se mostraron de acuerdo; recondujeron el paso y se dirigieron hacia la primera trinchera.

—¡Mierda! —exclamó Bryson, mirando hacia la derecha.

Michael se volvió hacia el mismo lugar y vio a tres soldados que corrían a toda velocidad hacia ellos. Dos hombres y una mujer. Al verlos los desconocidos empezaron a gritar y a hacer gestos con sus armas ensangrentadas. La mujer llevaba una alargada barra metálica entre las manos. A Michael se le revolvió el estómago al distinguir algo que parecía un pedazo de carne clavado en la punta.

Bryson tenía razón. Esas personas eran unas bestias.

8

—Luchad duro —indicó Sarah con tranquilidad—. Y recordad: vale morir.

«Esa parte no necesitábamos recordarla», se dijo Michael.

Sus amigos y él tiraron las mochilas y adoptaron pose de batalla, con los cuchillos en ristre. Cuando los soldados que se acercaban estuvieron a unos seis metros de distancia, Michael pensó en las granadas que llevaba en el cinturón. Se preguntó si tampoco funcionarían, aunque ya era demasiado tarde para comprobarlo. Los atacantes se hallaban lo bastante cerca como para que el odio en su mirada fuera visible, y los tres estaban gritando lo que Michael supuso que serían obscenidades en otro idioma, mientras la saliva les salía disparada por la boca.

Cuando se encontraban a menos de un metro, los soldados se separaron, como si tuvieran decidido de antemano a quién iba a atacar cada cual. La mujer fue a por Michael, lo que no pintaba bien. Parecía peor que los otros dos juntos, con su negra melena salvaje y apelmazada por el sudor, con manchas de sangre en el rostro y varios dientes de menos. Y esa barra. Esa terrible barra con el trofeo ensartado en la punta. A Michael se le revolvieron las tripas.

Con un chillido ensordecedor que le recordó a los KillSims, la mujer levantó el palo y lo agitó en dirección a la cabeza de Michael al arremeter contra él. El chico se agachó, sin perder de vista la larga espada que llevaba ella en la otra mano, con la que intentó acuchillarle la cara mientras agitaba la barra en dirección a su hombro. Desviándola con el antebrazo, Michael cayó de espaldas y rodó por el suelo, en un intento de alejarse de la mujer. Con el rabillo del ojo, la vio saltar y luego aterrizar, limpiamente, sobre el suelo, como una acróbata. Michael estaba librando la batalla de su vida.

Su atacante lucía una sonrisa en el rostro, y se había detenido, como si quisiera deleitarse con el miedo que debía reflejarse con toda claridad en la cara de Michael. Sin embargo, el chico tenía la experiencia suficiente para no sentirse del todo acorralado. Si esa mujer iba a atizarle, él se aseguraría de provocarle unos cuantos dolores.

Levantó su cuchillo.

—Esto no es necesario —dijo—. Lo único que queremos es echar un vistazo. —Esas palabras sonaron ridículas, incluso al mismo Michael.

Ella frunció el ceño, confundida, y luego habló. Michael no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, ni siquiera sabía de qué idioma se trataba, pero parecía enfadada.

El chico retrocedió un paso, como si estuviera asustado, a punto de salir corriendo, pero se arrojó hacia delante, esperando pillarla con la guardia baja. Sin embargo, en lugar de batirse en retirada, la mujer sonrió incluso con más ganas, con cara de alegrarse por el ataque. Michael levantó su cuchillo de golpe, fingiendo querer apuñalarla, si bien dio un salto y levantó ambas piernas en dirección al pecho de su atacante. Ella intentó agacharse, pero reaccionó demasiado tarde, y los pies de Michael impactaron contra ella. Lanzando un grito ahogado, se tambaleó hacia atrás y cayó de lado.

Pese a que el chico también impactó contra el frío suelo, volvió a levantarse enseguida, corrió hacia la mujer, que estaba apoyando las manos en el suelo para darse impulso y así ponerse en pie. Él la empujó con el hombro y la tumbó; ambos cayeron, uno sobre otro, y empezaron a dar vueltas, hasta que dejaron de rodar, cuando Michael se encontraba encima. Aunque ella había perdido el cuchillo, de algún modo, había conseguido seguir aferrada a la barra de hierro. La agitó en dirección a Michael y a él se le cayó el cuchillo; agarró la barra con ambos puños y luchó por arrebatársela a su enemiga, pero ella era demasiado fuerte. Uno tiraba hacia la izquierda y el otro hacia la derecha, si bien ninguno la soltaba. Al final Michael apretujó la barra y tiró de ella hacia abajo, con lo que la golpeó contra la boca de la mujer.

El horrendo estrépito de los dientes al romper desestabilizó a Michael, que estuvo a punto de soltar la barra. La mujer gritó y perdió su rudimentaria arma, pues se llevó ambas manos a la cara. Emitía alaridos mientras luchaba por zafarse de Michael, pero él la retenía por el torso, sujetándola con los muslos, como un jinete a horcajadas que se negaba a dejarse tirar por su montura. Ahora la barra era toda suya. Michael la levantó y volvió a tirar de ella hacia abajo con todas sus fueras. Se oyó un golpe seco, terrible y tremendo, y la mujer quedó inmóvil y en silencio.

En cuando dejó de moverse, Michael se levantó de un salto y cogió su cuchillo, agarrando bien la

barra y el arma blanca, listo para luchar si era necesario. Sin embargo, ella seguía paralizada.

El chico se quedó igual, respirando con dificultad, con el aire helado quemándole los pulmones, hasta que alguien lo atacó por la espalda y le golpeó con tanta fuerza que echó la cabeza hacia atrás y esta chocó contra la cara de su atacante. Juntos aterrizaron en el suelo, y Michael notó cómo abandonaba sus pulmones hasta la última gota de aire. Su atacante lo puso boca arriba sobre el suelo, lo montó a horcajadas y apresó sus brazos con las piernas. La cara del hombre pendía sobre la de Michael, enrojecida y cubierta de cortes, penetrándolo con su enfurecida mirada de ojos azules. El desconocido medía el doble que la mujer que había atacado al chico y sostenía un cuchillo contra su cuello.

No le importaba lo que Sarah hubiera dicho; quería usar el código para conseguir un arma de otro juego. Cerró los ojos y se perdió en el mar de la programación, sopesando, a toda prisa, las opciones que tenía. Pero era demasiado tarde.

El hombre que tenía encima le habló en el mismo idioma desconocido que la mujer, luego deslizó con tranquilidad la hoja por el cuello de Michael. Un dolor frío e implacable se recrudeció en su cogote, seguido por la calidez de la sangre que empezaba a manar de su cuerpo.

Al cabo de unos segundos, murió.

11

En las trincheras

1

Michael detestaba el incómodo lapso de veinte o treinta segundos después de haber muerto en un juego donde uno iba agotando vidas, como *Demonios de la Destrucción*. Se experimentaba un vacío perturbador y oscuro antes de llegar a la vida siguiente. Estaba pensado a propósito, para que los jugadores experimentasen la sensación real de morir, para darles un momento con el fin de valorar lo ocurrido y entender cómo se sentirían si hubiera sucedido en realidad. Un rato para pensar: «¿Y si de verdad hubiera estirado la pata? ¿Y si aquí se acabara todo?».

Esta vez, mientras Michael esperaba que terminase ese lapso, se sentía molesto. Apenas habían empezado y ya lo habían matado. ¡Ni siquiera había tenido la oportunidad de echar un vistazo a una maldita trinchera! ¿Cómo narices podrían registrarlas todas? Tamborileando mentalmente con los dedos, permaneció tumbado y en silencio. Al final apareció una luz ante él y fue intensificándose hasta que lo llevó de regreso al mundo de la Red Virtual.

Se le abrieron los ojos de golpe y se vio tumbado ante la puerta que conducía al territorio nevado donde acababan de asesinarlo. La barra volvía a estar en su sitio, bloqueando el paso. Lanzó un suspiro de alivio, contento de no haber sido enviado de regreso al vestíbulo. No habría tenido fuerzas para lograr despistar a Muro de Piedra y a Ryker, la vaquera cabreada.

Gruñendo por los dolorosos efectos secundarios de sus dos peleas —si es que podía llamar así al segundo y condenado forcejeo—, Michael se incorporó. Se encontraba solo en el túnel, por lo que supuso que Bryson y Sarah seguían vivos o que habían muerto y ya habían regresado al mismo lugar.

Seguía vestido, de pies a cabeza, con atuendo para la nieve, y llevaba a la espalda la mochila llena hasta los topes. Tras una revisión rápida de las armas del armario —ninguna de ellas funcionaba— y una prueba, algo descabellada, de las granadas de mano —que tampoco funcionaban—, retiró la pesada barra de la puerta y volvió a colarse en la atmósfera de aire gélido y ventoso. Mientras caminaba iba pensando cómo podría usar el código para ayudarse a sí mismo en esa guerra brutal.

2

A lo lejos Michael vio a dos personas que ascendían, con dificultad, por la larga y blanca ladera. Estaba seguro de que se trataba de sus amigos: la larga melena castaña que asomaba por debajo de la gorra de esquí de Sarah y los andares arrogantes de Bryson eran inconfundibles incluso desde esa distancia. Sabía que no lograría alcanzarlos, así que decidió tomar otro camino. En lugar de descender directamente a la batalla, como un idiota —pues pensó que, en realidad, la primera vez ni siquiera sabían qué les esperaba allí—, planeó bordear el lugar por la derecha y seguir la pendiente de la colina hasta encontrar una entrada más discreta a la contienda. Había avanzado unos treinta metros cuando vio que Bryson y Sarah habían decidido lo mismo, aunque se habían dirigido hacia la izquierda.

«Bien», pensó Michael. Tal vez, de forma conjunta, conseguirían inspeccionar aunque fuera un par de trincheras antes de que algún montañés chalado o alguna loca volviera a rajarles el pescuezo.

El viento hacía restallar la ropa de Michael, y el hielo y la nieve se le clavaban en la piel destapada de la cara. Empezó a notar los labios como papel quemado: a punto de resquebrajarse si se atrevía a humedecérselos de nuevo. Le parecía mentira, pero deseaba volver a entrar en acción para que la sangre empezara a bombear.

Los sonidos de la batalla —los gritos y alaridos persistentes que habían oído antes— se intensificaron a medida que Michael se acercaba a la cima de la colina. Se acuclilló y empezó a gatear, agradecido de llevar los gruesos guantes puestos.

Llegó al borde del precipicio y se tumbó boca abajo, luego se tomó un instante para echar un vistazo general. A lo lejos, a la izquierda, Bryson y Sarah pasaban corriendo de un montículo a otro, se detenían un instante tras cada uno de ellos antes de desplazarse hasta el siguiente. No parecía que los hubieran visto todavía, y estaban acercándose a las trincheras situadas en la zona más periférica, donde había menos concentración de gente. La parte más importante de la batalla seguía desarrollándose en el alargado y sangriento pasillo que se abría en el centro de las trincheras.

Los aceros que entrechocaban, los alaridos animales y los gritos primitivos llegaban viajando con el viento hasta Michael. Seguía sin poder creer que alguien participara de forma voluntaria en una brutalidad así. Mientras observaba una de las contiendas más próximas a él, vio a un hombre apuñalando a otro, sin parar de gritar a voz en cuello. A pesar de todo lo que había visto en innumerables películas y experimentado en juegos, tuvo que desviar la mirada. Ese lugar era un infierno.

«Céntrate —se dijo a sí mismo—. Evita que te vean, y concéntrate en las trincheras».

Permaneció justo por debajo de la línea de visibilidad desde aquellas batallas en el valle y se arrastró al estilo militar por la nieve helada. Preocupado por que su mochila lo delatase, acabó quitándosela y tirándola, puesto que, para empezar, no sabía ni para qué la llevaba encima. Le sorprendería llegar a vivir lo suficiente como para necesitar comida o ropa de recambio.

Fue descendiendo hasta la derecha del valle, sin ser visto hasta ese momento. Varias hileras de trincheras se extendían entre él y la batalla principal en ese instante, aunque era imposible tener buena visibilidad para saber cuántas personas le esperaban en su interior. Se detuvo tras un pequeño montículo de nieve congelada y se armó de valor. Todavía tenía muy fresco el recuerdo de la hoja rajándole el pescuezo, como si siguiera sintiendo el dolor.

Cerró los ojos y se concentró, un segundo, en el código de cuanto lo rodeaba. Parecía esquivo y difícil de leer, como si el mar de cifras y letras se arremolinara en una tormenta feroz. Le costó un par de minutos, pero al final logró aferrarse a una línea de código de programación que había usado en un juego llamado *Mazmorras Delmar*. Eso daría a su cuchillo una propiedad mágica: proyecciones, desde la punta, de una fuerza invisible que podría pasar desapercibida.

Menos daba una piedra.

Como había tenido que hacer en algunas ocasiones en el sueño, Michael se dedicó a sí mismo un discurso motivador, un recordatorio de que, a pesar de la mala pinta que tenía la situación, en realidad no moriría si lo mataban. Sufriría dolor, sí. Terror, también. Quedaría traumatizado para siempre, tal vez. Aunque, al menos, seguiría vivo al final del día.

Ojos cerrados. Respiración profunda. Ojos de nuevo abiertos. Se sacó del cinturón el cuchillo

mejorado con el código de programación y lo agarró firmemente con la mano derecha.

Se levantó y salió corriendo en dirección a la trinchera más cercana.

3

El corazón le latía con fuerza y el aire helado le inundaba los pulmones con toda su crudeza, pero Michael se obligó a olvidarlo todo y correr lo más rápido posible. Un par de soldados se percataron de su presencia, aunque se encontraban en el extremo más alejado de la trinchera a la que Michael se dirigía, y ninguno se acercó a él; siguieron atizándose.

De pronto el chico tenía el borde de la trinchera a sus pies. Se detuvo en seco y miró hacia abajo, echando un vistazo rápido al interior: unos cuatro metros y medio de profundidad. Estaba vacía salvo por un banco de madera y un camino con hielo medio derretido que recorría el foso por el centro. Las paredes se hallaban cubiertas con lonas negras, sujetas por arriba con viejos neumáticos, cacerolas y sartenes. No había soldados dentro.

Como Michael no vio con claridad ningún portal, estuvo a punto de dar media vuelta y seguir corriendo hasta la siguiente trinchera, pero se detuvo. ¿Quién sabía qué aspecto tenía un portal o si el punto débil del código podía identificarse con facilidad? De pronto fue consciente de la tarea tan compleja que tenían entre manos. Les llevaría una eternidad registrar todas las trincheras de arriba abajo. Y ni siquiera sabían, con exactitud, lo que estaban buscando.

Con un suspiro, Michael encontró una escalerilla y bajó para iniciar el registro.

4

Las lonas negras que cubrían las paredes de la trinchera eran fáciles de apartar. Michael retiró una y se agachó para mirar por debajo de ella, luego caminó por el lateral del foso, de un extremo a otro, recorriendo con las manos esa parte helada, de arriba abajo. Pero eso era todo lo que había: hielo y nieve helada. Nada sospechoso ni fuera de lo común. Cada cierto tiempo, cerraba los ojos para detectar anomalías en el código o cualquier cosa que llamara la atención. Sin embargo, todo era normal.

Cuando salió de debajo de la lona, ya al fondo de la trinchera, echó una ojeada para comprobar que el lugar seguía vacío, luego pasó a la otra pared.

Nada.

Mientras Michael subía la escalerilla para salir del foso, intentó no pensar en todo el tiempo que acababa de desperdiciar. No habría forma de saber qué trinchera contenía el portal hasta que él y sus amigos las hubieran registrado todas, una a una. Volvió a suspirar. Supuso que ningún esfuerzo era una pérdida de tiempo.

Al menos eso fue lo que se dijo a sí mismo. No logró desprenderse de la desesperante sensación de que jamás encontrarían el camino que estaban buscando. Les quedaban al menos otras cien trincheras donde mirar.

Nadie estaba corriendo en su dirección, al menos no de momento. Y con un vistazo al campo de batalla se dio cuenta de que no había ni rastro de sus amigos.

Michael se dirigió a la siguiente trinchera.

5

Tampoco había nadie en el interior de esa.

Michael descendió y empezó su búsqueda. Se coló por debajo de una lona y fue recorriendo un lateral, luego recorrió el otro, e iba revisando el código de vez en cuando. No obstante todo parecía normal. Allí no había nada.

Ascendió hasta el exterior, desanimado pero listo para revisar el espacio siguiente. Había bajado la guardia, por eso se sorprendió al ver a una mujer allí de pie, esperándolo. Vestida con el mismo uniforme de camuflaje de invierno que llevaba él, parecía limpia y fresca, como si acabara de salir del túnel. Su rostro habría resultado hermoso de no haber sido por el gesto feroz que lo demudaba.

—Micky me ha dicho que aquí podría matar a alguien fácilmente —dijo—. No hay nada como un chaval perdido que se ha colado sin permiso. Me vendrás al pelo para empezar el juego. —Su expresión se había relajado algo mientras hablaba, aunque volvió a torcerse con gesto feroz cuando terminó de hablar.

—¿«Fácilmente»? —repitió Michael—. ¿Qué te hace pensar que va a ser fácil? —Retrocedió un paso con despreocupación, dejando las suelas de las botas a la altura del borde de la trinchera. Quería tener pinta de persona acobardada que intentaba actuar con valentía.

—¿Cuántas veces has estado aquí dentro? —preguntó ella, relajando de nuevo su terrible rostro para volver a tensarlo cuando terminó de hablar.

—Es mi primera vez —respondió él con inocencia—. Pero ya he matado a alguien. No está mal, ¿no?

Ella sacudió la cabeza.

—Así voy a disfrutar un montón.

Michael se limitó a sonreír de oreja a oreja y a decir:

—Adelante.

Quería que ella hiciera el primer movimiento, y funcionó. La mujer se dirigió hacia él, con su rostro feroz enrojecido.

Echó hacia atrás un puño y, justo antes de golpear a Michael, él se tiró al suelo, hacia un lado. Sabía que corría el riesgo de resbalar y caer por el borde al interior de la trinchera, pero estaba dispuesto a correrlo para evitar otro enfrentamiento. Apretó el mango de su cuchillo que lanzó un relámpago de energía invisible al torso de la mujer, y ella salió disparada hacia delante.

Voló hacia Michael y cayó gritando al suelo de la trinchera. Antes de darle tiempo a incorporarse, Michael ya estaba corriendo hacia la trinchera siguiente. Con suerte la mujer se habría roto una pierna.

6

Había un hombre durmiendo en el banco dentro de la trinchera siguiente. Salvo por él, el lugar estaba vacío. Michael se puso como loco de contento. Corrió hacia la escalerilla y bajó. Al principio pensó

en realizar un registro rápido sin molestar a ese tipo, pero luego cambió de opinión. El hombre podía despertar mientras Michael se encontrara bajo la lona, y el chico se vería completamente expuesto a un ataque. No podía correr ningún riesgo.

Michael permaneció junto al hombre dormido, observando cómo su pecho se hinchaba y se deshinchaba. Puesto que no quería acercarse demasiado, sacó silenciosamente su espada, apuntó y le lanzó un rayo láser al cuello, intentando no vomitar cuando el soldado se despertó de golpe y se llevó la mano a la herida sangrante. El hombre cayó del banco y, por segunda vez ese día, Michael tuvo que recordarse que, en realidad, no había matado a nadie. Aunque… parecía tan real…

El tipo sangró hasta que su cuerpo quedó exangüe, luego desapareció.

Un registro rápido, aunque exhaustivo, de la trinchera reveló una vez más que Michael no había dado en el blanco. Tres registradas, docenas por registrar. Soltó un quejido.

—¿No estás contento por ahí abajo?

Levantó la vista y vio a un hombre y a una mujer de pie, justo por encima de él, en el mismo borde de la trinchera. La mujer iba pasándose una granada de una mano a otra.

—Pues no, estoy tomándome un respiro, eso es todo. —Por suerte, ya tenía la ropa sucia y salpicada de sangre. Encajaba mucho mejor en el entorno; parecía estar en su salsa.

—Solo es un estúpido crío —dijo el hombre a la mujer—. ¿Crees que te puedes librar usando códigos de otros juegos? Además está claro que eres un principiante.

Michael entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Es que todavía no has echado a correr. Me parece que estás bastante seguro de que esta granada no funciona.

Michael iba a responder, pero antes de poder pronunciar palabra, la mujer tiró de la anilla y lanzó la granada. Esta aterrizó emitiendo un sonido de húmeda salpicadura a los pies de Michael. El chico se quedó mirando, desafiante, a ambos soldados. Ellos dieron media vuelta y salieron corriendo.

Cuando la granada explotó, Michael la sintió. Esta vez experimentó una fuerte explosión de dolor tan agudo y breve que no tuvo tiempo ni de gritar. Luego llegó el negro abismo que llamaban muerte.

7

Volvió a despertarse al principio, en el túnel helado. Bryson estaba allí sentado y no pareció sorprendido en lo más mínimo cuando Michael apareció ante él.

—Es un asco que te maten ahí fuera —dijo Bryson—. Me duele. —Hizo una pausa—. Todo.

—Sí, a mí también. —Michael se levantó y se estiró, y sintió el dolor y los golpes causados por sus dos muertes. No era exactamente lo mismo que las heridas reales, el ataúd estimulaba los nervios para que hubiera reacciones físicas, aunque bastaba para que no olvidaras el dolor demasiado pronto.

—¿Cómo le va a Sarah? —preguntó.

Bryson se encogió de hombros.

—No lo sé. Hemos tenido que separarnos.

—¿Cuántas trincheras habéis visto?

Bryson levantó dos dedos de su mano enguantada.

—Pero todavía nada.

—¡Tío! —espetó Michael—. Vamos a tardar años en hacer esto.

—Ni hablar, lo conseguiremos —respondió Bryson, que se puso de pie para colocarse a su lado —. ¿Estás divirtiéndote?

Michael se quedó mirándolo un segundo.

—No, odio hasta el último minuto de esto —dijo finalmente, luego levantó su cuchillo—. He acabado tomando prestada una cosita de *Mazmorras Delmar*.

—Sí —respondió Bryson despreocupadamente, con el rostro torcido por una mueca—. Es raro lo mucho que les gusta matar a estos viejos, como si fueran animales. Necesito programarme un poco de ayuda.

Michael asintió en silencio.

—Vamos a encontrar ese puñetero portal.

Y salieron por la puerta.

8

Los días siguientes fueron un verdadero infierno para Michael.

Murió veintisiete veces, de todas las formas imaginables, dentro de los límites de ese circo helado. Algunas muertes fueron peores que otras, pero siempre seguía regresando a ese lugar. El truco del cuchillo lo ayudó un par de veces, y probó con otras cosas, como una habilidad especial de salto de *Saltadores del cañón* y velocidad aumentada de *Corriendo con Furias*. Resultaba difícil aislarlas y programarlas, y lo único que consiguieron fue retrasar la llegada de su inevitable destino.

Pero él insistía.

Curiosamente todos los días sonaba un cuerno en el ocaso, y las batallas cesaban de forma inmediata. Las personas que habían estado luchando como fieras de pronto eran colegas, y echaban a andar, a menudo a cojear, hacia las enormes mesas donde se servía la cena, agarrados por el hombro, riendo.

Michael y sus amigos se reunían con ellos para comer, luego se dirigían hacia el lugar donde habían dispuesto focos de calor y sacos de dormir. La primera noche, los chicos habían intentado escabullirse hasta las trincheras para seguir registrándolas, pero se toparon con un cortafuegos temporal y estaban demasiado cansados para hackearlo. La programación de seguridad del gélido lugar superaba lo habitual.

A la mañana siguiente, volvían a empezar. Matar, matar y morir asesinados. Dolor y sufrimiento. Matar un poco más, volver a morir asesinados. Por primera vez en toda su vida, Michael entendió por qué los auténticos soldados que regresaban de guerras reales lo pasaban tan mal a la hora de asimilar todo cuanto habían visto y hecho. Y lo que les habían hecho a ellos. Si Michael tenía alma, estaba empezando a filtrársele por los poros.

El único consuelo que le quedaba era que sus amigos y él seguían juntos. No decían gran cosa, ni tenían mucho tiempo, pero al menos estaban juntos.

Al final de la tarde del tercer día, Sarah encontró el portal.

12

Una terrible advertencia

1

Michael acababa de caer muerto, una vez más, a causa de una granada en buen estado. Si había aprendido algo de *Demonios de la Destrucción* era que daba igual las veces que te explotara el cuerpo, la cosa no mejoraba.

Sarah estaba esperándolo en el túnel. Se encontraba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas por debajo del cuerpo, y parecía agotada. Michael se sentó frente a ella, y su amiga le dijo en voz baja:

—Lo he encontrado. —Sonaba exhausta.

Michael se sentía igual de vacío y creía saber por qué: habían pagado un precio demasiado alto. Sabía que jamás volvería a ser el mismo.

Aunque sintió cierto alivio.

—¿Dónde? —preguntó al fin, y por la forma en que Sarah lo miró, supo que se sentía tan aliviada como él.

—Está a cinco trincheras de las tiendas, cerca del centro, a la izquierda. Hay cinco o seis personas dentro; quién sabe qué clase de armas tendrán. Acababa de localizar el portal antes de que me mataran.

—Nos irá bien —le dijo Michael—. Esperaremos a Bryson y se nos ocurrirá un plan. A lo mejor incluso logramos hacerlo sin tener que saltar ahí dentro y ponernos medievales con todo el mundo.

Ella le dedicó una sonrisa. Fue débil y breve, pero lo animó.

—Al menos ya sabemos dónde está. No creo que hubiera podido aguantar mucho más ahí fuera, corriendo de una trinchera a otra, preguntándome de qué divertida manera moriría a continuación.

—Después de esto, haría sin pensarlo un viajecito al espacio para matar extraterrestres.

Sarah cruzó la mirada con Michael y se quedaron así, ambos en silencio, compartiendo la experiencia que acababan de vivir. Entonces el dolor estalló en la cabeza del chico.

2

Michael cayó al frío suelo y quedó hecho un ovillo, apenas consciente de que Sarah se encontraba a su lado, inclinada sobre su hombro, exigiéndole a gritos que le dijera qué ocurría. Michael no lograba pronunciar palabra. Se agarraba la cabeza, balanceándose adelante y atrás mientras el dolor palpitaba en el interior de su cráneo. Recordaba muy bien lo que le había ocurrido en el callejón, cuando estaban en casa, y se negaba a abrir los ojos.

Las visiones. Esas sangrientas y horribles visiones. No sabía si los efectos para su mente serían los mismos en la Red Virtual que en el Despertar, pero no deseaba averiguarlo. Mantuvo los ojos cerrados con fuerza y esperó a que el dolor remitiera.

Al final, tal como había pasado antes, el malestar se desvaneció en un segundo. Nada de recuperación lenta ni dolor persistente. En un momento se sentía morir y, al instante, se encontraba de maravilla. Aunque creía haber oído una voz…

Según Sarah, el episodio había durado tres minutos; para Michael podría haber durado una hora. Ella lo rodeó con un brazo por los hombros y lo ayudó a incorporarse. Él se apoyó contra la pared y miró al techo. ¡Qué semana tan maravillosa había tenido!

—¿Ya estás bien? —preguntó Sarah.

Michael se volvió hacia ella.

—Sí. Cuando termina, termina del todo. Ahora ni siquiera me duele. —Sin embargo, estaba agotado y muerto de miedo; llevaba unos días sin sufrir ningún ataque, y esperaba que hubieran cesado.

Sarah le pasó los dedos por el pelo.

—¿Qué te ha hecho ese monstruo? —murmuró.

Él se encogió de hombros. Supuso que su amiga se refería al KillSim.

—No lo sé. Solo recuerdo que sentí como si me sorbiera el cerebro. Tal vez lo hizo, al menos en parte.

—Pero habías estado un tiempo sin sufrir ataques, ¿no? Esperemos que cada vez sean menos. Puede que al final paren del todo.

Bryson regresó desde el juego, con deslumbrante expresión de orgullo en el rostro, y Sarah retiró la mano de la cabeza de Michael.

—¡Escuchad! ¡Lo he encontrado! —exclamó Bryson—. He encontrado el portal.

Sarah sonrió con suficiencia.

—Pues vaya una cosa —dijo—. Te he ganado, tortuga.

Pero entonces sonrió con sinceridad. Michael sintió el corazón algo menos vacío, pese a que seguía preocupado. Esperaba que fuera solo por el delirio del ataque, aunque habría jurado haber oído una voz, el susurro de una frase en su cabeza.

«Estás haciéndolo bien, Michael».

3

Bryson describió la trinchera a la que se refería y, de hecho, era la misma que Sarah había encontrado. Michael y sus amigos estrujaron sus agotados cerebros para trazar un plan. Tenían que acercarse lo suficiente, y contar con el tiempo suficiente, para poner a prueba el portal y hackearlo para acceder a su código. Sin embargo, saltar al interior de la trinchera, con los cuchillos en ristre, era lo último que ninguno de ellos quería volver a hacer.

Y ese fue el motivo de que Michael pensara en granadas. Lo habían matado con ellas tres o cuatro veces, así que sabía que eran efectivas. Y habría mentido si hubiera dicho que no tenía el más mínimo deseo de venganza.

Cuando lo sugirió, Bryson dijo:

—Bueno, suena bien, pero necesitaremos unas cuantas para asegurarnos de que explotan.

Sarah respondió:

—Reuniremos un montón y empezaremos a lanzarlas. Programaré una chispa espectacular del

juego *Locos por las armas* y esperemos que eso las active.

Michael agarró su mochila, bajó la cremallera y la vació.

—Empecemos a cargar.

4

En cuanto las tres mochilas estuvieron cargadas, se las colgaron al hombro, se pusieron los guantes y las gorras, y volvieron a salir por la puerta a la atmósfera ventosa.

Michael y Sarah siguieron a Bryson por el lado izquierdo del valle, con la precaución de mantenerse por debajo de la cresta de la montaña, para que no se les viera. Cuando llegaron al punto final de la ascensión, se tiraron al suelo, boca abajo, y fueron arrastrándose hasta la cima.

Entonces se le ocurrió algo a Michael.

—¿Y si esperamos al amanecer e intentamos llegar antes que nadie? —Lo que en realidad quería decir era: «Por favor, no me hagáis bajar corriendo otra vez hasta ese infierno». No sabía cuánto más podría aguantarlo.

—A mí también me da miedo —admitió Bryson—. Aunque no podemos permitirnos perder otra noche. Vamos a intentarlo. Con o sin guardianes.

—Está bien —accedió Michael a regañadientes—. Pero recordad: o entramos todos o ninguno. Si cruzamos solos el portal, podrían devolvernos otra vez al principio.

—Está bien —dijo Bryson—. ¿Y qué tal si no nos matan? Nos estamos malacostumbrando.

—Amén a eso —respondió Michael—. Morir está ahora entre las cosas que menos me gustan.

Michael volvió a mirar hacia el espacio abierto. Tenían que superar docenas de batallas, así como pasar por otras diez trincheras, más o menos. Las probabilidades de llegar al portal sin verse envueltos en una contienda eran muy elevadas. Y a juzgar por la expresión en el rostro de Sarah, ella pensaba igual.

—Está bien —accedió, adoptando de pronto una actitud de mando—. Creo que podemos pasar, pero tenéis que hacer lo que yo haga. Si uno de nosotros es interceptado, habrá que detenerse a luchar.

—Entendido —contestó Bryson—. Permanecer juntos. Y ahora vamos a hacerlo.

Michael sintió que el corazón se le disparaba como los pistones de un coche de carreras.

—Sí —fue todo cuanto acertó a decir.

—Vamos. —Sarah se puso de pie y echó a correr ladera helada abajo.

Michael y Bryson se apresuraron para alcanzarla.

5

Les costó una hora llegar a la trinchera, y tuvieron que combatir para lograrlo. Algunas veces era un solo hombre o mujer; esos fueron los fáciles. Pero libraron un par de contiendas mucho más difíciles: grupos de dos, tres o cuatro soldados que perseguían a su reducida comitiva, todos a una. El único aspecto positivo de haber muerto tantas veces es que Michael y sus amigos habían adquirido la experiencia —y cierta ayuda de sus poderes mejorados gracias a la programación— para vérselas con

esos atacantes.

En esa ocasión no iban a morir. Michael no paraba de jurárselo a sí mismo, una y otra vez. Cada minuto que pasaba, estaba más cansado, pero contaba con grandes dosis de adrenalina y su energía parecía reactivarse con cada nuevo enfrentamiento.

Al final llegaron a unos metros del borde de la trinchera donde se encontraba el portal. El grupo estaba ensangrentado y amoratado, con la ropa hecha jirones. Bryson había perdido la mochila, y lo único que les quedaba era un cuchillo. Sin embargo, durante un breve instante, estuvieron solos.

Sarah se puso de rodillas, bajó la cremallera de su mochila y volcó su provisión oculta de granadas sobre el suelo helado. Michael añadió la suya mientras Bryson corría hacia el borde de la trinchera para echar un vistazo y comprobar cuántos guardianes había dentro.

—Son unos cinco o seis —informó al regresar, y se arrodilló junto a ellos para ayudarlos—. ¡Empezad a quitar las anillas y a lanzar las granadas! Están ahí sentados con las pistolas, fumando.

Michael se puso manos a la obra. Agarró una granada, tiró de la anilla y la arrojó al alargado y estrecho foso. No se detuvo para ver qué ocurría. Cogió otra y repitió la acción: la lanzó al mismo sitio. Luego lo hizo con otra. Y con otra. Bryson y Sarah fueron igual de rápidos y, en cuestión de segundos, habían arrojado más de una docena al interior de la trinchera.

Entonces Sarah cerró los ojos, y sus órbitas se movieron con rapidez debajo de los párpados mientras manipulaba el código. Un intenso destello de luz se prendió en su pecho, lo bastante intenso como para que Michael tuviera que protegerse con un brazo a modo de visera. Miró con los ojos entrecerrados y advirtió que el haz de luz salía disparado de su amiga e impactaba en el interior de la trinchera, como un cometa incandescente.

Michael vio a un hombre que ascendía por la pared del foso, al fondo. Abrió la boca para avisar a sus amigos, pero entonces se produjo una explosión ensordecedora en el interior de la honda trinchera. Destellos de fuego iluminaron el día, y la metralla metálica salió disparada en todas direcciones.

—¡Vamos! —gritó Sarah, que ya estaba de pie y avanzando hacia la escalerilla.

El hombre al que Michael había visto al principio estaba tumbado boca abajo, fuera de la trinchera, con un enorme desgarrón en la espalda del abrigo. Era pura sangre y destrucción.

Michael iba corriendo detrás de Sarah, con Bryson a su lado. Llegaron al borde del foso. Michael corrió por el lateral, buscando supervivientes, pero lo único que vio fue muerte. Observó cómo los cuerpos iban desapareciendo uno a uno.

Los tres amigos alcanzaron la escalerilla justo cuando el hombre que se encontraba fuera de la trinchera se volvió boca arriba. No estaba muerto, pero sí agonizante, y su mirada delataba que lo sabía.

Sarah empezó a descender por los peldaños, como Bryson. Michael estaba justo detrás de ellos cuando el hombre lo alcanzó, lo agarró por un brazo y lo obligó a volverse. Tenía una fuerza sorprendente a pesar de las condiciones en que se encontraba. El chico pudo zafarse, pero antes de girarse de nuevo, el moribundo empezó a murmurar algo, con los labios temblorosos por el esfuerzo y estremeciéndose de los pies a la cabeza.

Michael se acercó más aún, pues creía que había oído su nombre.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

El soldado hizo un último esfuerzo para hablar y lo soltó de sopetón. Michael oyó hasta la

última palabra.

—Cuidado con Kaine. No es quien crees.

Entonces el hombre murió, y su maltrecho cuerpo se desvaneció en el aire.

13

El disco flotante

1

—¡Bajad hasta aquí! —gritó Sarah desde el interior de la trinchera.

Michael se dio cuenta de que estaba mirando el charco de nieve ensangrentada donde había estado tendido el tipo hacía unos segundos. ¿Qué estaba ocurriendo? La voz que oyó durante el último ataque le había dicho que estaba haciéndolo bien, ¿qué había dicho aquel desconocido sobre Kaine? ¿Qué significaba todo aquello?

Michael tenía la profunda y terrible sensación de que Kaine sabía exactamente lo que estaban haciendo y dónde se hallaban. Y se preguntó si era posible, ¿querría el jugador que Michael adivinara dónde se encontraba?

—¡Tío!

Cuando el chico volvió a centrarse en la trinchera, Bryson estaba mirándolo.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó.

—Pensar —respondió Michael. Era plenamente consciente de lo estúpido que había sonado—. Lo siento —añadió. Había gente cargando contra ellos desde todas las direcciones cuando bajó como pudo al foso medio derretido junto con sus amigos.

Bryson negó con la cabeza.

—De verdad que no podemos llevarte a ninguna parte.

—¿Te ha dicho algo ese tipo? —preguntó Sarah.

Michael asintió con la cabeza.

—Sí, pero ya te lo contaré luego. Estamos a punto de recibir un montón de visitas desagradables. Lo de ahí fuera parece un desfile de zombis, y nosotros somos la comida.

—Es por allí —indicó Bryson, e hizo un gesto para que lo siguieran.

Habían avanzando a duras penas por el centro de la trinchera casi cinco metros cuando Bryson señaló una zona de la pared donde alguien había hecho trizas la lona. En la mayor parte del foso destellaba el hielo blanco, pero había un punto desde donde emanaba un leve fulgor violáceo.

Los gritos y alaridos de los jugadores que se acercaban se oían cada vez más alto.

—Nada como el presente —dijo Sarah. Se volvió hacia Michael—. Tú quédate haciendo guardia mientras Bryson y yo intentamos averiguar qué hacer.

Mientras Michael tomaba posiciones, Bryson desgarró un enorme fragmento de la lona negra. Por detrás de ella, se había abierto un túnel de dos metros de alto en la pared de hielo. Michael no sabía dónde había empezado exactamente, pero, en algún momento, en el interior del túnel, el espacio oscuro se transformó en una palpitante luz violeta. Resultaba imposible distinguir qué había más allá, cuanto más se esforzaba en mirar, más se le nublaba la vista.

—¡Son esos malditos enanos! —gritó alguien desde arriba.

Cuando Bryson y Sarah entraban en el túnel, Michael vio a un hombre que empuñaba una espada

alargada.

No lo dudó: se volvió de golpe y siguió a sus amigos hacia la luz violeta.

2

El estruendo de la guerra de Groenlandia no tardó en acallarse; el túnel se hallaba en silencio, como si se hubiera cerrado una puerta tras ellos. Y cuando Michael se volvió para mirar, descubrió que eso era exactamente lo que había ocurrido. La trinchera de la que acababan de escapar ya no estaba allí. Había sido reemplazada por el extraño fulgor violeta.

Se giró y se sintió aliviado al ver que no había perdido ni a Bryson ni a Sarah. Seguían a cuatro patas, como él, solo que ellos estaban concentrados, moviendo los ojos en todas direcciones, bajo los párpados cerrados, modificando, como locos, el código.

—He logrado conectar con una especie de mapa o guía —anunció Sarah, con los ojos todavía cerrados—. ¿Lo veis?

Bryson asintió en silencio.

—Es una señal muy débil. Tendremos que seguir comprobando el código para no perderlo.

—¿Qué está ocurriendo? —les preguntó Michael—. ¿Qué hago?

Sarah se volvió hacia él.

—El portal no está bloqueado. Pero sería muy fácil perderse aquí dentro. Y cuando digo «perderse», quiero decir para siempre. Por lo que he podido averiguar, hay una serie de marcadores en el programa. Si los seguimos, podríamos llegar al primer nivel de la Senda.

—Vale.

Sarah alargó la mano a tientas y dio un golpecito a Michael en el hombro.

—Sigo pensando que tiene que haber alguien que vigile, por si algo nos ataca. ¿Puedes hacerlo? ¿Mientras Bryson y yo seguimos revisando el código?

Michael se encogió de hombros, aunque sus amigos no pudieron verlo.

—Claro. Mantener los ojos abiertos. Es fácil.

—Me gustan los tíos que saben cumplir órdenes —comentó Bryson con sonrisa maliciosa.

Sarah se echó hacia atrás y se alejó de Michael.

—Vamos. Es por aquí.

Fue avanzando a cuatro patas, seguida por Bryson y luego por Michael, y empezaron a abrirse paso hacia el fondo del túnel.

Transcurrieron varios minutos sin que nada cambiara. Michael sentía una presión sofocante en el pecho, pero cada vez que se detenía para inspirar hondo, se relajaba y conseguía volver a respirar con normalidad. El silencio también resultaba extraño; no era silencio propiamente dicho, sino un zumbido constante. Durante un rato, supuso que los otros dos permanecían callados porque estaban concentrados en el código, pero entonces se le ocurrió algo. Cuando los llamó, no salió sonido alguno de su boca. Era como si alguien le hubiera dado al botón para quitar el volumen, y, por alguna razón, fue lo más terrorífico que había sentido en aquel extraño túnel hasta entonces.

Continuó moviéndose, reptando por el suelo, concentrado en las piernas de Bryson. Le espantaba la idea de que su amigo pudiera desaparecer en cualquier instante y dejarlo solo. Empezaban a dolerle las manos y las rodillas, y a dormírsele los brazos y las piernas. Cada minuto

que pasaba, se sentía más desorientado y mareado.

Avanzaron sin pausa, arrastrándose pesadamente como una hilera de hormigas. Habían recorrido al menos un kilómetro y medio, tal vez tres. Michael no tenía el cuerpo acostumbrado a ese ritmo. El pánico comenzaba a atenazarlo desde dentro; una sensación claustrofóbica que amenazaba con apoderarse de él. No obstante, se obligó a contenerla, a superar cada instante, a avanzar cada centímetro, paso a paso, con la confianza en las dotes de hackers y programadores de sus amigos. Jamás pensó que se sentiría tan agradecido de ver el culo de Bryson: un rayo de luz en aquella neblina violácea.

Seguían avanzando a cuatro patas y en silencio cuando algo cayó con fuerza sobre Michael y empujó su cuerpo contra el suelo. Quedó boca abajo, sin aliento. El miedo se tornó pánico, y se puso a gritar y a patalear. Apenas podía moverse. La mente empezó a nublársele y se apoderó de él una sensación de locura, como si hubiera perdido el control de sus actos.

Entonces terminó. Todo terminó. El túnel violeta, el silencio, la presión que lo empujaba contra el suelo. Se hallaba tumbado sobre una dura superficie gris. Metió las manos por debajo de su cuerpo y logró ponerse de rodillas. Y contempló, con sorpresa, lo que le rodeaba.

Sus amigos y él se encontraban a gatas al borde de un gigantesco disco de roca de varios metros de diámetro que, por lo visto, se hallaba suspendido en el aire. Enormes cúmulos de nubes tormentosas pendían sobre sus cabezas, e iban aumentando y disminuyendo de tamaño como si tuvieran vida propia. Los rayos restallaban, los truenos retumbaban y el aire estaba cargado de humedad, como si estuviera a punto de llover.

Michael no tenía ni idea de dónde estaban; jamás había visto un lugar así en la Red Virtual. Y, a pesar de lo extraño que resultaba todo aquello, se sintió aliviado de haber abandonado el túnel.

—¡Mira! —Bryson le hizo un gesto con la cabeza para que mirara a sus espaldas.

Michael se volvió de golpe y localizó el centro del disco. Cuando llegaron estaba vacío, lo habría jurado, pero ahora había una anciana sentada en una mecedora, cuya madera crujía cuando la mujer se balanceaba, lentamente, adelante y atrás. Iba vestida con una túnica recta de lana gris. Michael pensó que tenía aspecto de abuela.

—¡Hola, jóvenes amigos! —saludó con voz ronca—. Acercaos y dad solaz a vuestro espíritu.

3

Michael se limitó a mirar a la anciana, quien, como sus amigos tampoco se movían, dejó de balancearse y se inclinó en dirección a los chicos.

—¡Por todos los dioses! Mejor será que traigáis esas grupas hasta aquí, deprisita, o tendréis que pagar un precio infernal. No os diré más. ¡Ya!

Sorprendido por el abrupto cambio de tono, Michael se levantó como pudo, Bryson y Sarah lo imitaron, y avanzaron hacia el centro de la plataforma para reunirse con la mujer.

—Sentaos —les ordenó. Sus resquebrajados labios se hallaban hundidos hacia dentro, como si no tuviera dientes, y su voz era ronca.

Hicieron lo que les había dicho. Michael cruzó las piernas por debajo del cuerpo y esperó con gran expectación. Las cosas como esa eran raras, pensó, aunque no tanto, en realidad; había pasado media vida dentro del Sueño y se había acostumbrado a la aparición de personajes extraños como ese.

La mayoría de las veces resultaban inofensivos, pero reflexionó que, si habían llegado hasta la Senda, esa mujer podía estar relacionada con Kaine, lo cual era sinónimo de problemas.

La mujer bajó la vista hacia ellos, y sus ojos eran el único rasgo en ella que no parecía centenario. Tenían una mirada penetrante y luminosa, pese a que el resto de su apariencia era ajada y maltrecha. Tenía la piel amarillenta y arrugada; formaba colgajos pegada a sus frágiles huesos. El pelo, ralo y canoso era escaso. Sus viejas manos reposaban sobre el regazo, como raíces arbóreas llenas de nudos y retorcidas formando una maraña.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sarah—. ¿Y quién es usted?

La anciana enfocó la vista.

—¿Preguntas quién soy? ¿Que dónde estás? ¿Que qué es este lugar, qué es esto, para qué y cómo? ¿Que de dónde venimos y adónde vamos? Se te escapan las preguntas de la boca, muchacha. Pero las respuestas se ocultan entre las nubes.

La mujer iba mirando de un lado a otro mientras hablaba, y fue moviendo los ojos con parsimonia hasta enfocarlos en un punto muy lejano. Michael miró a Bryson, quien enarcó las cejas como advirtiéndole de que mantuviera el pico cerrado, para variar.

—Tú —espetó la anciana. Levantó una de las manos del regazo, la agitó levemente, y con un dedo doblado señaló a Michael—. Atrévete a hacer un comentario ingenioso y será tu fin.

Su expresión se había endurecido, fruncía el entrecejo, y en ese preciso momento Michael supo que no le convenía enfadar a la mujer. No le habría extrañado que se transformase en dragón y se los comiera a todos. Al fin y al cabo, estaban en el Sueño.

—¿Tu cerebro ha procesado mis palabras con claridad? —preguntó, y la piel del contorno de los ojos se le arrugó aún más al entrecerrarlos—. ¿Te ha quedado claro?

Bryson le propinó un codazo en las costillas.

—Sé buen chico.

—Sí —le respondió Michael—. Claro como el agua.

La vieja asintió con la cabeza y se repantingó de nuevo en la mecedora, para volver a balancearse.

—¡Mocosos!, al menos podríais saludar como Dios manda a una anciana antes de empezar a escupir vuestras preguntas.

—Lo sentimos —habló Sarah—. De verdad. Hemos sufrido mucho aquí, y solo queríamos saber cómo seguir adelante. Estamos buscando un lugar llamado Desfiladero Consagrado.

—¡Oh, sé muy bien qué están buscando esos corazones vuestros! La Senda solo lleva a un destino, y ese destino solo tiene un camino. Aunque el Desfiladero Consagrado está lejos de donde os encontráis sentados en este momento. Hasta ahí puedo contaros.

Michael empezaba a impacientarse.

—Entonces ¿qué necesitamos saber?

Ella volvió a extender el dedo, y su uña amarillenta lo señaló directamente.

—Este ya no tiene permiso para hablar. Como diga una palabra más, me esfumo.

Bryson alargó un brazo de golpe y tapó con la mano la boca de Michael, antes de que este pudiera decir nada más.

—Lo ha pasado mal para llegar hasta aquí —lo justificó Bryson, con exasperación en el rostro—. Es algo más vulnerable que nosotros dos. No se preocupe. Mantendrá la boca cerrada, ¿verdad, Michael? Asiente una vez para decir que sí, como un buen chico.

Pese a que Michael sintió ganas de darle un bofetón, asintió una vez con una sonrisa y se quitó la mano de su amigo de la cara.

La anciana volvió a posar las manos en su regazo y comenzó a hablar.

4

—Me llaman El Morral, y no os importa el porqué. Estoy aquí para vigilar la Senda. A veces nos topamos con intrusos vagando por sus parajes. No creo que haga falta que os diga que no será un recorrido muy agradable. Nada agradable. Algunos sabelotodos podrían decir que se trata de una ironía, pero el único propósito de la Senda es intentar evitar que las personas la recorran.

Hizo una nueva pausa.

—Aquí las cosas son distintas —prosiguió—. No son como en ningún otro lugar de la Red Virtual. Habéis tenido que hackear y reprogramar el código para llegar hasta aquí, pero, a partir de este punto no solo podéis confiar en ese recurso. Tendréis que ser inteligentes. Y valientes. Y hay una norma que debéis recordar por encima de todas. Cuando la oigáis, vais a desear que vuestros oídos os hayan engañado.

—¿Cuál es? —preguntó Sarah.

El Morral calló un segundo, y Michael estuvo a punto de echarse a temblar de impaciencia.

—Si mueres estás acabado —añadió por fin—. Acabado como un conejo en la guarida de un león. Os devolverán al Despertar, y las posibilidades de regresar a la Senda son tantas como las de ir caminando de Venus a Marte. Es imposible. Habéis llegado hasta aquí, es una realidad, gracias a cierto grado de valor y algunas habilidades para el juego. Pero ahora ya os tenemos calados, fichados, no hay forma de que os dejen entrar dos veces.

Michael tragó saliva con dificultad e intercambió una mirada de preocupación con sus amigos. Aquello iba en serio. Incluso en los juegos más brutales de la Red Virtual se participaba con el conocimiento de que la muerte no era más que un revés. Simplemente un retraso. Y eso ayudaba a que la gente fuera hasta allí y jugara sin reparos, arriesgándose y haciendo cosas que jamás habría hecho en la vida real. Por eso era divertido: siempre podías regresar e intentarlo de nuevo.

Pero si lo que había dicho esa vieja era cierto, Michael y sus amigos solo tendrían una oportunidad de conseguir lo que querían. De haber sido igual en *Demonios de la Destrucción*, habrían estado acabados hacía ya días.

—Estáis haciéndolo como veteranos —declaró El Morral—. Debo reconoceros eso. Pero las cosas son distintas en la Senda; no se ha creado ningún cortafuegos más eficaz. Sin duda.

Michael estaba a punto de enloquecer por la prohibición de hablar, aunque, en realidad, no sabía lo que le hubiera gustado decir.

Por suerte, Bryson sí habló.

—Vale, si morimos, nos envían de regreso al Despertar. Entendido. ¿Qué más puede decirnos?

El Morral rio antes de responder.

—Solo hay dos formas de salir de este disco. La primera es saltar a la muerte y regresar al Despertar.

«Esa opción no es válida», pensó Michael.

—¿Y la segunda? —preguntó Bryson.

La mujer sonrió, con lo que se le movieron las miles de arrugas de la cara.

—Adivinar qué hora es.

5

En cuanto la vieja pronunció esas palabras, toda la estructura sobre la que estaban sentados cayó varios metros. A Michael le dio un vuelco el estómago, y alargó la mano para agarrarse a algo y sujetarse.

Un rayo iluminó el cielo y, a su alrededor, empezaron a aparecer y a desaparecer aberturas siguiendo un ritmo constante; abismos de oscuridad total suspendidos en el aire a solo unos metros del borde la roca.

El disco de piedra comenzó a girar sobre su eje, y volvió a desestabilizar a Michael. El chico cayó boca abajo sobre la piedra y fue resbalando hasta el borde cuando el disco se detuvo en seco. La mecedora de El Morral no se movió, y la vieja se reía a carcajadas desde su posición elevada.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Sarah—. ¿Por qué nos movemos?

Michael retrocedió a gatas para sentarse cerca de la mecedora, en el centro.

—Ya os he dicho lo que hay que hacer —replicó El Morral—. Revisar el código no os servirá de nada ahora.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —le preguntó Michael, olvidando la orden de permanecer callado—. ¿Cómo averiguamos la hora?

La mirada de la vieja se cruzó con la del chico, la tenía nublada por la furia.

—Solo tengo tres palabras más que deciros, trío de liantes, y luego me iré.

—Pues, adelante —respondió Michael, aliviado de que no hubiera reaccionado ante el hecho de que él había roto su silencio.

El disco se desplazó de nuevo, y todo el mundo se sujetó como pudo para no caer. Michael miró hacia el borde del círculo de piedra y vio que los rectángulos negros seguían apareciendo y desapareciendo. En todo el perímetro, se arremolinaban oscuras nubes, se alargaban, se desintegraban y luego volvían a formarse.

El Morral se removió en su asiento y recuperó la atención de Michael.

—Escuchadme bien —ordenó, inexpresiva—. Porque no pienso repetirlo.

—Vale —dijo Sarah—. Estamos listos.

«Siempre al grano, así es Sarah», pensó Michael. Se acercó más a la mecedora y se preparó para escuchar con atención, para no perderse nada. El Morral habló con claridad, pero sus palabras fueron una especie de acertijo:

Antes de escoger cuál es la hora bruja,
sueña con la torre de más alta aguja.
Y no vayas a partir con mucha premura,
contempla la oscuridad y la hueca luna.

La anciana soltó una última risotada antes de desaparecer con su mecedora.

6

Michael se concentró en ir memorizando las palabras de la vieja a medida que las pronunciaba, por eso, prácticamente no se dio cuenta de que había desaparecido. Sin embargo cuando cerró los ojos con fuerza para repasar lo que había escuchado, le decepcionó descubrir que solo recordaba la mitad del acertijo.

—Chicos, ¿os habéis quedado con eso? —preguntó Bryson a sus amigos.

Michael lo miró, sintiéndose hundido.

—Hummm… puede que sí. Casi todo. ¿Una parte?

Sarah cambió de posición y los tres quedaron frente a frente. Estaba a punto de decir algo cuando el disco volvió a rotar y describió un giro de noventa grados. Los rectángulos oscuros, que Michael imaginó que eran una especie de portales, siguieron el mismo patrón de antes, apareciendo y desapareciendo entre destellos.

—Está bien, creo que lo recuerdo —dijo Sarah.

Bryson proyectó su pantalla de red y el teclado, y tomó nota de las palabras que Sarah iba diciendo. Ella se acordaba de casi todo, y los tres dedicaron un minuto, más o menos, repasándolo, comparándolo con lo que Bryson y Michael recordaban. Pronto el grupo se puso de acuerdo. Michael, sin embargo, estaba paralizado.

Alzó las manos con gesto de frustración.

—Esa vieja bruja podría habernos dicho algo más.

—Bueno —intervino Bryson—, ha dicho que teníamos que averiguar la hora. Supongo que así sabremos, al menos, cuándo ha empezado la vida para nosotros sobre este platillo volante de piedra.

Sarah soltó un gruñido.

—Venga, chicos. Podemos hacerlo.

—Ya lo sé —respondió Michael—. Mirad, tenemos esta cosa que no para de girar, los portales que llevan a alguna parte y un acertijo sobre la hora bruja. Y, como ha dicho Bryson, El Morral nos ha dicho que averiguáramos la hora. Vamos, que es pan comido.

—Y estamos encima del disco, que gira como un reloj —añadió Sarah.

Bryson se levantó de un salto.

—Podríamos resolver el acertijo, escoger el lugar que corresponda a la hora correcta y saltar por uno de esos rectángulos negros.

—Pero ¿cómo sabremos dónde están los números? —preguntó Michael. Antes de que sus amigos respondieran, no obstante, empezó a gatear hacia el borde del disco para tener mejor visibilidad.

—¡Cuidado! —le gritó Sarah—. ¡Esta cosa podría moverse en cualquier momento!

Apenas había pronunciado la última palabra cuando la roca volvió a girar y tiró a Michael de lado. El chico rodó varios metros y perdió toda orientación. Soltó un embarazoso chillido, pegó las palmas de las manos a la piedra y logró frenarse. El disco se detuvo y él levantó la vista.

Se libró por tres metros, pero podía imaginar las futuras bromitas de Bryson si lograban ponerse a salvo. Michael se puso en pie, apoyándose sobre las manos y las rodillas, y gateó de nuevo hacia el borde, con los brazos y las piernas lo más separados posible para mantener mejor el equilibrio. Uno de los portales se abrió justo delante de él, y era de una profundidad infinita. Era tan negro que la oscuridad parecía casi viva.

Lentamente gateó hasta situarse a apenas treinta centímetros del borde. Se tumbó boca abajo y se arrastró unos centímetros más. Mientras lo hacía, el portal que tenía delante desapareció y se vio sustituido, de forma instantánea, por el color y el movimiento del cielo nublado. Michael cerró los ojos y bajó la cabeza, y cuando los abrió, vio que había algo grabado en el disco, en el mismo borde. Observó la piedra más de cerca. Habían aparecido unos números: un uno y un dos de gran tamaño. El número doce.

Se volvió y dijo a gritos a sus amigos:

—¡He encontrado la medianoche!

7

Sarah respondió de inmediato:

—¡Vuelve antes de que esta cosa te envíe volando al cielo!

Michael se desplazó hacia la izquierda hasta que encontró el número once. En cuanto lo vio, se volvió como pudo y se puso de nuevo a cuatro patas. El disco giró de nuevo y el chico se quedó quieto, agarrándose con firmeza para no moverse hasta que la rotación terminase, luego retrocedió a gatas hasta sus amigos.

—Está numerado —les explicó—. Como un reloj.

Sarah asintió con la cabeza.

—Bien hecho. Bryson se está encargando de marcar el lugar con las piernas.

Michael miró a su amigo. Se encontraba sentado con las piernas estiradas y los pies señalando hacia el punto donde Michael había estado hacía unos segundos.

—Vaya, sí que sois listos.

—Vale, ahora viene la parte fácil —dijo Bryson—. Descifrar el acertijo. —Su pantalla de red seguía flotando delante de él, y se volvió hacia los otros.

Michael se inclinó para volver a leer el acertijo.

Antes de escoger cuál es la hora bruja,
sueña con la torre de más alta aguja.
Y no vayas a partir con mucha premura,
contempla la oscuridad y la hueca luna.

—Tiene que ser una clave sobre las fases de la luna —dedujo Sarah—. ¿Alguno conoce las fases de la luna?

—¿O cuándo se vería oscura y hueca? —añadió Bryson—. ¿Ocurre cuando hay luna nueva, cuando está toda negra? ¿O quizá se refiere a un eclipse?

El disco volvió a girar y se quedaron quietos.

Sarah parecía muy concentrada.

—¿Qué puede ser la torre? Quizá sea un símbolo de algo, y cuando hay luna nueva y… ¡Vaya, tíos! No sé de qué narices estoy hablando.

Michael permaneció sentado observando a sus dos amigos. Algo le decía que se hallaban muy

perdidos. Totalmente. Aquello no tenía nada que ver con la luna de verdad, ni con una torre ni con fases ni ciclos. Era algo más, y estaba a punto de descubrir el qué, aunque no lo lograba.

—¿Michael? —preguntó Sarah—. Tú eres el genio, ¿qué opinas?

Él la miró, pero no habló. Estaba dándole vueltas a todo, procesándolo, estaba a punto de averiguarlo.

—¿Y bien? —lo presionó Sarah—. ¿Qué estás…?

Ocurrieron dos cosas al mismo tiempo que la interrumpieron. La primera: un sonido que Michael no había oído jamás, como el estampido sónico de miles de aviones a reacción. Fue tan atronador y cercano que a Michael se le taparon los oídos. A la par, un destello de luz cegadora iluminó el cielo con gigantescos rayos de fuego blanco, que agujerearon el disco de piedra a unos seis metros de donde se encontraban sentados. A Michael le pitaban los oídos y empezó a ver manchas.

—¿Y ahora qué? —oyó decir a Bryson, aunque fue como si lo oyera hablar a través de una gruesa cortina.

Michael estaba aturdido. Había quedado tendido de espaldas por la fuerza de la explosión. Se puso boca abajo y se arrodilló de nuevo. Justo al hacerlo, un restallido atravesó el aire, como el desprendimiento de un glaciar. Se volvió de golpe hacia la fuente del sonido y vio que el disco de piedra estaba rompiéndose: finas fracturas se extendían en forma de tela de araña desde el punto donde había impactado el rayo. Siguieron abriéndose a medida que la tela de araña iba expandiéndose. Michael se sintió horrorizado al darse cuenta de algo: todo el disco quedaría hecho añicos en cualquier momento.

—¡Levantaos! —gritó—. ¡Agrupaos!

Mientras sus amigos se levantaban y se acercaban a él, a Michael se le aclararon las ideas, y se centró como una mira telescópica. La respuesta se le antojó tan evidente que sintió ganas de reír a carcajadas.

—¡Las diez en punto! —gritó—. ¡Tenemos que pasar por las diez en punto!

8

Entonces el disco giró, y los tres se sujetaron entre sí. Fragmentos de roca salieron volando de los bordes más alejados de la roca y desaparecieron en el abismo. La imparable tela de araña de grietas seguía expandiéndose y ensanchándose, a punto de cubrir toda la superficie. No tenían tiempo.

—¡Venga! —gritó Michael, y empezó a avanzar en la dirección que parecía la correcta; sin las piernas de Bryson señalando la medianoche, no tenían forma de saberlo con certeza. Los portales negros continuaban su danza de apariciones y desapariciones.

—¡No! —Bryson lo detuvo—. ¡Es por aquí! —Señaló hacia el otro lado del disco.

Michael había aprendido a confiar en el instinto de jugador de su amigo hacía mucho tiempo, así que no discutió. Se dio media vuelta y siguió las indicaciones de Bryson. Bajo sus pies, la piedra les parecía arena, grumosa y como si se desplazara con cada paso que daban. A la derecha, retumbó el estruendo de la piedra al fragmentarse, y, horrorizado, Michael contempló cómo se separaba del disco un fragmento de unos tres metros de diámetro y caía al abismo de nubes.

—¡Mirad! —gritó Sarah, señalando a la izquierda, a la parte que acababa de desaparecer.

Estaban lo bastante cerca como para distinguir el número cuatro. Bryson se había equivocado.

—¡Lo siento! —gritó.

El disco giró de nuevo y los arrojó a todos al suelo. Aterrizaron uno encima del otro y se levantaron como pudieron. Michael bajó una mano y sintió una punzada de pánico cuando solo tocó aire. Se había raspado el codo con la piedra y retiró el brazo, con un movimiento rápido, de una abertura de bordes irregulares, justo en el momento en que Bryson tiraba de él para sacarlo de allí. Michael volvió a caer sobre Sarah, quien soltó un gruñido y le propinó un empujón, pero él no se soltó. El disco estaba temblando, como si se encontraran en el epicentro de un terremoto, y los terribles sonidos de la roca al romperse inundaban la atmósfera sin tregua.

Michael sabía que ya no podían seguir a salvo. Se levantó de un salto y cogió a sus dos amigos de las manos.

—¡Vamos!

Tirando de ambos cruzó el disco a toda velocidad, saltando sobre los numerosos agujeros que se habían abierto. A su izquierda, otro enorme fragmento de piedra del borde se rompió y cayó al vacío, luego, se precipitó uno más a su derecha. En el centro, donde antes se encontraba la vieja El Morral en su mecedora, una parte explotó y lanzó una lluvia de rocas, y la mortecina luz violeta de las nubes atravesó el agujero cuando el fragmento rocoso desapareció. Michael continuó avanzando, corriendo y saltando, sin dejar de mirar el lugar opuesto a las cuatro en punto que acababan de abandonar. En ese instante, no había ningún portal en el lugar donde lo necesitaban.

Se encontraban a escasos metros cuando el disco giró y los lanzó, una vez más, contra la piedra. Los estruendos de la fragmentación de roca sonaron con más fuerza que nunca, y Michael no tuvo que mirar hacia atrás para saber que la mitad del disco había desaparecido en el abismo. Se puso de rodillas, también lo hicieron sus amigos, y se dirigió hacia las diez en punto. Seguía sin aparecer el portal.

—¡Vamos! —gritó de nuevo Michael al vacío—. Vamos, asqueroso pedazo de…

Entre parpadeos apareció un rectángulo negro, un espacio plano que flotaba a unos pocos metros. Michael sabía que no duraría mucho, que cabía la posibilidad de que no lograran atravesarlo al saltar. Pero hacía tiempo que se había agotado el margen para pensar.

Se puso de pie y empujó a Bryson hacia el portal. Bryson corrió, saltó a través de la oscura superficie y se vio engullido por la negrura. Sarah fue justo detrás de él. Resbaló, pero consiguió acertar en el mismo lugar. Lo hizo.

Se produjo una nueva explosión atronadora, y el mundo se llenó de luz y sonido. Michael corrió hacia delante, se acuclilló y saltó justo en el momento en que el disco giraba de nuevo. El impulso lo hizo volverse y quedó de cara a la piedra en fragmentación: estaba volando de espaldas. Vio lo que quedaba del disco, un mar de piedra y una neblina de polvo. Durante un instante, no supo si su cuerpo estaba yendo en la dirección correcta ni qué le ocurriría. Ese único instante se prolongó una eternidad.

Pero entonces chocó de espaldas contra el portal y el cielo se tornó negro.

14

Asustado

1

Aterrizó en un suelo de madera con un golpe seco, y una punzada de dolor le recorrió en la columna. Un empapelado de difuminado diseño floral, raído y despegado por los bordes, cubría las paredes de un amplio vestíbulo que se extendía por delante y por detrás de él. Por encima de su cabeza, una única bombilla colgaba del techo y emitía un fulgor apagado. Bryson se hallaba tumbado a su lado, con la cabeza sobre los brazos, y Sarah ya se había puesto de rodillas, aunque parecía un poco aturdida.

—Está claro que nos gusta vivir al límite, ¿eh? —murmuró Bryson.

Sarah se agachó y echó un vistazo a Michael.

—¿Cómo lo has adivinado? ¿Lo de las diez?

Michael se sentía bastante satisfecho, pero cuando se movió, le dolió todo el cuerpo. Gimiendo, se incorporó de todas formas.

—Ese estúpido acertijo solo describía el aspecto de los números. Pensadlo.

Bryson y Sarah intercambiaron una mirada, y Michael percibió que lo entendían justo al mismo tiempo.

—Una torre —declaró Sarah—. Luego una luna oscura y hueca.

—Un uno y un cero. —Bryson negaba con la cabeza como si fuera la persona más tonta del planeta.

—Siento ser tan listo —dijo Michael—. Es una cruz.

Sarah empezó a sonreír, pero el gesto desapareció antes de convertirse en algo más amplio.

—¿Creéis que es cierto?

—¿Cómo? —preguntaron Michael y Bryson al unísono.

—Bueno, venga ya, ya sabéis.

—¿Eso de que, si la cagamos, se acabó? —aventuró Bryson.

Sarah asintió en silencio.

—Sí. Si morimos, esa vieja ha dicho que no podríamos volver a la Senda.

Entre tanta locura, Michael había olvidado aquello.

—Bueno, pues supongo que habrá que andarse con ojo para no morir.

—Y podría ser peor —añadió Bryson—. Yo casi esperaba que la vieja dijera que iban a manipularnos el código del núcleo. Al menos sabemos que volveremos a casa sanos y salvos.

Eso no hizo que Michael se sintiera mucho mejor.

—Y fracasaremos en… nuestra misión, sea cual sea. La cagaremos con la SRV. Y nos destrozarán la vida, nos meterán en la cárcel, matarán a nuestras familias, ¿quién sabe? Preferiría estar muerto.

—No podemos morir, y punto —zanjó Sarah en voz baja—. Ya no se trata de un juego. No podemos morir ni permitir que otro de nosotros muera. ¿Entendido?

—Por supuesto —contestó Michael.

Bryson levantó el dedo pulgar para expresar que estaba de acuerdo.

—Sobre todo no me dejéis morir a mí. Si no os importa.

El persistente dolor de espalda de Michael había vuelto a mitigarse, y al final pudo centrarse un poco más en lo que les rodeaba.

El pasillo en el que estaban sentados se extendía hasta adentrarse en una fantasmagórica oscuridad, como si llegara hasta el infinito por ambos extremos.

—¿Adónde nos han enviado? —preguntó Bryson—. ¿Y cómo sabemos si esto sigue siendo la Senda?

Sarah había cerrado los ojos un instante para revisar el código.

—Parece tener la misma estructura y aspecto de programación que el disco de piedra. Es complejo y casi imposible de leer. Divertido.

Michael se levantó y se apoyó contra una de las paredes. Esperó unos segundos para ver si algo cambiaba.

—Parece una especie de mansión antigua.

Bryson y Sarah también se habían puesto en pie, y el chico señaló en ambas direcciones al mismo tiempo.

—¿Hacia dónde vamos primero? —preguntó—. También podríamos empezar a investigar.

Se oyó un ruido.

Fue un ruido grave, lleno de dolor, procedente del fondo del pasillo, a la derecha de Michael. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y lo separó, de golpe, de la pared. Se enderezó y escuchó con suma atención. Parecía el gemido de un hombre y no cesó. Continuó. Michael estaba a punto de hablar entre susurros a sus amigos cuando desde la misma dirección les llegó un grito desgarrador, un largo alarido de sufrimiento. A continuación, el vestíbulo quedó sumido en silencio. Bryson y Sarah miraron a Michael, con los ojos abiertos como platos.

—Creo que deberíamos ir en esa dirección —dijo él, desplazándose hacia la izquierda.

2

Se alejaron de los horribles sonidos, aunque Michael se volvía cada pocos segundos, seguro de que descubriría un horrible fantasma justo detrás de ellos. Sin embargo, hasta ese punto no había ocurrido nada, ni siquiera se había repetido aquel gemido.

El pasillo iba estrechándose. Caminaron durante lo que les pareció una eternidad, pasando por debajo de varias bombillas de luz tenue, como la primera que habían visto. Y poco a poco Michael se dio cuenta de que había una estructura que se repetía: justo cuando la penumbra estaba a punto de convertirse en oscuridad, llegaban a la linde de una zona iluminada y aparecía una nueva bombilla. Habría jurado que estaban caminando en círculos, aunque el pasillo fuera recto como una flecha.

Y avanzaron unos veinte minutos así, sin que se produjera un solo cambio.

—Esta casa es rara de narices —dijo por fin Michael. El lugar le recordaba a un juego al que había jugado una vez: una torre llena de escaleras que componían un complejo laberinto. Al menos en esa ocasión tenía la sensación de ir a alguna parte mientras exploraba—. Me muero de impaciencia por

ver cómo es la habitación del señor de la casa —añadió en voz baja.

Cada poco tiempo, Sarah se detenía para observar de cerca el papel de las paredes.

—Si es que esto es una casa. He intentado averiguar si estamos en una especie de bucle, pero hasta ahora no he visto ningún patrón que se repita, ni las mismas manchas ni desgarrones. Es un pasillo largo de narices y nada más.

—Sí que es raro, porque no tiene puertas —añadió Bryson.

—A lo mejor es una especie de túnel. Podría conectar dos edificios —aventuró Sarah—. Tendría sentido; tampoco se ve ninguna ventana.

De pronto un intenso susurro surcó el aire, como una repentina ráfaga de viento.

Michael se detuvo y levantó una mano.

—¿Qué ha sido eso? —El escalofrío de antes volvió a recorrerle la espalda.

Bryson y Sarah lo miraron, aunque apenas se veían las caras en la penumbra.

—Michael… —susurró una voz incorpórea.

El chico se giró de golpe y pegó la espalda contra la pared. Volvió la cabeza a derecha e izquierda, aunque la voz procedía de todas partes al mismo tiempo, como si hubiera altavoces en las paredes, el techo y el suelo.

—Michael, estás haciéndolo bien.

Sopló una brisa por todo el pasillo; removió el pelo a Michael y agitó las prendas de sus amigos. Fue como si una bestia enorme hubiera exhalado su último aliento.

—Está bien —dijo Bryson—. Estoy oficialmente acojonado. Quiero salir de este lugar, y quiero salir ya. ¿Por qué te está hablando alguien?

—No te asustes tanto —susurró Michael, intentando parecer tranquilo—. ¿Cuántas veces hemos estado en una casa encantada? Incluso los juegos de carreras tienen casas encantadas. No pasa nada. —Y eso esperaba—. No es tan raro que sepan cómo me llamo.

—Ah, tú no estás nada asustado, ¿eh? —espetó Bryson.

Michael le dedicó una sonrisita de suficiencia y reemprendió la marcha, si bien, en cuanto dio la espalda a su amigo, su sonrisa se desvaneció. Fingir que no tenía miedo no lo convertía en una realidad. Sí, había muchos lugares como ese. Pero ninguna casa en la que uno tuviera una vida, y solo una. A Michael le sonaban las tripas y no tenía nada que ver con el hambre.

Se sobresaltó cuando Sarah lo agarró por el hombro.

—Mira, Bryson —dijo ella entre risas—. No tiene nada de miedo.

Bryson también estaba riendo.

—Sí, esperemos que no se vea en un espejo. Podría hacerse pis encima.

—Está bien, vosotros ganáis —gruñó Michael—. Quiero a mi mamá. Ahora ayudadme a encontrar una puerta.

3

Dos horas más tarde, seguían sin encontrar una sola puerta.

El viento fantasmal había soplado tres veces más, y a renglón seguido se había oído esa inquietante frase susurrada desde todas partes. A Michael le ponía la piel de gallina a cada paso, aunque intentaba a toda costa que no se le notara. ¿Por qué había alguien halagándolo? No obstante,

fuera lo que fuese, no los perjudicaba. Y mientras avanzaban por aquel pasillo interminable, Michael fue dejando de preocuparse por el visitante fantasmal y empezó a sentir verdadero terror ante la posibilidad de no encontrar la salida jamás.

Seguramente se trataba del cortafuegos más eficaz que habían visto. No estaba pensado para matarte ni para herirte, sino para atraparte, para hacerte creer que estabas llegando a un lugar cuando no era cierto. Y a eso se sumaba un escalofriante fantasma que repetía tu nombre para volverte loco poco a poco.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Bryson.

Michael estuvo a punto de saltar de nuevo, nadie había hablado durante un rato, y estaba al borde de un ataque de nervios.

Sarah se detuvo y se acuclilló de golpe.

—Tiene razón. Esto no tiene sentido. Quienquiera que nos vigile debe de vernos como unos estúpidos ratones. —Hizo un gesto en ambas direcciones del pasillo y luego lanzó un suspiro—. Vamos a tomarnos un descanso y a probar con el código. Puede que haya algo que no estamos viendo.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared; Michael y Bryson la imitaron. Siguiendo su ejemplo, cerraron los ojos y se concentraron en el código que los rodeaba.

Michael inspiró hondo un par de veces mientras buscaba algo fuera de lugar. Entonces sí que le estaba entrando hambre de verdad, lo que dificultaba la concentración, y sabía que todos necesitarían pronto algo de comida o empezarían a quedarse sin fuerzas. Sus cuerpos reales en el ataúd tal vez se encontraran en buenas condiciones físicas, pero allí no. Como correspondía al realismo de la simulación, la Red Virtual dejaría sus auras exhaustas hasta que solo les quedara energía para avanzar a cuatro patas.

Michael no daba crédito a lo que veía en la programación que lo rodeaba. Si el código de *Demonios de la Destrucción* era una tormenta de cifras y letras, en ese caso se trataba de un tornado, que giraba y se arremolinaba con tanta rapidez que él apenas lograba distinguir nada. Le dolía el cerebro de solo intentarlo.

—Michael.

El chico cortó la conexión y levantó la vista, esperando que el fantasma por fin se le apareciera. Encontró ese susurro más próximo, más corpóreo. Pero allí no había nada, y entonces sopló la brisa ya familiar, aunque más lentamente que antes. Su amigo invisible repitió su palabra favorita un par de veces antes de volver a esfumarse.

Michael echó un vistazo a Bryson para valorar su reacción, y la expresión en el rostro de su amigo lo alivió. Estaba inclinado hacia delante, mirando con los ojos entrecerrados a un punto en la pared que tenía enfrente. Michael intentó identificar qué estaba estudiando con tanta concentración, pero el papel de la pared no le parecía distinto al que había visto al pasar caminando durante horas y más horas.

—¡Eh! —lo llamó Michael—. ¿Qué haces? ¿Has encontrado un punto débil?

Bryson relajó el gesto y se encontró con los ojos de Michael.

—Sí. Eso creo. Bueno, en realidad no es un punto débil, es más bien una clave en el código sobre lo que debemos hacer. Te diré algo: no he visto nunca nada igual. La programación de este lugar es de locos.

—Sin duda —admitió Sarah, justo cuando Michael estaba asintiendo con la cabeza—. Quienquiera que haya construido este sitio está mil veces más evolucionado de lo que yo podría soñar jamás. Esto me hace plantearme cada vez más preguntas sobre ese tal Kaine. Debe de ser una especie de genio prodigioso.

Bryson se encogió de hombros.

—Lo que digo yo, de locos. Ninguno de nosotros podría hacerlo. Eso está claro.

—Creí que habías encontrado algo —dijo Michael, de nuevo desesperanzado.

—Y lo he encontrado. Podría tratarse de un código avanzadísimo, una locura, pero nosotros tampoco somos idiotas. Mira esto.

Se levantó y caminó hacia la pared de enfrente. Apoyó la cabeza contra ella, como si estuviera escuchando algo, y fue deslizando la mano arriba y abajo por la superficie.

—¿Lo oyes? —preguntó, volviéndose hacia su amigo.

Lo único que pudo pensar Michael era que Bryson había ganado: había sido el primero de los tres en volverse loco tras caminar por un pasillo infinito.

—Oigo a un tío frotando una pared con las manos.

Bryson sonrió.

—No, amigo mío. Es un sonido mágico. Está hueco.

—¿Mágico? —preguntó Sarah.

Bryson se enderezó.

—Tened un poco de fe, queridos amigos. —Luego dio un paso atrás con el pie derecho y lanzó una fuerte patada contra la pared. El golpe fue seguido por el ruido de la madera astillada cuando la punta del zapato se hundió en el papel decorativo. Bryson lo retiró de un tirón, junto con un fragmento de yeso, y cayó una lluvia de polvo blanco.

Miró a Michael por encima del hombro.

—¿Que no hay puerta? Ningún problema. Pues nosotros creamos una.

4

Bryson los guio para que vieran lo que había localizado en el complicado ciclón que componía el código y, por supuesto, ahí había una clave. Los tres creían, sin lugar a dudas, que la única forma de colarse en el siguiente tramo de la Senda era atravesando la pared.

Michael y Sarah se unieron a Bryson, y se pusieron manos a la obra. Empezando por donde Bryson había retirado el papel con tanta gracilidad, fueron arrancándolo a tiras de la pared, sacando fragmentos de yeso y desgarrando los pedazos sueltos de empapelado. Pese a que a Michael empezó a pelársele la piel de los dedos, se sentía cada vez más emocionado, y maniobraban cada vez más deprisa, a medida que el agujero iba haciéndose más grande.

Una brisa sopló con fuerza por detrás de Michael, y oyó el mismo temible susurro, pero no le prestó atención. Pensaba salir de aquel lugar.

Pronto habían abierto un agujero lo bastante grande como para pasar en cuclillas.

—¿Quién va primero? —preguntó Michael.

El otro lado estaba tan oscuro que parecía que hubieran echado una cortina negra.

Sarah dio un codazo a Bryson.

—Lo has descubierto tú, muchachote.

—Bien por mí —murmuró el chico. Se inclinó, agarró los laterales de papel desgarrado de la rudimentaria entrada con ambas manos y se adentró en la oscuridad. Al llegar al otro lado, se puso de pie y Michael solo distinguió sus pantalones cuando se volvió.

—¿Ves algo? —preguntó Michael.

—Nada de nada —respondió con la voz levemente amortiguada—. Nada de nada. Pero es un espacio abierto y amplio. Entrad, nos cogeremos de las manos e iremos cantando canciones mientras exploramos.

Sarah se agachó y salió del pasillo, luego la siguió Michael. Bryson tenía razón. El aire era frío, y no había nada de nada.

—Esto da miedo —dijo Michael—. ¿Alguien tiene una linterna?

Bryson presionó su audiopad, y la pantalla de red apareció ante sí. Modificó los ajustes y pronto contaron con un maravilloso rectángulo luminoso para alumbrar el camino.

—¡Genial! —exclamó Michael. Sarah y él lo imitaron.

—Lo sé —contestó Bryson.

El único problema era que, aunque tenían un haz de luz que los rodeaba, este no revelaba nada. Michael solo veía oscuridad, nada más.

—Es como si estuviéramos en la luna —susurró Sarah.

Michael la pellizcó en el codo.

—Salvo que aquí podemos respirar, no hay estrellas y sigue habiendo gravedad.

—Sí, salvo por eso, es como si estuviéramos en la luna. —Ella se internó aún más en la oscuridad y miró a ambos lados—. ¿Hacia dónde?

—Hacia delante —respondió Bryson señalando en esa dirección—. Eso es lo que sugería el código.

—Además —dijo Michael—, no quiero volver a ver ese puñetero pasillo. —Durante un instante, se preguntó si había sido la decisión correcta y por qué no había nada que intentara detenerlos. Pero parecía ser su única opción.

—Hagámoslo entonces —dijo Sarah.

Y se adentraron caminando en la oscuridad.

5

Era raro, silencioso y tenebroso. Avanzaban por un suelo negro; sus pasos, su respiración y el roce de sus prendas eran los únicos sonidos. Michael echó la vista atrás: el agujero en el pasillo no era más que un diminuto punto de luz en la distancia. La programación de ese lugar resultaba increíblemente sólida, pensó, porque la perspectiva parecía real y conservaba su consistencia. Eran pocos los puntos en los que se percibiera la debilidad del código; los alrededores podían variar levemente, los colores, cambiar, o podías no identificar la fuente de luz.

—¿Qué objetivo tiene todo esto? —preguntó Bryson entre susurros. Habían pasado a susurrar, como si hubiera algo en la oscuridad que pudiera estar escuchándolos.

—Es la Senda —respondió Michael. Todo empezaba a cobrar más sentido para él—. Kaine sabe que no puede mantener a todo el mundo al margen de su escondite secreto. Y sabe que los buenos

tendrán habilidades para hackearlo. Nos tiene jugando a su juego. Es mucho más fácil filtrar el paso de personas con una serie de cortafuegos que las ahuyenten y que las hagan querer retroceder. O matarlas y conseguir lo mismo. Chicos, odio a ese tío.

—No es un tío cualquiera —dijo Sarah—. Es un jugador pirado.

Michael cambió la frase.

—Chicos, odio a ese jugador pirado.

Siguieron adelante, aunque nada cambió ni apareció nada nuevo.

Entonces Michael volvió a oír al fantasma y se le cayó el alma a los pies. El grupo se detuvo.

—Michael. —Ese susurro sollozante—. Michael.

Se levantó brisa, pero esta vez no fue algo momentáneo. Esa brisa no paró. Soplaba en ráfagas y cambiaba de dirección, y les levantaba la ropa y el pelo. El gemido llenó el aire, incluso con más intensidad que cuando lo habían oído en el pasillo. Michael imaginó a un hombre hecho un ovillo, sobre un lecho empapado en sudor, gimiendo de agonía.

—Michael, Michael, Michael… —volvían a sonar las palabras; de nuevo, procedentes de todas partes a la vez, ese gemido imparable. Michael no sabía qué pensar. La voz se oía más alto.

—Recordadme que, a partir de ahora, evite las casas encantadas —dijo Bryson—. ¿Y por qué solo te han escogido a ti?

Un nuevo sonido hendió el aire: el grito de una mujer, de una duración sobrenatural y sobrecogedora.

—¡Ya no puedo aguantarlo más! —gritó Sarah y se llevó las manos a los oídos—. ¡Salgamos de aquí!

Michael pensó que era muy buena idea. La cogió de la mano y echó a correr en la dirección en la que ya iban. Bryson iba justo detrás de él; sus pantallas de red botaban, y la luz se movía arriba y abajo por delante de ellos. El espantoso ruido no hacía más que intensificarse, y la brisa fue cobrando intensidad hasta convertirse en un fuerte viento.

—Michael, Michael, Michael…

Michael apretó el paso y arrastró a Sarah consigo. Mientras corrían, el suelo se volvió blando de pronto; con cada paso, los pies de Michael se hundían varios centímetros hasta que tropezó y cayó sobre una superficie en movimiento.

Era arena negra. El viento arreció, haciendo que la gravilla se le incrustara en la piel. Los gemidos se habían convertido en aullidos, y las palabras se fundían y sonaban como un lenguaje indescifrable.

—¡Nada de esto tiene sentido! —gritó Bryson.

Michael apenas podía oírlo a causa del ruido. Estaba de rodillas mirando a su alrededor con expresión de incredulidad.

En ese preciso instante, Sarah estaba levantándose.

—Debemos permanecer…

Su voz se cortó cuando el suelo se hundió por completo y cayeron en picado en medio de una nube de arena.

6

Durante largo rato, Michael tuvo la sensación de que el corazón le flotaba en el pecho y se preparó

para morir. Había regresado al Golden Gate con Tanya, cuando caían al mar. Sin embargo, sintió alivio al no aterrizar, sino que notó una superficie dura y fría bajo la espalda. Ya no estaba cayendo; estaba resbalando. Su descenso empezó a ralentizarse cuando la superficie que tenía debajo se convirtió en una escalera, dio una voltereta y luchó por frenar.

Gruñendo con cada sacudida, se afianzó con pies y manos y logró detenerse, con la barbilla apoyada contra el duro borde de un peldaño. Cerró los ojos y tomó aire. Después alguien aterrizó sobre él.

Michael gritó y liberó toda la frustración que había sentido en las horas anteriores y, con un tremendo estallido de adrenalina, lanzó por los aires a quien fuera que estuviera encima de él, sin poder reprimirse. Justo cuando lo hizo se dio cuenta de que se trataba de Sarah, y se quedó mirando, horrorizado, como ella daba una voltereta en el aire antes de lograr detenerse varios escalones por debajo de él.

—Lo siento —murmuró, avergonzado. Nadie como un buen amigo para tirarte escaleras abajo—. Se me ha ido la olla.

Ella alzó la vista para mirarlo, una mueca le demudaba el rostro. Abrió la boca para hablar, pero se lo pensó mejor. Entonces Michael vio a Bryson, que estaba tumbado boca arriba de forma extraña, con la pantalla de red flotando unos metros por encima de él.

Michael dobló las piernas sobre el pecho y se las abrazó. Imaginó los moretones que tendría al elevarse de regreso a casa. El ataúd simulaba muy bien el castigo físico.

—Eso ha dolido —dijo Bryson. Estaba mirando a un punto lejano.

Michael echó un vistazo a su alrededor y no vio más que la misma oscuridad infinita.

—Sí, ha dolido —admitió—. Es imposible que Kaine haya construido un lugar tan complejo. ¿Cómo ha podido crear un programa así, al que ninguno de los tres puede acceder apenas, que ninguno de los tres puede leer? ¿Y mucho menos manipular?

—No lo sé —respondió Bryson—. A lo mejor lo ayudó un montón de gente. O tiene algo que todavía no hemos imaginado. Pero es una verdadera locura. Tienes razón al decir que los únicos puntos débiles que hemos descubierto son los que quiere que veamos; de esa forma hace su criba de las personas que entran a la Senda. Tengo celos de esa rata.

Sarah empezó a gimotear, y cuando Michael la miró vio que le temblaban los hombros y tenía la cabeza hundida entre los brazos. «¡Vaya!», pensó. Las cosas se habían puesto realmente feas; no podía recordar la última vez que había visto llorar a Sarah. Se acercó para consolarla, y le dolió hasta el último músculo. Bajó los peldaños, uno a uno, con cautela, hasta que se situó junto a su amiga, alargó la mano y le frotó la espalda.

Ella levantó la vista y se encontró con la de Michael. Tenía la cara empapada en lágrimas, pero, incluso en la penumbra, Michael percibió que no estaba enfadada. Al menos él se libraba.

—¿Estás bien? —le preguntó, totalmente consciente de lo estúpido de la pregunta, aunque no sabía muy bien qué otra cosa decir.

—Humm… Déjame pensarlo… No, no estoy bien. —Hizo un pobre intento de sonreír, luego se movió para sentarse junto a él, torciendo el rostro al hacerlo—. ¿Qué acaba de ocurrir?

Bryson fue quien respondió.

—Bueno, estábamos en un largo pasillo, luego en una habitación a oscuras, luego caminando por la arena. A continuación hemos caído por un tobogán que se ha convertido en una escalera. ¿Nunca lo

habías hecho?

—No puedo decir que sí —contestó ella con debilidad—. Chicos, teníais razón con lo del código. Y lo de Kaine. Es muy raro.

Michael observó con detenimiento la escalera que quedaba a sus pies, intentado ver dónde terminaba. Pero, al igual que el pasillo, desaparecía en la oscuridad.

Odiaba lo que estaba a punto de decir, pero no le quedaba otra opción.

—Tenemos que seguir. Tenemos que salir de este lugar.

—¿Por qué? —preguntó Bryson con amargura—. El siguiente solo va a ser peor.

Michael se encogió de hombros.

—Tienes razón. Y luego pasaremos por otro y luego por el siguiente. Seguiremos y seguiremos hasta que logremos llegar al Desfiladero Consagrado y solucionar todo esto.

—O moriremos y regresaremos a casa —añadió Sarah en voz baja.

—O moriremos y regresaremos a casa —repitió Michael.

Lo enfurecía el hecho de que todo el tiempo que habían pasado en el sueño no les hubiera aportado la experiencia suficiente como para traspasar aquel gigantesco cortafuegos. Cabreado y dolorido, se levantó y empezó a bajar por la escalera.

7

Nada cambió durante dos horas. Nada salvo la arena que había caído con ellos, que fue desapareciendo de los escalones a medida que avanzaban. La infinitud proseguía. Escalones y más escalones. Bajaron, bajaron y bajaron, y se adentraron en la fría oscuridad, con el fulgor de las pantallas de red iluminándoles el camino. Cualquier intento de encontrar un atajo o la salida en la programación los llevaba a dar vueltas en círculos; nada tenía sentido.

Al final decidieron que necesitaban dormir.

—Podemos acomodarnos sobre los escalones, son prácticamente de nuestro tamaño —señaló Bryson cuando se detuvieron.

Nadie dijo nada cuando se tumbaron. Michael no se había sentido tan cansado jamás. Tanto su mente como su cuerpo necesitaban reposar.

Con todo, aunque resultara extraño, Michael no logró conciliar el sueño. Tal vez fuera por los moratones, o tal vez estuviera demasiado nervioso —demasiado consumido por la espera de lo que fuera que iba a ocurrir a continuación—, pero no lograba quedarse dormido. En lugar de hacerlo, no paraba de darle vueltas a la cabeza, y, por algún motivo, solo podía pensar en una cosa.

En sus padres.

No sabía por qué. Los echaba de menos, eso estaba claro. Y le preocupaba que descubrieran todo el asunto de Kaine.

Pero entonces se le ocurrió algo. Era tan estremecedor, tan difícil de creer, tan desconcertante, que se incorporó y tuvo que luchar por seguir respirando. Por suerte, Bryson y Sarah estaban dormidos. No podría haber soportado que le hicieran preguntas; no estaba seguro de tener respuestas.

Michael cerró los ojos y se concentró, frotándose las sienes. Solo debía de estar aturdido, hecho un lío. Inspiró hondamente y se tranquilizó, en un intento de pensar de forma ordenada. Repasó todos y cada uno de los días de su vida inmediata en orden inverso, pasando por toda una lista

mental de lo que había ocurrido.

Una semana. Dos semanas. Tres semanas. Un mes. Dos meses. Día a día, retrocediendo en el tiempo, intentando revisar la lista de cosas hechas durante su existencia diaria. Su memoria tenía más capacidad de lo que habría imaginado; había un montón de fragmentos, un montón de acontecimientos, que podía recuperar. Sin embargo, existía un llamativo detalle de importancia monumental que no lograba recordar. ¿Cómo era posible que lo hubiera pasado por alto hasta ese instante, cómo se había dejado llevar así por la inercia de los días? ¿Cómo se había dejado llevar así por la rutina de la escuela y la Red Virtual?

Estaba muy claro qué era lo que le molestaba tanto.

Michael, literalmente, no lograba recordar la última vez que había visto a sus padres.

15

Una puerta en la distancia

1

Y Helga tampoco había regresado.

Michael no sabía qué era lo que le molestaba más: que a sus padres y a su niñera les estuviera pasando algo terrible o haber estado tan ensimismado en el juego que no había caído en la cuenta hasta ese momento. Se sentía horrorizado y avergonzado al mismo tiempo.

Intentó pensar en qué podría haber ocurrido. Tal vez la SRV tuviese algo que ver con aquello. O a lo mejor había sido Kaine y su programa de la Doctrina de la Mortalidad. Al fin y al cabo, todos los elementos de su vida que habían cambiado de forma tan drástica en las últimas semanas estaban relacionados entre sí; aunque el chico no conseguía atar cabos.

Michael no lograba recordar. Por mucho que se estrujara el cerebro, no se acordaba con exactitud de la última vez que había estado con sus padres. Todo cuanto evocaba antes de su viaje —las fiestas, las comidas, los trayectos en coche— parecía siempre tan real que suponía que sí los habría visto. Pero no recordaba nada.

Era raro y lo aterrorizaba. Y, obsesionado con todo eso, Michael tuvo que preguntarse si estaba relacionado con el KillSim. Sin duda la criatura le había hecho algo en el cerebro.

No sabía qué hacer, qué pensar. Al final se dio cierta tregua, se recostó sobre el escalón que le habían asignado y se estiró. Estaba tan agotado que acabó quedándose dormido.

2

Bryson lo despertó sacudiéndolo con delicadeza por los hombros. Michael miró a su amigo con la vista nublada.

—¡Uf, tío! —dijo Bryson—. Llevamos una hora despiertos. Y roncas como un oso de los grandes.

Michael dobló las piernas y se sentó sobre los tobillos, bostezó y se frotó los ojos. El mundo negro de la escalera se inclinó durante un instante, luego volvió a enderezarse. Nada había cambiado mientras dormían.

—¿Nadie más ha tenido sueños raros esta noche? —preguntó Sarah—. En el mío salía un tío vestido de conejo. No me pidáis detalles.

Michael no había soñado nada, pero su molesto descubrimiento volvía a él una y otra vez como un revés. ¿Por qué no lograba recordar la última vez que había visto a sus padres? ¿Dónde estaban? ¿Por qué no había vuelto a casa Helga? ¿Cómo podía ser que no le hubiera extrañado antes que sus padres llevaran tanto tiempo fuera? Cuando sus padres no estaban, no hablaba mucho con ellos, pero, aun así, era raro. Tenía claro que algo iba mal.

—¿Michael? —preguntó Sarah—. ¿Estás bien?

La miró y decidió que no podía contar a nadie eso tan raro que sentía.

—Sí, estoy bien. Es que me muero por seguir bajando peldaños. Y tengo tanta hambre que estaba pensando en comerme una pierna de Bryson.

—Será mejor que primero me las afeite —respondió su amigo, al tiempo que levantaba una pierna hacia delante, como ofreciéndola. Volvió a bajarla y añadió—: Yo he tenido un sueño raro. En él no conocía a Michael y vivía una vida maravillosa y feliz, sin nadie que intentara matarme ni dejarme hecho un vegetal. Era muy agradable.

—Eso sí que suena bien —dijo Sarah.

Michael se levantó y se estiró. Escalón a escalón, los tres reemprendieron su descenso.

3

Era imposible adivinar cuánto tiempo había pasado hasta que se produjo algún cambio. Michael intentó contar los escalones durante un rato, luego los minutos y los segundos, para mantener la mente ocupada con algo que no fuera pensar en sus padres. Se le había parado el reloj en algún momento, y los relojes de sus pantallas de red no paraban de hacer cosas extrañas. Cuanto más bajaban, más raro se sentía Michael. La monotonía empezó a provocarle tanta ansiedad que tuvo que esforzarse por mantenerla a raya. Los intentos ocasionales, y fallidos, de hackear ese código imposible no hacían más que empeorar las cosas.

Entonces, por fin, encontraron una puerta.

Habían llegado al final de la escalera, donde el espacio que los rodeaba se estrechaba hasta formar un túnel, el cual acababa en una puerta de madera de lo más vulgar. El alivio de verla sobrecogió a Michael, y un aturdimiento repentino lo hizo echarse a reír con nerviosismo.

—¿Algo divertido? —preguntó Bryson, a punto de sonreír él también—. Será mejor que lo compartas con el resto de la clase.

—No, nada divertido. —Michael fue el primero en llegar a la puerta y alargó la mano para agarrar su redondeado pomo de bronce—. Solo que me alegro de estar en casa.

Bryson soltó una risilla al oírlo, y Michael no esperó que la conversación siguiera. Giró el pomo y la puerta se abrió con facilidad. Y entró para ver qué les aguardaba.

Había dos largas hileras de personas, con la espalda pegada a las paredes de un largo pasillo. A pesar de que tenían los ojos abiertos, todas ellas parecían muertas.

4

Michael se detuvo justo en el umbral. Percibía la presencia de sus amigos a sus espaldas, aunque nadie hizo nada para obligarlo a franquearlo. Estaba seguro de que les apetecía tanto como a él avanzar por el pasillo. Es decir, nada de nada.

Bombillas desnudas, como las del corredor de la casa encantada, colgaban del techo e iluminaban ambas filas de personas. Michael advirtió, de pronto, que añoraba la oscuridad que los había envuelto durante tanto tiempo. Los desconocidos permanecían inmóviles como estatuas de piedra, con los ojos clavados en Michael y sus amigos.

El chico se centró en los que tenía más cerca. A su derecha había una mujer con la piel pálida como la luna. Llevaba un vestido blanco, arrugado, pero limpio. Sus ojos negros se hallaban fijos en los de Michael, y parecía que fuera a abrir la boca para hablarle en cualquier momento.

Justo enfrente de ella, a la izquierda de Michael, había un hombre con traje negro. Pese a que estaba tan blanco como la mujer e igual de quieto, tenía el brazo derecho levantado a la altura del hombro, con los dedos separados.

Michael se fijó en el resto de las personas pegadas a las paredes del pasillo. Todas estaban blancas como fantasmas, todas quietas como estatuas, todas observaban a los recién llegados. Como el hombre, muchos de los individuos estaban inmovilizados en curiosas posturas. Como si se hubieran transformado en estatuas de piedra en plena actividad.

—¿Hola? —se atrevió Bryson. Su voz retumbó por el pasillo; justo antes de silenciarse, todas las personas que tenían delante se movieron ligeramente.

A Michael le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Sarah, y algunos de los cuerpos se retorcieron. Luego añadió en voz aún más baja—: Tras analizar el código, solo he descubierto que la Senda sigue en línea recta. No puedo acceder a ninguna otra parte ni ver otra salida.

—¿Y te sorprende? —le respondió Bryson—. Yo tampoco puedo.

Muy lentamente, Michael se volvió para mirar a sus dos amigos. Entonces, con un tono tan bajo que apenas se oía hablar a sí mismo, dijo:

—Está bien, pero nada de hablar. Ni de movimientos bruscos. Seguidme.

Miró al frente y dio un cauteloso paso hacia delante, y luego otro. Las cabezas de los desconocidos se desplazaron para seguir su movimiento, sin apartar los ojos de él. Michael les sostuvo la mirada, aterrorizado por lo que pudieran hacer. Mientras pasaba por delante de esos seres, un miedo atenazador se apoderó de su pecho, lo que dificultaba, cada vez más, la respiración.

Se forzó a continuar avanzando, obligándose a dar cada paso con la mayor serenidad posible. Sabía que Bryson y Sarah iban detrás de él, pero no se atrevía a volverse hacia ellos. Pasaron por delante de un anciano de nariz enorme y mirada encendida; otro hombre con una enorme mancha de nacimiento que le cubría media cara, como un cardenal sobre su blanca piel; una mujer con la boca muy abierta, los dientes blancos y las encías violeta; un niño muy pequeño, con una tímida sonrisa congelada en el rostro.

A Michael empezó a picarle la nariz y no pudo contenerse. Estornudó, y los cuerpos que lo rodeaban volvieron a convulsionarse, al tiempo que levantaban los brazos y las manos poco más de dos centímetros. Le dio un vuelco el corazón, frenó en seco y esperó para asegurarse de que no iba a pasar nada. Todo estaba tranquilo. Aliviado, reemprendió la marcha, poco a poco, con una lentitud agónica.

Habían pasado por delante de otras diez personas, cuando Michael tropezó con un resalto del suelo. Se cayó y aterrizó sobre un hombro. Pero, antes de impactar contra la dura superficie del pasillo, oyó cómo se movían todas las personas que lo rodeaban.

5

Michael rodó hasta quedar boca arriba y levantó los brazos de inmediato para protegerse la cara, pero

se quedó paralizado. La escena que se desarrollaba por encima de él era como el póster de una película de terror. Varios pares de manos se alargaban en su dirección, enmarcando gestos furiosos. Sin embargo, se habían quedado inmóviles al mismo tiempo que el chico. Dedos huesudos y blancos con afiladas uñas se cernían sobre él. Y unos ojos hambrientos lo miraban. Pero nadie se movía.

No tardarían en oír los fuertes latidos de su corazón. Michael intentó tranquilizarse. Poco a poco, fue inspirando con fuerza; luego empezó a retroceder, palmo a palmo, usando las piernas y los brazos para hacerlo con movimientos pausados. El sudor le manaba por todo el cuerpo, le empapaba la ropa y le chorreaba por las sienes. No podía apartar la vista de las muchas clavadas en él. Si cometía un error, lo atacarían, lo sabía, y entonces todo habría terminado. Luchar solo generaría más movimiento.

«Pensamientos positivos», musitó mientras se alejaba, muy lentamente, de ellos.

Al final Michael salió de la cúpula de brazos inmóviles. Lo más espeluznante para él era que, a pesar de que los cuerpos permanecían inmóviles de cuello para abajo, los ojos seguían todos sus movimientos. No paraba de sentir escalofríos.

Más despacio que nunca, dio media vuelta y se levantó. Se volvió para mirar a Bryson y a Sarah, que se hallaban en el otro extremo del grupo del que Michael acababa de huir. Por suerte había quedado un hueco en la pared donde antes se encontraban algunas de las personas. Sus dos amigos se escabulleron por ahí y, una vez más, estuvieron todos juntos.

Bryson estaba tan inquieto que resultaba sorprendente, con el rostro tenso, la mirada febril. Michael quería preguntarle si se encontraba bien, pero no podía permitirse hacer ningún ruido, así que continuó avanzando en silencio.

Siguieron por el pasillo. Despacio. Más despacio que nunca.

6

Permanecer en silencio resultaba difícil, y los tres iban avanzando con más lentitud de lo que Michael jamás se había movido. El ritmo estaba desquiciándolo un poco, aunque se sentía bien, ya que los desconocidos permanecían quietos.

De forma gradual, fue viendo a las personas a las que iban dejando atrás como una masa amorfa. Ya no distinguía entre hombres o mujeres, adultos o niños, gordos o delgados. Era todo un caleidoscopio de piel pálida y ojos de mirada fija. Trataba de evitarlos, centrándose en el punto lejano al fondo del pasillo.

Y, tras lo que le pareció una eternidad, vieron el final. Muy a lo lejos, Michael logró distinguir otra puerta.

7

En cuanto vio la puerta, la urgencia por cruzarla corriendo fue casi demasiado intensa para combatirla. Pero Michael la contuvo. Siguió avanzando hacia ella con cautela.

Los ojos los seguían mientras caminaban. Michael estaba concentrado en seguir avanzando despacio cuando oyó un extraño sonido detrás de él, como un gemido, y le dio un vuelco el corazón

advertir que se trataba de Bryson. Vio que los desconocidos que tenía a ambos lados empezaban a retorcerse.

—No paro de pensar en Kaine y en el imposible código de este lugar —susurró Bryson demasiado alto. Las personas que estaban apoyadas contra la pared volvieron a agitarse—. Acabo de caer en la cuenta. ¿Y si Kaine en realidad no es un jugador? ¿Y si…? ¡Mirad! ¡Aquí el código es más débil!

Las últimas palabras salieron de sus labios, no en un susurro, sino con un grito que retumbó por todo el pasillo. Y la voz de Bryson se apoderó del silencio. Michael se sintió mentalmente atenazado por el pánico. Bryson lo apartó a un lado de golpe al pasar corriendo a toda velocidad hacia la puerta. Michael chocó contra un cuerpo frío, y el ser cobró vida. Pero, en lugar de volverse en dirección al chico, la criatura salió disparada hacia Bryson. Todas las personas lo hicieron. Todos esos seres fueron a por Bryson, y Michael cayó de rodillas, paralizado por el horror, observando la maligna horda que perseguía a su amigo.

8

Michael entendió cómo funcionaban las cosas. Cuando estabas en el Sueño, siempre eras consciente, hasta cierto punto, de que no estabas en el mundo real. La hipótesis más terrible era que murieses, quizá de forma espantosa, y que acabaras volviendo a casa, a tu ataúd, de donde podías salir, darte una ducha, recuperarte de la dura experiencia, y volver a jugar otro día. Siempre eras consciente de esa verdad fundamental.

Sin embargo, en la Senda esa conciencia no estaba tan presente. Y en ese instante Michael se sintió indeciso sobre lo que debería hacer. Sabía que Bryson estaba a punto de experimentar algo que, en verdad, no era real. De haberlo sido, Michael no habría dudado ni un instante; habría corrido hasta él y habría intentado salvarlo. Si hubieran estado en un juego normal de la Red Virtual, seguramente habría hecho lo mismo. Al fin y al cabo, era solo un juego. Pero en esa situación, si él moría, su misión habría terminado. No podía correr ese riesgo.

Con todo, saberlo no hacía más fácil estar oyendo cómo aumentaban los sonidos de la violencia. Aquello no parecía un juego.

Sarah se dejó caer junto a él.

—Tenemos que hacke…

La interrumpió.

—Lo hemos intentado una y otra vez.

—Entonces ¡volvamos a intentarlo! —Sarah tenía toda la cara roja.

—Está bien. —Michael se encogió de hombros—. Tienes razón.

El chico cerró los ojos y se adentró en el reino del código que los rodeaba. Examinó y profundizó en todos los datos, navegando a través de ellos. Percibía la presencia digital de Sarah haciendo lo mismo. Pero la Senda en ese tramo se hallaba más protegida todavía. Michael intentó todo cuanto estaba en su mano para alcanzar la parte del código donde estaban atacando a Bryson, pero no lo logró.

Pese a que Sarah lo intentó durante más tiempo, tampoco consiguió llegar.

—Gracias de todas formas —dijo en voz baja.

De nuevo con los ojos abiertos, Michael y ella evitaron mirar en dirección a Bryson. El chico no quería arriesgarse a ver lo que inevitablemente iba a ocurrirle. Pero los ruidos eran terribles. Gruñidos y desgarros. Alaridos de furia o tal vez de placer.

Y, por supuesto, lo peor de todo: los gritos de Bryson. Invadían la atmósfera con más intensidad que cualquier otro sonido y viajaban por el largo pasillo como si los dos amigos tuvieran a Bryson junto a ellos. Los gritos eran desesperados, tan llenos de terror que a Michael le dolía el corazón, como si alguien estuviera estrujándolo con ambas manos. Habían pagado por llevar esa clase de vida en el Sueño, pero, fuera o no real, en ese momento Bryson estaba sintiendo hasta el último golpe de la tortura que estaban infligiéndole.

Al final, por suerte, todo paró. Y Michael no necesitó mirar para saber que los restos de Bryson habrían desaparecido, que se habrían esfumado con el último aliento de su aura. En algún lugar alejado de ellos, su amigo estaba despertándose en el interior de su ataúd, y seguramente, seguía chillando por la espantosa experiencia.

Sarah cogió una mano a Michael y se la apretó. Y, por segunda vez en menos de un día, la oyó llorar.

Cuando volvió a reinar el silencio, el chico por fin pudo pensar en las extrañas palabras de su amigo justo antes de sentirse muerto de miedo, y se preguntó si no serían más que las divagaciones de una persona llevada al límite.

«¿Y si Kaine en realidad no es un jugador?».

Michael cerró los ojos y sintió que estaba a punto de llorar. ¿A qué narices se referiría Bryson?

16

Un hombre aislado

1

En cuanto desapareció el cuerpo de Bryson, la horda se paralizó y el pasillo volvió a quedar en silencio. Michael y Sarah se levantaron, muy poco a poco, procurando no hacer ningún movimiento brusco. Bryson se había ido —no podría volver a reunirse con ellos en la Senda—, y el trauma de haber presenciado lo que su amigo sufría cegaba a Michael como una neblina oscura. Deseaba hablar con Sarah sobre lo que Bryson había dicho, pero no quería arriesgarse a despertar a los muertos vivientes.

Se centró en lo único que podía: llegar hasta esa puerta. Toqueteó el código para tratar de encontrar alguna forma de acallar los sonidos que producían; era algo muy básico, aunque casi imposible por la complejidad del cortafuegos. Sin embargo, al final lo logró. Sarah se dio cuenta e hizo un gesto de asentimiento para agradecérselo.

Paso a paso, avanzaron hasta su objetivo y llegaron al obstáculo final: la montaña de cuerpos que le habían quitado la vida a Bryson. Michael se pegó a la pared y fue avanzando entre brazos y piernas. Era algo que le ponía los pelos de punta, pese al modo silencio que había programado, y tenía la frente perlada de sudor. Se moría de sed, tenía la boca seca, como si la tuviera llena de polvo.

Al final Michael llegó al otro lado del montón de cuerpos inmóviles con Sarah a la zaga. Apretaron el paso, caminando fatigosamente, como si lucharan por avanzar en medio del barro.

Entonces llegaron a la puerta; «La hermosa puerta», pensó Michael. La tenía justo delante. Y, al igual que aquella por la que habían entrado, no estaba cerrada con llave. La abrió, entró y tiró de Sarah, que iba detrás de él, agarrándola de la mano.

Antes de que Michael pudiera hacerse una idea de dónde se hallaban, cerró la puerta de un portazo. Luego se volvió y descubrió un nuevo entorno.

Era un espeso bosque de árboles gigantescos, cuyas ramas se encontraban envueltas en neblina como musgo. Un sendero de tierra recorrido por infinidad de pasos lo atravesaba, e invitaba a Michael y a Sarah a sus profundidades. Y cerca de donde empezaba dicho camino, bajo las ramas de un enorme roble, había un hombre de rostro pálido con una capa roja, con la capucha echada.

—Pero, bueno, menuda pareja —dijo el desconocido.

2

Por algún motivo, la primera reacción de Michael al oír aquellas palabras fue volverse de golpe y comprobar si la puerta seguía ahí. Así era, instalada en un enorme muro de granito gris. Y cerrada a cal y canto. No estaba seguro de por qué lo había hecho: regresar al pasillo de los muertos vivientes era lo último que deseaba. Por otro lado, percibía algo siniestro en ese bosque y en el hombre que los había recibido.

Se giró para mirar al desconocido de frente. Como era de esperar, seguía de pie junto al roble, de brazos cruzados. La capa roja brillaba bajo la tenue luz.

Michael observó con más detenimiento la cara del hombre. Era viejo, pero no anciano. Tenía la piel arrugada, pero no reflejaba esa fragilidad de los últimos años de una vida. Tenía los labios finos, nariz aguileña y la barbilla puntiaguda. Y sus ojos… eran azules, casi plateados, tan brillantes que parecían refulgir desde el interior.

—¿Dónde estamos? —Sarah formuló la ya familiar pregunta—. ¿Quién es usted?

La voz del hombre era áspera.

—Estáis en la linde del bosque de Mendenstone, un lugar de oscuridad y muerte. Pero no debéis tener miedo, mis jóvenes amigos. Entre los majestuosos muros de estos pinos y robles se oculta un lugar de meditación, donde encontraréis comida y refugio. Y protección de los seres que aniquilan y destripan.

Michael había visto mucha oscuridad y muerte; tenía muy claro que no quería ver más. Lo que sí quería era comida. Le sonaban las tripas, y le daba igual si ese tipo era un asesino en serie. Si tenía comida, lo seguiría a cualquier parte.

Sarah no estaba tan desesperada.

—¿Qué le hace pensar que confiaremos en usted para que nos lleve a ninguna parte? Hasta ahora hemos estado solos, ¿por qué íbamos a marcharnos con la primera persona que estuviera esperándonos?

—Tiene comida —susurró Michael, tras inclinarse hacia ella.

El desconocido separó las manos y las dejó a ambos lados del cuerpo. Ninguna otra parte de su anatomía se movió, tampoco la capa.

—Soy un hombre de paz. Podéis confiar en mí, jóvenes. Venid. Venid conmigo y visitad el lugar.

Michael estuvo a punto de echarse a reír, pero se moría de hambre.

—Está bien —dijo. Sarah tenía intención de protestar, pero Michael alzó una mano para que no lo hiciera; no le importaba aguantar la bronca que le caería más tarde si conseguía comer—. Pero si intenta algo raro, lo enviaremos de regreso al Despertar sin pensarlo ni un segundo.

El hombre sonrió, sin rastro de temor en sus brillantes ojos.

—Por supuesto —respondió.

El desconocido se volvió y avanzó por el camino, que desaparecía entre los árboles. Cuando dio el primer paso, una criatura peluda subió a todo correr por la espalda del hombre y se posó sobre su hombro. Parecía una especie de hurón o comadreja. El animalillo se irguió y empezó a olisquear el aire con su hocico de roedor.

—Mira eso —susurró Michael a Sarah.

Michael vio que ella abría los ojos de par en par, sorprendida, al ver al acompañante del hombre.

—Reconócelo, eso es algo rarito —respondió la chica en voz baja—. Razón número trescientos de por qué no deberíamos seguirlo.

La lógica empezaba a ganar terreno al hambre, y Michael comenzaba a estar de acuerdo con su amiga. Pero, en ese instante, el desconocido se giró y les dijo algo con lo que puso fin al dilema.

—Jamás llegaréis a la próxima etapa de la Senda sin mi ayuda —sentenció—. No importa lo mucho que hackeéis el código, jamás alcanzaréis el Desfiladero Consagrado.

Entonces reemprendió la marcha y se adentró en la penumbra del bosque.

—Vamos —dijo Michael, y cogió a Sarah por un brazo mientras seguía a su nuevo amigo.

Ella se soltó, pero se colocó a su lado.

—Es como seguir a una serpiente hasta su madriguera. Apuesto a que este tipo ha matado a cientos de niños.

Se internaron en el bosque; los gigantescos árboles se elevaban sobre ellos. Los había de follaje espeso y cubiertos de largas y tersas estelas de musgo. Además crecían muy cerca unos de otros, y el camino describía una perfecta línea recta por el centro. La magia de la programación.

—Seguramente no es más que un tangente —conjeturó Michael, estirando el cuello para ver qué tenían alrededor.

La única luz del bosque provenía de los propios árboles, cuyos troncos surcados de cicatrices refulgían con un tono azul fantasmagórico. A medida que iban adentrándose en el bosque, las ramas y hojas estaban más cerca del suelo, como si quisieran echar a los recién llegados.

—Entonces ¿por qué le has dicho que lo enviaríamos de vuelta al despertar? —preguntó Sarah.

—Por decir algo —respondió él. No le apetecía demasiado hablar.

El hombre seguía un ritmo constante que lo mantenía a unos seis metros por delante de ellos, con su extraña mascota encaramada al hombro. El aire era fresco y todo olía a humedad y a tierra mojada. Michael pensó que habría resultado una atmósfera agradable, de no haber sido por cierto hedor a podredumbre que invadía sus límites. Los únicos sonidos que se oían eran los emitidos por los grillos y el ocasional ululato de un búho.

—Supongo que no teníamos ninguna alternativa —murmuró Sarah—. No encuentro en el código otro sitio hacia donde ir.

—¿Todavía tienes dudas acerca de esto? —replicó Michael.

—Era solamente un comentario —contestó encogiéndose de hombros. Continuaron caminando un rato en silencio hasta que ella añadió—: Tenemos que hablar de lo que ha dicho Bryson. Ha sido como si se le ocurriera de pronto, pero ¿por qué se ha asustado? ¿Qué ha visto en el código?

Michael recordaba hasta el último detalle del momento final de su amigo.

—Lo que ha dicho ha sido muy raro. «¿Y si Kaine en realidad no es un jugador?». ¿Qué significa eso?

Sarah sonrió.

—No hacemos más que preguntarnos el uno al otro. Necesitamos respuestas.

—Sí. —Michael apartó con la mano una rama baja y alargada—. A Bryson le fastidiaba mucho lo complicado que es el código de la Senda. Entiendo por qué le costaba aceptar que Kaine fuera capaz de programarlo. Parece imposible.

—¿Por eso cree que Kaine no es real? —preguntó Sarah—. ¿Como si fuera un nombre inventado por un grupo de personas que han hecho todo esto?

—Puede ser —contestó Michael encogiéndose de hombros—. Tú sigue pensando en ello. Revisa el código cada poco tiempo. Conseguiremos averiguarlo.

—Vale. Solo que… hay que andar con pies de plomo y permanecer alerta.

—¿Que andemos con pies de plomo? —repitió él, remarcando la última palabra con tono sarcástico—. ¿Que permanezcamos alerta? ¿Lo dices en serio?

—¿Cómo?

Michael soltó una breve risotada.

—Hablas como Sherlock Holmes. ¿Vas a sacar una lupa? ¿Una pipa, tal vez?

Sarah sonrió.

—Luego ya me darás las gracias, cuando te haya salvado la vida.

—No te preocupes. Mantendré los ojos bien abiertos y el oído aguzado. ¿Qué tengo que hacer con la nariz?

—Cierra el pico. —Apretó el paso para adelantar a Michael.

El chico lanzó una mirada rápida a su guía, a aquel hombre que caminaba con placidez, con la comadreja en el hombro meneándose con cada paso de su dueño, pero sin perder el equilibrio. A continuación Michael se fijó en el bosque que flanqueaba el camino por ambos lados.

Los troncos refulgentes de los árboles eran gruesos y altos, y se elevaban hacia lo alto en dirección al cielo negro. La forma en que proyectaban esa luz mortecina —que apenas penetraba en la oscuridad de la noche—, por algún motivo, hizo que Michael tuviera la sensación de que Sarah y él se encontraban flotando por las olvidadas profundidades marinas. Eso lo descolocó un poco y tuvo que respirar hondo un par de veces para recordarse que estaba caminando a cielo abierto.

El camino rodeaba un árbol incluso más alto que los que habían visto hasta ese momento, y cuando Michael pasó por su lado, su mirada captó de forma instantánea lo que le esperaba tras este. A unos pocos metros bosque adentro, lo observaban dos ojos de un amarillo intenso. Michael se sobresaltó, se tambaleó y siguió avanzando por el camino de espaldas, sin atreverse a apartar la vista. La cabeza se le llenó de imágenes de los KillSims.

Los ojos lo seguían, pero el ser que los poseyera se había quedado quieto y, en cuanto el camino describió un giro, un grupo de árboles tapó la visión del animal, de la criatura, del monstruo. De lo que fuera eso.

Michael tropezó con Sarah y volvió a mirar al frente.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Lo siento —fue todo cuanto logró decir. Estaba muerto de miedo y solo quería llegar a casa del desconocido, aunque tuvieran que compartirla con ese bicho mezcla de hurón, comadreja y rata.

4

El bosque era interminable.

Michael advirtió tres pares más de ojos amarillos, aunque, al igual que con los primeros, las criaturas no se movieron salvo para seguirlo con la mirada. Sin embargo, el mismo miedo atenazador lo invadía cada vez que ocurría, y empezó a caminar más rápido.

—¿Por qué te ha entrado tanta prisa de repente? —le preguntó Sarah mientras él observaba de reojo al cuarto animal.

—No paro de ver ojos alrededor de nosotros —respondió. Percibió el miedo en su propia voz—. Son como los del KillSim. Pero más pequeños, no es exactamente la misma criatura.

—Ah, ¿y has decidido ponerme en medio?

—Sí, algo así. —Michael sonrió.

Ella estaba a punto de volverse para echar un vistazo cuando el desconocido de la capa se detuvo.

—Esta visión siempre hace que se me salten las lágrimas —declaró el viejo.

Había abierto mucho los ojos, como cautivado, y en honor a lo que había dicho, las lágrimas empapaban sus mejillas, destellando bajo el brillo de los árboles del bosque. Michael se giró y contempló lo que había captado su atención.

Justo por delante de ellos, en el camino, las ramas de dos árboles se habían unido, formando un prieto bucle que se arqueaba por encima del camino. Colgando del centro del arco había un letrero de madera con letras amarillas pintadas a mano. Brillaban como iluminadas por un neón.

SANTUARIO MENDENSTONE

MAESTRO SLAKE

SUPERVISOR JEFE

SED TODOS BIENVENIDOS

—¿Maestro Slake? —preguntó Michael—. ¿De qué es usted maestro?

El hombre se volvió con brusquedad y le lanzó una mirada implacable.

—Estoy aquí para ayudaros, muchacho. Demuestra respeto o mi… —Se quedó callado y clavó los ojos en Sarah, luego de nuevo en Michael—. Da igual. Venid y comed conmigo. Mis amigos nos prepararán un delicioso festín. Podemos sentarnos y dar solaz a nuestras osamentas junto al fuego mientras comemos y bebemos. Después os contaré cómo llegar al Desfiladero Consagrado. A partir de aquí, descubriréis que es todo muy simple. Muy simple, en efecto.

A Michael se le ocurrieron una docena de preguntas, pero el hombre reemprendió la marcha, dirigiéndose hacia la arcada. Pese a que Michael dedicó a Sarah una mirada de preocupación, ambos lo siguieron. Al menos ese hombre respondía a las preguntas.

5

En realidad el bosque no terminaba donde colgaba el letrero de madera, pero el claro que se abrió ante ellos cuando pasaron por debajo de aquel lugar albergaba una serie de árboles desperdigados, en contraste con los troncos amontonados de la densa arboleda. En el cielo relucía una luna brillante, que proyectaba sombras alargadas y angostas. A unos treinta metros de allí se encontraba el Santuario Mendenstone: un edificio alargado y de planta baja. Estaba construido totalmente de madera, y parecía agrietado por todas partes, a punto de hundirse. Había un enorme cartel de bienvenida sobre lo que Michael supuso que era la puerta de entrada. Esta se encontraba abierta de par en par y revelaba una oscuridad iluminada únicamente por el titileo de las llamas.

Michael esperaba que el hombre dijera algo como «Hogar, dulce hogar», pero permaneció callado y se encaminó hacia esa puerta iluminada desde el interior El chico se apresuró a alcanzarlo. Se sentía algo más relajado, aunque tal vez fuera solo porque el hambre había ganado la partida a la sensatez.

—Ha mencionado a sus amigos —le dijo Sarah al hombre—. ¿Cuántas personas viven aquí? ¿Son ustedes una especie de monjes o algo así?

La comadreja posada sobre el hombro de Slake olisqueó el aire cuando este soltó una risotada de

asombro.

—¿«Monjes»? Supongo que podríais llamarlos así. —Volvió a reír.

Michael lanzó una mirada a Sarah. Su amiga no se alegraba de estar allí, y su mirada expresaba que, ocurriera lo que ocurriese, sería culpa de él.

Michael se volvió hacia Slake.

—¿Qué quiere decir? ¿Quiénes son?

—Estáis a punto de averiguarlo —respondió el hombre y luego añadió alegremente—: Espero que tengáis hambre.

Esa última palabra dejó a Michael de nuevo a merced del viejo. Estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa por algo de comida de la Red Virtual.

—Ya hemos llegado —anunció Slake y se detuvo a unos pasos de la puerta abierta.

Michael echó un vistazo a su alrededor, pero no logró distinguir nada. Solo el temblor de las sombras proyectadas por el fuego.

Sin embargo, sí se oían sonidos. De seres que correteaban por el suelo de madera. Cacerolas y platos que entrechocaban y repiqueteaban. Extraños gruñidos y bisbiseos que no eran humanos.

El maestro Slake se volvió hacia Michael y Sarah, con expresión de franca preocupación.

—Por favor, no os asustéis. Son amigos míos.

Y, tras decir eso, entró al santuario.

6

Tanto Michael como Sarah vacilaron, a la espera de que fuera el otro quien entrara primero. Al final Sarah se acercó a Michael y lo empujó por el brazo.

—Después de ti —le dijo con una mueca. No se molestó en disimular su miedo.

—¡Eres tan amable!

—Ya lo sé.

Michael sabía que, en cualquier momento, podía ocurrir algo. La Senda estaba ideada para mantener a las personas alejadas del Desfiladero Consagrado, no para ayudarlas a encontrarlo. Pero hasta que no supieran a qué se enfrentaban, no tenía sentido salir corriendo, ni siquiera revisar el código. Lo único que podían hacer era seguir adelante.

Dio un paso de prueba y se detuvo en el umbral, agarrado a la madera del marco mientras echaba una ojeada a lo que había en el interior.

Una mesa baja y alargada se extendía de un extremo al otro de la enorme sala. Dispuestos sobre ella, había bandejas y platos llenos de una comida de aspecto exquisito, más suculenta de lo que jamás habían visto. Sin embargo, no tardaron en fijarse en los cuerpos que se movían por allí. Aparte del maestro Slake, ninguno de ellos era humano.

Un perro sarnoso —de casi un metro de alto— cruzó corriendo la sala, justo por delante de Michael, con una taza en la boca. A la derecha del chico, un enorme oso negro, con clapas en el pelaje del pecho, estaba inclinándose para recoger una bandeja de magdalenas colocada sobre la ventana de servicio que daba a la cocina. Un oso. Con una bandeja. De magdalenas. Michael tuvo que recordarse a sí mismo que no pasaba nada, que cualquier cosa era posible en la Red Virtual.

Un tigre le pasó caminando por detrás de las piernas, sosteniendo un jarro lleno con las patas

delanteras. Un ganso agitaba las alas y usaba el pico para ir empujando los platos a un lado y a otro, con el fin de colocarlos bien. Había un zorro que arrastraba una bandeja con un enorme pavo de Acción de Gracias encima. Un león sujetaba el asa de una panera entre sus dos enormes colmillos. Encima de la mesa, un gato trinchaba un pollo con un cuchillo.

Aunque pareciera raro, una de las primeras cosas que se preguntó Michael fue por qué a esos animales no les importaba que cocinaran a sus amigos. A lo mejor los gansos y los pollos no pertenecían al mismo escalafón social.

Sarah se había situado detrás de Michael y había pegado la cara al brazo de su amigo para tratar de asimilar la escena.

—¿Sigues teniendo hambre? —preguntó.

—Creo que si consigo ignorar lo de ese perro que lame nuestros platos, podré comer. —Sintió unas ganas irreprimibles de reír. Pensar que había sentido tanto miedo por lo que encontrarían en el santuario… Y ahora estaban dentro de un cuento infantil. Solo faltaba que los animales se pusieran a cantar mientras trabajaban para que todo fuera perfecto.

El maestro Slake había tomado asiento en la cabecera de la mesa, y el gran oso se inclinó para colocarle una servilleta en el regazo. Resultó cómico ver como el hombre daba las gracias al plantígrado y la criatura partía a realizar alguna otra tarea.

—Sentaos —ordenó Slake, como un rey a la mesa con sus súbditos—. Aquí hay más comida de la que podríais comer jamás. Incluso en el Sueño.

El hambre se apoderó de la voluntad de Michael. Sarah intentó agarrarlo por el brazo, pero él se zafó y fue a sentarse junto a Slake. En cuanto lo hizo, una ardilla empujó un plato lleno de comida humeante hasta situarlo delante de él. El roedor le echó un rápido vistazo con sus ojillos como cuentas; luego salió correteando.

Sarah se unió a ellos y se sentó frente a Michael, y, poco a poco, su expresión pasó del disgusto a algo semejante a la gula. Su amigo pensó que los aromas eran demasiado deliciosos.

—Por favor, tomadme de las manos y recemos una oración de agradecimiento a los espíritus de nuestros antepasados, hombres y bestias. —El maestro Slake alargó las manos y sus invitados se las cogieron.

El hombre cerró los ojos.

—A los que llegasteis antes que nosotros —empezó a decir—. Solicitamos vuestra presencia para que nos contempléis con benevolencia en este día. Os pedimos que bendigáis nuestros alimentos y bebidas. Dos viajeros han llegado a nuestro humilde santuario, donde atendemos las necesidades de aquellos que penetran en el bosque oscuro. Bendecidlos, amados espíritus. Bendecidlos con fuerza y esperanza. Que logren derrotar a los demonios que los acechan y que puedan continuar su viaje por la Senda. Amén.

Slake los soltó de las manos, abrió los ojos y empezó a comer: tomó un muslo de pavo y lo devoró como un perro hambriento. La grasa le chorreaba por la barbilla y un trozo de carne le colgaba de la comisura de la boca.

Michael tuvo que apartar la vista. Estaba dándole vueltas a las palabras de la oración y tenía que formular la pregunta obligada.

—Ha dicho algo sobre unos demonios —comenzó, removiendo su comida para no tener que mirar a su anfitrión mientras comía—. ¿Solo era… algo típico de las oraciones?

Slake se rio.

—¡Oh, no, querido muchacho! Desde luego que no. Cada palabra dirigida a nuestros antepasados la he pronunciado con toda la intención. Espero que podáis arrodillaros a sus pies antes de que los demonios os destripen.

Michael estuvo a punto de atragantarse con un pedazo de carne. Logró tragarla y carraspeó.

—¿Quiere contarnos algo más sobre esos demonios?

—¡Oh, hijo mío! —El hombre se limpió la boca con una manga—. Esa es la menor de tus preocupaciones. El mundo exterior está empezando a aprender algo que vosotros, los dos, todavía no habéis entendido. Aunque sé que ambos sois adeptos al código, y seguramente tan buenos como vuestro amigo… Bryson, creo que se llamaba.

A Michael se le estaba erizando el vello de la nuca.

Sarah apretaba con fuerza el tenedor.

—¿De qué está hablando? —le preguntó con tono amenazante.

—Por favor —repuso Slake con voz aterciopelada—. No nos pongamos hostiles. No hay necesidad. Ya he tenido demasiada hostilidad en la vida. Años de juego pueden enfrentarte a muchos enemigos. Yo era… bastante bueno en eso, ¿sabéis? Hasta que encontré mi sitio aquí, en esta Senda. Al parecer no puedo escapar de este condenado lugar. Ya lo he aceptado. Siento que tengo un nuevo papel que jugar. Para ayudar a gente como vosotros. Para convenceros de que os marchéis, para que encontréis vuestro camino ahí fuera y no regreséis jamás.

Michael se quedó mirando al hombre, en ese momento, con una curiosidad incontenible.

Aunque Sarah fue la primera en hablar.

—Un momento… ¿Usted es un jugador? ¿No solo un tangente?

Slake la miró largo rato, casi con tristeza.

—Es una lástima que no puedas apreciar la diferencia por ti misma. Una verdadera lástima. Yo era uno de los mejores. Tal vez el mejor de la historia.

Michael no pudo evitar cerrar los ojos y escanear la codificación, a pesar de lo difícil que resultaba leerla. Analizó el sitio que ocupaba el hombre en la mesa, escudriñando el programa en busca de algo llamativo en su archivo de identificación digital. Y entonces cayó en la cuenta, y abrió los ojos de golpe.

—Pero ¿qué…? —susurró—. Usted es Gunner Skale. —El descubrimiento lo emocionó y lo asustó a partes iguales—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué desapareció de la Red Virtual? ¿Del ámbito público?

Sarah los miraba a ambos de forma alternativa.

—¿Hablas en serio?

El viejo bostezó y se rascó la cabeza.

—Me pillaron, por así decirlo. Sé que no debo de parecer gran cosa comparado con mis días de gloria. Pero me siento satisfecho, os lo prometo. Creo que he encontrado una vocación más elevada. Soy humano, Michael. Sarah, soy humano, jugando en un mundo de no humanos. El programa es la prueba. Dos personas tan inteligentes como vosotros deberían haber imaginado una serie de cosas hace tiempo. La Senda debería habéroslo enseñado.

Hizo una pausa y las ruedas dentadas de la mente de Michael se movieron, como los engranajes de una maquinaria encajando en su lugar.

—Deberíais haberlo visto —prosiguió Skale—. Habéis estado en presencia de Kaine. Habéis estado en presencia de muchos tangentes. Habéis estado entre otros jugadores, en innumerables ocasiones. La diferencia en la programación es siempre muy sutil, pero está ahí para que la percibáis, si sabéis dónde mirar. —Hizo una pausa—. Creo que al final vuestro amigo descubrió la verdad y fue demasiado para él. Cayó presa del pánico y se perdió en la Senda debido a ello.

Michael por fin obtenía la respuesta, pero fue Sarah la primera en hablar.

—Kaine no es para nada un hombre. Un hombre no podría hacer lo que él está haciendo. Es un…

Michael lo dijo al mismo tiempo que ella:

—Tangente.

17

Noche en el sofá

1

Skale volvió a centrarse inmediatamente en la comida, dejando que Michael y Sarah digirieran la noticia de que el hombre al que habían estado persiguiendo no era humano. Michael ya había olvidado a los demonios.

Kaine. Un tangente. Era imposible. Totalmente imposible. ¿Cómo había podido un programa engañar al mundo —a la SRV, incluso— y hacerle creer que era un jugador? ¿Cómo podía tener el programa consciencia de sí mismo? ¿Era eso posible? A Michael se le hizo un nudo en el estómago. ¿Tanto había evolucionado la inteligencia artificial? ¿O había alguien moviendo los hilos de Kaine?

Entonces recordó la voz.

«Michael, estás haciéndolo muy bien».

—¿No vais a comer? —preguntó Skale, con el cuchillo a medio camino de la boca y un trozo de carne pinchado en la punta—. Odiaría ofender a mis amigos después de todas las molestias que se han tomado.

—Pero… —Michael se detuvo.

Necesitaba pensarlo bien. No solo lo relativo a Kaine, sino también al hombre que tenía sentado delante. Skale había pasado de ser el jugador más famoso de la Red Virtual a ser un pelagatos perdido en los cortafuegos de Kaine. Y, a juzgar por el silencio de Sarah y su ceño fruncido, ella opinaba lo mismo. El hambre todavía atenazaba a Michael, así que atacó su plato y dio un buen mordisco al pan, luego arremetió contra el pobre pollo. Una vez más se preguntó por qué ese animal había sido cocinado en el horno mientras los demás correteaban por ahí a sus anchas.

Skale lo asustó con sus palabras. Fue como si le hubiera leído la mente.

—Todos mis amigos saben que les llegará el día de servir como alimento. Por lo general, lo viven como un acto de honor, pues saben que han vivido una buena vida.

Por algún motivo eso enfureció a Michael.

—Se da cuenta de que nada de esto es real, ¿verdad?

—¿Quién conoce la verdadera definición de «real»? —preguntó Skale con tranquilidad mientras seguía comiendo—. Cuando uno ha estado atrapado en un mismo lugar en el Sueño durante tanto tiempo como yo, todo es tan real como lo demás. Ahora come.

Lo hicieron en silencio durante un rato. Necesitaban fuerzas para lo que les deparaba la Senda, fuera lo que fuese; lo cual, al final, impulsó a Michael a hablar de nuevo.

—Así que hay demonios. Kaine es un tangente. ¿Hay algo más que debamos saber? —Su tono era abiertamente sarcástico.

Gunner Skale terminó de masticar, bebió algo y luego volvió a limpiarse la boca con la manga, lo que dejó una mancha húmeda en la capa roja.

—Ya se os ha facilitado la información que necesitáis, si estáis dispuestos a buscarla. Espero que

tengas buena memoria, hijo mío.

—¿«Hijo mío»?

—Tienes la desagradable costumbre de repetir lo que digo, muchacho. Te recomiendo encarecidamente que abandones ese hábito.

El tono del hombre hizo que Michael asintiera en silencio, sintiéndose muy humillado. El viejo conservaba parte de su llama, eso estaba claro. Pero Michael no sabía cómo planeaba Skale materializar sus amenazas veladas, a menos que los animales obedecieran sus órdenes, fueran cuales fuesen. Ser devorado por un oso no parecía muy divertido.

—¿Tiene algo más que decirnos? —preguntó Sarah. Había permanecido muy callada.

Skale se puso en pie y se quitó la capa, luego la tendió a un lado. El oso rugió —fue un sonido atronador procedente del fondo de su pecho— mientras que se acercaba, agarró la tela roja, la dobló sobre un brazo y luego se alejó. A Michael lo decepcionó que no hubiera hecho una reverencia y hubiera hablado con acento de mayordomo inglés.

—Pasemos al salón —dijo Skale—. A dar solaz a nuestras osamentas, como he prometido antes.

No esperó una respuesta. Se limitó a caminar hacia la puerta situada al fondo, a la izquierda de la sala. Michael lanzó una mirada repentina a Sarah, luego tragó un par de bocados más y bebió un último sorbo de agua. Ambos se levantaron y se apresuraron a seguir a su anfitrión. Michael estaba seguro de que su amiga pensaba lo mismo que él: quedarse a solas con todos esos animales de circo era una idea muy mala.

2

—¿Qué sabéis vosotros de lo Profundo? —preguntó Skale después de que se hubieran acomodado en enormes butacas situadas frente a un fuego acogedor y titilante, albergado por una chimenea de ladrillo.

Michael se inclinó hacia delante, picado por la curiosidad.

—¿Se refiere a *Sangre vital profunda*?

—*Sangre vital profunda* —repitió el hombre con un resoplido—. ¿Es el único programa que creéis que ha llegado a ese nivel?

Michael no entendía a qué se refería.

—¿Al nivel profundo? —preguntó Sarah.

Skale asintió en silencio, sin apartar la mirada del fuego ni un instante. Michael veía las llamas danzantes reflejadas en sus ojos.

—Sí, ¿a cuál si no? Lo Profundo ha estado presente desde los inicios de la Red Virtual y solo un par de programas han alcanzado ese nivel. *Sangre vital* es el único juego público de esa clase, y no merece el calificativo de «profunda».

—¿Qué otros programas hay? —preguntó Michael.

—Eso lo tenéis que descubrir por vosotros mismos, llegado el momento. Pero uno de ellos es el Desfiladero Consagrado. —Skale se puso en pie, se acercó a la chimenea y avivó las llamas con un atizador de acero—. Es un programa creado por Kaine, oculto en lo Profundo. La Senda lo conecta con niveles más elevados de la Red Virtual. Tenéis suerte de haber llegado tan lejos, y tendréis más suerte todavía si lográis recorrer todo el camino. —Se calló y se volvió hacia Michael y Sarah—.

Permitid que os haga una pregunta: ¿no os habéis planteado cómo puede haber sido creada una senda así? ¿Una senda hasta la que la gran y poderosa SRV necesita que la llevéis?

Michael quería saberlo todo, pero no tenía ni idea ni de qué preguntar.

—Entonces… ¿por qué está contándonos todo esto? Lo único que está facilitándonos son acertijos y claves que no nos ayudan.

—¡Nada de claves, chico! —El hombre lo dijo casi gritando. Retrocedió y se sentó en su butaca —. Yo solo estoy hablando para matar el tiempo hasta que salgan los demonios. Aunque empiezo a cansarme. A todos nos vendría bien dormir.

—¿Cuándo salen los demonios? —preguntó Sarah, como si estuviera preguntando la hora.

Skale se levantó, una vez más, contemplando el fuego, como hipnotizado.

—Salen cuando están listos para aniquilar y destripar. Ahora, buenas noches. El oso os acompañará hasta vuestras camas. —Echó una última y prolongada mirada hacia las llamas, luego se volvió y se alejó caminando, y desapareció por una puerta de madera que se cerró tras él.

A pesar de lo cansado que estaba, el sueño era lo último que Michael se sentía capaz de conciliar.

—Ha dicho otra vez esas palabras.

—¿Qué? —preguntó Sarah.

—«Destripar y matar». ¿Es que a este tío no le han enseñado nada sobre los cuentos para ir a dormir? —«A lo mejor el oso nos cuenta uno que sea un poco más alegre», pensó Michael, apesadumbrado.

3

A pesar de que Skale había dicho que lo conducirían a su cama, Michael fue acompañado hasta un destartalado sofá. Se trataba de un mueble con una superficie dura e incómoda, que chirriaba cada vez que se movía, pero era preferible al suelo. Tiró de una áspera manta de lana hasta colocársela por debajo de la barbilla y cerró los ojos. Una vela ardía en una mesita que había a un lado, y percibía su fulgor tembloroso incluso con los ojos cerrados.

Sufrió el ataque de repente.

Un dolor brutal y desgarrador le atravesó el centro de la cabeza, de forma tan repentina que se cayó del sofá, frotándose las sienes con ambas manos. Un sonido ensordecedor le retumbaba en el cerebro, acompañado de una luz cegadora; aulló de forma agónica y se dio cuenta de que Sarah aparecía a su lado, lo agarraba por los hombros, lo zarandeaba y le preguntaba qué le ocurría. Michael se revolvía, intentaba ahuyentarla, pues no sabía qué podía hacerle.

Las imágenes cruzaban su mente como ráfagas. Su madre y su padre; siluetas que se tambalearon hasta desaparecer como una voluta de humo en el viento. Luego Helga, con el rostro desfigurado por el terror. Ella también desapareció. A continuación, Bryson, que le miraba fijamente, con los ojos inyectados en odio. Luego desapareció.

El dolor no remitía, y él sabía que si empeoraba se desmayaría o, posiblemente, moriría. Intentó levantarse. Abrió los ojos y vio a Sarah en el suelo, observándolo con expresión aterrorizada. La vela seguía ardiendo, pero había pasado a parecer más brillante que el sol, y Michael tuvo que apartar la vista. Se tambaleó, estiró los brazos para recuperar el equilibrio; tenía la sensación de que arriba era abajo y de que abajo era arriba. Como si la habitación estuviera girando y, en cualquier momento,

pudiera caer sobre las vigas de madera que cruzaban el techo.

El sofá empezó a extenderse, y continuó extendiéndose, haciéndose cada vez más y más largo, aunque la habitación seguía teniendo el mismo tamaño. La cabeza de Sarah se agrandó hasta convertirse en una monstruosidad de la casa del terror. Los tablones del suelo comenzaron a combarse y a retorcerse, doblándose como si estuvieran hechos de goma. Y Michael tenía metido en la cabeza el ruido de la horda al despedazar a Bryson.

Se tapó los oídos con las manos y se apretó la cabeza como para mantenerla de una pieza. En alguna parte de su inconsciente vio a los KillSims y el club Negro y Azul. Ellos le habían hecho aquello. Le habían lesionado el cerebro. Los antiprogramas debían de haber actuado tanto dentro como fuera del Sueño.

El dolor lo taladraba sin tregua, y el mundo que lo rodeaba se tornaba cada vez más raro. Brazos que se alargaban saliendo de paredes de piedra; corazones palpitantes suspendidos en el aire; una fuente de sangre que manaba del suelo; una pequeña niña en una mecedora; un animal cojo en el regazo de esta. Y el agónico lamento de un atormentado invisible…

Y entonces todo cesó.

La habitación quedó en silencio y todo volvió a ser como era antes del ataque. Y pese a que tan solo unos segundos antes habría parecido imposible, el dolor de cabeza se había esfumado.

Michael se desplomó sobre el sofá, con la ropa empapada en sudor. Sarah se acomodó junto a él enseguida, y lo cogió de una mano con el rostro demudado por la preocupación.

—¿Otra vez? —le preguntó.

Michael se sentía como si hubiera corrido veinte kilómetros.

—Creo que me estoy muriendo.

4

Skale no se despertó. O al menos, si lo había hecho, no se acercó para ver si sus invitados estaban bien. Sarah se sentó junto a Michael en el sofá y lo rodeó con los brazos. No dijeron ni una palabra, y él se sintió agradecido de que ella no lo presionara para que le explicara su experiencia. Pensó en la suerte que tenía de contar con una amiga tan maravillosa.

Al final ambos se quedaron dormidos, y Michael no soñó. Durmió un sueño profundo, pesado, libre de pánico y miedo. Durmió como si estuviera muerto.

5

Gunner Skale los despertó zarandeándolos. El hombre se había vuelto a poner su capa roja y estaba inclinado sobre Michael y Sarah, con el rostro oculto entre las sombras.

—¿Ya ha amanecido? —preguntó Michael.

—Nunca amanece en el santuario Mendenstone —le respondió Skale—. Es nuestra maldición y nuestra bendición a un tiempo, pero no hay tiempo para explicaciones. Vuestros demonios han llegado.

6

Las palabras de Gunner Skale hicieron que Michael y Sarah se levantaran de golpe.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Michael al viejo.

—¿Dónde están los demonios? —añadió Sarah.

—Vuestros demonios van siempre con vosotros —contestó Skale. Su voz sonaba incluso más áspera que el día anterior—. A estas alturas, ¿todavía no lo habéis entendido? Siempre con vosotros, es imposible escapar de ellos. Pero jamás podréis adivinar cuándo van a manifestarse. Tened cuidado, niños míos. Ahora venid. Deprisa.

—¿Adónde vamos? —inquirió Sarah con insistencia.

Skale no respondió, se limitó a cruzar la habitación, abrió la puerta y salió deslizándose al vestíbulo. Michael tomó a Sarah de la mano y lo siguieron hacia la oscuridad. El chico apenas distinguía la silueta de Skale avanzando en dirección a la escalera, y se apresuró, tirando de Sarah, para ponerse a su altura.

El grupo bajó los peldaños y Skale los guio hacia la zona de comedor donde habían cenado la noche anterior.

—Por favor, tomad asiento —les dijo, haciendo un gesto en dirección a las sillas de madera—. Iré a pedir a nuestros amigos que se unan a nosotros.

A Michael le costaba asimilar lo que ocurría. Se sentía atontado por el sueño y, aunque el dolor había desaparecido, todavía estaba débil debido al ataque; el dolor y las alucinaciones eran lo que tenía más presente. ¿Y se suponía que debía prepararse para una batalla contra unos demonios? ¿A qué se refería Skale con que estaban siempre ahí? Negando con la cabeza, Michael se sentó en una silla e hizo una mueca de disgusto por el ruido de las patas al arrastrarse por el suelo. Tal vez lograran salir de aquello hackeando el programa antes de que empezara todo.

Sarah se sentó a su lado.

—Tenemos que pensar. Él ha dicho que ya nos había facilitado toda la información que necesitamos. ¿Puedes recordar el resto de lo que ha dicho? Creo que tiene algo que ver con la oración de antes de la cena.

—Sí —reconoció Michael, pero ni aunque le fuera la vida en ello podría recordar una sola palabra —. Lo único de lo que me acuerdo es de lo que dijo sobre Kaine.

—Sí, ya lo sé.

Michael se inclinó sobre la mesa, apoyó la cabeza en las manos y cerró los ojos. Comprobó el código que los rodeaba.

—Todavía no veo nada que pueda ayudarnos a salir de esta.

—Yo también lo he intentado un par de veces. —Sarah tamborileó con los dedos sobre la madera —. En su oración ha dicho algo acerca de arrodillarnos ante nuestros antepasados. Estoy segura de que eso es una clave.

Michael iba asintiendo, lentamente y en silencio, mientras ella hablaba.

—Es posible. Es muy raro lo inaccesible que parece el código en este lugar. En la Senda. —Sintió ganas de aporrear la mesa de frustración.

Gunner Skale entró por la puerta, lo que puso punto y final a su conversación. Y no iba solo. Una a una, las criaturas salvajes que ya habían conocido fueron entrando tras él. Volaban e iban a

cuatro patas, reptaban y caminaban. El oso, el ganso, el tigre, el perro, la ardilla. Una docena más. Y con ellos llegaron los olores del bosque; a tierra mojada, a musgo y a podredumbre.

Las criaturas llenaron la sala y, poco a poco, fueron acomodándose alrededor de la misma, todas con la espalda pegada a la pared, con los ojos clavados en los dos visitantes, que permanecían en sus asientos. Un silencio incómodo reinaba en la atmósfera, roto solo por algún ronquido o gruñido ocasional. Y para Michael, todas y cada una de las criaturas tenían cara de no desear otra cosa que comérselo para desayunar.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Michael a Skale, y se sorprendió al darse cuenta de que estaba susurrando. Se aclaró la voz y habló más alto—. ¿Por qué tengo la sensación de que estoy a punto de ser sacrificado para el gran dios animal de las alturas?

Skale se tomó su tiempo para atravesar la habitación y se detuvo junto a la silla. Michael estiró el cuello para ver la cara del hombre, bien oculta detrás de la capucha roja.

—Porque —dijo el hombre— eso es exactamente lo que está a punto de ocurrir.

Michael se puso en pie de un salto y tiró hacia atrás la silla, que cayó al suelo con un estruendo. Pero antes de que pudiera reaccionar, el viejo pronunció dos palabras que le helaron la sangre.

—Demonios, emerged.

7

Gunner Skale no había mentido al afirmar que los demonios habían estado con ellos desde el principio. Eran los animales.

El primero que vio Michael fue el oso. Este abrió sus enormes fauces y dejó escapar un rugido grave y estruendoso en dirección al cielo. Entonces empezaron a desprendérsele el pelaje y la piel, como virutas de madera que se rizasen al calor de una llama. Por debajo del pellejo había una espantosa cara cubierta de cicatrices, y sus ojos habían cambiado de color hasta tornarse de un amarillo de brillo imposible, como los ojos que Michael había visto en el bosque.

De forma gradual, el resto del cuerpo de la criatura fue emergiendo de su peludo disfraz. Músculos abultados, espalda encorvada, omóplatos marcados, patas con garras: no tenía nada que ver con el oso que le había servido la cena hacía solo un par de horas. Un rugido gutural se le escapó de entre los belfos, que se retiraron y dejaron a la vista unos dientes enormes. No obstante, seguía sin moverse. Permanecía quieto, de espaldas a la pared.

Michael se sentía fascinado con la transformación. En ese momento, el resto de los animales estaba pasando por el mismo proceso que el oso: la piel estaba retirándose para dejar a la vista aterradores demonios despellejados de todas las formas y tamaños.

—Creí que estaba aquí para ayudarnos —dijo Sarah a Skale, quien seguía de pie, impertérrito ante el giro de los acontecimientos—. ¿Qué se supone que debemos hacer?

—Ayudaros es exactamente lo que estoy haciendo —replicó Skale, con un tono curiosamente alegre—. Enfrentaros a vuestros demonios cambiará vuestras almas para siempre. Y vuestras muertes en la Red Virtual os enviarán de vuelta al Despertar. Os libraréis de veros atrapados en este lugar como me ha ocurrido a mí. Tal vez vuestros antepasados pronto estén con vosotros, hijo mío, hija mía.

Michael miró la puerta y lo vio con claridad: dos demonios bloqueaban el paso. Sarah y él solo

tenían que salir disparados y cruzarla. Agarró de la mano a su amiga, sin pensar en qué ocurriría a continuación; solo podían hacer una cosa.

Michael arremetió hacia delante y agarró a Skale por la capa, obligándolo a volverse hasta que tuvo el brazo fuertemente apretado alrededor del cuello del hombre. Skale tosió, ahogado. Los demonios reaccionaron todos a una: rugiendo, dieron un paso adelante. Entonces sí que se enfadaron.

—¡Atrás! —gritó Michael, esperando que las bestias lo entendieran—. Si os acercáis más le parto el cuello.

18

A los pies de los antepasados

1

Michael tenía que sobrevivir a la Senda para llegar hasta Kaine. Y no iba a permitir que esos demonios lo mataran y acabaran con su única oportunidad.

—Estás loco —le dijo el hombre con las mandíbulas apretadas—. No entiendes lo que…

Michael ahogó sus palabras sujetándolo con más fuerza.

—Cállese.

Las monstruosas criaturas habían detenido su avance. Estaban de pie, encorvadas y retorcidas, alrededor de la habitación, todas con una mirada de pesadilla, a apenas unos segundos de atacar.

—Michael —susurró Sarah. Pareció estar pensándose mejor lo que estaba a punto de decir—. Solo… —Alzó la voz—. Solo asegúrate de que lo matas deprisa cuando lo hagas. Rómpele el cuello de forma limpia y rápida.

Michael tuvo que contenerse para no hacer un mohín.

—Así lo haré.

Fue retrocediendo hasta la puerta, arrastrando a Skale mientras este luchaba por permanecer de pie.

—¡No creáis que no voy a hacerlo! —gritó Michael a los demonios—. Si nos dejáis ir, lo soltaré, si no, ¡morirá!

Parecía absurdo, pero al igual que habían hecho cuando tenían forma animal, las criaturas parecieron entenderlo. Un grave rumor empezó a propagarse por la sala, un grave rugido emitido por el grupo aterrador, y, por cada paso que Michael retrocedía, ellos avanzaban.

El chico se volvió para echar un vistazo a la puerta y vio que los dos demonios que la vigilaban estaban dirigiéndose hacia la salida. Sintió una ligera esperanza, hasta ese momento su plan estaba funcionando.

—No me sigáis —les advirtió Michael cuando llegó a la puerta. Skale luchaba por zafarse del abrazo del chico, pero Michael lo apretó con más fuerza y el viejo dejó de resistirse.

El chico retrocedió de espaldas y atravesó la puerta para adentrarse en la oscuridad, una noche perpetua, con Sarah a su lado. Mientras se alejaban del edificio, centímetro a centímetro, él se giró hacia ella.

—Hazlo hablar —le dijo.

Sarah asintió con la cabeza.

—Ha dicho que sabía cómo llegar al Desfiladero Consagrado. ¿Cómo lo hacemos? ¿La Senda tiene continuidad desde aquí?

—No os diré nada —respondió Skale entre sollozos ahogados—. Por vuestro bien, no por el mío. Nada.

2

Los demonios se habían agolpado en la puerta, con sus cuerpos relucientes y sangrantes apiñados, y observaban a los tres humanos. Esos ojos amarillos reflejaban furia, y Michael percibió la incertidumbre que afloraba también en los monstruos.

—¡Hable! —exigió Michael—. ¡Hable o volverá al Despertar! —Zarandeó al hombre mientras gritaba y oyó como se atragantaba.

Skale, sin embargo, no dijo nada. El pánico empezó a atenazar a Michael. Iba de farol, y ese era el problema. ¿De qué les servía un Skale muerto?

Michael no sabía qué más hacer. Comenzó a tirar de Skale para alejarlo de la casa. El hombre pesaba, y al chico le dolían los músculos por la fuerza que estaba ejerciendo. Sarah permaneció a su lado, mirando con nerviosismo y de forma alternativa a los demonios, a Skale y a Michael.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró.

Su amigo no respondió, sino que echó un vistazo a su alrededor en busca de algo, cualquier cosa, que le inspirase. Al fondo del alargado y ruinoso edificio, vio que había una entrada apartada y un enorme cartel encima que decía: CAPILLA DE LOS CUATRO ANTEPASADOS . Cambió de rumbo para dirigirse hacia ese lugar, guiado por la intuición. Skale había dicho algo sobre arrodillarse ante sus antepasados.

El viejo pataleó y luchó para librarse de Michael. El chico se detuvo para poder sujetarlo mejor, alzó la vista y vio que, a unos diez metros de distancia, los demonios habían empezado a franquear la puerta. Uno a uno, fueron adentrándose en la noche; el resplandor de la luna iluminaba sus cuerpos en carne viva y sus brillantes ojos. El eco de los rugidos, gañidos y chillidos retumbaba en el ambiente.

—¡Hable! —gritó Michael a su prisionero, zarandeándolo de nuevo.

Los ojos claros del hombre se alzaron y reflejaban determinación. No pensaba contarle nada a Michael, y el chico lo sabía. El viejo prefería morir.

—Michael —susurró Sarah.

Él levantó la vista y vio a los demonios avanzando en su dirección, a mayor velocidad. Uno de ellos lanzó un grito, un sonido agudo y desgarrador; en algún lugar próximo, Michael oyó el ruido de un cristal que se hacía añicos.

Bajó la vista una vez más hacia Skale, quien le devolvía la mirada. Entonces Michael se rindió. Lo soltó y el hombre cayó al suelo. El gran y poderoso Gunner Skale.

Este asfixiado, esforzándose por volver a respirar, se alejó como pudo y se puso en pie.

—¡Acabad con ellos! —chilló—. ¡Aniquiladlos y destripadlos!

Sarah cogió a Michael por el brazo, y ambos salieron corriendo en dirección a la capilla.

Los demonios rugieron al unísono y cargaron contra ellos.

3

La puerta se encontraba abierta.

Michael la cerró de golpe en cuanto entraron.

—¡Busca algo para atrancarla!

Sarah ya estaba arrastrando una mesa de escritorio. Michael se acercó corriendo para ayudarla y empujó desde atrás. Las patas hacían un ruido espantoso al arrastrarse sobre el suelo de madera, pero los dos chicos no pararon hasta empotrarla contra la puerta. Dos segundos después, los demonios llegaron del otro lado y empezaron a aporrear la puerta.

Michael retrocedió, mirando a izquierda y derecha con atención para valorar el terreno. La capilla era pequeña y sencilla, con una docena de hileras de bancos, más o menos, separadas por un pasillo central que conducía hasta el altar. Por detrás de este, había estatuas de personas de todos los tamaños y edades, esculpidas en mármol blanco y dispuestas sobre una tarima. Sus ojos parecían mirar a Michael. Antepasados. Ancestros.

Michael se percató, con horror, de que había varias vidrieras en las paredes que los rodeaban. Los demonios no necesitaban la puerta.

—El altar —le indicó Sarah, con un tono tan tranquilo que resultó sorprendente—. El altar. ¡Vamos! —Empezó a recorrer el pasillo, y Michael se apresuró tras ella.

—Él dijo que nos arrodilláramos. ¿Ahora qué?

Antes de que Sarah pudiera responder, todas las ventanas implosionaron al mismo tiempo; a lo que siguió el estallido de los gritos, chillidos y rugidos de los demonios.

Michael y Sarah corrieron hacia el altar.

4

El cristal rasgaba los cuerpos de los demonios a medida que iban colándose por las ventanas, pero eso no los frenaba. Michael se centró en el altar, a escasos centímetros de ellos en ese momento.

—¡Deprisa! —gritó Sarah.

Multitud de sonidos y de movimientos se apoderaron del espacio. En cuestión de segundos, los chicos tendrían a toda la horda de monstruos encima. Llegaron al altar, juntaron las palmas de las manos y se dejaron caer de rodillas al suelo. Michael percibió la blandura de un cojín colocado en ese lugar; notó cómo cedía ligeramente bajo su peso.

Pero no ocurrió nada.

Debería haberlo imaginado: con arrodillarse no bastaba.

Tendrían que revisar el código para salir de esa.

5

Una criatura alada entró volando y derribó a Michael, lo tiró de espaldas y envió a Sarah al suelo. El horrible monstruo batió sus alas, sobrevolándolos justo por encima del pecho, y el chico vio que se trataba de un ganso demonio, dos palabras que jamás habría imaginado en un mismo término. Su ensangrentado pico se abrió y un horroroso chillido estridente cruzó la capilla, lo que hizo añicos el cristal que todavía aguantaba encajado en los marcos de las vidrieras.

Michael arqueó la espalda y lanzó una patada, que impactó contra el cuerpo del demonio y lo empujó contra un banco, desde donde cayó al suelo y se quedó inmóvil.

Una garra se cerró sobre el hombro del chico y lo levantó hasta ponerlo de pie, le dio la vuelta y Michael quedó de cara a una pesadilla hecha carne. Se abrieron unas fauces gigantescas, llenas de dientes como dagas. Sarah estaba a su lado, lanzando puñetazos para zafarse de su propio atacante demoníaco.

La criatura que sujetaba a Michael se lo acercó hasta que sus narices casi se tocaban. El hedor resultaba espantoso: una mezcla de comida putrefacta, desperdicios y cuerpos en descomposición. El chico tuvo una arcada cuando la insoportable hediondez lo abofeteó en la cara.

Se trataba del oso. Era lo bastante alto y lo bastante corpulento. Tenía que ser el oso.

Michael se quedó mirando al monstruo a los ojos, y el terror paralizó todo su cuerpo, menos el corazón, que le latía con tanta intensidad que habría podido partirle la caja torácica y salírsele del pecho.

No tenía ni idea de qué hacer.

Algo los golpeó por la derecha. Chico y demonio cayeron al suelo, y Michael quedó libre. El chico se volvió de golpe y vio que se trataba de Sarah; estaba dando puñetazos al demonio oso con todas sus fuerzas. Michael echó un vistazo rápido hacia donde ella se encontraba antes y se dio cuenta de que su amiga había logrado matar a la criatura que la había atacado.

El chico miró de nuevo al frente, de cara al oso, y supo que no podrían derrotarlo. No sin ayuda. Cerró los ojos y se concentró en el código, ignorando el torbellino de complejidad que se arremolinaba a su alrededor. No quería que eso lo distrajera; estaba concentrado en su propio ser, en su aura, en su historia dentro del sueño. Se aferró a lo primero que se reveló ante él, los discos de fuego de *Los reinos de Rasputín*. Agarró la línea de programación al vuelo y la descargó en la capilla. De haberlo pensado demasiado, no lo habría logrado jamás; al actuar movido por el instinto, de pronto se vio rodeado de luminosos y ardientes discos voladores. Le bastó un solo pensamiento para lanzarlos, los apuntó todos contra el cuerpo del oso.

La bestia rugió cuando empezó a quemársele la carne y llenarse de ampollas. Sarah se alejó arrastrándose y se levantó junto a Michael. El plantígrado herido se volvió bramando para ponerse a cuatro patas, se movió con pesadez hacia la pared y se irguió. Michael giró en círculo: los demonios estaban acercándose en todas direcciones.

Sabía que el altar debía de tener un punto débil en el código, y se encontraba a solo unos metros de distancia. Con una rápida ojeada vio que había un pequeño demonio encima: la ardilla, o quizá el hurón-rata-comadreja que Gunner Skale llevaba sobre el hombro. Este les bufó y enseñó sus diminutos colmillos.

Michael y Sarah seguían de pie, codo con codo, fuertemente agarrados de la mano, retrocediendo de espaldas, poco a poco, en dirección al reclinatorio. El ataque en horquilla de los demonios estaba cercándolos.

—Tú ocúpate del código —susurró Michael—. Localiza el punto ideal. Yo los combatiré lanzándoles más discos de fuego —dijo, aunque no tenía ni idea de cuánto aguantaría.

—De acuerdo —respondió Sarah—. Oriéntame. —Cerró los ojos y le apretó la mano incluso con más fuerza.

Michael dio un paso más. Luego programó otra batería de discos y los lanzó, de forma aleatoria, en todas direcciones.

Los demonios rugían de dolor, y el chico olvidó toda precaución. Tirando de Sarah, se volvió y se

lanzó de un salto a los pies del altar. Chocaron contra el suelo, aterrizaron de pie y frenaron justo antes de llegar al reclinatorio. Sarah había conseguido mantener los ojos cerrados, concentrada en su misión, revisando el código que los rodeaba. Michael la tenía sujeta con fuerza de la mano y la guiaba hacia delante. Entonces el pequeño demonio encaramado al altar chilló y arremetió contra la chica; le enredó las patas en el pelo mientras le arañaba la cara e intentaba morderle una oreja. Ella no se inmutó. Michael alargó una mano hacia la criatura, la agarró y la lanzó con todas sus fuerzas.

—¡Lo tengo! —gritó Sarah abriendo los ojos de golpe—. ¡Ya sé qué hacer!

Pero los demonios los rodeaban. Uno cogió a Michael por el brazo; otro, por la pierna. Un tercero tenía a Sarah sujeta por el pelo; Michael la oía gritar mientras la criatura le tiraba de la cabeza hacia atrás. El chico luchaba por soltarse, y así perdió la fuerte concentración que necesitaba para retener el código de los discos de fuego. Las criaturas los tenían cercados. Los agarraban, los apresaban entre sus garras y los mordían. Hubo un momento aterrador en que Michael estuvo a punto de rendirse, prácticamente había decidido dejarse matar y que todo terminara. Volver al Despertar y aceptar las consecuencias.

Sin embargo, algo se encendió dentro de su ser. Un rugido recorrió su garganta y la adrenalina detonó en el interior de sus músculos. Gritando enfurecido, Michael apartó a golpes a las criaturas. Durante un brevísimo instante, vio el miedo en todos los ojos amarillos que lo rodeaban, y eso le infundió más valor.

Apartó de un golpe una enorme bestia que iba a atacar a Sarah. La chica estaba llena de cardenales y la cara cubierta de sangre. Michael la ayudó a levantarse, la alejó del cojín reclinatorio y del altar para acercarse a la tarima con las estatuas de los antepasados.

Sobraban las palabras. Michael cerró los ojos, se conectó al código y percibió la presencia de Sarah allí. Ella ya lo había preparado todo, lo había dispuesto todo ante él. En un turbulento mar de cifras, letras y símbolos, Michael lo vio: un diminuto y brillante indicio de vía de escape. Ambos se dirigieron hacia ella al mismo tiempo.

Los demonios avanzaron en su dirección; su forma digital resultaba tan terrorífica como su manifestación visual. Una garra atacó a Michael por la espalda. Se trataba de un monstruo a cuatro patas —el perro o el zorro—, que saltó sobre el altar, rugiendo. El chico sintió que tiraban de él para desestabilizarlo, pero flexionó todos sus músculos digitales y obligó a su cuerpo a permanecer firme. Durante un segundo más, solo uno más. Registró un fragmento más del código y se oyó una especie de pop.

Entonces todo desapareció.

19

Calor

1

El mundo que los rodeaba se esfumó y, cuando reapareció, Michael y Sarah se encontraron en el interior de una cueva en penumbra. Las paredes eran de piedra negra.

—¡Vaya, tío! —exclamó Michael con un gemido. Se incorporó, gateó hasta la pared cavernosa que le quedaba más cerca y apoyó la espalda contra ella—. Sería el tipo más feliz del mundo si no vuelvo a ver un animal en mi vida. Sobre todo de los que se convierten en demonio.

—Amén a eso. —Sarah se hallaba sentada frente a él en el espacio rocoso, y a Michael le resultaba difícil mirarla: estaba pálida y cubierta de sangre—. Ni un bosque. Ni un pasillo. Ni un disco de piedra.

—Ahora mismo lo que sí me encantaría ver es una hamburguesa con queso. —Las tripas le rugían de hambre.

—No me tortures.

Michael observó el interior de la cueva, que se extendía hasta un largo pasillo. Se apreciaba un fulgor naranja procedente de este, que resultaba cálido y acogedor. El chico se imaginó a unos enanitos viviendo allí dentro, bebiendo té a sorbos y saboreando un sustancioso estofado.

—¿Cómo narices hemos sobrevivido a eso? —le preguntó Sarah.

—Gracias a ti —fue la respuesta de su amigo—. Porque no te ha entrado el pánico y has encontrado una salida.

La chica permaneció callada durante un rato, como si estuviera pensando.

—No era tan difícil, ¿sabes? Es como si en algunos puntos nos dejaran vía libre para hackear y en otros no.

—No seas tan humilde. Eres realmente buena.

Ella no contestó, parecía de nuevo absorta en sus pensamientos.

Michael le dedicó un gesto de exagerado asombro.

—De verdad, ¿cuándo te has convertido en una superheroína? Eres como Batman y el Increíble Hulk juntos.

—Tienes un don para hacer que un cumplido suene a insulto.

—Lo mío me cuesta.

Sarah sonrió.

—Vamos. Empecemos a explorar; sabemos que vamos a topar con un montón de mierda, y quiero pasarla cuanto antes.

Michael suspiró. Pese a que habían conseguido comer y descansar unas horas antes del ataque de los demonios, estaba agotado. Las punzadas de hambre hacían que incluso las piedras desperdigadas por el suelo le resultaran ligeramente apetecibles.

—Pero nada de pensar —le advirtió Sarah—. Sigamos moviéndonos sin más.

—Está bien. —Michael sabía que su amiga tenía razón. Sin duda, mantenerse ocupados era la respuesta.

Aunque no se movió inmediatamente. Algo de lo que Sarah había dicho —lo de que la Senda dejaba puntos débiles casi evidentes aquí y allá— le había dado que pensar. Tenía la sensación de que estaba relacionado con la aterradora voz que había oído tantas veces, esa voz que pronunciaba su nombre y le decía que estaba haciéndolo bien. ¿Cuál podría ser la razón? ¿Qué significaba? Se cernía sobre todos sus actos. El objetivo de que la SRV los enviara al Sueño a encontrar la Senda y el Desfiladero Consagrado era conducir a la organización hasta Kaine. La SRV no sabría si Michael estaba haciéndolo bien hasta que encontrara a Kaine, quien se suponía que se hallaba escondido.

¿Eso no convertía la Senda en un cortafuegos instalado por Kaine para no dejar entrar a nadie?

Aun así…

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —dijo por fin Sarah.

Michael se frotó los cansados ojos.

—¿Qué has dicho?

—¿Que si se te ha comido la lengua el gato?

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Cómo? ¿Nunca has oído esa expresión?

Michael estiró los brazos, intentando animarse para ponerse en pie.

—Sí la he oído. Pero solo la usan los carrozas.

—Da igual. ¿Por qué estás tan callado?

—Es que estaba pensando en cosas. En la Senda. En Kaine. En todo.

—¿No acabo de decir que nada de pensar? —lo reprendió Sarah—. Iba en serio.

Michael sonrió y asintió en silencio, pero ahora se sentía incluso más inquieto. Había algo en la Senda que no encajaba. Una vez más, si estaba diseñada para ahuyentarlos, ¿por qué había lugares en que la codificación parecía guiarlos? Al chico le extrañaba incluso que hubiera sido ideada como un camino. Había estado tan ocupado intentando permanecer vivo, que no había pensando en ello hasta ese instante.

Y cuanto más lo pensaba, más raro le parecía. «La Senda» era un nombre curioso para un programa ideado con el fin de ahuyentar a posibles visitantes. A lo mejor no se trataba de un cortafuegos. A lo mejor era algo totalmente distinto.

2

Con un nuevo gemido debido a los dolores, Michael se obligó a levantarse. A continuación señaló hacia el largo pasillo al fondo de la cueva, el cual, por lo visto, era la única salida.

—¿Qué crees que hay al fondo?

—Lava.

Sarah respondió tan deprisa que Michael se quedó sorprendido.

—¿De veras?

—Sí. Creo que es un volcán; la roca negra es magma enfriado.

—Así que ¿un gran río de fuego líquido podría llegar ardiendo por este túnel en cualquier momento?

—Es muy posible.

«Esto mejora por momentos», pensó Michael.

—¡Ja! Bueno, pues vamos a darles una lección. No esperaremos, iremos caminando directos hasta allí como un par de pirados.

Sarah le dedicó una sonrisa cansada.

—Por cierto, tienes una pinta espantosa —añadió Michael.

Ella lo fulminó con la mirada, aunque no tardó mucho en sonreír de nuevo.

—Es imposible que tenga peor pinta que tú.

—No te preocupes. Sigues estando guapa, aunque tengas una pinta horrible. —Sonó a tontería, pero lo decía en serio.

—Gracias, Michael.

Después de todo lo que habían pasado, se había creado un vínculo entre ellos que Michael no podía concebir con nadie más.

—Cuando todo esto termine —dijo al final—, me gustaría conocerte en el Despertar, en serio. Te prometo que soy incluso más guapo en la realidad.

—Y yo seguramente soy más fea. —Soltó una carcajada que ambos necesitaban oír.

—No me importaría. Te lo juro. Eso es lo genial del Sueño. Sé cómo eres por dentro, y eso es lo único que importa. —Jamás había dicho nada tan cursi.

—Eso es muy tierno, de verdad, Michael.

Él se ruborizó.

—Además, apuesto a que estás buena.

—Déjalo ya. —Sarah entornó los ojos, pero siguió mirando a Michael—. Trato hecho, en cuanto hayamos acabado con esto de salvar la Red Virtual, pasaremos un día juntos bajo el sol real.

—Trato hecho.

Ella se puso en movimiento y se impulsó para levantarse, gimiendo. Michael entendía muy bien por qué; a él le dolían partes del cuerpo cuya existencia ignoraba hasta el día anterior.

—¿Hacemos un poco de espeleología? —preguntó con un ridículo acento británico.

—Vamos allá —contestó ella. Su sonrisa le llegó a la mirada y eso hizo que Michael se sintiera mejor.

Cuando empezaron a adentrarse en la montaña, renqueando como dos viejos artríticos, Sarah alargó una mano y tomó la de Michael.

—Vamos allá —repitió.

3

Michael pensó que las paredes del túnel parecían hechas por el hombre. Eran negras y brillantes, y parecían cinceladas. La tenue luz procedente del fondo de la cueva se reflejaba proporcionando a todo el aspecto de poder evaporarse en cualquier momento.

Michael y Sarah apenas habían tomado la primera curva del pasillo cuando vieron un destello de un naranja intenso. Como impulsada por esa visión, una ráfaga de aire caliente pasó volando junto a ellos, y agitó el cabello y la ropa a Michael. Resultó agradable, casi le hizo sentir ganas de tumbarse e intentar dormir.

Ninguno de ellos habló mientras continuaban la marcha. Michael observó la luz cálida a medida que se aproximaban a ella. Resultaba seductora, como el fuego de una hoguera de campamento en una gélida noche. Lo que le asustaba era pensar en su procedencia. Si de verdad se encontraban en el interior de un volcán, con seguridad se trataba de algo desagradable.

De forma repentina, el túnel se ensanchó y el espacio se abrió. El techo se elevaba hasta alcanzar casi los nueve metros de alto. Más adelante Michael intuía que el espacio era aún más amplio; los esperaba una caverna, y la fogosa luz naranja era cada vez más intensa. La temperatura había subido, y el aire estaba cargado de humedad.

Pronto llegaron a una pequeña poza de burbujeante piedra fundida.

Michael quedó prendado por su luminosa belleza hasta que recordó lo que había aprendido en clase de geología: eso significaba que se encontraban encima de una capa de lava enfriada situada sobre una enorme cantidad de magma incandescente. De repente imaginó que el suelo se abría y que unos chorros de fuego líquido salían disparados hacia arriba para incinerarlos, y se estremeció.

—¿Te apetece un baño? —preguntó un tanto forzado.

Sarah lo soltó de la mano y le dio un golpecito en el hombro.

—No, gracias. Ve tú delante. —Tenía la cara brillante por el sudor.

—Hace calor —comentó él.

—Sí, y pronto hará más. Vamos, aquí no vamos a encontrar nada de comida. Y, cuanto más tardemos, más débiles nos sentiremos.

—Esto va a ser un asco, ¿no?

Sarah asintió en silencio.

—Sí, va a ser un asco. Pero no tenemos más opción. El código lo deja bastante claro.

Reemprendieron la marcha, adentrándose todavía más en el volcán.

4

Cuando Michael y Sarah llegaron al final del túnel, se detuvieron y se quedaron mirando. El corredor se abría hasta convertirse en una caverna gigantesca llena de pozas de lava burbujeante.

La extensión que tenían ante ellos le recordó a Michael la piel de un tigre. Ríos de turbulento magma incandescente, atravesados por franjas de piedra negra enfriada. Más asombrosa resultaba aún la visión de los flujos de lava en forma de cascada que descendían por las grietas de las paredes, salpicaban y siseaban al caer en las pozas de roca burbujeante. Las llamas ardían en los torrentes que fluían a lo largo de toda la caverna; y Michael y Sarah tenían que cruzarlos todos.

Ráfagas de aire caliente pasaban soplando en oleadas sobre sus cabezas mientras contemplaban el panorama.

—Es peor de lo que pensaba —murmuró Michael.

Sarah cerró los ojos un instante, luego señaló a lo lejos.

—Hay otro túnel por ahí, y la Senda parece apuntar en esa dirección. No percibo ningún otro camino. ¿Y tú?

Michael analizó el código por su cuenta y suspiró.

—No. Supongo que vamos en la dirección correcta.

—Será mejor que nos demos prisa o moriremos deshidratados. Dudo que haya una fuente de agua

potable por aquí cerca.

—Adelante —contestó Michael. Estar allí quieto empezaba a ponerlo nervioso y quería ponerse en marcha.

Había una breve bajada desde el túnel hasta el suelo de la caverna, y aprovecharon su posición aventajada para calcular el mejor recorrido, valorando tanto lo que tenían delante como los rápidos vistazos a la programación. Todo se combinaba hasta formar una amalgama de roca enfriada, columnas de fuego y lava en cascada, acompañada de las ya habituales pistas del complejo código acerca del lugar al que necesitaban ir.

Tomando la delantera, Michael escogió bien su camino de descenso por la bajada entre las piedras desperdigadas y la tierra. El suelo se niveló y el calor lo golpeó con fuerza, y se vio obligado a contener la respiración. Había mucho ruido. Un rugido grave que le vibraba en los oídos.

—¿Estás lista? —gritó a Sarah. A ella le corría el sudor a chorros por la cara y su ropa estaba completamente empapada. Michael sabía que él estaba igual de calado.

Ella asintió con la cabeza, demasiado exhausta para hablar. Michael deseó con todas sus fuerzas que el final de la condenada Senda estuviera cerca. Odiaba a Kaine, a la agente Weber y a la SRV.

Michael le devolvió el gesto a Sarah.

Y se dispuso a cruzar la caverna con su amiga a la zaga.

5

Sentía como si su cuerpo estuviera asándose a fuego lento en un horno gigantesco.

Avanzaron por una pasarela de piedra de menos de un metro de ancho que discurría por encima de la lava, y llegaron hasta el centro de la caverna. Esa parte resultó bastante fácil, aunque el calor que desprendía el magma y el miedo de arder en la piedra hirviente dispararon el pulso a Michael. El chico intentaba darse prisa y ser precavido al mismo tiempo, pero el pánico empezaba a apoderarse de él, haciéndole sentir claustrofobia a pesar de las enormes dimensiones de la cueva.

Paso a paso, fueron avanzando por el puente natural; a Michael le ardían los ojos. Cuando alcanzaron otro lado, el chico decidió girar a la derecha y zigzaguearon por el laberinto de islotes de piedra unidos entre sí entre las brillantes pozas de magma. Siempre podían dar media vuelta si era necesario, pero confiaron en el instinto de Michael y en los vistazos al código de cuanto los rodeaba.

Avanzaron por una estrecha franja de piedra negra. Michael sentía el calor a través del calzado; la temperatura era tan elevada que le preocupaba que se le derritieran las suelas. Cuando llegaron al final, pasaron a un islote circular rodeado por un anillo de reluciente magma naranja.

Michael se movió para desplazarse a la izquierda, pero Sarah lo agarró del brazo y se inclinó para acercarse a él.

—¡Creo que deberíamos ir en esa dirección! —gritó, señalando una hilera de afloramientos de roca negra. Era como un caminito de piedras de jardín—. Mira… Al otro lado hay un puente que recorre todo el camino hasta la pared. Después podemos correr por el borde, subir hasta ese agujero y salir de aquí.

Michael estudió la zona durante un instante; parecía que Sarah tenía razón. El camino que él había pensado tomar acababa justo arriba, en un enorme hueco que tendrían que haber saltado cogiendo carrerilla.

—Me parece un buen plan. ¿Quieres ir tú por delante esta vez?

Sonrió de oreja a oreja para demostrar que estaba bromeando, pero ella se lo tomó en serio y saltó al primer islote. Aleteó con los brazos para recuperar el equilibrio; al verlo Michael estuvo a punto de sufrir un infarto.

—¡Ten cuidado! —le gritó.

—¡Solo quería darte un susto! —le respondió ella también a gritos.

—¡Pues no ha tenido gracia! ¡Para nada!

Sarah saltó a la piedra siguiente, y en cuanto estuvo a salvo, Michael la siguió, saltando sobre el primer islote.

—¡Ve despacio! —gritó a su amiga.

—Relájate —contestó ella.

Sarah saltó a la siguiente plataforma de piedra, y así prosiguió sin esperar a Michael. Él la siguió a toda prisa, aterrorizado ante la posibilidad de que ella resbalara y cayera al magma. Piedra a piedra, fue cruzando la lava a saltos tras Sarah, y pronto llegaron, sanos y salvos, al alargado y puntiagudo saliente de roca negra del otro lado.

Sarah lo abrazó con intensidad, y Michael se sorprendió.

—Ha sido espeluznante —le susurró al oído—. ¡Dios, ha sido espeluznante!

Él la rodeó con fuerza por los hombros.

—Sí, te has arriesgado demasiado, ¿no te parece? —A pesar de hallarse en medio de un volcán, Michael estaba disfrutando del abrazo y no quería que se rompiese.

—Era mejor ir avanzando que preocuparse a cada paso.

—Sí, supongo que sí.

Sarah se apartó y lo miró. Le había brotado una lágrima en el ojo que había ido descendiendo por la mugre de su mejilla hasta formar una gota en la barbilla. Luego cayó y fue a dar a su camisa.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella asintió en silencio y volvió a abrazarlo.

—Venga, vamos a por el siguiente túnel, y así nos refrescamos.

—Esperemos.

Cruzaron corriendo el puente, que parecía seguro en comparación con el camino de piedras. Al otro lado, había una pendiente de polvo y piedra que se extendía hasta la pared de la caverna. Ascendieron como pudieron para alejarse todo lo posible de la lava y luego echaron a correr por el borde, en dirección a la entrada del túnel siguiente, Sarah por delante de Michael.

Se encontraban a tan solo seis metros de distancia cuando ocurrió.

Michael acababa de relajarse un poco y se había permitido pensar en esos momentos compartidos con Sarah. La conversación, que se tomaran de las manos, el abrazo. Debería haber imaginado que, justo entonces, todo se torcería.

Estaban pasando por encima de una gran poza de lava a los pies de la pendiente, cuando oyeron un estruendoso ruido de succión y luego un rugido, como una gran caldera que se hubiera puesto en marcha. Michael se volvió de golpe, justo a tiempo de ver un chorro de roca fundida salir disparado de la poza, una perfecta columna letal de naranja incandescente orientada directamente hacia Sarah.

Cuando impactó contra ella, la chica cayó al suelo, y el grito que profirió no podía compararse con nada que Michael hubiera oído jamás.

6

El terror que se apoderó de Michael fue tan incontenible que olvidó todo lo relativo a la Red Virtual y al ataúd de su casa. Olvidó que la muerte solo suponía que Sarah despertaría en su propio ataúd, sana y salva, aunque un tanto aturdida.

Lo único que veía era a su amiga sufriendo. La lava le quemó la piel y la ropa en un instante, dejando a la vista una horrible imagen de músculos y huesos. Sus gritos fueron ahogándose hasta convertirse en gorjeos cuando se desplomó en el suelo, y a Michael se le partió el corazón.

Ocurrió todo muy deprisa.

Su amigo corrió hacia ella, pero se detuvo, pues sabía que no podía arriesgar su propia vida; la lava estaba retrocediendo sobre el suelo hacia la poza de donde había salido disparada.

Sin embargo, Sarah todavía no estaba muerta. Permanecía tendida y temblorosa, hecha un ovillo. Michael fue acercándose, palmo a palmo y con cuidado, para poder mirarla a la cara. Sarah tenía los ojos abiertos y pudo ver el dolor reflejado en ellos.

—Sarah —susurró, intentando encontrar algo que decir—. Sarah, lo siento.

Ella se esforzó por hablar, aunque se ahogaba. Michael se acercó tanto como pudo hasta situar el oído sobre la cabeza de su amiga.

—Mich… —empezó a decir ella, pero la interrumpió una tos violenta.

A pesar de que Michael odiaba la idea de que lo dejara, deseó que muriera lo antes posible. Que regresara al Despertar. Cada instante de sufrimiento que la consumía sería vivido como una realidad hasta que eso ocurriera.

—Sarah, lo siento. No debería haberte dejado ir delante. Debería…

—Calla —le ordenó ella—. Levanta. —Un nuevo acceso de tos convulsionó su cuerpo.

—No puedo soportarlo —le dijo Michael—. Sarah, no puedo soportar esto. No puedo aceptarlo. Solo quiero volver contigo. Saltaré a la lava.

—¡No! —gritó ella, y él se encogió de dolor—. ¡Tú… termi… termina!

Michael permaneció en silencio unos segundos. Aunque sabía que ella tenía razón.

—Está bien. Lo haré. Te lo prometo.

—Encuentra… el Desfiladero… Consagrado —dijo entre nuevas toses—. Yo…

—Deja de hablar, Sarah. —A Michael le dolía el corazón. Quería que ella regresara a casa y estuviera a salvo—. Déjalo. Te juro que pasaré muy deprisa todo lo que queda y llegaré al final. Recuerda nuestro trato. Un día bajo el sol. Un día en el Despertar. Todo va a salir bien.

—Tra… trato hecho. —Michael creyó que todo había terminado. Que se había ido. Pero entonces, ella volvió a hablar—. Michael —añadió con voz nítida, sin comerse ninguna letra, y él sintió una presión en el pecho, algo que lo atenazaba y le quemaba.

En ese instante, Sarah exhaló su último aliento y su pecho se hundió por última vez. Unos segundos después, desapareció y su cuerpo físico se despertó en el mundo real. Así dejó a Michael en lo más hondo de la Red Virtual, en un lugar del que casi nadie tenía noticia, en medio de una senda de longitud y atrocidad infinita.

Y estaba solo.

Estaba totalmente solo.

20

Un cuerpo de plata

1

Durante las horas siguientes, Michael intentó no pensar. No tenía tiempo de sentirse triste ni de regodearse en la autocompasión. Había prometido a Sarah que recorrería el resto del camino, y eso era lo único en lo que podía concentrarse. Lo ayudaba saber que ella no estaba realmente muerta, aunque cada vez que el recuerdo de sus últimos momentos se colaba en sus pensamientos lo invadían oleadas de dolor.

Y ese fue el motivo por el que tuvo que obligarse a olvidarlo todo. A desconectar.

Apareció otro largo túnel atravesado por ríos de lava en varios tramos. Michael saltó por encima de ellos con extrema precaución. Se aproximaba a un punto muy peliagudo, donde el magma salía disparado hacia abajo, de forma esporádica, por una grieta del techo. Esperó, calculó, confió en su instinto. Por los pelos no murió abrasado al cruzar corriendo. Poco después todo un lateral del túnel se derrumbó justo después de que pasara él; por allí surgió a borbotones un río burbujeante de roca fundida, entre salpicaduras y fuego abrasador, que salió fluyendo tras él. Michael corrió, corrió todo lo deprisa que pudo, con la orilla de aquel río infernal pisándole los talones. Pero al final la lava empezó a enfriarse y el chico pudo ir más despacio.

Ya no había más túneles ni enormes cavernas. Sí lava por todas partes. El calor había alcanzado temperaturas imposibles y continuaba intensificándose. Michael tenía el cuerpo chorreando de sudor, y la garganta más seca que en toda su vida: como un desierto, como un paisaje lunar. Habría bebido agua del arroyo más mugriento, de un pantano, de una depuradora. La codiciaba, pero allí no la encontraría; poco a poco fue quedándose sin fuerzas, y el hambre le provocaba dolor de estómago.

Sin embargo, siguió adelante, sin tregua, en la dirección en que lo enviaba el código, la Senda.

Con el pensamiento centrado únicamente en la programación.

2

Transcurrieron horas. Y ni una sola sin que Michael creyera que la siguiente sería la última de su vida. Que se desplomaría y no sería capaz de volver a moverse hasta que se deshidratara por el calor y muriera, para luego regresar al Despertar, a su ataúd.

Estaba descendiendo hasta otro túnel sin fin cuando se golpeó en la cabeza con una piedra que sobresalía del techo. Gritó y se agachó, luego se acuclilló y giró sobre sí mismo, como pudo, para calcular las dimensiones de su entorno. El dolor lo había devuelto a la plena conciencia. Y le impactó descubrir que el pasadizo de piedra negra se había estrechado. Se había reducido tanto que solo quedaba espacio para dos personas que avanzaran apretujadas. La luz también había disminuido de forma significativa, aunque Michael seguía viendo bastante bien.

Más adelante tendría que empezar a gatear.

El pánico y una sensación repentina y sobrecogedora de claustrofobia lo atenazaron. Las preguntas asediaban su agotado cerebro: ¿había hecho algo mal? ¿Se había saltado algún desvío? ¿Una puerta? ¿Un portal? El chico se hizo un ovillo, abrazándose las piernas contra el pecho, y empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás, con los ojos cerrados, obligándose a recuperar la calma.

Poco a poco, el ataque cedió. Michael se tumbó y, a pesar de hacerlo sobre un suelo de piedra, se quedó dormido prácticamente al instante.

3

Cuando se despertó, con todo el cuerpo tenso y dolorido, observó como se estrechaba el túnel y supo que debía seguir avanzando en esa dirección. En cada tramo del trayecto a lo largo de la montaña volcánica, había ido registrando el código en busca de vías alternativas por las que continuar, y, hasta ese momento, aquel había sido el único camino. A todas luces, la Senda estaba diseñada únicamente como viaje de ida. Y a esas alturas él no podía abandonar.

El hambre lo hacía retorcerse de dolor, lo debilitaba. Sin embargo, no era comparable a la sed, que le había dejado la garganta como algo que fuera resquebrajándose expuesto al sol del desierto.

Agua. Habría matado a cualquiera que se hubiera interpuesto entre él y un solo vaso de ese líquido.

Se levantó gimiendo, dándose impulso con las manos y las rodillas, y gateó por el rugoso suelo del túnel; solo alzó la vista para inspeccionar el camino que tenía por delante. Pronto tuvo que tumbarse boca abajo e ir arrastrándose con los brazos mientras se impulsaba apoyando los pies en el suelo, como si fuera un soldado que reptara por debajo de una alambrada en un campo de entrenamiento militar. Las paredes también iban estrechándose, y no pasó mucho tiempo antes de que le costara estirar los brazos lo suficiente para conseguir hacer palanca.

Y entonces se quedó atascado.

4

Pese a que había sentido claustrofobia antes, en ese momento el miedo era algo monstruoso que arrasaba su cerebro. Se revolcó, gritó a voz en cuello. Pero quedó tan calzado en el pasadizo que no lograba ni avanzar ni retroceder. Los ecos de sus gritos regresaban a él, y la piedra negra parecía aproximarse para dejarlo sin aire en los pulmones. Trató de cerrar los ojos y analizar el código, aunque su mente no se concentraba y tuvo que desistir.

Michael pataleaba y se retorcía, clavaba las uñas en la tierra.

Logró deslizarse unos centímetros hacia delante. Redobló sus esfuerzos, empujó con los dedos de los pies, tiró con los dedos de las manos, flexionó y estiró los músculos, y consiguió avanzar de nuevo. Y otra vez. Treinta centímetros, sesenta, noventa.

Una luz azul apareció ante él, como un pedazo de cielo. Habría jurado que no estaba ahí antes, ¿sería una salida? No había ni brisa ni rastro de vida, tampoco había nubes. Solo azul, un inexplicable agujero de color.

Volvió a gritar, preparándose para poner todo su empeño en llegar a ese lugar. Era un portal.

Tenía que ser un portal.

Gruñó, se retorció, clavó los dedos en la polvorienta roca y, centímetro a centímetro, logró moverse. El azul intenso se hallaba más cerca. A varios metros. A un par de centímetros.

Cuando lo alcanzó, sintió que estaba a punto de perder la cabeza. No le quedaba ni un solo pensamiento coherente, únicamente un deseo desesperado de alcanzar la pared de azul, sin importar qué le deparase.

Lanzó los brazos hacia delante para atravesar el portal y los vio desaparecer como si se hubieran sumergido en líquido. A continuación algo lo agarró por las manos desde el otro lado y tiró del resto de su anatomía por el portal. Su cuerpo voló hacia delante y abandonó el volcán para siempre.

5

Michael impactó contra un suelo metálico, y dejó la cara pegada sobre su dura y fría superficie. Una luz blanca y cegadora inundaba el nuevo espacio, bañando al chico con su luminosidad. Con un fuerte gemido, se impulsó para despegar el vientre del suelo y darse la vuelta, y entrecerró los ojos para averiguar dónde estaba. Se hallaba envuelto en un blanco prístino, a su alrededor no había nada más. No. A la derecha, había una sombra borrosa que hendía la luz, una forma humana.

—¿Dónde estoy? —preguntó Michael con la voz rota, sintiendo vergüenza por cómo sonaba al hablar.

La voz que le respondió era mecánica, robótica. Profunda y electrónica.

—Estás en una encrucijada de caminos, Michael. Has llegado al punto sin retorno.

Michael parpadeó, intentó enfocar la vista. El ser que estaba hablándole no era en absoluto humano; a pesar de su apariencia. Tenía cabeza, hombros, dos brazos y dos piernas. Sin embargo estaba hecho totalmente de metal plateado. No se veían ni puntos de unión ni remaches en la lisa superficie exterior. La cara no tenía ni ojos ni nariz ni boca. Solo una diminuta visera de color verde sin ninguna inscripción. El robot permaneció inmóvil frente a Michael.

El chico miró a su alrededor, al resto de la sala, pero estaba vacía, salvo por la luz blanca y cegadora. Se encontraba en una habitación desierta con un robot.

Con todo solo podía pensar en una cosa.

—¿Tienes algo de agua? —Se sentó sobre los talones y se quedó mirando a su extraño acompañante.

—Sí —respondió el ser con voz mecanizada—. Ahora tu cuerpo será recargado.

Un disco se separó del suelo delante de Michael y se hundió en las profundidades. El chico vio cómo resurgía con un plato de comida y un vaso grande encima, y se detenía justo a la altura de su pecho.

—Come —ordenó el robot, que seguía sin moverse—. Tienes cinco minutos hasta que suba la apuesta.

6

Michael se moría de sed y de hambre, tanto que no le importaba que el robot lo hubiera amenazado

de forma velada. Solo podía pensar en la comida que tenía delante. Un pedazo de carne, judías verdes y zanahorias. Una gran rebanada de pan. Un vaso de agua.

Michael atacó el plato. Primero se bebió de un trago la mitad del agua, disfrutando de una oleada de puro éxtasis mientras esta le humedecía la garganta. Luego cogió el filete con dos dedos y dio un tremendo mordisco. Comió un par de zanahorias y judías verdes mientras seguía masticando la carne. Volvió al filete. A las verduras. Otro sorbo de agua. Carne y verduras. Se atiborró.

Nada le había sabido tan delicioso jamás.

Cuando hubo devorado hasta el último bocado y hubo bebido hasta la última gota, Michael se limpió la boca con la manga y alzó la vista en dirección a la cara verde e inexpresiva del robot.

—He terminado. Gracias. —Aunque su estómago estaba pasándolo algo mal para digerir el repentino festín.

La criatura plateada retrocedió un par de pasos hasta apoyar la espalda en un rincón apartado de la sala. Al mismo tiempo, el disco que había servido de soporte a la comida de Michael descendió y desapareció en el suelo. Michael volvió a centrar su atención en el autómata.

Este volvió a hablar.

—Te encuentras en el punto sin retorno. La encrucijada. Hasta ahora tu muerte habría acabado con tu búsqueda de lo que se encuentra al final de la Senda, pero no tu vida real. Tus compañeros están de vuelta en sus hogares, sanos y salvos.

—Hum… —empezó Michael—. Me alegro de que estén a salvo. Pienso reunirme con ellos muy pronto.

El robot prosiguió como si no lo hubiera oído:

—Ya no tendrás el consuelo de saber que tu muerte no es el verdadero final. El resto de tu viaje, incluido el Desfiladero Consagrado, si es que accedes a su sagrado reino, supondrá que tu vida real estará en juego.

Michael sintió una punzada en las entrañas. ¿De qué estaba hablando esa cosa?

—Comenzar operación —dijo el robot. Dos palabras que hicieron que Michael se levantara de un salto, repentinamente lleno de energía, pero sin saber adónde ir.

Un ruidoso tamborileo llenó la sala, seguido por el sonido de alguna clase de maquinaria. Michael levantó la vista, horrorizado, y vio unos brazos metálicos que descendían desde el techo blanco, con los extremos equipados con varios instrumentos. Lo primero que llegó hasta él fueron unas garras con bisagras. Intentó correr, pero esas cosas eran demasiado rápidas. Dos garras los apresaron por los brazos, se cerraron y tiraron de él hacia arriba, elevándolo por los aires. Otras dos lo agarraron por las piernas y se las separaron para ponerlo derecho, pero con los brazos y piernas en cruz. Pese a que luchó para zafarse, las garras eran firmes, inamovibles.

Otros brazos se arremolinaron a su alrededor. Uno colocó una banda en torno al cuello de Michael, y otra, en la frente, con lo cual lo obligaron a agachar la cabeza y mantenerla inmóvil. Una banda más se deslizó sobre su pecho y se lo apretó con fuerza hasta casi hacerle daño. En cuestión de segundos, Michael se había visto elevado por los aires e inmovilizado.

—¿Qué estás haciéndome? —gritó el chico—. ¿Qué está ocurriendo?

El robot no respondió, no se movió. Michael cerró los ojos a toda prisa para examinar la programación, pero parecía como una lengua extranjera en un borrón de movimiento constante, del todo inaccesible. Se oyó un zumbido y el ruido de algún tipo de maquinaria que se activaba a su

derecha; aunque aguzó el oído, no podía volver la cabeza para ver qué estaba ocurriendo. Percibía algo a solo unos centímetros de distancia, aunque apenas distinguía ningún objeto con su visión periférica. Luego empezó a oírse el peor ruido de todos, como un taladro estridente que zumbaba con mayor rapidez a medida que se aceleraba.

—¿Qué estás haciendo? —volvió a gritar Michael.

Luego estalló un dolor en el interior de su cabeza. Chilló cuando algo se le clavó en la carne y le desgarró la piel. Se quedó sin aire en los pulmones e inspiró una bocanada, luego volvió a gritar.

El dolor era insoportable. De pronto el robot se situó delante de él una vez más, con la visera verde a unos centímetros de la cara del chico.

—Tu núcleo ha sido destruido —sentenció—. La muerte real te espera en caso de que fracases.

21

Dos puertas

1

Las garras que habían apretado con tanta fiereza el cuerpo de Michael para inmovilizarlo lo soltaron de forma brusca. El chico cayó al suelo, como un bulto tirado a peso, cuando los brazos metálicos se retiraron de nuevo al techo, entre el zumbido de maquinaria y el roce de piezas metálicas. En unos segundos, todo hubo terminado. La habitación quedó en silencio y, una vez más, Michael se encontró solo con el monstruo plateado.

Le dolía la cabeza. Alzó la mano con gesto mecánico para tocarse la herida y, cuando la retiró, vio que estaba cubierta de sangre. Se sentía como si alguien le hubiera clavado una espada afilada y le hubiera arrancado las tripas. Le habían extraído el núcleo.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó al robot. Solo Michael podía sacarse el núcleo. Por esa razón existían las contraseñas—. ¿Cómo conocías mi codificación?

—Ahora solo tienes una oportunidad. La muerte te aguarda. —La fría voz del robot puso la piel de gallina a Michael—. Kaine tiene formas de acceder a tu código que nadie más conoce.

—Pues dile a Kaine que voy a matarlo —replicó Michael, con una rabia que crecía como una ola en su pecho—. Voy a encontrarlo y a arrancarle hasta el último dígito de su código. Voy a arrojar por el váter hasta la última pizca de esa falsa inteligencia suya, y luego tiraré de la cadena para que se pierda en el olvido. Dile que he dicho eso.

—Esa orden es innecesaria —respondió la amenaza plateada—. Kaine lo oye todo.

2

Aquellas palabras apenas habían sido pronunciadas cuando la luminosidad de la sala se intensificó y lo cubrió todo de un blanco cegador. Michael cerró con fuerza los ojos y se los apretó con los puños. Se oía un murmullo constante que se convirtió primero en zumbido, y luego, en un agudo sonsonete vibratorio.

Vibraba dentro del cráneo de Michael, y la herida de la sien primero palpitaba del dolor. Notó que un nuevo hilillo de sangre iba calándole el pelo.

La luz y el sonido cobraron una intensidad insoportable, como paredes tangibles que lo presionaban por ambos lados, aplastándolo. Se formó un grito en sus pulmones, una súplica desesperada de que alguien lo salvara; ascendió por su garganta y acabó estallando en la boca, solo para verse acallada por la tormenta de ruido que reinaba en la habitación.

Luego todo quedó a oscuras y en silencio. No oía más que los sonidos de su respiración. El sudor le cubría la piel. El instinto le decía que permaneciera quieto, que mantuviera los ojos cerrados, que rezara para lo que fuera lo que le esperase a continuación desapareciera y lo dejara en paz. Que le hubieran arrancado el núcleo —descodificado por medios de monstruosa ilegalidad— lo aterrorizaba

más de lo que hubiera creído posible.

No quería morir. Hasta que se encontró con el robot, había estado asustado, pero al menos sabía que la muerte supondría regresar al despertar para salir del ataúd y desplomarse en la cama. Las únicas lesiones permanentes habrían sido psicológicas, algo que un buen psicólogo habría podido curar en un par de sesiones de terapia. Por otro lado, podría negociar con la SRV llegado el caso.

Ahora, sin embargo, todo era real. Sin el núcleo —sin esa barrera de seguridad y su vínculo con el ataúd—, su cerebro dejaría de funcionar una vez en casa, cuando muriera. Era parte del sistema, un elemento tan esencial del organismo como un corazón palpitante. De no haber sido así, la infraestructura de la Red Virtual jamás habría funcionado como lo hacía; no habría sido tan similar a la vida real. La barrera del núcleo era vital para la programación.

Y el suyo ya no existía.

Michael no quería mirar. Si hubiera tenido una manta, se habría tapado la cabeza con ella y habría llorado como un bebé.

Se quedó tumbado durante varios minutos antes de percibir una luz roja parpadeante. Poco a poco, abrió los ojos y vio que había un cartel de neón que colgaba por encima de una sencilla puerta de madera, bañada por la luz de las letras rojas.

El cartel rezaba: DESFILADERO CONSAGRADO.

3

Estuvo a punto de levantarse de un salto, aunque le pudo la precaución. Hasta ese momento, había permanecido tumbado de lado, hecho prácticamente un ovillo, pero estiró con cuidado las piernas y se movió hasta quedar boca abajo. Analizó detenidamente la zona, en busca de algo que pudiera tener la intención de dañarle. Sin embargo, estaba todo oscuro, salvo por otro cartel de neón que colgaba sobre otra puerta parecida a la primera en el lado opuesto.

Este tenía letras verdes, también parpadeantes, y rezaba: SAL DE LA SENDA.

Michael se sentó, juntó las piernas y se las abrazó. Esos dos carteles y las puertas situadas bajo ellos eran lo único que podía ver, en todo el lugar. No había ninguna pared ni techo discernibles, e incluso el suelo parecía parte de un espacio vacío, como si estuviera flotando.

«Desfiladero Consagrado».

«Sal de la Senda».

Dos opciones. Se puso en pie sin dejar de sopesarlas, mirando los carteles de forma alternativa. Después de todo lo ocurrido, ahí estaba; tal vez en el umbral del lugar que había estado buscando. Al que le habían ordenado ir. La oportunidad de completar una misión con tal de impedir algo que la SRV consideraba una amenaza para el mundo entero. Tenían a Michael localizado y, si cruzaba la puerta hacia el Desfiladero Consagrado y encontraba a Kaine, los agentes de la SRV irrumpirían en el lugar para salvarlo.

Algo le daba mala espina, hacía rato que lo hacía. Sabía que no se lo habían contado todo. La Senda no era como un cortafuegos. Tenía la abrumadora sensación de que estaba haciendo exactamente lo que Kaine quería, que no tenía nada que ver con la SRV, y que abrir la puerta del Desfiladero no sería más que el último paso hacia… ¿Qué? No tenía ni idea.

Además ahora su vida se hallaba en juego.

Bryson había vuelto a casa. Sarah había vuelto a casa. La familia de Michael…

Su familia. Su madre y su padre. Helga. Los había olvidado. ¿Qué les habría ocurrido? ¿Cómo iba a seguir si no sabía qué había en juego?

Sin embargo, algo se afianzó en su interior. ¿Cómo iba a dar media vuelta a esas alturas? Su familia había sido amenazada. Sus mejores amigos, también. Y él había prometido algo a Sarah. Por no hablar del compromiso de detener a un tangente fuera de control.

Estaban ofreciéndole su última oportunidad. Y escogió la única alternativa.

Con más confianza que en cualquier otro momento, caminó con fuerza y decisión hacia la puerta con el cartel de DESFILADERO CONSAGRADO. La abrió y la cruzó.

22

Entrada por la letrina

1

El espacio que había al otro lado de la puerta era negro como boca de lobo y estaba en absoluto silencio. No se oía sonido alguno, ni el soplo de la brisa, nada. Solo reinaba una oscuridad total. Pero Michael no vaciló. Cerró la puerta al entrar.

La atmósfera cambió al instante, como si le hubieran robado los sentidos y en ese momento los recuperara. Una corriente de aire trajo consigo algo granuloso como la arena que se le metió en los ojos. Percibió una calidez que pronto se convirtió en calor. Mientras se frotaba los ojos con la manga, percibió un brillo y, cuando volvió a mirar, se le cortó la respiración.

Se hallaba en medio del desierto.

La puerta había desaparecido, y enormes y doradas dunas de arena se extendían en todas las direcciones, con el contorno de sus crestas definido sobre un fondo de despejado cielo azul, tan perfecto que parecía imposible. Masas nebulosas de arena ascendían elevadas por la corriente hasta la atmósfera abrasadora, como la estela humeante de una de esas viejas locomotoras del Oeste. El terreno era yermo hasta límites insospechados, no había ni un árbol ni un arbusto a la vista, ni un solo brote verde en el horizonte. No se veía más que arena en kilómetros a la redonda.

Salvo por una cosa.

Cerca de allí se avistaba una pequeña edificación destartalada del tamaño de un armario, construida con madera combada gris y clavos oxidados, que asomaban por las paredes laterales. Había una puerta que colgaba de las bisagras rotas, emitiendo gañidos con el movimiento provocado por el fuerte viento. La lúgubre estructura no podría haber parecido más fuera de lugar, puesto que no había nada más, en ninguna dirección, hasta donde alcanzaba la vista.

Michael se dirigió hacia la puerta, sintiendo cierto arrepentimiento por no haber escogido irse a casa.

2

El sol caía a plomo sobre Michael mientras avanzaba por la arena, a duras penas, hacia la pequeña edificación. Sus pensamientos eran funestos, aunque hizo todo lo posible por dejar la mente en blanco; había tomado una decisión y ya solo podía acatarla. Además algo le decía que ya casi había terminado. Solo esperaba que no incluyera su defunción.

Iba resbalándole el sudor por la cara, y el sol abrasador le quemaba el cuello. Le daba la sensación de que iba a prendérsele el pelo en cualquier momento y tenía la camiseta como recién sacada de la secadora. Se acercó a la pequeña edificación con la esperanza de que hubiera algo más que un cubo entre sus destartaladas paredes. Que albergara algunas respuestas.

Estaba levantando una mano para abrir la puerta cuando un hombre habló detrás de él.

—Yo que tú no haría eso.

Michael se volvió de golpe y vio a alguien vestido con una especie de mantón; una enorme tela harapienta que le envolvía el cuerpo de los pies a la cabeza. Sus ojos quedaban ocultos tras un par de gafas de sol.

—¿Disculpe? —dijo Michael. «¿Será este Kaine?», se preguntó.

—Te concedo que hace viento sobre las dunas —contestó el hombre, y las palabras se oyeron amortiguadas a través del tejido—. Pero ya me has oído, y me has oído bien.

Michael así lo había hecho, sin duda.

—¿Cree que no debo entrar en esta construcción? ¿Por qué no?

—Por muchas razones. Pero te diré algo: cruza esa puerta y tu vida no volverá a ser la misma jamás.

Michael se quedó pensando en cómo contestar.

—Bueno… ¿Y eso no podría ser algo bueno?

—Todo es relativo. —El hombre no movía ni un músculo al hablar—. Un cuchillo supone una bendición para el hombre atado con cuerdas, pero la muerte para uno encadenado.

—Muy profundo. —Michael se preguntó si el tipo sería un tangente enviado para jugar con él.

—Tómatelo como quieras.

—En cualquier caso, ¿de dónde sale usted?

—Estás en la Red Virtual, ¿verdad? —preguntó el hombre, que seguía sin moverse—. Yo salgo de donde salí.

—Solo dígame por qué no debería cruzar esa puerta.

El hombre no respondió, y el viento arreció con más fuerza. Una lluvia de arena golpeó a Michael en la cara y le entró en la boca. Escupió y tosió, se limpió la arenilla. Luego repitió la pregunta. Esta vez el hombre respondió y sus palabras hicieron estremecer al chico.

—Porque si no lo haces, tus jaquecas pararán.

3

Entonces fue Michael quien se quedó callado. Permaneció de pie, paralizado, mientras miraba al hombre sin rostro. Nada le parecía mejor que conseguir que cesaran sus jaquecas.

—No cruces esa puerta —le indicó el desconocido—. Acompáñame hasta una tierra donde la ignorancia será tu mayor bendición.

Michael por fin logró hablar.

—¿Cómo?

El hombre negó con la cabeza. Era la primera vez que se movía lo suficiente para que Michael lo percibiera.

—Ya no puedo decir nada más. Ya he dicho demasiado. Pero las promesas que te hago son reales; ven conmigo y deja a Kaine en paz, olvida la Doctrina de la Mortalidad. Pasarás el resto de tus días en un lugar de pura felicidad e ignorante dicha. Toma una decisión.

Michael estaba fascinado con el desconocido.

—¿Qué es la Doctrina de la Mortalidad? —preguntó. Luego hizo un gesto con el pulgar hacia atrás—. ¿Y qué pasa si entro?

Formuló la pregunta porque de pronto sintió la urgente necesidad de seguir el consejo de aquel tipo, de seguirlo a él. La Senda se lo había arrebatado todo, le había dejado el corazón vacío. Y, en cierta forma, sabía que las promesas que acababa de hacerle el hombre eran reales. Lo que estaba ocurriendo escapaba a la comprensión de Michael. Podía acompañar a ese tipo y no conocer jamás la verdad, vivir una vida de feliz ignorancia.

Sin embargo, había un punto negro, como una mancha de petróleo sobre un lago, por lo demás cristalino. Era resbaladiza, oleaginosa y desagradable, y no podía ignorarla.

—No más preguntas —replicó el hombre—. Ven conmigo, Michael. Vamos. Lo único que tienes que hacer es decirlo, y desapareceremos de este desierto para ir al lugar que yo llamo hogar. Dilo.

Michael deseaba ir. Con toda su alma. Quería ir con aquel hombre y no averiguar la verdad. ¿La verdad sobre qué? ¿Quién sabía? Quería seguir al hombre y no saber jamás lo que, al parecer, Kaine estaba decidido a que supiera.

Pero no podía hacerlo. Algo le decía que era una decisión que no lo llevaría de regreso con sus amigos y su familia.

—Lo siento, tío —dijo por fin—. Voy a entrar en la letrina.

El desconocido no discutió cuando Michael le volvió la espalda. El viento agitaba su ropa, la arena le azotaba la piel y el miedo a arrepentirse lo obsesionaba cuando alargó la mano y agarró el pomo de la puerta. La abrió y entró en una edificación fría, húmeda y apestosa.

4

Se oyó un golpe seco y amortiguado cuando cerró la puerta, y todo quedó a oscuras. Michael sabía que había entrado en un portal; que el espacio que rodeaba la pequeña edificación, el desierto, había desaparecido; que su ser había sido transportado. Afloró la inseguridad en su interior mientras esperaba que volviese a hacerse la luz. Cuando esto ocurrió, la atmósfera se tornó cálida y reconfortante.

Se encontraba en el interior de un vestíbulo de piedra con techos bajos y antorchas ardiendo dentro de arbotantes colgados de las paredes. Raídos tapices decoraban el recorrido; representaban escenas de batallas medievales que le recordaban a los juegos a los que jugaba antes. Miró a derecha e izquierda, preguntándose por dónde ir. Ambas direcciones parecían iguales, y estaba a punto de lanzar una moneda para decidirse, cuando oyó el leve murmullo de unas voces procedentes de su izquierda. Como los susurros de los muertos en los antiguos salones. Una rápida ojeada al código no le reveló nada.

Michael decidió seguir los sonidos.

Se mantuvo entre las sombras mientras avanzaba; pegado a las paredes del vestíbulo, siguiendo sus curvas. A medida que caminaba, las voces iban aumentando de volumen, y había una en particular que parecía más potente que las demás. Tenía algo terriblemente familiar, y no en el sentido positivo. Le dio la sensación de estar adentrándose en una pesadilla recurrente durante años.

Era Kaine. A Michael no le cabía ninguna duda. Jamás olvidaría esa voz.

No lograba entender con claridad las palabras del tangente; reverberaban por el pasillo de piedra y se confundían con las que los demás trataban de pronunciar. Sonaba como algún tipo de reunión.

El corredor fue iluminándose de forma gradual, y Michael empezó a ir más despacio, pegado a la

pared y avanzando palmo a palmo. Más adelante el pasillo doblaba a la derecha; tomó la curva con precaución y vio que llegaba a un balcón. Este daba a un espacio bañado por la luz. La voz de Kaine resonaba desde abajo, y Michael sintió que le corría aceite hirviendo por las venas.

«Ya está». Cayó en la cuenta. Había llegado al final. Las cosas estaban a punto de cambiar.

Se puso de rodillas y gateó hasta el balcón para fisgar por la barandilla.

Un hombre viejo y jorobado se encontraba de pie sobre una especie de púlpito improvisado. Se había quedado en silencio durante un instante, por lo visto, para escuchar a su público. Había unos treinta hombres y mujeres sentados en bancos semicirculares mirando al orador, la mayoría de los cuales se revolvían en sus asientos, como si estuvieran en desacuerdo con lo dicho o se sintieran incómodos con las palabras del hombre. Este llevaba una túnica verde y una pequeña espada en el cinto. A Michael le resultaba imposible creer que el tangente que estaba aterrorizando a la Red Virtual fuera aquel viejo mustio apostado frente a la multitud. Aunque no le cupo la menor duda cuando volvió a oír su voz.

Era Kaine.

Y no cabía duda de que el tangente sabía que Michael había llegado.

Kaine alzó una frágil mano, y todos los presentes guardaron silencio. El único sonido que se oía era el crepitar del fuego que ardía en la enorme chimenea. Michael se quedó sin respiración, y estuvo a punto de toser para recuperar el aliento.

Kaine volvió a hablar.

—El poder que hay en esta sala es indescriptible; habría sido inimaginable hace tan solo un par de años. No podemos desaprovechar lo que hemos construido, en lo que nos hemos convertido. En independientes. Conscientes. —Hizo una pausa—. Ha llegado la hora de que gobernemos nosotros.

El grupo de tangentes lo ovacionó sin demasiado entusiasmo. Michael deseó analizarlos, pero no podía apartar la vista de la figura que estaba al frente de la sala. A quien le habían encomendado localizar.

Cuando el público volvió a quedarse en silencio, Kaine habló, casi en un susurro.

—Estamos listos para convertirnos en humanos.

23

Reunión de mentes

1

Michael estaba aterrado.

La agente Weber y los demás en ningún momento le habían contado cómo, ni cuándo, iban a seguir su localizador e irrumpir en el programa. Sintiéndose profundamente indefenso, se pegó cuanto pudo a la barandilla y continuó observando todo lo que ocurría debajo. Horrorizado, advirtió que el hombre —no, el tangente— estaba mirándolo directamente.

Michael estuvo a punto de dar media vuelta y salir corriendo cuando la voz atronadora de Kaine lo hizo detenerse, antes de que pudiera realizar cualquier movimiento.

—¡Michael!

Fue como una orden; esa única palabra lo dejó paralizado.

—He estado esperando —añadió Kaine señalando hacia arriba, en dirección al chico, con un dedo doblado—. Pacientemente. A ti. Hay cosas que tienes que saber, jovencito. Estos amigos míos son todos testigos.

«¿Dónde está la SRV? —se preguntó Michael—. ¿Dónde están?». No tenía ni la más mínima idea de qué responder al tangente, de modo que permaneció callado.

—La Doctrina de la Mortalidad —prosiguió Kaine—. Su hora ha llegado, Michael. Cada uno de nosotros ha escogido un humano al que usar. Y pronto estaremos listos para aplicar la doctrina. En realidad es bastante simple. Los tangentes también merecen una vida. Y aquí es donde empieza. Hemos preparado los recipientes, los cuerpos están listos y esperando, los cerebros vacíos y preparados para ser recargados con una nueva vida. Una vida mejor. Y así, al subir la inteligencia tangente a los cuerpos humanos, iniciaremos la siguiente fase de la evolución.

Michael se mareaba. ¿Subir el programa de los tangentes a los humanos? Le fallaba el pulso.

—Y tú eres más importante en todo esto de lo que jamás podrías haber imaginado —anunció Kaine. Sonrió y dejó a la vista unos dientes torcidos y amarillentos.

En ese momento, el dolor estalló en el cráneo de Michael.

El chico gritó al tiempo que se desplomaba. El mundo era una agonía.

En algún punto al borde de perder el sentido, oyó la gélida voz de Kaine, que se elevó como un glaciar que se resquebrajaba.

—Traédmelo.

2

Michael se negaba a abrir los ojos hasta que hubiera terminado, se negaba a ser testigo de las terribles visiones que acompañaban a los ataques.

Oyó pisadas, botas sobre piedra. Gritos. Ecos. El sonsonete metálico.

Con todo la sensación agónica seguía creciendo en su cabeza. Unas manos lo agarraron por los brazos y tiraron de él para ponerlo de pie. Una nueva oleada de dolor barrió su cabeza, descendió por su cuello y le atravesó el cuerpo. Era incapaz de tenerse en pie, sentía que lo llevaban a rastras por el suelo.

Sin embargo, siguió con los ojos fuertemente cerrados, y el dolor no cedió.

A lo largo del gran vestíbulo, con el tembloroso resplandor de las antorchas sobre sus párpados, Michael fue consciente de que estaba gimoteando, notaba las lágrimas en las mejillas, pero no le importaba. No le importaba siquiera que lo hubieran descubierto, que lo estuvieran trasladando. No había cabida para ningún sentimiento que no fuera el dolor.

Entonces este paró —de forma tan repentina como antes—, y una conciencia súbita del peligro que corría en ese momento estalló en su interior.

Se le abrieron los ojos de golpe.

Dos hombres —ataviados con cota de malla y el pelo enmarañado— lo llevaban a rastras, y otros dos de aspecto similar marchaban por delante. Se aproximaron a una imponente puerta de madera con molduras de acero y antorchas a ambos lados, que lamían el aire con sus llamas.

Uno de los hombres se adelantó y tiró del pomo, y la puerta se abrió de golpe. El chirrido de las bisagras atravesó la atmósfera. Michael sabía que no podía permitir que lo llevaran al otro lado. Debía reaccionar, salvarse de algún modo. No le quedaba tiempo para esperar a la SRV.

Contó mentalmente hasta tres y usó todas sus fuerzas para revolverse y zafarse de los dos hombres. Se tiró al suelo y empezó a rodar para alejarse antes de que sus captores pudieran reaccionar. Pasó deslizándose por su lado, se levantó de un salto y salió corriendo. Tenía que haber una puerta o alguna salida que no hubiera visto antes. Los gritos y ruidos de la persecución de los soldados —el roce del cuero, el traqueteo del metal y las fuertes pisadas— se iban intensificando a sus espaldas.

Michael corría a toda velocidad, buscando, en la distancia, cualquier vía de escape. Decidió que, si no lo lograba, volvería al balcón y saltaría a la galería; no había mucha distancia hasta el suelo, y podía amortiguar la caída aterrizando sobre el público de Kaine.

Dobló una esquina, y entonces se produjo una explosión repentina en el edificio, que lo lanzó despatarrado al suelo adoquinado, donde derrapó con la barbilla y los codos. Fragmentos de las paredes y el techo de piedra se desplomaron a su alrededor; el aire estaba cargado de polvo y sofocaba la atmósfera. Michael tosió e intentó levantarse. Algo captó su atención a unos metros de distancia, donde había aparecido un enorme agujero en la pared.

Una mujer lo atravesó, vestida con uniforme azul marino y la cara cubierta con un casco oscuro y reflectante. Entre los brazos sostenía un arma que parecía sacada directamente de un juego de ciencia ficción: era brillante, lustrosa, con gatillo y cañón corto. Miró a Michael —o al menos él creyó que lo hacía—, luego pasó por encima de un fragmento de pared y apuntó a algo que se encontraba detrás del chico.

Michael se volvió justo a tiempo de ver un brillante destello azul, y un arco de luz impactó contra los soldados que lo habían perseguido. Sus cuerpos estallaron envueltos en llamas y se desintegraron.

En ese momento, la mujer estaba arrodillándose junto a él, hablándole.

—Gracias por guiarnos, chico. A partir de aquí, nos encargamos nosotros. Ahora vete.

Michael no perdió ni un segundo en discutir. No cabía duda de que la mujer era de la SRV.

Se levantó como pudo y corrió hacia el agujero de la pared. Se oían explosiones a lo lejos, entremezcladas con graves ruidos sordos, gritos y el zumbido eléctrico de las armas láser al disparar. El polvo hacía que el aire resultara asfixiante.

Michael saltó por encima de una pila de piedras, cruzó una nube de escombros y apareció en otro vestíbulo. Por puro capricho, giró a la izquierda. Todo el castillo se estremeció, lo cual lo propulsó en dirección a la pared para acabar lanzándolo contra el suelo.

El chico se levantó y continuó avanzando. Apareció un pasillo a la derecha y lo siguió descendiendo por la pendiente, que describía un círculo. Un grupo de soldados se aproximaba cargando hacia él desde la dirección contraria, y se tiró de cabeza al suelo, donde se arrastró para esconderse detrás de una pila de escombros. Los hombres, sin embargo, pasaron corriendo por allí, seguidos por un grupo de agentes de la SRV con las armas en ristre. Estos últimos dispararon rayos láser que incineraron a varios soldados. Nadie pareció percatarse de la presencia de Michael.

El chico se levantó de nuevo, tosiendo por el polvo y echó a correr.

El pasillo se ensanchaba y daba paso a una gran cámara, en cuyo centro crepitaba una hoguera; armaduras, espadas y hachas de guerra cubrían las paredes. Michael vio una salida al fondo de la sala y se encaminó hacia ella. A mitad de camino, el suelo se tambaleó bajo sus pies y lo arrojó hacia delante. Todo el edificio pareció estallar por los aires de súbito, y Michael cayó boca abajo, y llovieron enormes fragmentos de piedra que se desplomaban sobre el suelo a su alrededor; uno se desintegró junto a su cabeza. El chico se dio la vuelta para ponerse boca arriba, vio otro fragmento que estaba cayéndole sobre la cara y se alejó rodando justo a tiempo. Y entonces el mundo entero se vino abajo.

Michael se arrastró hacia delante impulsándose con las manos y las rodillas al tiempo que trataba de esquivar las piedras que le llovían. Estas iban explotando al impactar contra el suelo, le cortaban la cara y le llenaban los pulmones de polvo, pero él siguió avanzando. Llegó a la salida, volvió a ponerse de pie y se lanzó a la carrera por otro largo pasillo. Esa estructura era más estable, pero el polvo caía desde arriba mientras las explosiones continuaban. Rugidos atronadores en la distancia. Se topó con otro grupo de soldados a la fuga y pegó la espalda a la pared para verlos pasar. Ellos también lo vieron, pero no se detuvieron.

Quince metros más allá, pasó por delante de unos agentes de la SRV. Uno de ellos le hizo un gesto de asentimiento cuando lo adelantaron corriendo. Michael no entendía por qué nadie lo detenía. Era como si la gente de Kaine quisiera verlo muerto y la SRV quisiera proteger al chico que les había facilitado el acceso. Pero todos parecían ignorarlo.

Continuó avanzando, siguiendo el camino descendente. A la izquierda, a la derecha, salón tras salón, corriendo. Explosiones y gritos. Soldados y agentes. Una lluvia de polvo y piedras desplomadas. Disparos de láseres cegadores y chillidos. El olor a ozono y a carne quemada. De algún modo, Michael logró escabullirse y dejar atrás todo aquello, sin que nadie lo detuviera ni lo atacara. Cruzó un pasillo más y descendió una escalinata señorial que conducía hasta otra cavernosa sala. Bajó los peldaños de tres en tres, saltó hasta la planta baja, aterrizó sobre el suelo y corrió hacia un arco enorme con dos grandes portones de madera abiertos, que dejaban a la vista la oscuridad que

había tras ellos.

En todo el perímetro de la gigantesca cámara había soldados luchando contra agentes; Kaine había programado para sus secuaces armas a la altura de las de los intrusos. Haces de luz blanca y finas flechas luminosas surcaban el aire, impactaban contra las paredes y desintegraban los cuerpos. Alaridos de dolor y rugidos de batalla. Michael pasó a toda velocidad a través de todo ello sin dejar de fijarse por dónde ir, agacharse, rodar por el suelo, levantarse de un salto, esquivar obstáculos.

Llegó al enorme arco de la salida y corrió hacia la noche.

4

La luna proyectaba su resplandor desde el cielo y se reflejaba en los cascos de los incontables agentes de la SRV. Estaban alineados como piezas de ajedrez, listos para unirse al ataque contra los muros del castillo que se elevaban por detrás de Michael. Los agentes se dividieron cuando él se acercó y abrieron un pasillo para dejarlo pasar. Había algo extraño en toda esa situación, algo que no encajaba. Todos esos agentes en el exterior mientras la contienda se recrudecía en el interior. Kaine y sus seguidores de inteligencia artificial, poderosas entidades en el sueño, se habían visto sorprendidos con la llegada de esos hombres.

No tenía sentido. Kaine parecía demasiado evolucionado para permitir que aquello ocurriera. Pero Michael no sabía cómo interpretarlo.

Siguió corriendo, dejándolos a todos atrás, por un claro hacia un bosque de altos árboles que crecían en dirección a las estrellas. Solo deseaba encontrar un lugar donde esconderse. Se dejaría caer a los pies de un imponente roble, para poder pensar. Descansar y pensar, discernir qué ocurría.

Se detuvo en la linde del bosque, se volvió para observar con detenimiento el asedio al castillo. Rayos láser impactaban contra los muros de la gigantesca estructura de piedra. Las llamas crecían y los cuerpos caían. Los agentes no paraban de entrar en masa, como una exhalación, pero seguía habiendo algo que no encajaba.

Michael contuvo la respiración, dio la espalda al caos y se adentró en el bosque, reptando por el suelo hasta que encontró el gran árbol que esperaba localizar: un grueso tronco unas cinco o seis veces más ancho que su cuerpo. Se ocultó del castillo tras el tronco y se desplomó en el suelo. Cerró los ojos.

El más puro agotamiento se apoderó de él y se quedó dormido.

5

No había forma de saber cuánto tiempo había transcurrido. Veinte minutos, una hora, tal vez dos. Soñó cosas tan estrambóticas que su mente no lograba asimilarlas. Estaba sumido en una bruma de delirios por la locura que había presenciado durante el transcurso de solo un par de días.

Se despertó de pronto.

Alguien lo agarró por el cuello de la camisa y tiró de él hacia arriba con tanta fuerza que el cuerpo de Michael quedó suspendido en el aire. Luego lo arrastró por encima de las agujas de pino que cubrían el manto del bosque. El chico pataleó en un intento de poner los pies en el suelo,

retorciéndose para liberarse. Pero no le sirvió de nada.

Pasaron junto a incontables árboles, y su captor no mostraba intención alguna de frenar. Michael se entregó; no tenía sentido luchar, se limitó a esperar a que todo acabara.

6

Le daba la sensación de que, como mínimo, lo habían arrastrado a lo largo de un kilómetro y medio. Pese a que tenía el cuerpo dolorido, cerró los ojos y esperó que terminase pronto.

Al final la persona lo arrojó al suelo sin previo aviso. Michael se hizo un ovillo, inspiró con fuerza y tosió al expirar. Volvió a oírse el chirrido de una puerta que se abría, pisadas sobre el suelo de madera, murmullos de conversación que Michael no lograba distinguir. Se volvió para mirar al lugar de donde procedían las voces y vio una pequeña cabaña de piedra con un hombre enorme apostado en el porche, de espaldas a él.

El individuo se giró hacia Michael, con la cara oculta por las sombras, y se acercó pisando con fuerza hacia donde él yacía. Antes de que el chico pudiera pronunciar palabra, el hombre tiró de él para ponerlo en pie y llevarlo en dirección a la cabaña. Llegaron a la puerta, y su captor lo empujó para que entrara, de forma que el chico tropezó y cayó al suelo. Apenas había aterrizado cuando el hombre lo cogió por la espalda de la camisa para levantarlo de nuevo, luego lo lanzó sobre una silla que estaba colocada frente a un rugiente fuego en un hogar de ladrillo.

Michael estaba aterrorizado, era incapaz de tener ni una sola idea racional. Pero sus ojos localizaron de inmediato otra silla delante del fuego. Había un viejo sentado en ella, con las piernas y los brazos cruzados. Con una sonrisa en la cara arrugada, una mirada de furia que no cuadraba con ella.

Era Kaine.

—Lo has logrado, Michael —sentenció el tangente—. No puedo creer que de verdad lo hayas logrado.

24

Merecedor

1

Michael no respondió. No podía. Su mente intentaba unir todos los hilos de lo que había experimentado en la Senda para urdir un entramado que tuviera sentido, pero no lo conseguía. Le dolía el cuerpo tras haber sido arrastrado por el bosque, y la breve siesta que había dormido no había contribuido a librarlo del agotamiento. Lo único que pudo hacer fue quedarse mirando la ajada silueta de Kaine, preguntarse de qué estaría hablando y esperar a que él se lo explicara.

Le hizo falta hasta el último ápice de voluntad, pero Michael logró mantener la mirada clavada en el tangente.

—No tienes ni idea de la magnitud que tiene en lo que has estado implicado —dijo Kaine—. Todo ha sido ideado para traer a tus semejantes hasta aquí. Tú has sido uno de los muchos elegidos, pero el primero en conseguirlo. En cada paso del camino has sido analizado. Tu inteligencia, tu sabiduría, tu valentía. Todo puesto a prueba.

Michael por fin logró hablar.

—¿Para qué? ¿Me han utilizado para acceder a más programas?

—No. —Kaine se rio, fue una breve risa de satisfacción que pareció relajar la tensión que Michael sentía en la espalda—. He puesto a prueba mucho más, mucho más que tus habilidades para hackear. Eso te llevará muy lejos en la vida. No comprenderás la magnitud de lo que he visto en acción hasta que no lo experimentes por ti mismo. Es imposible explicarlo solo con palabras.

Resultaba raro, pero Michael tenía la sensación de que Kaine estaba hablándole, prácticamente, de igual a igual. Aunque había imaginado que sería un loco —y la Senda no había hecho más que confirmarlo—, ese hombre parecía muy cuerdo. Incluso respetable.

—La SRV está aquí. Se acabó.

Kaine sacudió la cabeza.

—Ojalá lo entendieras, Michael.

El chico abrió la boca para hablar, pero fue acallado por una palabra del adulto.

—¡Silencio! —espetó Kaine y se inclinó hacia delante con la velocidad del rayo.

Estaba tan cerca de la cara de Michael que no había nada más en su campo de visión: esa mirada furibunda. Fue un repentino recordatorio de lo que representaba ese hombre. Supuestamente lo más peligroso que hubiera azotado jamás la Red Virtual.

Kaine volvió a sentarse en su silla, de nuevo tranquilo.

—Hay cosas en juego que no entiendes. Todavía no.

—¿Cuál es la finalidad de todo esto? —preguntó Michael con reparo—. ¿Por qué estaban poniéndome a prueba?

—Estás a punto de averiguarlo —repuso Kaine—. Y luego, con tu… impresionante valentía, inteligencia y todas las habilidades para acceder al código, vas a ayudarme a aplastar al mundo con mi

puño.

2

—¿Que te ayude a hacer qué? —preguntó Michael—. ¿De verdad crees que te ayudaría?

Kaine asintió como si tal cosa, como si la pregunta fuera una tontería.

—Desde luego. Ya lo has hecho al llegar hasta aquí. No tienes alternativa.

—¡He venido a detenerte! —Michael estaba gritando—. ¡Para traer a la SRV hasta ti!

Kaine parecía entretenido, en cualquier caso, si bien no respondió. Su silencio resultaba exasperante, lo único que oía Michael era el crepitar del fuego, y eso lo enfurecía todavía más.

—¿Qué ocurre? —gritó Michael y se levantó—. ¡Dime qué está ocurriendo!

La sonrisa del tangente parecía cincelada en su rostro.

—Ya te lo he dicho, no hay forma de que lo entiendas hasta que no lo experimentes por ti mismo. Que es lo que está a punto de ocurrir, muy pronto. No hay nada que puedas hacer para evitarlo, Michael.

—Podría hackear tu código para acceder a él —replicó Michael—. Podría hacerlo. Podría bloquearlo. Detenerte para siempre.

—Sigues demostrando por qué te he considerado valioso, chico. De hecho, eres el candidato perfecto. ¿Te gustaría saber algo más?

Michael echaba humo; se negó a responder.

Kaine encogió sus enclenques hombros y siguió hablando.

—Tus padres, Michael, han… desaparecido. Los he borrado del mapa. No volverás a verlos jamás. He hecho lo mismo con tu pobre, pobre Helga. Ya no están, Michael.

Al chico le temblaban las manos, le hervía la sangre, le zumbaban los oídos.

Kaine sonrió tan abiertamente que se le vieron los dientes.

—Están todos muertos.

3

Michael se había sentido como si le tirasen por dentro con un alambre, tensándolo hasta el punto de ruptura. Las últimas palabras de Kaine lo habían roto.

Salió disparado hacia delante y agarró al tangente por la camisa, lo levantó de la silla de un tirón y lo lanzó al suelo. La silla cayó hacia atrás, impactó contra la chimenea de piedra y acabó en el fuego, lo que lanzó chispas y ceniza en todas las direcciones. Kaine estaba boca arriba, mirando a Michael con aquella amplia sonrisa todavía congelada en el rostro. Entonces el chico se dio cuenta de que el tangente estaba agitándose. Estaba riéndose de él.

Michael estalló de rabia.

Saltó sobre el pecho de Kaine y lo aplastó contra el suelo. El tangente, sin embargo, no paraba de reír. Michael levantó un puño hacia atrás, pero lo dejó inmóvil; no podía hacerlo. No podía pegar a alguien con un aspecto tan avejentado y frágil, sin importar que fuera un ser simulado por ordenador.

Kaine le sostuvo la mirada, sonriendo, dejando a la vista su amarillenta dentadura.

—Me gusta tu espíritu —dijo—. Me encanta que no pares de demostrar que tengo razón.

Fuera cual fuese el espíritu al que se refería abandonó por completo a Michael. El chico se despegó del cuerpo del tangente y se incorporó, respirando de forma entrecortada mientras lo miraba con odio. Kaine se colocó las manos detrás de la cabeza y cruzó un tobillo por encima del otro, como si estuviera tumbado tranquilamente en el suelo, contemplando las estrellas.

—Esto no tiene sentido —repuso Michael—. Dejaré que la SRV se encargue de ti. Y, si no lo hacen, ya pensaré en otra cosa. He terminado.

Se giró y se dirigió hacia la puerta.

—¡No paras de confirmar lo que digo, una y otra vez! —gritó el hombre a sus espaldas—. Demasiado inteligente, demasiado centrado para permitir que la rabia te controle algo más que un instante. Adelante, Michael. Sal ahí fuera y representa tu nuevo papel en el mundo. Pronto lo entenderás.

El chico no quiso volverse. Cruzó la puerta y la cerró de un portazo tras de sí.

4

Lo primero que pensó Michael fue que tenía que encontrar a un agente de la SRV y pedirle que lo ayudara a regresar al Despertar. Deambular por el bosque buscando un portal —y arriesgarse a Dios sabía qué— no parecía muy buena idea. Tenía que dirigirse hacia el castillo y desear que los buenos hubieran ganado.

El camino que partía desde la cabaña era fácil de recorrer incluso en la oscuridad. Lograría avanzar por él aunque fuese a tientas. Mientras recorría la vía, se preguntó si Kaine iba a seguirlo, si iba a intentar dañarlo de algún modo.

La SRV. Era la única salida de Michael.

Echó a correr.

5

A medida que Michael se acercaba a la linde del bosque, empezó a oír los sonidos de la batalla, y la luz de los incendios que tenía por delante comenzó a alumbrarle el camino. Sin embargo, cuanto más se acercaba, más se oscurecían sus pensamientos. Había albergado la esperanza de que la SRV hubiera ganado con facilidad; al marcharse, parecía que la batalla seguía ese curso. Pero las tornas podían haber cambiado, si todavía continuaba la contienda.

Al final consiguió ver dónde acababan los árboles y se agachó por detrás de un enorme roble para tener mejor visibilidad de la situación.

Era un caos. Puro y desastroso caos.

El castillo se hallaba prácticamente en ruinas. Partes enteras se habían desplomado hasta convertirse en montañas de escombros. Se habían iniciado fuegos por todas partes; las llamas ardían y lanzaban chispas que ascendían danzando hasta el cielo. Los cuerpos alfombraban el terreno junto con los fragmentos de piedra; y entre los caídos había tantos agentes de la SRV como tangentes. Michael observó boquiabierto cómo desaparecían los cuerpos ante sus ojos.

No sabía qué hacer. ¿Cómo podía esperar sobrevivir en medio de tamaño desastre?

A pesar de que deseaba regresar al bosque, corrió en dirección al agente de la SRV más próximo, a unos seis metros de distancia. Se trataba de una mujer, que parecía haber acabado en ese instante con uno de los soldados de Kaine.

—¡Oiga! —gritó Michael—. ¡Oiga! ¡Necesito hablar con usted!

Ella se volvió de golpe hacia él, levantando su arma. Michael se puso enseguida de rodillas y levantó las manos.

—¡Trabajo para ustedes! Me llamo Michael, ¡ustedes me enviaron a este lugar!

La mujer no bajó su arma láser, aunque tampoco disparó. Se acercó caminando a él, totalmente a la defensiva.

—¿Qué clase de truco es este? —preguntó al situarse justo delante de él. Los ruidos de la batalla todavía retumbaban en la atmósfera que los rodeaba: gritos y explosiones.

—¿«Truco»? No es ningún truco. —Michael tuvo que seguir gritando, aunque todavía no sabía si la mujer lo oía. Tenía el corazón desbocado—. La agente Weber… me envió a este lugar. Para entrar en el Desfiladero Consagrado. ¡Para cancelar el programa de la Doctrina de la Mortalidad!

La agente se quedó mirándolo a través de su visera protectora de cristal. Michael detestaba no poder verle los ojos.

—De verdad que no lo entiendes, ¿no? —dijo por fin la mujer—. ¡Es increíble!

Michael no podía responder. Ella tenía razón; no lo entendía. Aunque ignoraba qué era lo que no entendía.

Un alboroto lo distrajo. Por detrás de la agente de la SRV que tenía delante, en el otro extremo del campo de batalla, Michael vio a gente que salía corriendo por la puerta del castillo, intentando huir a la desesperada… de algo.

Entonces vio de qué se trataba. Resultaba difícil distinguirlos en la oscuridad.

KillSims. Docenas de ellos. Salían disparados de la fortaleza de piedra en ruinas y atacaban a todo lo que se movía.

6

Michael se puso en pie de un salto en el momento justo en que la agente se volvió y vio lo que ocurría. La mujer dejó caer el arma y salió corriendo a toda velocidad hacia el bosque.

A Michael se le pasaron por la cabeza un millón de cosas, la más importante: que no había manera de correr más rápido que esas criaturas. Negras y enormes, saldrían disparadas en estallidos de una velocidad imposible, cruzarían el terreno e irían directamente a por él. Así que se quedó donde estaba, esperando, pensando en si había otra manera de escapar de aquello. Cerró los ojos y analizó el código, pero no encontró nada.

Estaba claro que, si Michael era tan especial, Kaine no se esperaría sentado para dejar que muriera en ese preciso instante. Su núcleo había sido extraído. Esa era la cruda realidad. Pero ¿por qué? ¿Qué se suponía que debía hacer?

Abrió los ojos. Una de las criaturas atravesó a grandes zancadas el campo de batalla, luego saltó por encima de una pila de escombros y se encaminó directamente hacia él, con sus negras mandíbulas abiertas, dejando a la vista el oscuro abismo que había estado a punto de absorber la mente de

Michael en la entrada del club nocturno. Durante medio segundo permaneció inmóvil, preguntándose qué podía ocurrir si no se movía, si lo dejaba todo en manos del destino. ¿Tan malo sería? Sin embargo, la visión de aquella cosa acercándose lo hizo reaccionar de golpe. Se agachó, cogió el arma que la agente de la SRV había tirado y vio al primer KillSim a escasos metros de distancia con el rabillo del ojo.

Buscó a tientas el gatillo, apuntó el cañón hacia la criatura. Esta se lanzó al aire de un salto, con ese grito ya familiar y ensordecedor brotando de su garganta. Michael disparó el arma y se tambaleó cuando el rayo de pura energía salió propulsado e impactó contra el cuerpo del KillSim. La bestia quedó envuelta en llamas y luz antes de desintegrarse por completo, sin dejar más rastro que el de su estela luminosa.

Varios monstruos más llegaron detrás del primero. Y docenas tras ellos. Michael plantó los pies con más firmeza en el suelo y abrió fuego, disparando el láser con un prolongado estallido mientras movía el arma de atrás adelante, destruyendo a cuanto KillSim se cruzaba en la trayectoria del rayo. Todos explotaban proyectando una luz cegadora, luego desaparecían, pero seguían llegando más. Un ejército de criaturas, la mayoría de las cuales gritaba, se agolpó alrededor del chico; sus sombras negras en movimiento formaban una borrosa masa de oscuridad. A Michael se le perló la frente de sudor mientras apretaba el gatillo e intentaba liquidar a los monstruos uno a uno. No obstante, con cada muerte, llegaban nuevas hordas, e iban acercándose cada vez más.

Apuntó el arma y volvió a disparar, y el rayo eliminó a los monstruos que se acercaban.

Entonces el arma dejó de funcionar.

Al instante tres KillSims llegaron hasta Michael y lo tiraron al suelo.

7

Golpearon a Michael hasta dejarlo sin respiración; él luchaba por apartarse a manotazos las mandíbulas de la cara. Sus enormes zarpas lo sujetaban por los brazos y las piernas contra el suelo, y el peso de dos de ellos le oprimía el pecho. Siguieron gritando como monstruos mitológicos, ensordeciéndolo. Sabía que a esas alturas cualquier esfuerzo por combatirlos sería inútil. Paró y miró horrorizado cómo el KillSim más próximo abría sus fauces de par en par; oyó el chirrido de sus mandíbulas, como la bisagra oxidada de una puerta. Poco a poco fue acercándosele a la cara con sus incontables hermanos y hermanas reunidos a su alrededor, formando un círculo de siluetas negras. Todos se fundieron en uno y eclipsaron la luz del fuego del castillo en llamas.

El abismo de la boca abierta de la criatura se aproximaba.

Una luz se encendió de pronto en la mente de Michael. Comprendió sin ninguna duda que no se encontraba en el mundo real, que todo cuanto lo rodeaba era falso, parte de un programa creado por humanos. Ya sabía todo eso, pero la idea penetró de pronto en un nivel más profundo de su mente que nunca. Al igual que cualquier otro juego del Sueño, tenía que haber una salida, una forma de manipular el código; tal vez se hubiera rendido demasiado pronto. Las bestias que estaban atacándolo no eran reales, aunque pudieran destruir su propio código. Ese pensamiento repentino debía significar algo.

El KillSim cerró la boca en torno a la cara de Michael y lo sumió en una oscuridad total. No obstante, en lugar de sucumbir al pánico, el chico se sintió tranquilo. Como si, por primera vez en su

vida, tuviera el control de todo. Estaba a punto de descubrir algo grande, algo que seguiría sobrepasando su capacidad de compresión. Concentró sus pensamientos en la programación que componía el mundo que lo rodeaba.

Michael se incorporó y activó el poder de su mente: hackeó el código de una forma que jamás había intentado. Eliminando en lugar de manipulando.

Un estruendo estremeció el aire al tiempo que un anillo de energía se proyectaba desde el interior de su cuerpo y la luz se arremolinaba a su alrededor mientras todos y cada uno de los KillSims iban explotando, y sus cuerpos salían disparados en todas las direcciones. Salían manoteando y pataleando por los aires, aullando al hacerlo. Michael se levantó y miró a su alrededor. Ese anillo de energía mental visible —una manifestación del código que había consumido sin esfuerzo— siguió creciendo, expandiéndose hasta convertirse en un gigantesco círculo de fuerza que destruía a todas las criaturas a su paso. El castillo entero explotó, y se alzó una neblina de polvo que ascendió en volutas hasta el cielo, generando un tornado entero. Michael no pudo más que quedarse mirando anonadado.

Todo empezó a cambiar a su alrededor. El lugar temblaba, aunque él no sentía nada. Los cuerpos, la hierba, las pistolas y las espadas se estremecían como si el suelo que tenían debajo estuviera vibrando como una cuerda tañida. Luego empezaron a fragmentarse, a disolverse ante sus ojos, a quedar despedazados por el aire arremolinado. Parecía como si todos los objetos —incluso el suelo— se hubieran transformado en arena y estuvieran siendo barridos por el viento. Michael se volvió y vio que estaba ocurriendo lo mismo con los enormes árboles del bosque, los troncos ya estaban tronchados e iban desapareciendo por momentos.

El mundo se desintegró en pequeños pedazos, que iban a unirse en un ciclón de escombros brumoso que giraba en espiral, trazando grandes círculos, alrededor de Michael. Él permaneció en su sitio, mirando hacia atrás y hacia delante. En cierto modo, sabía que estaba en el umbral de la gran revelación que ya había adivinado. Y sentía más curiosidad que miedo. Girando sobre sí misma, aumentando su velocidad, la espiral de escombros era todo cuanto veía en ese momento, llenaba su mundo, y tenía un color que resultaba, a un tiempo, apagado e intenso. Se oyó un fuerte ruido como de estampida, como las enormes olas de un océano, y percibió el olor a plástico en llamas.

El dolor estalló en la cabeza de Michael.

No parecía posible, pero era peor que nunca. Se desplomó de rodillas; el dolor lo desgarraba por dentro. Cerró los ojos con fuerza y gritó, apretándose las sienes con las manos, acusando la herida en el punto de la cabeza por donde le habían extraído el núcleo. El dolor penetrante palpitaba, como si alguien hubiera levantado un machete y se lo estuviera clavando en el cráneo una y otra vez. Las náuseas se apoderaron de él, y el dolor se intensificó aún más.

Empezaron a brotarle lágrimas de los ojos cuando los abrió, buscando, de forma desesperada, algo o alguien que pudiera ayudarlo. Pero ya no había ni cielo ni tierra, solo el ciclón de escombros, girando ahora más deprisa, un caos de color y sonido. Michael estaba flotando en el centro, todavía de rodillas, sobre un suelo invisible.

Un mundo desintegrado se arremolinaba a su alrededor.

Una agonía pura y dura estaba desintegrándole el cerebro.

Estaba muriendo. No entendía cómo, pero sabía que así era.

Logró pronunciar algunas palabras, rezar y rogar a la única persona que pensaba que podría escucharlo.

—Kaine, por favor. Haz que esto termine.

Una voz habló, pero no logró distinguir qué decía. Y entonces se hundió en el ciclón, y el dolor terminó de forma repentina, como siempre lo había hecho.

25

Despertar

1

Michael oyó los conocidos y distantes sonidos de los geles líquidos y los dispensadores de aire en retroceso, sintió el pellizco y el tirón de los neurocables al salir de su piel. Su respiración era pausada y constante, y no le dolía ninguna parte del cuerpo. Abrió los ojos y vio el brillo de la luz interior del ataúd.

Todo había terminado. Había logrado regresar vivo.

Vivo. No muerto. No se movió, se quedó ahí tumbado mientras repasaba mentalmente todo lo que había experimentado desde el día en que la chica llamada Tanya había saltado desde el puente. La Senda, el terrible dolor de cabeza, el enfrentamiento con Kaine y las extrañas cosas que había dicho, la forma tan estrambótica en que había finalizado la batalla en el Desfiladero Consagrado.

Nada de todo aquello encajaba, y Michael seguía sin entender nada de la Doctrina de la Mortalidad, como le había ocurrido la primera vez que la agente Weber la había mencionado. Pero se había esforzado al máximo y esperaba que la SRV hubiera conseguido lo que quería. Oficialmente Michael había terminado.

Suspiró aliviado y desencajó la tapa del ataúd, la levantó moviendo las bisagras y la bajó con cuidado hasta el suelo. La habitación estaba a oscuras; había pasado tanto tiempo en el Sueño que, en realidad, había perdido la noción del tiempo en el mundo real. Ayudándose con las manos, salió de la estructura rectangular, se puso de pie y estiró los brazos hacia el techo, sin preocuparle el estar desnudo. A pesar de ser noche cerrada, todo parecía más luminoso que nunca: tenía la mente clara, los músculos fuertes. Hasta el aire parecía más agradable. No lograba recordar la última vez que se había sentido de tan buen humor.

Entonces recordó a sus padres. Lo que Kaine había dicho sobre eliminarlos. El pánico le atenazó el pecho.

Se dirigió hacia el interruptor de la luz, tropezó con algo y chocó contra un duro suelo de madera. Blasfemando, se agarró la rodilla que acababa de golpearse contra la madera; lo que no tenía sentido. Toda su casa estaba enmoquetada. Buscó a tientas hasta que encontró una pared, luego tocó un mueble que antes no estaba allí. Había una lámpara encima, y Michael le dio al interruptor al levantarse.

Ya con luz, Michael inspiró con fuerza. Nada de lo que lo rodeaba le resultaba familiar. Se encontraba en la habitación de un desconocido. Las paredes estaban pintadas de verde oscuro, había una cama con sábanas arrugadas, una cómoda con maquetas de trenes encima, dibujos de criaturas mitológicas en las paredes: unicornios, dragones, grifos. El ataúd del que acababa de salir —y su equipo auxiliar— ocupaba todo un rincón de la habitación.

Lo contempló todo en el más asombrado silencio. No se le ocurría ninguna explicación lógica; ¿cómo podría haberlo enviado alguien a cualquier otro sitio sin haberlo desconectado, sin haberlo

despertado? ¿Estaba la SRV detrás de todo aquello? ¿Para protegerlo en el Despertar?

Había una ventana que daba a la calle de alguna ciudad; las luces brillaban como las estrellas del firmamento. Corrió hacia ella y echó un vistazo a través del cristal: vio una calle completamente desconocida. Estaba flanqueada por enormes edificios, rascacielos. Su habitación se hallaba al menos a cincuenta plantas del suelo, desde donde podía contemplar los coches que surcaban la noche.

Un extraño reflejo captó su atención, lo que provocó que se le removiera algo horrible en el interior. Un pánico creciente, un malestar que iba en aumento. Estaba empezando a entender lo que había ocurrido cuando se volvió para alejarse de la ventana y buscar, con desesperación, un baño. Tuvo que cruzar corriendo la habitación, salir a un descansillo y avanzar como pudo por un pasillo oscuro. Encontró lo que estaba buscando, entró corriendo y encendió la luz.

Michael se miró en el espejo, con una franja de bombillas blancas a lo largo de la parte superior.

Un desconocido le devolvió la mirada.

Michael retrocedió ante el reflejo, chocó contra la pared que tenía detrás y se dejó caer al suelo. Levantó las manos para tocarse la cara, para palpársela. Nada le resultaba conocido.

Volvió a levantarse como pudo, volvió a mirarse en el espejo y estudió con detenimiento el pelo y el rostro y el cuerpo de alguien a quien no había visto antes. Se miró a los… a los ojos. Esos ojos no eran los suyos. Esa cara no era la suya. Le costaba respirar. Le corría el sudor por la piel y se deslizaba hasta los brazos. Sentía el pulso en el cuello, oía el latido de su corazón en los oídos.

Y contemplaba al desconocido del espejo. Como si fuera una ventana a otra habitación; su mente no podía asimilar ninguna otra explicación. Con todo la persona que le devolvía la mirada imitaba todos sus movimientos sin excepción. Era un reflejo perfecto.

Michael era… otra persona.

Parecía como si el planeta hubiera dejado de girar, la luna se hubiera tornado de ceniza y el sol se hubiera apagado como una llama agotada. Nada encajaba en el mundo, nada tenía sentido. Los cimientos de su vida se habían desintegrado hasta convertirse en polvo. Y lo único que podía hacer era contemplar la cara que tenía delante. Sabía que lo perseguiría para siempre, que acecharía sus pensamientos día y noche, como una visión.

Entonces recordó haber oído una voz justo antes de fallecer en el Desfiladero Consagrado. Y, de algún modo, en ese momento, el chico entendió lo que la voz había estado diciéndole.

«Lee tus mensajes».

2

Michael regresó corriendo a la habitación que no había visto nunca antes de ese día, se tiró sobre la cama y se colocó el audiopad. Una pantalla de red azulada apareció de pronto y quedó suspendida ante él; en ella solo se veían par un de iconos básicos. Todo había sido borrado. El Boletín decía que tenía un mensaje no leído. Con la misma sensación que si estuviera a punto de descubrir una raza extraterrestre o una cura contra el cáncer, Michael estiró una mano y tocó la pantalla para abrir el mensaje:

Querido Michael:

Eres el primer sujeto que implementa, con éxito, la Doctrina de la Mortalidad. Solo hay una forma de explicarlo, y es, sencillamente, la siguiente: en una ocasión fuiste un tangente, un programa creado por la humanidad para ser usado por ella misma. Ahora eres un humano. Tu inteligencia, tus pensamientos, tu experiencia vital han sido transferidos al cuerpo de alguien que juzgamos no merecedor de seguir poseyéndolo. Creé a los KillSims con este propósito. Borran el aura y dejan vacío el cerebro del sujeto para su libre disposición.

Este plan lleva tiempo siendo concebido. Mi actividad en la Red Virtual consistía en encontrar a aquellos capaces de localizarme. Encontrar a esos tangentes con la mayor inteligencia, ingenio, valentía y capacidad de sobrevivir en el Despertar. Que cumplieran las exigencias físicas de ser humanos. Y todo ello nos conduce hasta este día.

No eres más que el principio, Michael. El primer paso de un gigantesco salto en la evolución. Felicidades. Ya no tienes que preocuparte más por si experimentas la decadencia, lo que significa que por fin han acabado las jaquecas. Es una noticia maravillosa, estoy seguro.

Pronto nos pondremos en contacto. Necesitamos tu ayuda.

KAINE

3

Y en un terrorífico instante, todo cobró sentido.

Michael era una creación de inteligencia artificial, un tangente, un programa de ordenador. Todo lo relativo a su vida había sido falso, y ahora entendía hasta el último detalle de la misma. Su «hogar», su «despertar» habían tenido lugar dentro de *Sangre vital profunda*; esos carteles que había visto todos los días por su ventana no eran anuncios. Eran etiquetas. Elementos localizadores.

Sangre vital profunda había representado su vida programada. Cuando se deslizaba al interior del ataúd y se sumía en el Sueño, en realidad, existía en lo Profundo y accedía a la Red Virtual normal donde penetraban los humanos reales para jugar. Todos los recuerdos de su infancia habían sido generados. No era más que un programa informático.

Y las jaquecas, las extrañas visiones… eran justo lo que había dicho Kaine: estaba experimentando la decadencia. No tenía nada que ver con el ataque del KillSim en el club Negro y azul. Los tangentes duraban poco tiempo antes de empezar a desintegrarse. Eso también explicaba por qué sus padres y Helga habían desaparecido sin dar ninguna explicación. Siempre le habían contado que eso era lo que ocurría: los componentes de tu vida empezaban a desaparecer de la programación y, la mitad de las veces, no te dabas ni cuenta. Al menos no al principio. Recordó la sensación tan demoledora que había tenido cuando pensó en que sus padres llevaban semanas fuera y que no le había sorprendido hasta ese momento.

Michael no era real. Era una ficción. Eso lo puso enfermo. Como si alguien le hubiera obligado a tragar veneno en grandes y asfixiantes cantidades. Ya no quería seguir viviendo. No merecía seguir haciéndolo. Era un tangente.

Sin embargo, Kaine le había dado vida. Había robado un cuerpo humano y lo había convertido en el de Michael. La Senda había sido una prueba, pero una prueba que desearía no haber superado. Michael no era más que un tangente conejillo de indias que, de algún modo, había llegado a ser

consciente de su condición. Y ahora Kaine quería que lo ayudara a repetir el proceso una y otra vez. Quizá quisiera conquistar a toda la especie humana. Todo encajaba, y Michael entendió por qué la SRV había querido localizar a Kaine.

¿Qué pasaba con Bryson, Sarah, sus padres y Helga? ¿Había sido alguien real en su vida? ¿Podría averiguar en algún momento si lo eran? Lo sobrecogió una desesperación repentina.

Apagó la pantalla de red, apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. Lo primero que pensó fue en Tanya y en cómo esta había acabado con su vida saltando desde ese puente. Ahora él era un humano real, de carne y hueso, por tanto, podía hacer lo mismo. Incluso desbaratar los planes de Kaine, retrasarlos un poco. Puede que necesitaran a Michael como molde para reproducir lo que habían hecho.

No obstante, incluso mientras pensaba en ello, supo que seguir los pasos de Tanya no era la solución.

Solo había una forma de hacer bien las cosas.

Vivir.

Vivir para volver a enfrentarse a Kaine.

Sonó el timbre.

4

Michael cruzó aquel piso desconocido con su cuerpo desconocido. Estaba en tensión, tenía el corazón desbocado. No había forma de predecir quién más vivía allí, quién podría llegar a casa, quién podría estar esperando en el rellano. Pero sabía, con toda certeza, que debía abrir la puerta.

Cuando la abrió, se encontró con la agente Weber, con su pelo negro, sus ojos almendrados y sus largas piernas. Su expresión era difícil de interpretar. Michael tuvo la sensación de que el momento en que la conoció en el cuartel general de la SRV pertenecía a otra vida. Estuvo a punto de soltar una carcajada cuando se dio cuenta de que, en realidad, así había sido. Michael no podría haber sabido si ella era real o no hasta ese momento.

—Debes de tener miles de preguntas —dijo ella con la voz tensa.

—Más bien un millón. —La nueva voz de Michael le sonó rara incluso a sí mismo.

—Nuestros encuentros fueron reales —explicó Weber—. Nuestras conversaciones, tu misión, fueron reales. Fuimos todos engañados por el tangente. Por Kaine.

—Pero ustedes sí sabían que yo era un tangente. ¿Verdad?

Ella asintió en silencio.

—Por supuesto que lo sabíamos. Sabíamos que Kaine estaba reuniendo a tangentes en su guarida, poniéndolos a prueba de algún modo. Por eso te utilizamos. Te conocimos en *Sangre vital profunda* y te utilizamos. Lo siento, Michael, pero era el único modo de hacerlo.

El chico sintió una punzada en el estómago, aunque debía hacer la pregunta obligada.

—¿Y Bryson? ¿Y Sarah? ¿Ellos son…?

—Sí —asintió Webber—. Ellos son reales, Michael. Y no sabían que tú no lo eras. Tendrás que darles muchas explicaciones.

Michael rio. No tenía ni idea de por qué, pero rio.

—Entonces —dijo al final— ¿qué pasará ahora? Estoy seguro de que Kaine sabe que usted está

aquí.

—Solo quería que me vieras la cara. Que supieras que realmente existo, que no estás solo. Que supieras que la SRV todavía está decidida a atrapar a Kaine y frustrar sus planes. Ahora voy a irme, Michael. —Weber hizo una pausa. Parecía casi triste—. Estaremos en contacto contigo. Mientras tanto, haz todo lo posible por interpretar el papel del humano al que has sustituido. Sencillamente no hay alternativa.

Y, con estas palabras, la agente Weber se volvió y se alejó, taconeando con sus zapatos de aguja sobre el suelo embaldosado del rellano. Michael se quedó mirándola hasta que desapareció, luego cerró la puerta y se dirigió a la cocina.

Estaba hambriento.

Agradecimientos

Debo muchas cosas en mi vida a la buena gente de Random House y Delacorte Press. Durante los años de la serie Maze Runner, habéis sido muchos los que habéis contribuido a su éxito con incontables horas de vuestro tiempo, con vuestra sangre, sudor y lágrimas. La dirección, la edición, la corrección, la publicidad, el marqueting, el diseño, el equipo de ventas… ha sido mucho trabajo duro dirigido por Beverly Horowitz y Krista Marino. Solo quiero que todos vosotros sepáis lo profunda, eterna y monumentalmente agradecido (añadid muchos más adverbios acabados en mente, ya que muchos fueron suprimidos de los libros) que estoy de haber formado parte de ello.

Ahora me siento muy emocionado con esta nueva saga y con los años de trabajo que me quedan en colaboración con vosotros.

Sin duda alguna, todo ese duro trabajo no habría tenido ningún sentido sin mis fieles lectores, apasionados y maravillosos, a veces algo locos, y siempre asombrosos. Espero, de todo corazón, que esta nueva historia os ponga al borde de un ataque de nervios y os haga reflexionar tanto como la serie Maze Runner. Gracias por disfrutar con mis libros. No conozco una forma más elegante de decirlo. Gracias. Hacéis que mi vida sea divertida.

Y un agradecimiento especial a J. Scott Savage y Julie Wright. Porque sí. También a Lauren Abramo y a todos los miembros de Dystel & Goderich, por garantizar que el mayor número de personas pueda leer mis libros en todo el mundo. ¡Gracias!

Y, por último, como dedicarle el libro no era suficiente, gracias a Michael Bournet. No es solo el mejor agente del sector. Es mi amigo, jefe, terapeuta, consejero, planificador vital y animador. Y es divertido. No estaría aquí de no ser por él.